







98 BIS

6.000 -

CADIZ

ANT
XIX
809

MARÍA DE LOS ÁNGELES

R. 10290

19 cm.



MARÍA

1
C
098

DE

LOS ÁNGELES

POR

JOSÉ NAVARRETE

TERCERA EDICIÓN

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1884

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

SR. D. MANUEL ESPEJO Y VIVAS.

Quisiera, mi buen amigo, poder escribir esta carta en un pedazo del cielo azul de nuestra tierra, para que, después de habérmelas inspirado, cubriese y amparase las páginas de *María de los Angeles*.

El año de 186... V. era un niño y yo no tenía canas. ¿Recuerda V. aquella época de gran auge para Cádiz y tan dichosa para varios amigos que éramos socios del Casino y abonados á un cajón de la plaza de toros, figurando entre aquéllos un teniente de Artillería de gentil figura y de carácter franco y resuelto, hijo de una dama de alcurnia elevadísima y con el cual bromeaba tanto Paco Cerveró diciéndole la media redondilla de una deliciosa comedia de D. Enrique Cisneros:

*Sigo explotando, señora,
el ramo de costureras?*

¡Á fe que no sospechábamos que los amores á que aludían tales versos pudieran dar asunto para un libro!

He citado la plaza de toros, porque como el joven artillero, llamémosle Julio, hacía la vida de enamorado, sólo lo veíamos las tardes de corrida que tanto nos divertíamos en aquella inolvidable reunión donde él era la nota más alegre y la más seria V., que, de hombre como de niño, ha tenido siempre un viejo dentro.

VI

Enemigo yo de las corridas de toros entonces como ahora, gozaba mucho más que con los episodios de la bárbara fiesta, con la algazara de aquel público tan pintoresco, con nuestros mutuos discreteos, con la merienda de emparedados, langostinos y botellas de manzanilla, con las voces á los vecinos, los requiebros á las mujeres bonitas que con una rosa entre los rizos negros y sobre los rizos una mantilla blanca ocupaban las delanteras de palco, y con el enérgico apostrofar á los picadores y los ruidosos altercados sobre si el toreo de Manuel Domínguez era más ó menos clásico que el de Curro Cúchares: yo era partidario acérrimo del segundo, porque, en materia de clasicismo tauromáquico, estuve siempre por el menos ocasionado á ver las tripas del diestro.

Julio no asistió á las corridas de Santiago y de Santa Ana de 186... y poco después, las noticias que referentes á él recibimos con asombro, nos pusieron á V., á su padre, á Cerveró y á mí en la necesidad de ir á Rota, en un falucho, para visitar á la Marquesa, digámosla de Villarana. Una vez allí, la curiosidad nos hizo ver la huerta de la Costilla, el cañizo, el pozo del corral de Inque, la casa de Bernardo, la calle de la Higuera y el barco que desde 186... se llama el Artillero.

¡Qué día tan triste!

Nunca he olvidado lo que me dijo V. cuando volvíamos á Cádiz:

—Con todo esto se podía escribir una novela.

Han transcurrido veinte años; V. es un hombre y yo soy casi un viejo; para V. ha pasado ese tiempo en calma; para mí con recias tempestades; V., de condición severa y poco expansiva, ha sabido siempre contener el bullir de su corazón; yo le he dado rienda suelta y es hoy el mismo que mucho antes de asistir al cajón de la plaza de toros; V., por

una intuición maravillosa, conoció entre quiénes vivía desde que comenzó á vivir; yo, por mi desventura, voy conociendo tarde entre quiénes he vivido; V. ha hecho la vida subjetiva; yo la objetiva; V. ha extraído el goce de su propio espíritu; yo, más torpe, lo he inquirido, en vano, en los corazones ajenos; V. ha buscado la ventura en lo eterno; yo en lo mudable; V. no ha sido jamás calavera; yo, sin serlo tampoco, he recorrido todos los peldaños de la escala social, con el anhelo de saborear sus fases más risueñas, y he salido siempre de ellos con una lágrima de compasión en los ojos, ó con la hiel de un desengaño en el alma; V. no tiene más que un culto: el arte; ni más que un templo: el hogar donde nació; yo también conservo ese nido santo, pero lo abandoné muy presto y torno á él de tarde en tarde, para confortar mi sér cuando lo siento próximo al desmayo entre las inclemencias del mundo.

Tiempo há, que aburrido y estomagado de la política, que agoniza en España con repugnantes contorsiones, para dar vado, con los derechos adquiridos, á las reformas sociales, me he refugiado, como V., en el santuario del arte y lo cultivo con tan grande afición como escasa fortuna, poniendo especialísimo cuidado en no esclavizarme á las prescripciones de ninguna escuela, pues presumo que el entretenerse en estudiar doctrinas que no encierran verdades indubitadas, es tan inútil como lo sería seguir las curvas que, para encontrar salida, fueran describiendo varios sujetos encerrados en un laberinto, y busco mis decoraciones, mis argumentos, mis personajes y mis escenas, en la naturaleza, más artista que nadie, y en los sucesos reales, más interesantes que los imaginarios y más preñados de lecciones provechosas.

Tengo para mí, que para escribir buenas novelas, basta con una exquisita cultura y con tener ojos para descubrir

VIII

los puntos de vista bellos de la realidad, corazón para sentirlos y galanura y propiedad de lenguaje para trazarlos en las páginas de un libro; que en vano se empeñará el ingenio más poderoso en inventar mundos y gentes y sucesos y lenguaje para sus obras; quizá logre excitar los nervios, pero no conmover dulcemente con la fábula, ni convencer, ni siquiera deleitar.

Apasionado V. del arte, y obrero yo de su campo, al reanudarse tras larga ausencia nuestra antigua amistad y al enterarse de las negras vicisitudes de mi existencia, ha sentido V. por mí la simpatía que infunde el pobre marino á quien deja ciego un rayo en una borrasca y se sienta en la calle á ganarse la vida cantando al compás de la guitarra.

A los cuatro lustros ha vuelto V. á recordarme los amores de Julio y de María de los Angeles, y por empeño de usted y por su especial encargo, he ido á visitar, con interés artístico, los lugares donde acaecieron los principales sucesos de aquel drama, lugares enclavados en el rincón para mí más querido de la tierra, y á tomar lenguas, y á hacer el estudio de los personajes que figuraron en sus violentas escenas, y he rebuscado en mi memoria á aquel Julio que fué mi compañero de armas, y á aquella María de los Angeles á quien conocí en Sevilla en 1855 linda y rozagante como un pimpollo, recién vestida de largo y recién salida del colegio, siendo su padre empleado en aquella aduana y á cuyo hermano ví muerto en el campo de batalla de Vad-Ras el 24 de marzo de 1860.

Tenía V. razón: con todo aquello se podía escribir y se ha escrito una novela, que hubiera sido un portento, á caer en manos más expertas que las mías esos infelices novios, víctimas de la fatalidad, que, dados nuestros moldes sociales, conduce á los buenos á ser malos á la fuerza; porque allí donde quieren desenvolverse para el bien, les sale al

paso un torbellino de malas pasiones, el cual, cerrándoles la vía recta, los lleva por el atajo al abismo y al Código penal, que no ve todavía más que efectos y se desentiende de las causas, que no juzga más que resultados y desecha las intenciones, que trueca en odio los amores y alienta con la impunidad los delitos morales que conducen á los crímenes efectivos, y levanta cadalsos allí donde debieran surgir manantiales de dicha en hogares tranquilos.

No sé lo que dirá el público del atrevimiento de esta obra, ni si la crítica la considerará siquiera digna de ser juzgada: respeto de antemano el fallo del primero y me presento con el sombrero en la mano y la frente inclinada delante de la segunda, que con harta benevolencia me ha tratado siempre; pero me rebelo desde ahora contra unas pocas gentes que han de censurarme y de zaherirme presentándome, por los frutos de mi razón, como árbol podrido.

Yo conozco el bien y le siento y le rindo homenaje; yo conozco el mal y lo rechazo y lo condeno con todos sus delitos y todos sus crímenes y todos sus vicios y todas sus faltas; pero entre todo esto, lo que más abomino es la hipocresía, que disfrazada de virtud mantiene y aviva la ignorancia y la perversión del fondo. Yo no quiero podar el mal para que retoñen con más fuerza las plantas malditas, sino sacarlas, con tino, de raíz; yo quiero arrancar con tiento la zizafia que no deja fructificar á las mieses; yo compadezco á los que, encontrando resbaladizos algunos de mis capítulos, hablarán con entusiasmo de los primores de *La tía fingida*, de Cervantes, de *La llave de oro* y de los romances jocosos de Quevedo y llevarán á sus hijas á la escuela, donde se reciten los Mandamientos de la ley de Dios cantando:

el sexto *ju ju ju*,

y haciendo las niñas, al decirlo en coro, un delicioso mohín, dándose de ojo picarescamente.

Lo que les duele no es la forma, que he procurado que sea de refinada cultura, sino el fondo; y yo que no busco el arte, de caso pensado, en el realismo de la taberna, ni del burdel, tampoco lo rehuyo cuando lo exige de imperiosa precisión la verdad de mis planes, y por desventura suele exigirlo con harta frecuencia, porque en esos lugares, en el garito más ó menos aristocrático, en la casa de prostitución, de hecho ó de oficio, en la tienda de vinos, en la casa del usurero, están los vicios sociales que hay que combatir con ánimo entero, sin odio (que cada criatura obra según conoce), pero con mano firme y segura.

Por lo demás, V., Manolito, sabe con cuánta mayor complacencia traza mi pluma los rasgos de la virtuosa señora Rita, que los de la infame D.^a Petra; el perfil de María de los Angeles, que el de la Marquesa de Villarana; el contorno de Bartolo, que el del P. Tragabatallones.

He pintado la realidad sin exagerarla; que las preocupaciones y los vicios de los pueblos hay que herirlos de soslayo, pues si se atacan de frente, los endurece más la soberbia, y la cuchilla se embota y salta y hiere á quien inhábilmente la maneja; pero he procurado que se deduzca de un modo palmario la imperiosa necesidad de concluir con ellos, llevándolos á los Códigos y á los Jurados.

Á nadie insulto, ni de nadie hablo con ensañamiento. ¿Para qué? ¡Ay, si se leyera la filiación del soberbio! ¡Si se supiera lo que ha sufrido y lo que le resta que llorar! En la novela lo digo y ahora lo repito; aquí está el purgatorio; los momentos de dicha son los descansos necesarios para la prolongación del tormento.

Los errores de la sociedad no se ven bien andando entre ellos; la gran misión del artista es, en mi concepto, coger-

los uno á uno é irlos mostrando, bajo sus fases más características, desde el escenario, desde el lienzo, desde las páginas de la novela. Allí cada clase social se asoma á las puertas de las otras; allí se toca el dolor y se sienten deseos de remediarlo; allí se percibe la pestilencia del vicio y se huye de él: allí se realiza la sublime frase de Cristo: «Confesaos los unos á los otros.»

Yo soy espiritualista; yo creo en la Providencia; yo la siento cernerse sobre nuestras cabezas; yo veo su mano misteriosa en los sucesos de la vida; mas creó asimismo, que si es posible mover desde arriba las figuras y hacer que manobren con los objetos, no se purifican la razón y el espíritu sino con el trabajo propio, en el yunque del dolor y sin saltos ni violencias.

Por último: yo no he sacado en este libro nada de mi cabeza; ni localidades, ni sucesos, ni personajes, ni siquiera la ilación de los hechos: la novela no es mía, ó más bien yo he puesto sólo en ella una mínima parte: es, en primer lugar, de la sociedad, porque así ha sucedido; en segundo, de V., que me ha espoleado á escribirla, venciendo mi pereza para acometer empresa tan ardua, y por último, mía, porque he buscado los puntos de vista más bellos de los acontecimientos y de sus enlaces y los he puesto en letras, queriendo sacar sus naturales consecuencia en pro de mis ideales de progreso para la mísera humanidad.

¡Qué sería del género humano sin los idealistas que vislumbran el porvenir!

Reitero á V. en esta segunda edición mi profunda gratitud por haberme costado la primera.

Su invariable amigo,

JOSÉ NAVARRETE.

LIBRO PRIMERO

EXPOSICIÓN



I.

EL MUELLE DE ROTA.

IMAGÍNA TE, lector, una C de ocho leguas de contorno: al extremo de la cabeza está Cádiz; al extremo del pie, la villa de Rota: la curva inmensa, bañada por el Océano, es aquella costa risueña, tan fértil, tan pintoresca y tan andaluza, donde entre viñas, cortijos, pinares y salinas, se asientan el Puerto de Santa María, con su hermoso caserío, con su ribera del Guadalete, en que campea la alameda del Verjel y enclava la fonda de Vista Alegre, con su paseo de la Victoria, con sus toros por San Juan, con sus bodegas, sus calesas, sus puentes colgantes y sus parejas de faluchos pescadores; Puerto Real, el recreo de campo de la familia gaditana, con su feria y sus gayumbos, y San Fernando, con sus bocas de la Isla, su Carraca, sus marinos y aquellas mujeres tan bonitas y tan llenas de sal, que con la que les sobra, se

levantan en torno de la población blanquísimos campamentos.

La villa de Rota está montada sobre peñascos en el pie de la C, punta de aquella costa. El vértice del ángulo que forma dicha punta es el muelle, y las casas del pueblo se despliegan por los lados, coronando una playa al Norte y otra al Oeste, llamadas la primera del Cañuelo y la segunda de la Costilla; playas sobre cuya arena, ora húmeda, firme, de color barroso y salpicada de conchas y de caracolillos de caprichosas formas y múltiples tintas, ora blanca, movediza y á veces rizada en ondas por el viento, se destacan las irregulares y oscuras moles de multitud de rocas, incrustadas de ostiones, que por algunas partes se encadenan, penetran en el mar y forman arrecifes, como el que corre por el costado y avanza en prolongación del muelle, y como los que arrancando de la playa de Poniente, han facilitado la construcción de grandes corrales para la pesca, donde se cogen las sabrosas urtas roteñas. También se alza en la playa de la Costilla, más allá de Piedras Gordas, el caserío de la almadraba, hasta cuyos umbrales llevan las olas, en la marea creciente, sus ribetes de espuma.

La parte de la población opuesta á la que se mira en el espejo del mar desde las rocas, está rodeada de un suelo arenoso; pero como no hay hembra más agradecida que la tierra, ni obreros tan laboriosos como los roteños, ni propiedad territorial más descentralizada que la del término de la citada villa, condición sin

la cual puede afirmarse rotundamente que no hay adelanto posible para ningún pueblo agrícola, resulta que aquellos arenales están cultivados y beneficiados con el mimo y con el esmero que el jardín de un Príncipe, que en Rota no se conoce la pobreza mendicante, y que los frutos que producen sus huertas y sus arboledas, especialmente las calabazas, las sandías, los melones, los damascos y los tomates, no tienen rivales en ninguna parte, siendo especialidad exclusiva de sus viñas, como alboroque de la Providencia, la uva negra y pequeña, que después de hecha pasa por el sol en el almijar, y de exprimida por los pisadores en las balsas mezclada con el arropo, produce el bálsamo exquisito que se llama Tintilla.

Por el año de 186..., á que se refieren estas páginas, están muy alegres los roteños con el ferrocarril que, partiendo de Sanlúcar y pasando por Chipiona, ha de seguir, por el ejido de Rota, hasta el Puerto de Santa María, punto de su enlace con la línea de Cádiz, Jerez y Sevilla.

Un entusiasta del progreso ha levantado en el ejido una gran choza y puesto en su techumbre una bandera en cuyo lienzo dice: *Tienda de la Estación*, donde se vende aguardiente, panales, rosolí, bizcotelas y vino de color; y en la calle del Calvario, en un establecimiento de bebidas, al letrero de la muestra que decía: *Vinos y licores*, le han añadido: *A mota el vagón*.

Recorriendo el trayecto que media entre el muelle y el cementerio, está visto lo más nota-

ble de Rota: el muelle viejo es pequeño y se sale á él por un arco que un tiempo fué parte de la muralla, de que sólo quedan escasas ruinas; á derecha é izquierda del arco se notan, sobre las piedras, vestigios de antiguos baluartes, y en un pretil que corre por el borde de la costa y cierra con la línea de edificios el paseo de las Almenas, se lee todavía en una losa: *Batería de Salazar*. Al muelle viejo se agregó años atrás una calzada de 80 metros de longitud en su parte recta y de 20 en la curva redondeada por su extremo; la anchura de la calzada es de 10 metros y está empedrada por el centro, enlosada por la orilla y cerrada por la parte que mira al Suroeste con un paredón de metro y medio de alto, con asientos de piedra pegados al muro de trecho en trecho.

las escalas de la calzada atracan los botes cuando la marea lo permite: en la baja-mar desembarcan los pasajeros en el arrecife de peñas que avanza más que la calzada, y saltando de una á otra, llegan á tierra, rara vez con la fortuna de no haber hecho, por lo menos, una genuflexión.

A la izquierda del arco hay una taberna llamada *Tienda del muelle*, con su pórtico delante de la entrada: allí se reúne á beber cañas de manzanilla y medios vasitos de *flin flan* (1) la gente de la mar, cuyos individuos sin excepción, patrones ó marineros, tienen sus apodos:

(1) Aguardiente basto.

el curioso que visite con frecuencia el muelle, seguro es que uno ú otro día oirá llamar á gritos á Curasao, á Vivito, á Lucero, al Pansúo, á Cachorro y al Mellizo.

Existen á la derecha del arco tres ó cuatro habitaciones bajas, contiguas, cada una con sus poyos á uno y otro lado de la puerta: la primera es propiedad de un antiguo patrón, que tiene por alias el Rubito, aludiendo al color de su pelo, y dueño en 186... de tres faluchos; perteneciendo, de las restantes, una á los carabineros y otra á la cuadrilla de gallegos cargadores.

A fin de que se forme cabal idea del muelle de Rota, modelo bellísimo para un pintor de marinas, finjase el lector á los carabineros sentados junto á sus mujeres en los poyos de la puerta de su habitación-cuartel; á los chiquillos retozando con un perro de aguas, que sabe hacer el ejercicio; á los tertulios del Rubito señalando una vela que viene en popa, con rumbo al muelle; á varios matriculados tomando cuatro cañas de vino y disputando á lo marinero, en el pórtico de la tienda de enfrente; junto al arco, á los vendedores de pescado pregonando, con descompasados gritos, las mojarras, los garapellos y los lenguados que colean en los esportones; unas cuantas sacas de paja junto al paredón de la calzada; más allá una pila de canastas de tomates, y después una pirámide de melones; un barco atracado al muelle, cargando barriles de tintilla; quince ó veinte faluchos y otros tantos botes, formados en columna y bien alineados, balanceándose so-

bre las ondas al abrigo de la calzada; dos ó tres calafates carenando el casco de una embarcación sobre el empedrado del muelle, y todo esto bajo una bóveda espléndida y sin celaje, desde cuyo alto cenit derrama un sol refulgente raudales de fuego en un mar tranquilo, en un inmenso lago azul, con manchas más ó menos oscuras, y en el cual, por la extensión donde reverberan los rayos del disco de oro, parece que flota sobre la sábana celeste otra de puntas de brillantes en ebullición, descubriéndose en la costa la cinta arenosa de la playa; sobre ella la prolongada colina, coronada de casitas blancas, que sigue hasta el Puerto, y á lo lejos, en el horizonte, á través de la calina, entre la bruma, las nacaradas y esbeltas siluetas del caserío de Cádiz, resguardado por la doble hilera de gallardos mástiles de los buques anclados en su bahía, en Puntales y en el Trocadero.

II.

LA TERTULIA DEL RUBITO.

El cuarto del Rubito huele á alquitrán y está dividido en dos por un tabique paralelo á la puerta: en el interior hay una vela de respeto, botalones de foque, remos y dos ó tres cacharros de pintura; en el exterior, vese por el suelo algunas barras de hierro para lastre, cabos de

esparto y anclotes; en la pared figura un plan de banderas pegado con cuatro obleas, y cercan la puerta por dentro seis sillones de brazos, con asientos de enea, que ocupan diariamente algunas personas notables del pueblo que van al muelle por la mañana y por la tarde á dar juego á las lenguas, so pretexto de ver salir ó entrar el barco que lleva y trae el pasaje de Cádiz, barco que se llama *de la hora* por ser una el tiempo que con buen viento tarda en hacer la travesía. El resto de la dotación lo componen un antejo despellejado por fuera y turbio por dentro, y un gato morro, cenizoso, con las orejas y el rabo cortados, que defiende los lienzos de las velas de los dientes de las ratas y llena de pulgas á los tertulianos del Rubito, haciendo el carretón sobre sus faldas.

Las localidades del cuarto del Rubito están todas ocupadas la tarde que comienza la acción de este libro, entre otras personas que no nos interesan, por un clerigón de sesenta inviernos, de abdomen prominente, gran papada, ojos chicos y aviesos, labios gordos y abultados, un tanto caído el inferior, con un chirlo de la sien á la barba en el carrillo derecho, devoto de Eva, dueño de una viña, y tan aficionado á empinar el codo, que en una visita pastoral le preguntó con sorna el Arzobispo:

—Señor cura, ¿hace V. mucho vino?

Los roteños le llaman el P. Tragabatallones por las increíbles valentías que cuenta haber realizado, durante los tiempos que sirvió en el Maestrazgo á las órdenes de Cabrera.

También ha tomado asiento en uno de los sillones de brazos, después de visitar á un carabinero enfermo, uno de los médicos titulares del pueblo, bajo de cuerpo, moreno, de buenos ojos, facciones correctas, cabello castaño, barba corrida y un fuego en la mirada y una expresión en el gesto, que revelan gran fuerza de voluntad y gran finura de entendimiento.

Hé aquí lo que hablaban los tertulianos el 15 de junio de 186... á las dos de la tarde:

—¿Conque ya tenemos en Rota á la Marquesa?

—Temprano ha venido este año. Los baños no se abren hasta el mes que viene.

—¡Qué hermosa es!

—¡Vaya si es guapa!

—¡Y vaya si lo sabe ella!

—Ayer tarde estaba en la playa vestida de negro, y como es tan blanca...

—A mí me carga la señora esa. Siempre va que parece que se ha tragado el palo del molinillo.

—El caso es—advirtió el médico—que nunca abandona su entono, y sin embargo, coquetea como la que más. En cuanto uno la mira, ya encuentra ella medio de enseñarle la dentadura y todas las fases de la cara y el pie y algo más...

—Después le clava los ojos tres ó cuatro veces; á él se le hacen los suyos telarañas, y... hombre al agua.

—Entendamos eso de hombre al agua.

—Quiero decir que andan por ahí muchos

que están idos sin pensar más que en esa mujer.

—Como se aperciba el temerón de D. Bernardo...

—Ese D. Bernardo ¿es su amigo, su administrador, su futuro, ó su qué?

—Su presente.

—Y el verano pasado le fué mal en la casa de juego que tiene en Cádiz.

—Por supuesto que allí se tallará el dinero de ella.

—No empecemos, señores, no empecemos— advirtió el P. Tragabatallones.—La Marquesa es una dama tan ilustre como virtuosa.

—Y V. un héroe, que obtiene cada vez que la confiesa, y no se vuelve loco, un triunfo importante sobre el demonio.

—Si VV. siguen por ese camino, me levanto.

—Allí viene un barco—anunció variando la conversación uno que miraba con el anteojo en dirección á Cádiz.

—Quizá traiga al hijo de la Marquesa. Lo están esperando.

—¡Qué simpático es el muchacho ese!

—Es militar ¿eh?

—Teniente de Artillería.

—También tiene su apaño en Rota.

—¿Quién es ella?

—La costurera que trajo su mamá hace dos años. Una morena saladísima, con un cuerpo precioso. ¡Un primor es la chica!

—¿La confiesa V. también, padre?

—¡Charlatanes!—contestó amoscado Tragabatallones.

III.

ASPECTO DE LA VILLA.

Dejemos engolfados en su conversación á los tertulianos del Rubito, y vámonos, lector, á ver el aspecto de las calles más importantes del pueblo, teatro de la mayor parte de las escenas que se relatan en este libro. Salgamos por el Arco del Muelle y pasando por las plazas de la Iglesia, de Barroso y de la Constitución, donde está el paseo, cuyas líneas de árboles y de asientos forman triángulo, entremos por el Arco de la Villa en la plaza de la Caridad, centro el más importante de la localidad, en que se reúnen las personas de viso á la puerta de la botica, y á donde llega, á las oraciones, la góndola con los viajeros procedentes del Puerto de Santa María.

La calle más aristocrática de Rota es la de la Vera-Cruz, y la más democrática la del Calvario: la segunda está en prolongación de la primera, siendo ésta la mejor de las cinco que confluyen á la plaza de la Caridad.

Las casas de la calle de la Vera-Cruz tienen las paredes muy encaladas y son casi todas de dos pisos, con azoteas, en las que se alza generalmente una torrecilla cuadrada: los balcones son salientes, espaciosos, con rodapié, ma-

cetas de claveles y de albahaca, alcarraza con el agua fresca, jaula del canario, montera de pizarra en cuyos huecos amontonan los nidos las golondrinas, y cortina de lienzo, blanca ó listada, que monta sobre una varilla y cae por fuera del antepecho de madera, atándose con cintas á los hierros. Bajo esta tienda, que lo es de campaña para las mocitas que tienen pretendientes callejeros, se sientan á coser las mujeres: algunas casas, pocas, lucen cancela de hierro en vez de portón, y en todas hay hermoso patio con aljibe, corredores altos y toldo, ó montera de cristales: en las casas de un solo piso, las macetas de flores sirven de almenas al pretil de la azotea que mira á la calle.

Esta, con sus aceras enlosadas á trozos, recibe la animación y el colorido de las gentes que siempre hay allí, bien asomadas á las grandes rejas de sus ventanas bajas, algunas con celosías, bien sentadas en el escalón del zaguán, ó en sillas á la puerta; de la nube de chiquillos que gatean, saltan y chillan; de las carretas colmadas de paja, ó de botas de vino, que cruzan su empedrado; de los que pregonan «la flor de las viñas vendo,» ó «salmonetes vivos;» del panadero que en calzoncillos y con su pañuelo encarnado á la cabeza, anudado atrás, monta en pelo sobre una yegua con tres sacos de harina por delante; de la calesa que entra, sonando el jaco los cascabeles; de los trabajadores que salen al campo con el borrico que lleva el serón con los aperos sobre la albarda y sobre el serón el perro; y por último, de ese *quid*

bienhechor é inexplicable, de que están llenos el aire, la luz, las personas, y hasta las piedras de Andalucía.

Subiendo por la calle de la Vera-Cruz hacia donde se verifica su ensanche, formando lo que llaman los roteños «la plazoleta,» que es la Puerta del Sol de la gente del campo, como la «tienda del muelle» lo es de la gente de la mar, en esa plazoleta, repito, se interrumpe, en la acera de la derecha, la fila de edificios en un espacio de treinta á cuarenta metros, cerrado por un pretil de cal y de ladrillo en medio del que se alza, sobre un tosco pedestal, una cruz sencilla de madera pintada de verde, adornada con ramas de álamo blanco, con un cendal muy sucio sobre los brazos y delante un farolillo que se enciende todas las noches: desde el pretil se descubren los peñascos que le sirven de base, la hermosa playa y el panorama encantador de aquella inmensa bahía. El símbolo cristiano, tomando el nombre del que aquel sitio lleva, se llama *La Cruz del Rompidillo*.

Por la calle del Calvario, entra el arrecife hasta la «plazoleta,» y es aquélla larga, recta y espaciosa; las anchas aceras están empedradas, y para el cómodo paso del arrecife á las aceras, hay losas, de trecho en trecho, á modo de puentecillos, sobre las cunetas del camino: todas las casas son de planta baja, lucen las paredes blanquísimas, tienen poyos de piedra á uno y otro lado de las puertas, y sobre ellos pequeñas ventanas sin reja y con hojas de madera, y coronan las azoteas filas de grandes calabazas.

Todas esas casitas bajas son semejantes: del zaguán estrecho, cubierto y empedrado, se pasa al patio, con honores de corral, empedrado también, y de hechura más ó menos redonda, más ó menos cuadrangular, más ó menos angulosa: suele tener aquél frondosa parra, arriates con macetas de mosquetas, de dalias y de hierbaluisa, y aljibe, ó pozo, con su brocal muy enjalbegado; por una escalera de argamasa y ladrillo, sin pasamanos por un costado y por el otro pegada á la pared, se sube á la azotea, en cuyo piso están asoleándose las mazorcas y, para tostarlas después, las pepitas de calabaza.

Las viviendas de los varios vecinos de la casa tienen la entrada por el patio, y vista una, lo están todas: una sala y una alcoba con los suelos de ladrillos bien aljofifados; las paredes muy untadas de cal; la atmósfera de azúcar y alhucema quemadas, y, cubriendo la puerta por el interior, una cortina blanca de cañamazo con su faralá rizado.

En la alcoba figuran, á un lado, la cama, y al otro, la tinaja del agua; la cama tiene su gran espaldar de caoba, sus banquillos y sus tablas, y sobre éstas, cubiertos con una colcha, cinco, seis ó siete jergones que de noche se extienden en la sala y allí duerme toda la familia, con más ó menos avío de sábanas, mantas y almohadas, con arreglo al número de personas que hay en la casa que vayan á jornal y á lo que cogieron el último verano en *lo suyo*: debajo de la cama se guardan los melones, las sandías y las barricas de higos secos para el in-

vierno: también figura en la alcoba un cajón que contiene quince ó veinte fanegas de trigo, del que se va sacando para moler y amasar. El decorado de la sala lo componen: media docena de sillas con asiento de enea y perillas altas; una mesa de pino pintado; sobre ésta, el velón y un jarrito de porcelana blanco con su platillo y su tapadera, y colgados en la pared varios cuadros con marco de madera, de los que precisamente el que cae sobre la mesa es una efigie de nuestro padre Jesús, en fondo negro, con manto color de almagra, soga dorada al cuello, patillas, y arrancando horizontales de la frente, unos grupos de líneas que el artista se propuso que fuesen rayos de luz, y le salieron varillas de paraguas.

En la sala se albergan también por la noche, sobre todo si el vecino de la vivienda no tiene confianza en la cuadrilla, el saco de la paja, la albarda de la burra, y las gallinas en un jaulón de caña debajo de la mesa: en la cuadra común están las bestias, separadas por vallas de tablas, no para evitar que se junten los animales, sino con el fin de que no pierda ninguno de sus dueños ni un puñado de estiércol, abono sin precio para los que cultivan aquellos campos areniscos.

Naturalmente, las familias que habitan en tan modestas y oscuras viviendas buscan el aire y el sol, y el aliento de los jazmines y la fresca y apacible sombra y la música de las aves, y todo eso lo encuentran en la azotea, en el patio bajo el emparrado, y, á falta de plantas mejo-

res, junto á las matas que sirven de zócalo al patio, y que matizan, por las tardes, innumerables florecillas de colores que se llaman técnicamente trinitarias, y allí suspiros; y por último, escuchando el concierto de los mirlos, cuyas jaulas de carrizo están colgadas de clavos en las paredes.

También procuran las vecinas disipar sus tristezas con la reunión, y se juntan en el empedrado zaguán por las mañanas, de trapillo, á echar remiendos y zurcidos, á hacer media las viejas, y á peinar cada madre á sus hijas, sentadas aquéllas en sillas bajas, y éstas en el suelo, sobre un redondel, apoyando la espalda en las rodillas de la peinadora, y teniendo sobre la falda las horquillas, la peineta y el tarro de blandurilla, mientras la madre va sumergiendo los dientes del mellado batidor en las ondas de una soberbia mata de pelo.

En el patio se lava y se tiende la ropa, se revuelcan las criaturas, se apareja la bestia, se descargan los frutos antes de llevarlos á la casa del marchante y guisa cada vecina á la puerta de su sala, en el anafre colocado en un lebrillo con ceniza y resguardado por un cajón sin tapa puesto de costado cuando sopla furioso el Levante, ó lloran las nubes.

Por las tardes, con especialidad los días festivos, se sientan todas las mujeres á la puerta de la calle, en fila primera las mocitas, para que los muchachos campesinos se enamoren de la gracia de sus ojos, del precioso color que trasparente su cutis moreno, de sus dientes

blancos y de sus rizos negros; vestidas con sueltas batas, ó enaguas y gabancitos de coco, muy limpios y almidonados; con sus delantales blancos con vuelos de encaje, sus nardos y dalias en la cabeza, y ciñendo el rodete sartas de suspiros; sus anillos de á cuarto en los dedos, y calzando los breves pies botitas de chagrén con bigotera de charol.

El último edificio de la acera derecha de la calle del Calvario es el cementerio, por cuyas tapias rebosan las ramas de los árboles, entre las cuales dan grandes conciertos los jilgueros, los verderones y los chamarices, y sobre cuya puerta se lee la siguiente inscripción, que, bien comprendida, encierra un mundo de verdad y de sentimiento:

Dormitio nostra memoria vestra.

La tarde y á la hora á que venimos refiriéndonos entró á buen paso por el Rompidillo, en la calle de la Vera-Cruz, una mujer cuarentona y entrecana que parecía un pendón: alta, desvaída, flaca, amarillenta, ojos pardos y reventones, con grandes ojeras lívidas, nariz larga y afilada, la boca fruncida y artillada con unos dientes verdinegros, dignos guardadores del escorpión de su lengua, la mirada oblicua y el pelo echado y pegado á la cara.

Vestía de negro, muy escurrida, con el pañolón por la cabeza, manchado de grasa por donde se rozaba con el cabello, recatando la frente como toca monjil y sujeto con la mano izquierda por debajo de la barba; en la mano derecha

llevaba el rosario de cuentas pardas y mugrientas, asomando una cruz muy grande por debajo de los picos del pañolón, acompañada de muchas medallas que producían un ruido metálico á compás en contratiempo con los pasos. Se llama señá Pepa y lleva en los labios un Ave-María y en el alma una perversa intención.

Á la misma hora y en la misma dirección que señá Pepa, iba también á paso ligero por la calle del Calvario un mozo de veintidos años, carirredondo y carimondado, de fisonomía risueña, buen color, la frente calzada, el pelo rubio, abundante y con algunos mechones caídos sobre los ojos; éstos grandes y azules, regulares la boca y la nariz, blanco el cutis, pero tostado del sol y bastante pecoso. Calzaba zapatos de vaca y vestía pantalón de dril, blusa de colores, sobresaliendo el encarnado; faja y un sombrero calañés roto, viejo é informe. Iba fumando un cigarro gordo de papel y se encaminaba al muelle á dar al médico titular, don Francisco, un aviso muy urgente.

Al llegar señá Pepa á la plaza de la Iglesia, entró en ésta y se dirigió al cuarto del cura, encontrando allí al sacristán de semana, á quien preguntó dónde encontraría al P. Tragabatallo-nes. Esta detención la dejó atrás del joven campesino, el cual, sabiendo dónde estaba el médico, llegó al muelle, se detuvo á la puerta del cuarto del Rubito, se quitó el sombrero y dijo:

—Buenas tardes, D. Francisco y la compañía. D. Francisco, ¿me quiere V. hacer el favor de escuchar una palabrita?

El médico se levantó, salió á la puerta diciendo «hola, Bartolo,» y echándole un brazo al cuello, aplicó el oído para recibir el recado.

—De parte de mi abuela—le manifestó el joven campesino,—que venga V. de golpe, que el enfermo se muere.

—Dile—contestó D. Francisco—que me llegaré allá en cuanto haga una visita aquí cerca, en esa calle que está junto al Pozo de la Llorona.

Poco después se presentaba señá Pepa delante de los tertulianos del Rubito, dando un suspiro y agregando sin alzar los ojos del suelo:

—Dios les dé á VV. muy buenas tardes. Padre cura, ¿me hace su mercé el favor de escucharme, con licencia de los señores?

—Eso es—contestó Tragabatallones.—Ahora me voy á levantar para oír alguna impertinencia. Entra tú, si quieres.

Señá Pepa entró repitiendo «con perdón,» y le besó la mano al cura, retirándose luego dos pasos.

—Acércate, mujer, acércate y dime al oído lo que hay.

—¡Ay, padre de mi alma!—exclamó la beata, fingiendo la voz llorosa.—Lo que hay es que el enfermo que está en la casa de vecindad donde yo vivo, ese don...

—Sí, sí; ya sé quién es.

—Pues bien; está á los últimos, con el hervidero de la olla en el pecho y escarbando en el embozo de la sábana, y no hay un alma buena, de su familia, ni de los vecinos, que avise al

señor cura para salvar á ese pobrecito, con quien están haciendo una judiada.

La beata lanzó otro suspiro y continuó hablando así:

—Conque entonces me dije: pues yo misma voy á contárselo á su mercé, para que esos pícaros no se salgan con la suya de dar un alma al demonio.

—¡Herejes!—gruñó el clérigo.—Allá voy corriendo.

Señá Pepa suspiró por tercera vez, tornó á besar la mano del padre, y suplicando «con perdón,» salió por la puerta.

IV.

SEÑÁ RITA.

Señá Rita es una santa; vive en una casa de vecindad sita en la calle del Calvario; barbea su edad con los tres duros y medio; tiene el rostro muy curtido y muy arrugado, y peina sus cabellos blancos con un rizo en cada sien sujeto con dos horquillas cruzadas y un moño atrás; sus ojos y su boca están llenos de dulzura: es imposible que haya movido jamás aquellas pupilas un pensamiento de odio, ni que haya nunca ennegrecido aquella boca el roce de una calumnia; no hay más que mirar sus manos, con pellejo de cazón y multitud de juanetes,

para comprender lo que ha hecho señá Rita toda su vida: trabajar. A señá Rita le fían en todas partes, y cuando va á comprar sin dinero al almacén, á la panadería, ó á la botica, el que la despacha lo hace siempre con ese cariño y esa confianza que demuestran la satisfacción con que el favor se otorga: á señá Rita todo el mundo la quiere, con especialidad los niños, y todo el mundo la llama, en término principal los que padecen; sin embargo, como los resplandores de la virtud alcanzan á todas partes, la buena vieja ha oído, en varias ocasiones, de labios de señoronas muy señoronas y de señorones muy señorones del pueblo, estas palabras:

—Señá Rita: cuando necesité usted una onza de oro, venga usted por ella.

Señá Rita no ha estado enferma nunca; anda tan arriscada y tiene tanto rejo como cuando la guerra del francés; su vicio único es tomar de vez en cuando, de una cajeta redonda de hoja de lata, un polvo de tabaco rubio, que perfuma un pedacito de palo de rosa; su familia se reduce á una sobrina de cincuenta años, alta, gruesa, agradable y de buen color, que se llama señá María Jesús, y lleva en arrendamiento la huerta de la Costilla, y un nieto de veintidos siegas, llamado Bartolo, huérfano de padre y madre desde el cólera del 54 y trabajador infatigable, á fuer de hijo de aquella tierra. Bartolo así gana sus jornales durante la temporada de siembra en el término de Rota, como yendo quince días á cavar viñas en el campo de Jerez,

y cuando hace falta, echa algunas peonadas en *lo suyo*, que lo constituyen dos aranzadas de tierra que le dejaron los difuntos (q. e. p. d.). En este muchacho ve señá Rita en la tierra el compendio del cielo, y dice muchas veces:

—Si Dios me da su bendita gloria, no quiero sentir en ella más alegría sino la que tengo aquí cuando veo á mi Bartolo con salud y contento.

A entrada del verano del año en que ocurren estos sucesos, la posición de señá Rita no es muy holgada: durante el invierno ha tomado fiados en el almacén de Severiano los fríjoles, el aceite y el jabón; en la tahona el pan, y no sé cuantas bebidas y píldoras en la botica: sin embargo, es más dichosa que nunca, pues los gastos extraordinarios los hace en una obra buena, y, como ella dice, es dinero que pone á rédito en la casa de Dios.

Un día pensó señá Rita: «voy á cobrar al Señor algunos intereses;» y se dirigió al almacén de Severiano, y apoyando los brazos en el mostrador, empezó á preguntarle:

—Escucha, Severiano: si yo no pudiera pagarte para San Miguel más que la mitad...

El tendero la interrumpió diciendo:

—Si V. no pudiera pagarme nada, iría yo, al llegar el invierno, á su casa de V. á llevarle lo que necesitara de los comestibles de la tienda y del dinero del cajón.

A pesar de la inmensa fe de señá Rita en la Providencia, suele tener sus deslices en materia ortodoxa, que le valen agrias reprimendas del clero.

Uno de los pecados contra la ortodoxia cometidos por señá Rita, es no gustarle que se diga la misa en latín.

—Ya ve usted—discurre ella,—desde que yo sé que *orateflute* significa «ea, á rezar,» en cuanto el cura lo echa por la boca rezo un Padre Nuestro: pues si me enterara lo mismo de los demás latines, oiría la misa con más devoción.

Una mañana, al entrar en la iglesia el padre Tragabatallones, se encaró con señá Rita y la puso como nueva porque estaba de palique con una vecina junto á la pila del agua bendita.

Cuando el cura se marchó á la sacristía echando sapos y culebras por la boca, dijo señá Rita:

—Yo lo perdono todo de corazón; su mercé no sabe lo que dice: ¡válgame Dios, qué olor echa á aguardiente!

Una D.^a Petra, hija de confesión del padre Tragabatallones, á quien algunas tardes da de merendar en su casa chocolate y picatostes con azúcar, oyó á la abuela de Bartolo, y cogiéndola del pañolón, y con el tono insolente y característico de esos pellejos de odios, envidias y concupiscencias, que se llaman beatas, le dijo:

—Oiga V., so tía hereje, ¿cómo ha de oler á aguardiente el padre, si viene á decir la misa de alba?

Desde aquel día, todas las beatas del pueblo, capitaneadas por D.^a Petra, su generala en jefe, dieron á los cuatro vientos de la publicidad roteña la noticia de que señá Rita era bruja, noticia que asesoraban, de orden del cura,

el organista, el sacristán y los monaguillos de la iglesia.

No deja, sin embargo, señá Rita, de tener en el Cielo un buen empeño para dirigir sus peticiones al Creador.

En los arrabales del pueblo que caen sobre la playa, en una calleja de casas humildes y de aspecto sucio en uno de sus frentes, formando el otro restos ruinosos de la antigua muralla; callejón donde habita mucha gente de la mar, y en cuyos patios se componen las velas y las jarcias, se tejen las redes y se construyen otros aparejos para la pesca; callejón en que viven también algunos herreros y esquiladores de bestias, dándole tal carácter que no parece sino que allí, y á la vista de aquéllos, se escribieron las coplas populares, que dicen:

La gala de los gitanos,
una capa y un sombrero,
una vara en la cintura
y ¡arre, borrico Platero!

La gala de los gitanos,
un cochinito á la puerta,
un potaje de *frijones*
y la fragua siempre abierta;

en este callejón, que olean los vientos que rizan las espumas, como á la calle del Calvario llegan las auras que susurran entre las ramas; en este callejón, donde siempre se escucha más ó menos estruendoso el concierto de las olas y donde las emanaciones salinas quemán los sarmientos de las parras y las flores de las macetas, hay á bastante altura un nicho, entrante en

el muro, de tres cuartas de alto y cerrado con una puerta de cristales; en aquel hueco se alberga una Virgen del Carmen tallada en madera, con su niño en los brazos, su corona de hoja de lata y su escapulario en la mano: delante de la efigie cuelga un farol.

Pues bien; señá Rita, desde que tenía quince años, es decir, desde hace cincuenta y cinco, todas las noches, aunque caigan chuzos de punta, al toque de oraciones se pone el pañolón por la cabeza, coge la alcuza y una rodilla y se encamina á la calle del Muro á limpiar los vidrios, echar aceite en la candileja y encender la torcida del farol que alumbrá á la Virgen del Carmen. Veinte años atrás pendía el farol del gancho de un pescante de hierro, y para subir hasta él tenía la pobre señá Rita que llevar una escalera acuestas; pero desde la citada fecha hizo sustituir el gancho con una polea, por la que pasa el cordel á que por un extremo se ata el farol, bajando el otro á sujetarse en un clavo del muro al alcance de la mano de la piadosa vieja.

Señá Rita no reza á la Virgen del Carmen Salves, ni Ave-Marías, ni otra ninguna de las oraciones de rutina que deben tener un tanto fatigados á Dios y á los Santos, sino que habla con ella como con su mejor amiga, y le dice: «¡hermosa, cuánto te quiero!» y le chilla como chillan las madres á sus pequeñuelos en esos arrebatos sublimes del cariño, y le ruega, y le riñe, y le da celos y apela á su difunta madre, y á su difunto esposo, y á sus difuntos hijos,

para que secunden á *la Señora* en los trabajos que haga para otorgarle lo que le pide, y algunas veces llora y exclama:

—¿Por qué no me oyes, Madre mía? Yo no soy mala, á nadie tengo mala voluntad, yo bendigo á los que me odien, no hay una sola criatura en el mundo á la cual yo no hiciera un bien á costa de mi sangre, yo la daría gustosa por hacer feliz y dar la salud y quitar la gota al padre Tragabatallones. Tú, que ves dentro de mí, sabes que lo que digo es verdad. ¿Soy mala? ¿No? Pues ¿por qué no me concedes lo que te pido, Madre de los Desamparados?

Señá Rita asegura que, más ó menos pronto, logra casi todo lo que demanda á la Virgen; la plegaria más fervorosa que siempre le ha dirigido es que le dé mucha salud, y ha cumplido los setenta años, sin contar más días de cama que las veinticuatro horas siguientes al en que parió á la madre de su nieto Bartolo.

Yo no sé lo que sucederá cuando el padre Tragabatallones oficia delante del altar; pero estoy seguro de que cuando señá Rita, después de encender la luz del farol de la Virgen del Carmen, da las buenas noches á ésta y le dirige otras muchas frases en un lenguaje, vulgar en la forma, de hermosura incomparable en la esencia, si nuestras miradas pudieran penetrar en la región de lo invisible, veríamos cómo las virtudes del cielo proyectaban su amor en rayos de claridad sobre la frente arrugada de aquella vieja setentona.

Sin embargo, lector, el padre Tragabatallo-

nes, más competente que nosotros en la materia, dice que á señá Rita la están aguardando, con las calderas encendidas, en los profundos infiernos.

V.

LA FAMILIA FLORES.

En la casa de vecindad núm. 21 de la calle del Calvario, donde en un departamento de sala y alcoba viven señá Rita y su nieto Bartolo, tienen alquilada una sola habitación, por diez y nueve reales al mes, D. Victoriano Flores, su esposa Dolores y la hija de los dos, María de los Angeles.

La familia Flores no es desconocida para quienes hayan leído un libro compuesto por el autor del presente y que se titula DESDE VADRAS Á SEVILLA, *Acuarelas de la campaña de Africa*. En aquel libro hay un capítulo que lleva por epígrafe *El héroe anónimo*, consagrado exclusivamente á la expresada familia, de la cual, el Victoriano, hermano de María, murió como un valiente en la batalla del 23 de marzo de 1860.

A fin de que el lector no tenga que molestarle en buscar dicha obra, ó si no la busca, para que no lea la que tiene en la mano sin conocer el retrato de María de los Angeles, voy

á reproducir algunos párrafos de las *Acuarelas* en los que me propuse fotografiar, por fuera y por dentro, á la figura más saliente de esta novela. Dicen así:

«María de los Angeles era un hechizo: había música en su voz; pensaba tan bien, que la expresión material de sus pensamientos resultaba dulce y armónica, y era tan discreta como buena; su espíritu estaba lleno de amor á todo; María de los Angeles, desfallecida de hambre, sin bocado en la despensa ni maravedí en la bolsa, daría treguas á su padecer y sentiría profunda compasión mirando desde su ventana á un obrero que almorzase, v. gr., pan y queso, porque su esposa no había tenido recursos para llevarle comida caliente; cometía la falta de tener más amor á sus hermanos que á sí misma.»

«Tendría entonces á lo sumo veinte años y era un admirable tipo de belleza: alta, esbelta, morena, sonrosada, compenetrándose en su figura la distinción de las madrileñas y el garbo de las sevillanas; oscuro y rizado el cabello, garzos y brillantes los ojos; grandes, encendidos, voluptuosos los labios, descubriendo al sonreírse unos dientes perfectos, de blancura y transparencia incomparables; bonita nariz; modelados prodigiosamente el pecho, la cintura, el pie y la mano; y sobre todo, en el conjunto de su rostro, esa gracia que enamora, ese resplandor que ciega, ese fluido que magnetiza, ese encanto que convierte nuestra cabeza en cámara oscura y nos reproduce la imagen que admiramos en el cristal de la memoria, imagen

que nos acompaña luego por todas partes y nos hace soñar despiertos, hasta que si no alcanzamos la posesión del original, va, con el paño del tiempo, borrando sus contornos el olvido.»

«En resumen, María de los Angeles era una de esas mujeres tan escasas y tan codiciadas, que sin sombras en la inteligencia, dotadas de un espíritu artístico y radiantes de hermosura, pueden labrar la eterna dicha del hombre que tenga ojos para ir descubriendo cada día la mejor faceta en el brillante de su razón, un bellissimo secreto en su alma, y, como ineludible consecuencia, un encanto imperecedero en las manifestaciones materiales de aquel alma y de aquella razón; una de esas mujeres cuya forma se adora enternamente, no como forma, sino como vaso que contiene una flor que embalsama nuestra existencia.»

D. Victoriano llevaba un mes en la cama sufriendo el terrible último ataque de un cáncer del estómago.

El 15 de junio de 186..., los moradores de la casa núm. 21 de la calle del Calvario no reían ni cantaban, ni aun hablaban alto; cada vecina, al oír las doce, se había puesto, como de costumbre, á la puerta de su sala, á echar en el almirez el diente de ajo, los tres clavitos, el pimiento en rama y el puñado de sal, que después de machacados y con agua, forman la salsa que da el color y el sabor especiales al cocido andaluz. Sin embargo, aquel día no se escuchó el alegre repiqueteo de ningún *majado*, que tal es el nombre de esa salsa que sazona

la calabaza, las acelgas y los fríjoles, cuando, ya blandos, bullen, con el tocino, dentro de la olla puesta sobre la parrilla del anafre: las vecinas habían cubierto los almireces con unos paños para que no produjeran ruido al golpearlos las manos de metal. En vez del sonido agudo y vibrante del bronce hiriendo el bronce, se oían golpes secos, que acompañaban á un quejido pertinaz, hondo, lastimero, penetrante, que salía de la habitación del enfermo.

Bartolo, el nieto de señá Rita, que estaba junto á un cubo lleno de cal y con un brochón en la mano encalando las paredes contiguas á la puerta de su sala, dejó de pronto el trabajo, y dirigiéndose á su abuela, que vaciaba el *majado* en la olla, le dijo:

—Madre: pida V. á la Virgen del Carmen que le quite la vida pronto á ese hombre.

Señá Rita dió un suspiro y con un pico del delantal se enjugó una lágrima.

El cuadro que ofrecía la vivienda de María de los Angeles era imponente.

La cama de D. Victoriano, puesta en medio del frente izquierdo respecto á la puerta de entrada, se componía de un catre de tijera, un colchón y tres cabezales, dos de ellos desnudos y uno con funda que le venía corta y estrecha: la sábana inferior, cuando se revolvía el enfermo, dejaba al descubierto dos ó tres desgarrones del colchón, por los que asomaban las vedijas de lana: no había sábana de encima; D. Victoriano se tapaba con una colcha de percal con dibujos morados.

A la derecha del catre figuraba un arca de madera, pintada de color de chocolate, con sus aldabones de hierro á los costados y su manivela por delante; y al otro lado, sobre un pedazo de estera de esparto, un jergón con su almohada, cubiertos, el primero con una sábana con muchos remiendos y la segunda por una toalla desflecada y con varios desgarrones: esta era la cama de Dolores y de su hija.

En uno de los ángulos del pie de la sala, están la tinaja, el velón y el anafre apagado y con un puchero encima; en el hueco triangular que forma el otro, cerrado por una cortina, cuyas anillas ensartan en un cordel, aparecen un espejito colgado en la pared, un barreño en tierra, y sobre un cajón puesto de costado una aljofaina de loza basta, peines y algunos otros efectos de aseo; del espaldar de una silla desvencijada cuelgan dos toallas: este es el tocador de las señoras.

El suelo, las camas y cuanto hay en la sala y en el tocador, llama la atención por su limpieza: no es posible concebir miseria más aseada que la de aquella vivienda. Sobre el arca vense una taza, cubierta con un papel, y encima una cuchara de palo; un puchero y un plato de cristal con azúcar morena. El calor era ya molesto, y más molesta que el calor, la pesadez de las moscas.

El enfermo, sentado en la cama, apoyaba la espalda en las almohadas y la cabeza sobre el pecho de Dolores, que de pie, junto al catre, enlazaba con el brazo derecho el cuello de su

esposo. Dolores, de unos cuarenta y cinco años de edad, es alta, bien proporcionada y morena como su hija, pero de muy mal color; tiene las facciones finas, y la expresión de su cara revela una dulzura y una tristeza capaces de despertar sentimientos de lástima y de simpatía en el corazón más empedernido. María de los Angeles, de pie al otro lado de la cama, estrechaba entre las suyas una mano de su padre.

D. Victoriano acaba de cumplir cuarenta y ocho años y representa veinte más; parece un esqueleto cubierto de pellejo; su demacración es tal, que los tendones se le dibujan en la epidermis; tiene las sienas deprimidas, los carrillos cóncavos, el cabello blanco, corto y erizado, la barba corrida y menos plateada que la cabeza, el color terroso, las orejas como desprendidas de aquélla, el brillo de los ojos mate, los párpados muy abiertos y la mirada fija é indiferente, la boca entreabierta, rodeada de un círculo ligeramente amoratado, los labios blancos y el inferior caído y tembloroso: todo esto da á su fisonomía una expresión de angustia horrible.

María de Angeles, con la cabeza inclinada sobre el pecho, está embriagada de dolor; de vez en cuando asoman dos gotas de rocío santo á sus pupilas, se deslizan rápidas por las mejillas y van á humedecer la mano de su padre, que, al sentir el fuego de aquellas lágrimas, da treguas un momento á sus ayes, vuelve los ojos, un tanto animados, hacia su hija, y sus labios pronuncian:

—¡Pobrecita mía!

Aquella escena tenía el siniestro cariz de una eterna despedida.

D. Victoriano sufría como un condenado. Su ¡ay! desgarrador era continuo, variando el tono del más agudo al más grave, según el fuego que abrasaba sus entrañas era más ó menos intenso. Desde quince días atrás, los dolores tremendos lo dejaban descansar sólo períodos muy breves; el monstruo anidado en su organismo durante diez y ocho años había resuelto morir matando: en vano la ciencia quiso atajar su marcha; por desventura, esa fiera hoy es invencible; en esa lucha es más poderoso todavía el mal que el bien; la luz no puede ahuyentar aún esa terrible sombra.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—exclamaba el infeliz oprimiendo con las manos su estómago y con la cabeza, que inundaba un sudor frío, el pecho de su mujer.—¡Qué dolor tan grande, Padre mío! ¡qué dolor tan grande! ¡Jesús mío! ¡Jesús mío! ¡caridad! ¡caridad! ¡caridad! ¡Ay, qué dolor tan terrible!

Otras veces se desataba en imprecaciones contra el Cielo.

Otras, por último, pedía por Dios que le quitaran aquel dolor de cualquier modo, ó que le dieran papel, pluma y tinta y una pistola.

Cuando sus ruegos se dirigían al médico y éste le recetaba, para consolarlo, cualquier cosa, partía el corazón aquella impotencia del atraso humano, como parten el alma esos cánceres de perversidad que también se juzgan incurables y

los extirpa el verdugo sobre un tablado, porque la sociedad ignora cómo se disipan las sombras del alma, de igual manera que la medicina no sabe destruir ese virus maléfico que inficiona todo el organismo.

Aquella mañana había echado D. Victoriano una pequeña cantidad de sangre por la boca y se esperaba un vómito de mayores proporciones, con el pronóstico facultativo de que probablemente se quedaría en él. María de los Angeles y su madre unían á su pena profunda este inmenso sobresalto. D. Victoriano anhelaba morir; cuando el día antes, el día 14, le anunciaron que debía confesar, comulgar y ser oleado, recibió tal impresión de alegría, que el dolor le consintió dormir cerca de tres horas; sabía que su enfermedad no tenía más término que la muerte y los minutos que tardaba ésta en llegar se le hacían siglos.

Algunas veces, cuando el sufrimiento físico le daba treguas, se acordaba de aquellas pobres mártires que le rodeaban, y sentía en el espíritu un dolor tan agudo como el del cáncer en el estómago. Las dejaba en el mayor desamparo: á Dolores enferma, con un aneurisma en el corazón; al niño sin carrera y á todos sin pan; pues los 10 rs. vitalicios que le dejó su tío al morir el año 61, y de los cuales se empleaban 6 en la carrera de Pepito en Sevilla y cuatro en comer, vestir, respirar, médico y botica, esos 10 rs. desaparecían desde el instante que él diese la postrer boqueada, y quedaban aquellas tres criaturas sujetas á los veintiún

cuartos que María de los Ángeles ganase con la aguja trabajando doce horas, pues á Dolores le había prohibido el médico ejercer el oficio de costurera.

Cuando pensaba esto D. Victoriano, cogía con cada una de sus manos otra de las de su mujer y de su hija, y estrechándolas tan fuertemente como podía, exclamaba con un acento de tribulación indescriptible:

—¡Pobrecitas de mi corazón! ¡Qué será de mi niño! ¡Qué será de vosotras!

Al entregarse á estas crueles dudas inundaba de pronto su semblante un rayo de esperanza, brillaban un punto sus ojos y aun intentaba transparentarse en sus mejillas una ilusión de carmín y decía con voz débil, pero con exaltación, dirigiéndose á su hija:

—Pero no; pero no es posible que Dios no tenga alguna vez misericordia de nosotros. Yo me muero sin que ningún hecho de mi vida me avergüence; tu madre es la mejor de las madres; el niño tiene buena índole; tu hermano murió como un héroe; tú, hija de mi corazón, eres tan virtuosa como bonita, y lo serás siempre; me llevo ese consuelo; sí, siempre; antes que dejar de serlo, la limosna y el hospicio y el hospital y la muerte: de modo que si la cólera de Dios ruge hoy, no sé por qué, Él lo sabrá en sus altos designios, sobre vosotras, pedazos de mi alma, ya se aplacará su furor mañana y encontraréis el bienestar que yo, sufriendo tanto, no he podido proporcionaros.

VI.

EL AGONIZANTE.

Señá Rita, que apareció con una taza de leche en la mano, fué un rayo de luz matinal en medio de la lobreguez de aquella escena. Era una de esas criaturas oasis, que coloca la Providencia en el desierto de la vida.

Como si no echara de ver tanta tristura, con el rostro sonriente y enfriando con la cuchara el líquido que humeaba, dijo á D. Victoriano:

—Ahora va V. á tomar esta tacita de leche. Verá V. qué rica está. Mi hijo la ha ordeñado esta mañana de la vaca pía. ¡Si viera V., señorita María, qué becerro tiene tan bien plantado! Ya iremos al campo á verlo.

Dolores se apartó de la cama dejando su sitio á señá Rita para que diese el alimento al enfermo; éste, al separar la cabeza del pecho de su esposa, cayó de espaldas sobre las almohadas y permaneció algunos momentos inmóvil, como rendido por el cambio de postura.

Señá Rita le pasó la mano por la cabeza y con la naturalidad mayor del mundo, como lo diría una madre al despertar á su hijo de dormir la siesta, exclamó:

—¡Ay, cómo está sudando su mercé! ¡bendito Dios!

Aquel era el sudor frío de la muerte.

—Anda, papá, toma la leche—dijo María.

D. Victoriano hizo un esfuerzo, tomó la taza con mano temblorosa, y aplicando al borde los labios, bebió con ansia todo el contenido.

—Ya verá V., D. Victoriano—repuso la vieja, recogiendo la taza y limpiando al enfermo la boca con su delantal,—cómo para Santiago, si Dios quiere, vamos á ir los dos en calesa á los toros de Jerez.

D. Victoriano puso en señá Rita una mirada de inmensa gratitud; le hizo seña de que se acercara, cogió una de sus ásperas y arrugadas manos y la llevó á sus labios.

—¡Por Dios, señor, qué hace V.!—dijo señá Rita.

—¡Dios la bendiga á V.!—murmuró el padre de María de los Angeles.

—Pues ya lo creo que se pondrá V. bueno—continuó la vieja,—y poquito que lo deseamos todos los vecinos de la casa. Mi nieto Bartolo me decía esta mañana: «Madre: si viera V. qué ganas tengo de que se le quite el dolor al padre de la señorita María, tanto como sufre el pobrecito y tan bueno como es, que me corrió con todos los papeles cuando me libré de la quinta y hasta á Cádiz fué su mercé una mañana en el barco;» porque mi Bartolo tiene muy buen corazón y está muy agradecido á lo bien que su mercé lo hizo con él.

La pobre anciana, que desde muchos meses atrás trabajaba y pedía prestado para que nada faltase á aquellas víctimas de la miseria, negaba

rotundamente, aun á los mismos que lo recibían, que ella les diese nada, sino, muy al contrario, contaba siempre que á mano venía, recargando las tintas, el singular favor que á su nieto había otorgado el esposo de D.^a Dolores: señá Rita tenía, con la claridad que pocas gentes, la intuición del Padre que ve en lo escondido.

D. Victoriano no se hizo cargo de la grandeza de las frases que acababa de pronunciar la devota de la Virgen del Carmen: después de breves minutos de algún descanso, había cerrado los ojos y comenzado de nuevo á exhalar, ya con escasas fuerzas, un quejido continuo, blando y lastimero; pero Dolores y María de los Angeles salieron un momento del abismo de su dolor y miraron á señá Rita como miran los aldeanos, poseídos de fe, á la imagen^e de la patrona del pueblo.

La abuela de Bartolo se acercó á la cabecera del enfermo, cuya agonía se acentuaba más cada vez.

—Oigan VV., D.^a Dolores y señorita Maria—dijo la vieja,—vayan VV. á mi sala á comer; en cuanto VV. lleguen, vaciará mi Bartolo la olla en la fuente; ya tienen VV. puesta la mesa; yo me quedo aquí con su mercé ahora que parece que va á descansar un poquito.

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta, con sombrero de teja y manteo, sudando á chorros, jadeando y de fiero talante, el P. Tragabatallones.

Lo primero que dijo, con estentórea voz, encarándose con señá Rita, fué:

—Ya me figuraba yo que andaría en ello esta bruja. ¡Lástima de Inquisición!—De modo—prosiguió en el mismo tono, dirigiéndose á Dolores y á María de los Angeles—que si no es por la piedad de una vecina que me ha avisado, dejan VV. morir á este hombre como á un borrico, sin tener á un ministro del Señor al lado que le encomendara el alma.

El enfermo, que escarbaba con los dedos en la colcha, como si quisiera coger puñados de la tela, acentuó más el movimiento, alzó penosamente los párpados superiores, que pronto volvieron á caer, y acreció por algunos instantes el timbre de su quejido.

Dolores y María de los Angeles se abrazaron y prorrumpieron en amargo llanto.

Señá Rita interrogó al cielo con una mirada.

—Pero, padre, si el médico...—expuso Dolores sollozando.

—¡Qué médico, ni qué berengena!—respondió bruscamente el clérigo sacando del bolsillo un libro y un crucifijo.—Basta tener ojos en la cara para conocer que á ese desdichado no le falta más que dar las boqueadas.

Dolores, juntando las manos en ademán suplicante, se dirigió al sacerdote, que la apartó diciendo:

—¡Fuera mujeres! Ninguna falta hacen VV. aquí ya. Dejen VV. á este hombre que se muera en paz y en gracia de Dios.

Tragabatallones se acercó á la cama, y remediando un concierto de tábanos, comenzó á leer

unas oraciones en latín, que interrumpió para poner sus labios al oído del moribundo, y decirle á gritos, pausadamente:

—¡Jesús... José... María... acoged... con piedad... el alma... mía!

Al escuchar esto María de los Angeles, con el rostro encendido de indignación y las pupilas preñadas de lágrimas, rápida, gentil, artística, encantadora, como un ángel vengador, se lanzó hacia el cura, y cogiéndole por un pliegue del manto y dándole un tirón brusco, le dijo en voz baja y temblorosa por la rabia:

—¡Señor cura, señor cura, que está V. asesinando á mi padre!

—¡Aparta, hereje!—vociferó el sacerdote, empujando á María con la mano que empuñaba el Cristo, hasta la puerta de la vivienda.

Dolores, transida de dolor, cayó de rodillas, inclinó la frente al suelo y oprimiéndose las sienes con las manos, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío, qué hemos hecho nosotras para sufrir tanto!

Señá Rita, por vez primera en los setenta años de su vida, sintió deseo de echar una maldición.

Hay momentos en que para no maldecir, para no sentir deseo de exterminar á ciertos seres, sería preciso conocer los senos profundos que guardan la solución de los problemas de la existencia terrestre y medir, como se miden los grados de calor en el termómetro, toda la inmensidad del infortunio de aquellas criaturas obcecadas. Sólo con esa claridad en la mente

se demanda, desde el patíbulo de la Cruz, perdón para los verdugos.

El moribundo lo escuchaba todo: comprendía que le quedaban pocos minutos de vida, y al abandonar este mundo dejando envueltas por el simun del hambre y de la desnudez á aquellas prendas queridas, veía que se le negaba el consuelo de recibir de ellas la postrer despedida, mientras tuviera un punto de vitalidad, aunque sólo fuera con el rumor del llanto. ¡Qué cruel martirio deben sufrir los que se están muriendo si ven y oyen y aun palpitan las fibras de su corazón, cuando sólo escuchan voces extrañas é indiferentes, en vez de sentir en la frente el roce de los labios y en las manos el calor de las manos de aquellos seres adorados, que quizás le deben la existencia, tal vez la felicidad. No, padres, esposos, hijos, hermanos, amigos, no abandonéis al que espira; que oiga vuestros sollozos, que perciba, cuando la muerte vaya helando sus venas, el calor de vuestra vida. ¡Fuera miedo! ¡Fuera egoísmo! cumplid ese deber sacrosanto, y no condenéis, en esa hora solemne, á la más terrible de las angustias al sér querido cuyo espíritu, las más veces, se da cuenta de todo, tal vez con más claridad que cuando la vida resplandecía en sus ojos, por más que los órganos materiales, la vista, el oído, la lengua, obedezcan más torpemente cada vez los mandatos de la razón y el impulso de las fuerzas del alma.

María de los Angeles, al ceder, intimidada por el empuje y por la voz de trueno de

aquel cura con un Cristo en la mano, decía:

—¡Pero padre, si está en su cabal juicio! ¡Déjelo V., por María Santísima!

—Pues qué, impía—replicaba Tragabatallones,—¿quieres que le ayude á bien morir cuando esté ya en el infierno?

Esta última parte la oyó al entrar en la sala el médico titular D. Francisco, jerezano de veinticinco años, cuyo retrato dejamos hecho en el cuarto del Rubito, modelo de actividad y conecedor tan profundo de su carrera, que á su corta edad era respetado por los sabios profesores de la Academia de Cádiz; tenía, como ya indicamos, un alma delicada, con todas las irradiaciones del bien; pero con el temple del acero para imponerse á cualquier agresión de la soberbia.

Sin pronunciar sílaba, se dirigió al cura, y cogiéndole por la muñeca cuya mano sostenía el Cristo, le dijo á media voz, pero con acento decidido:

—Ese hombre ha recibido ya todos los Sacramentos; los auxilios que ahora necesita son los míos, y soy yo quien ha de decir cuándo le son precisos los de V.

—Es que si yo llego á comprender...—replicó el presbítero.

—Es que—insistió el médico—si no sale usted de aquí por la buena, yo le haré á V. salir á...

Y deslizó la última palabra en el oído del P. Tragabatallones.

Este abandonó la sala, despidiendo inferna-

les llamaradas sus ojillos, de ordinario apagados, con los labios llenos de espuma, y gruñendo esta miserable venganza:

—Yo te haré salir del pueblo; esta misma noche escribo á Madrid.

Pensando así, se frotó las manos, volvió atrás, y asomando la cabeza á la habitación de la familia Flores, dijo ya con el tono hipócrita del que se juzga dueño del rayo:

—En la vivienda de señá Pepa espero. Ustedes avisarán en conciencia cuándo necesita los auxilios de la santa religión. ¡Ay del que tenga la responsabilidad de la eterna condenación de su alma!

D. Francisco se acercó á la cabecera del paciente, se inclinó hacia él, y tomándole el pulso le dijo en voz muy alta:

—Se ha vuelto loco el P. Tragabatallones.

El enfermo continuó con los ojos entornados y lanzando su incesante y aterrador quejido; su mano, sin embargo, tuvo conato de estrechar la de D. Francisco.

María de los Angeles y Dolores besaron á D. Victoriano y le dijeron frases de amor y de esperanza.

Señá Rita insistió entonces en que fueran á comer la hija y la madre.

—Sí, sí—dijo el doctor,—vayan VV. y que traigan esto de la botica—añadió escribiendo con lápiz en la hoja de una cartera una receta que entregó á señá Rita, deslizándolo con el papel un duro en su mano sin que lo notaran las otras mujeres.

—Ahora descansa—continuó D. Francisco —y quiero quedarme solo con él; yo les prometo á VV. —añadió muy bajo—llamarlas si ocurre alguna novedad.

María de los Angeles y Dolores salieron más tranquilas. ¿Había en sus inteligencias y en sus almas algún átomo de egoísmo? ¿Se alegraban de abandonar al enfermo, aunque sólo fuera por un rato y en manos de aquel médico sabio, de aquel hombre bueno?

Es posible; pero no pidamos al sér humano más de lo que el sér humano puede dar de sí.

D. Francisco encendió un cigarro y se sentó á la cabecera de la cama, apoyando la palma de su mano derecha en el dorso de la izquierda de D. Victoriano.

En el taller de su inteligencia se iban forjando estas ideas:

—No sabemos una palabra de esto. ¡Pobre familia! ¡Oh, no las abandonaré en trance tan fiero! ¡Quiera Dios que no se prolongue mucho la agonía de este desgraciado! ¿Lo reanimo con el carbón?... ¿Le doy el calmante?

Durante unos momentos miró al enfermo sin discurrir nada.

Por último pensó:

—Si el P. Tragabatallones asoma por la puerta sin que yo lo llame, le rompo la cabeza de un silletazo.

VII.

MARCELA Y BERNARDO.

La partida bautismal de la Marquesa de Villarana es más antigua que la Marquesa; se redactó aquélla en la parroquia de San Lorenzo, en Madrid, cuarenta y tres años há; pero al cumplir algunos menos la dama linajuda dijo al tiempo que podía seguir de largo, pues ella no gustaba de ir en compañía de sujeto tan descortés con las hembras; y para excusar estas explicaciones á los que duden de que ella sólo tiene treinta y nueve años y medio á lo sumo, no consiente que en su presencia se hable de edades, considerando tales pláticas burdas y de malísimo tono, dignas sólo de gentes de fogón y de pescante.

Marcela, que tal nombre tiene la Marquesa de Villarana, es una hermosura de primer orden: alta, de formas esculturales, porte distinguido, altivo más bien, pero con elegancia suma; cabeza gentil, erguida siempre, poblada de luengos y abundantes rizos, cuya negrura no interrumpe indiscreto ningún hilo de plata, y que contornean una frente peregrina; ojos bellos y radiantes, ricos en pestañas, entornados siempre por el orgullo; cara ovalada, albo y trasparente cutis, no arado por el surco más

leve; mórbida la garganta, túrgido el seno, y tan frescas las mejillas como si sus rosas contaran sólo allí veinte primaveras; los hechizos de su boca se confiesan sin tacha por todas las mujeres; en la feria de Sevilla campea por la pequeñez de su pie; y son, por último, sus manos de tal blancura, de tan dichoso modelado, tan suaves, tan secas, tan pulidas y tan perfumadas, que galbanizaría su contacto á una momia secular.

Sin embargo de ser tal portento de belleza, la Marquesa de Villarana conquista pocos afectos entre las gentes que la tratan: la combinación de aquellas cejas estiradas, de aquellos párpados superiores velando las pupilas bajo la presión de la vanidad, y de un gesto indefinible que imprime á la boca, da á su cara una expresión de conformidad impertinente, que puesta en letras diría:

—¡Cómo ha de ser! ¡Yo, la hermosa entre las hermosas, la noble entre las nobles, la rica entre las ricas, la impecable entre las impecables, soy también la mártir entre las mártires, puesto que me resigno á mirar, y aun á hablar y aun á socorrer á las criaturas humanas, sufriendo las flaquezas de tanto feo, de tanto plebeyo, de tanto pobre y de tanto pecador!

El timbre de su voz es desagradable. Gusta de oirse hablar y lo hace pausadamente y en campanudo estilo; posee un repertorio de frases sentenciosas, que rara vez aplica en sazón; su entendimiento es vulgarísimo, y goza con el arrullo de las lisonjas de los necesitados de que

procura rodearse con el propósito exclusivo de hacerlos, por un mendrugo de pan, ó por un billete de cincuenta pesetas, sus esclavos, ó sus cortesanos, según la madera de que proceden.

Marcela tiene dos hijos: Susana, diez y nueve años, encantadora y angelical criatura, y Julio, de veintitres, oficial de Artillería.

La Marquesa de Villarana ha encontrado la horma de su zapato: toda su arrogancia es débil junco ante la mirada de un hombre que se llama Bernardo, tahur de oficio: aquella mujer que no cree á la tierra digna de su planta, busca su ídolo en las últimas capas del vicio; bien es cierto que, despojadas de las exteriores formas, el sexo, la belleza plástica, el título, el frac, el landó, el palacio, etc., la esencia hipocresía, la esencia soberbia, la esencia holgazán, la esencia jugador de ventaja, y otras muchas esencias, son efectos de una misma causa: de la causa mal, de la causa sombra, de la causa ignorancia, de la causa fanatismo; y por ende, las concupiscencias que aquellas esencias producen, se buscan, y se comprenden, y se confunden, y de ellas es aún por desventura el imperio del mundo.

Esto, lector, no es una queja ni una protesta: yo sé bien que tal sucede porque no puede suceder aún de otro modo; este mundo es un establecimiento correccional, es un purgatorio donde, poco ó mucho, algó se purifica siempre el sér que con tal fin nace, y muchos desgraciados vienen á la tierra al amparo del dinero, de la autoridad, de la proeza del antepasado, por-



que de otro modo no tendrían condiciones de ingreso en la tierra, al menos entre los seres racionales.

Bernardo cuenta seis años menos que la Marquesa, es de buena presencia, moreno y sin más pelos en la cara que unas patillas de boca de hacha: para dar una idea cabal de su fisonomía, baste decir que en la clasificación de las caras, considerando á los hombres originarios de los animales, la de Bernardo, á pesar de sus grandes ojos negros y de su buena caja de dientes, tendría por progenitor un perro dogo.

Puede lucir escudo de armas, con un grifo en la cima del yelmo y calada la visera; este escudo figura en la piedra de la sortija, en el guardapelo que cuelga de la gran cadena de su reloj, en el papel y los sobres de cartas y en las tarjetas.

Bernardo es socio del Casino de Madrid, donde goza cierta celebridad; toda su ciencia se reduce á una porción de chascarrillos que sabe contar oportunamente y con donaire sumo; presta dinero á los exministros, á los generales y á los títulos de viso hasta que les habla de tú: estos conocimientos le han valido ser diputado y frecuentar la sociedad más aristocrática, en la cual sus truhanerías se refieren, bajo los auspicios de sus deudores, como rasgos felices de inventiva y se llaman «cosas de Bernardo;» es gran temerón, con mucha guindilla en la lengua para acorrallar á los inofensivos con los dardos del ridículo, haciendo las delicias de los circunstantes, y con habilidad pasmosa para re-

tirarse á tiempo cuando al tentar el vado nota que viene con fuerza la corriente; vive de la contrata, de la subvención, del expediente, de la credencial para Ultramar, del pego y de la Marquesa de Villarana; tiene los honores de jefe superior de administración civil y es hijo de Málaga.

Con tal eficacia domina Bernardo á su querida, que acostumbrada ella desde su niñez á pasar todos los veranos en el extranjero, á contar del año que conoció á Bernardo en Baden Baden, aun en vida de su esposo el ilustre marino, viene todos á la provincia de Cádiz, en cuya capital ha montado el ruletero, cerca de la plaza de Mina, un lujoso garito, con sucursales en otros pueblos de aquella provincia y de la de Sevilla, sin más fin que desbalijar á los tontos en las temporadas de feria y de baños, durante los meses de las flores, de los frutos y de las vendimias. Bernardo no se instala en Cádiz para dirigir personalmente las operaciones hasta fines de junio.

Desde que la Marquesa veranea en la provincia de Cádiz, una temporada ha vivido en una pintoresca villa de la sierra, Bornos, por exigirlo la falta de salud de su hija Susana: en ese pueblo conoció la Marquesa y tomó de costureras á Dolores y á su hija, y allí empezaron los amorosos idilios entre Julio y María de los Ángeles: los demás años, hasta tres que lleva sin traspasar la frontera de España, los ha pasado Marcela en el puerto de Rota, no ya porque son realmente aquellos magníficos baños

mejores que los del Puerto, Puerto Real, Chionona, Cádiz y Sanlúcar, sino porque si bien no tiene á su amante tan á pasto como si viviera en Cádiz, no deja de ir á visitarla á menudo, y así están contentos los dos: ella porque hace transigir á su amor con su soberbia, que se rebela ante la idea de que en la perla del Océano, donde no están familiarizados con la idea de que Marcela tiene un palacio, y un título, y una grandeza de España y 60.000 duros de renta, más bien que por la Marquesa de Villarana la conocieran por «la querida del tahir madrileño,» y él se alegra también de que no mire tan de cerca y en tan reducido círculo su desvengüenza aquella hermosa mina que tiene en explotación, por si en un momento de pudor pudiera ocultarle para siempre los filones.

VIII.

LAS VECINAS CHISMEAN Y EL ENFERMO
ESPIRA.

Cerca de las siete de la tarde continuaba el médico D. Francisco sentado junto á la cama del paciente, sin más luz que la escasa á que daban paso las hojas entornadas de la puerta, ni más acompañante que el genio del dolor que allí se cernía batiendo sus alas negras.

La respiración de D. Victoriano era cada vez más difícil. El ¡ay! más agudo hasta entonces unas veces y otras más desfallecido, iba reduciéndose á un débil sonido de garganta; la parálisis de los músculos bronquiales sobrevenía; el estertor iba á comenzar muy pronto.

—Me voy á quedar á oscuras—pensó el médico, y se levantó; fué de puntillas al rincón del pie de la sala, cogió el velón por el asa, y haciendo subir por la varilla la tapa del vaso de metal, que tiene cuatro mecheros y donde se deposita el aceite, murmuró al verlo vacío: «ni gota,» y lo dejó en el suelo.

Cuando D. Francisco volvió á la cabecera comenzaba el estertor del moribundo, que de vez en cuando arrojaba lejos de sí la colcha, tapándolo en seguida el médico y diciéndole al oído en voz alta frases de esperanza y de consuelo, como si la madre del enfermo hablara por su lengua y accionara con sus manos.

D. Francisco salió al patio, y dándole dos reales á un chico, hijo de una vecina,

—Llégate á escape—le dijo—al almacén, tráeme una vela y quédate con la vuelta.

Hízolo así el muchacho, y el doctor entró en la habitación, encendió la bujía y la introdujo en el cuello de una botella, que colocó en el suelo. La combinación de la penumbra del día y de la luz artificial daba á aquella vivienda un colorido siniestro y un tinte espantoso al cadavérico rostro del padre de María de los Angeles.

El hervidero acompasado de la garganta de

éste no era muy ruidoso é iba cediendo poco á poco, aumentando más cada vez los intervalos de la respiración; tan largo fué uno de ellos, que el médico se levantó de la silla y se aproximó al enfermo; pero haciendo éste en aquel momento una fuerte inspiración, continuó su agonía: los lazos que unen á la materia con el alma se desataban rápidamente; los flúidos abandonaban los nervios y por la sangre se iban replegando al espíritu; la desencarnación era ya casi completa.

D. Francisco pulsó al enfermo y golpeándole suavemente, como si se despidiera, la fría y descarnada mano, salió al patio sonriendo tristemente y murmurando:

—Ya puede entrar el P. Tragabatallones.

Efectivamente, poco después, el cura voceaba á la cabecera del que iba á espirar; pero voceaba desafortadamente, como si tratara de vengarse así del enfermo, de señá Rita, de María de los Ángeles y del médico.

Éste, sentado en el patio, junto á las matas de suspiros, fumaba un cigarro puro y discurría sobre el tránsito de esta á la otra vida, viendo perderse las espirales de humo en el espacio y contemplando algunas estrellas que comenzaban á transparentarse en la bóveda celeste.

Un hombre de treinta á treinta y cinco años, alto, muy delgado, con los ojos resguardados por las bovedillas de cristales azules de unos espejuelos y la barba rubia corrida, entró en el patio. Era D. Joaquín, el médico titular

compañero de D. Francisco y notable por su ojo médico, por la bondad de su esencia y por lo brusco de su forma. Sin saludar á su colega le hizo con la cabeza una señal que significaba: «¿qué tal va esto?»

D. Francisco le señaló con la vista la habitación de la familia Flores como diciéndole: «oiga V. esa música.»

—Ya, ya—murmuró el recién llegado, y permaneció de pie atusándose el bigote.

—¿No ha venido nadie?—dijo.

—¿Quién ha de venir, si de aquí no hay nada que llevarse, sino que dejar si acaso?

Después de dos ó tres minutos de silencio, preguntó D. Francisco á D. Joaquín señalándole la techumbre azul:

—Diga V., compañero; en ese concierto de mundo y de soles, ¿dónde estará el infierno?

—Lo ignoro—respondió D. Joaquín.—Quien sabe de eso es el P. Tragabatallones.

La vivienda de señá Rita estaba casi á oscuras: en el umbral, la abuela de Bartolo y otras dos mujeres vecinas de la casa de enfrente, vestidas con trajes de coco y con los pañolones caídos sobre los hombros, sentadas las tres en sillas bajas, cuchicheaban, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia Dolores y María de los Angeles como si temiesen que llegara una sola frase á los oídos de éstas, que estaban sentadas también en el fondo de la sala, junto á la puerta de la alcoba: la madre no lloraba; tenía la vista clavada en la pared, grandes ojeras, la respiración fatigosa y las

facciones contraídas; su dolor había llegado á la exaltación.

María de los Angeles, sentada en una silla más baja, apoyaba la frente en la falda de su madre, y vertía lágrimas abundantes.

Una de las veces que alzó la cabeza, dijo:

—Mamá, ¿habrá luz en nuestra sala?

—No sé—respondió Dolores.

—¿Tienes tres cuartos para mandar por media panilla de aceite?

—Ni un maravedí.

—Voy entonces—dijo María levantándose— á ver si...

—No, no, no; deja que se desate contra nosotras el infierno—exclamó Dolores, estrechando convulsivamente las manos de su hija y rechinando los dientes.

—¡Mamá, mamá, por Dios!—dijo María asustada.

Dolores lanzó un ¡ay! bronco y profundo, y rompió á llorar copiosamente.

—Vamos, D.^a Dolores, no se aflija V. así, que la Virgen del Carmen es muy buena—dijo señá Rita poniéndose de pie y acercándose á aquella desgraciada.

—¿Hay luz allá?—preguntó María de los Angeles.

—Sí, señora—respondió señá Rita;—yo fui á encender el velón y me encontré con que la sala estaba alumbrada por una vela.

—¿Cómo está?—dijo Dolores.

—Está—contestó señá Rita,—yo le diré á usted; allí está con su mercé D. Francisco, y le

pregunté cómo seguía, y D. Francisco me dijo de esta manera: «Como cuando una se duerme muy *descansá*, sin soñar en *ná*. Pues así.»

Dolores y María no contestaron.

Las esferas que abarcaban los radios de sus pensamientos estaban llenas de sombra: sin embargo, como no hay vida sin esperanza, en la oscuridad en que se hallaba envuelta la razón de Dolores, alguna vez se fingía esplendorosa y sonriente la forma de su hijo Victoriano, de cuyos labios creía escuchar estas frases: «No os aflijáis, la muerte es mejor vida; papá viene aquí á ayudarme á velar por vosotras;» y entre las nieblas que rodeaban la inteligencia de María, ésta, de rato en rato, veía surgir, rosadas y brillantes, unas después de otras, cinco letras, que juntas formaban el nombre de Julio.

Señá Rita volvió al lado de las vecinas, y en voz más baja les dijo:

—Yo lo que pienso hacer así que Nuestro Padre Jesús recoja su alma, es avisar á Tarugo, el sacristán de la Caridad, para que traiga el paño negro y los blandones; mandar hacer la caja al maestro Bucheli, y luego me voy á *cá* de la señá Marquesa á ver si su excelencia quiere hacer algo por sus costureras; y si no me da *ná*, esta noche le digo á la Virgen del Carmen: «Madre mía: mañana voy á pedirle veinte duros para los gastos del entierro á Isidoro, y quiero que cuando yo llegue estés junto á él para que le toques en el corazón y me diga que sí, que yo se lo pagaré cuando mi Bartolo venda la cebada.»

—Lo primero que tiene V. que hacer—dijo María Regla, la más muchacha y mejor parecida de las dos vecinas,—es llamar á los enterradores para que lo amortajen.

—Mujer ¡por Dios! ¿Qué estás diciendo?—exclamó señá Rita.—Yo, y nadie más que yo lo viste para ir al Campo Santo. ¿Tú sabes lo bien que lo ha hecho ese hombre con mi nieto?

—¿Y dejará la Marquesa de dar algo para el entierro?—advirtió Isabel, la otra vecina.

—Ya lo creo que dará—respondió señá Rita;—primero porque la Marquesa tiene buenas entrañas, y después...

—Hum, hum—murmuró María Regla;—qué sé yo, qué sé yo; la Marquesa no mira con buenos ojos á sus costureras, por lo que yo me sé.

—No sé nada de eso—dijo señá Rita.

—Yo sí—replicó Isabel.—Porque el señorito Julio, el niño de la Marquesa, le habla á María de los Angeles; por cierto que es una tontera de esa señora, porque todos sabemos en lo que vienen á parar los amores de un caballero, digo ¡y un militar! con una pobre.

—No tengas mala lengua, Isabel—le reprendió señá Rita;—esas costureras, esas pobres que ves tú ahí, tienen más tesón con el señorito Julio que otras de más campanillas; estas infelices se han criado en muy buenos pañales, hija mía, y la señorita María tiene más educación que muchas Duquesas.

—No es por eso; no es por eso—repuso María Regla.—Y calculen VV. si lo sabré yo cuando mi hermana Dolores está sirviendo allá;

la cosa es porque ese caballero, ese tal D. Bernardo, buen mozo, que viene muy á menudo de Cádiz á casa de la Marquesa y que es, vamos, amante de ella, se pirra por María de los Angeles y la ha perseguido mucho y ella lo ha despreciado siempre, y á la cuenta la Marquesa se ha enterado y caten VV. ahí.

—Bah, bah; esas deben ser habladurías—replicó señá Rita.

—Tanto es así—insistió María Regla,—que muchos días los ha pasado María de los Angeles en casa de la Marquesa regando la costura con sus ojos por las indirectas y las cosas que la señora decía; pero como las infelices no tienen que comer... Claro es que la Marquesa toma por pretexto el noviazgo del hijo, y por eso dice Isabel lo que dice; pero el Evangelio de la misa es lo que yo digo.

—Pues seis meses hace—manifestó señá Rita variando el sesgo de la conversación—que el señorito Julio no ve á la señorita María; pero ella le ha puesto antier cuatro letritas diciéndole que D. Victoriano se está muriendo, y cree que vendrá. Por cierto que cuando D. Julio estuvo aquí la última vez, las pobres estaban mejor, pues aunque la Marquesa no había venido de Madrid, no les faltaba trabajo, y como aún no tenían puesto al niño en el colegio, cobraban los 10 reales todos los días y vivían en un piso alto de la calle del Pozo del Consejo.

—¡Y qué ojeriza le tienen el señorito Julio y la señorita Susana á ese D. Bernardo!—observó Regla, sin dejar el tema de la murmuración.

—Jesús y cómo grita ese *maldesio* cura—exclamó Isabel.

Efectivamente, el P. Tragabatallones había redoblado sus gritos hasta un punto tal que los médicos se levantaron y entraron en la sala decididos á echarlo á la calle.

D. Victoriano acababa de espirar.

D. Joaquín le puso la mano sobre el corazón y dijo:

—Soltó el vestido viejo.

El cura gruñó una oración y sin saludar á los médicos se encaminó á la puerta.

D. Francisco cerró los párpados de aquella figura humana que dió albergue á D. Victoriano, y D. Joaquín le ató un pañuelo á la cabeza, pasándolo por debajo de la barba, para mantenerle la boca cerrada.

Al salir Tragabatallones al patio, con el rostro más hipócritamente compungido que le fué dado poner, echó á señá Rita, á María Regla y á Isabel una bendición que quería decir:

—Ya está en el otro mundo.

IX.

DUELO.

Echáronse á llorar las tres mujeres, y, levantándose, fueron junto á Dolores y María de los Angeles, quienes comprendiendo que su desdi-

cha se había consumado, mezclaron sus ayes del alma con los sentidos de señá Rita y los ruidosos de sus dos acompañantas y de las demás vecinas de la casa, que enteradas del suceso, también se pusieron á suspirar y á dar gritos según tradicional costumbre en tales casos, costumbres que conservan los gitanos en toda su extremosa pureza, hasta el punto de que entre ellos se emplea la frase más célebre que hago memoria de haber oído.

—Vamos á sentir.

Momentos después entraba D. Francisco en la habitación de señá Rita, seguido de D. Joaquín y diciendo á Dolores y á su hija:

—Vamos á ver, vamos á ver; esto ya era sabido hace tiempo; en buen hora lloren VV.; pero no hay que desesperarse; venturoso él que ya no sufre y puede hacer desde allá arriba lo que aquí no le permitía su mal: amparar á VV.

Dolores puso sus manos sobre los hombros de D. Francisco, y con un decaimiento profundo le dijo:

—¡Ay, D. Francisco, yo no puedo más! No es sólo la muerte, sino todo, todo; ya no tengo fuerzas; ya no cabe más hiel en mi corazón; deme V., por caridad, un narcótico que me haga descansar muchas horas y mejor todavía una eternidad; pero no, no, ¡hija de mi corazón!—rectificó estrechando sobre su pecho la cabeza de María de los Angeles.—¡Ay, D. Francisco, cómo pagaremos á V. lo bueno que es con nosotras!

—Muy fácilmente—respondió el doctor.—

Haciendo lo que yo mande. En primer lugar, tomando las dos una medicina que el nieto de señá Rita va á traer corriendo de la botica; en segundo, procurando serenarse; en tercero acostándose las dos aquí en la cama de señá Rita, que es bien ancha, y por último, no pensando en nada, en nada absolutamente, en la seguridad de que tienen VV. amigos que las quieren mucho y que lo arreglarán todo: conque á hacerlo ahora mismo—añadió golpeando cariñosamente el hombro de Dolores y estrechando la mano de María de los Angeles.

Estas se acostaron abrazadas á llorar sin testigos, y el médico salió al patio seguido de señá Rita y de su compañero D. Joaquín, que también había dirigido consoladoras frases á la viuda y á la huérfana; aquél extendió la receta, habló aparte y á media voz con señá Rita, poniendo en su mano una moneda de cinco duros, y diciendo «volveré pronto,» salió con su colega á la calle del Calvario.

Señá Rita lo acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—El Señor se lo pagará á V., que las pobrecitas son muy buenas y les hace mucha falta.

D. Francisco no tenía más recursos que los escasos que en aquel pueblo le proporcionaba su carrera.

María de los Angeles y su madre tomaron la medicina que trajo Bartolo de la botica, y bien por efecto de ésta, ó rendidas por el llanto y por tantos días sin descansar, se apoderó de ellas un sueño profundo.

La vieja entró en la sala de la familia Flores, seguida de su nieto; y venciendo la repugnancia de éste, llamándole *espantáiso*, y cobardón y *desagraesío*, ayudada por él vistió al cadáver un traje negro raído, que sacó del arca; luego se arrodilló, besó la mano yerta del difunto, rezó un Padre Nuestro, salió al patio, echó la llave á la puerta de la sala mortuoria, se lavó las manos en un cubo de aljofifar, se puso el pañolón, cogió una espuerta y la alcuza y se fué á la calle diciendo:

—Vamos á ver, Rita, cómo no se te olvida nada.

Y contando por los dedos, añadía:

—Tarugo el sacristán, para ponerlo de cuerpo presente; la caja; la gallina; la Marquesa; la Virgen del Carmen.

X.

LA PIEDAD DE MARCELA.

La mejor casa de la calle de la Vera-Cruz es la núm. 14: consta de dos pisos y azoteas con miradores (1) y torre. En la fachada luce tres balcones con montera de pizarra arriba, y tres ventanas con rejas salientes abajo.

(1) En Andalucía se llaman *miradores* las habitaciones que hay en las azoteas con ventanas á la calle.

Desde el ancho zaguán y á través de la cancela, se descubre el patio, enlosado de mármol, con arcadas sostenidas por columnas y con un hermoso aljibe.

Tiene la casa muchas alcobas, salas y gabinetes, habitaciones todas amplísimas, claras y altas de techo; comedores, con vistas al mar el del piso principal y al jardín el del bajo; un gran terrado al andar de aquél, cuadras, corrales, puerta falsa al paseo de las Almenas y cuantos desahogos son necesarios para vivir cómodamente.

Esta es la casa que ha alquilado á su dueño que reside en Jerez, y vive en Rota, los veranos, desde hace dos, la Excm.a Sra. D.^a Marcela de... Marquesa de Villarana por herencia paterna, con grandeza de España de primera clase y 60.000 duros de renta, viuda de un brillante jefe de la Armada y vecina de la corte, donde de ordinario habita en su palacio, situado en uno de los barrios más característicos del Madrid viejo.

La Marquesa se pasa el día en las frescas habitaciones bajas. En el piso superior le sirven sólo tres; todas con balcones á la calle, y dos de ellas con puerta á la ancha galería cuyas ventanas caen sobre el jardín; estas tres habitaciones están separadas por tabiques; pero dos de ellas se comunican por una puerta de cristales, y son, alcoba y oratorio la una, y tocador y *boudoir* la otra de Marcela. La tercera habitación es la alcoba y tocador de Susana.

He llamado *boudoir* á la sala de confianza de

la Marquesa, porque así la llama siempre Marcela; por cierto que las criadas roteñas no han podido digerir la palabra, y, cuando más se le acercan, se preguntan, v. gr., una á otra:

—Oye, Dolores, ¿has arreglao ya la alcoba y er bodrio de su excelencia?

También estaba dispuesto arriba otro cuarto, por si Julio, cumpliendo su promesa, llegaba de Sevilla, donde había permanecido seis meses sujeto por los servicios propios del cargo de habilitado del regimiento.

El decorado de la alcoba y gabinete de la Marquesa es híbrido de merced y de excelencia, de casa rica de pueblo y de palacio de la corte, pues á los muebles buenos de la casa alquilada, cuyo dueño es persona pudiente, se unen otros valiosísimos traídos de la coronada villa por la enamorada de Bernardo.

En la alcoba, frente á la puerta, está la cama, de palisandro, muy sencilla, con finísimas colgaduras de muselina y encaje y colcha de seda de color celeste bajo; las cortinas que separan las dos habitaciones son de cretona con dibujos de flores de matices delicados, recogidas en pliegues con alzapaños.

Hay á la derecha de la cama un reclinatorio de roble de un trabajo admirabilísimo, con su retablo en el cuerpo superior, en las hojas de cuyas puertas están tallados, en la una el pasaje de la Samaritana, y en la otra la cena de Emmaus: abiertas estas hojas se descubre, sobre un fondo acolchado con forro de raso celeste, un crucifijo de ébano y marfil, que es un prodigio

de arte; á la altura del Cristo, pende del techo de la alcoba una bonita lámpara de plata.

En el *boudoir* sólo hay notable un buró de palo-rosa, que es un mueble precioso; el tocador está vestido á la Pompadour, de cretona, compañera del cortinaje.

Al caer la tarde del día en que agonizaba el padre de María de los Angeles, la Marquesa de Villarana está en su sala de confianza, vestida con un traje de piqué gris perla, con bandas de cinta color de rosa, y luciendo por único adorno de sus negros rizos una encendida camelia; de sus diminutas y perfectas orejas no cuelgan pendientes, ni siquiera cubren sus agujeros dos piedras preciosas, según capricho de su amante. A uno de sus divinos dedos se ciñe un aro de oro con engaste de pequeños brillantes y rubíes.

Apenas penetra ya luz por los balcones, pero sí un fresco delicioso; sobre la mesa central de la sala hay dos macetas de porcelana, sirviendo de pedestales, la una á tres varas cuajadas de olorosos nardos rellenos, y la otra al tallo de una gardenia, que luce abiertas, y exhalando suavísima fragancia, multitud de sus blancas y sedosas flores; el retablo del reclinatorio está abierto y la lámpara encendida; la Marquesa, sentada en una ligera butaca de rejilla, tiene liado á una muñeca un rosario de piedra ónix engarzado en plata afilegranada, y en su elegante devocionario va leyendo la Letanía, rodeada de cinco ó seis mujeres sentadas en sillas bajas, y que con una canturía gangosa y monótona,

y prolongando mucho la *a*, repiten en coro:
oráaaa pro nobis.

Las mujeres que rodean á la Marquesa son: su doncella Consuelo, riojana, de nariz reman-gada y boca grande; pero en conjunto bonita, con muchas flores en la cabeza, bata de percal y las uñas limpias y aun pulidas; María Dolores, criada de cuerpo de casa, roteña, morena, baja, regordeta, con unos dientes blanquísimos y unos ojos verdosos, la cual se casará con un artillero de montaña, cuando éste cumpla; otra criada, también de Rota, llamada Manuela, rubia, graciosa, que está deshecha con el rezo, porque ella *le habla* á uno del campo, y éste quedó en venir á verla á las ocho, por la ventana de la salita del jardín; Engracia, la cocinera, asturiana, muy alta y huesosa, pero de facciones finas y simpática, y cuya habilidad en su oficio se comprenderá con decir que fué discípula y novia del mejor *maestro* que ha tenido Lhardy; y por último, dos viejas, la una corta de vista y larga de nariz, con los dientes superiores montando sobre el labio inferior, que ha conocido el terreno que pisa, y come todo el verano con estas frases, que dice con tono compungido:

—¡Ay, señá Marquesa; su excelencia es la *vinge* santísima que ha *venío* á Rota *pa* consuelo de *aflegíos*; *bendecía* sea su *arma*!

La otra es una infeliz ochentona, coja y encorvada, que se llama Juana, y es socorrida por la Marquesa por eficacísima recomendación del dueño de aquella casa.

Los gruñidos primero y los ladridos luego de un precioso galguito negro de finura ejemplar, que presenciaba el rezo sentado sobre el terciopelo azul de la tarima del reclinatorio, anunciaron que alguien se acercaba.

—¿Da V. E. permiso?—dijeron desde la galería.

—Adelante—respondió la Marquesa.

Un momento después entró señal Rita, saludando con el consabido «alabado sea Dios.»

—«Por siempre»—dijo la Marquesa, y continuó la Letanía, haciendo señal de que se aguardase á la abuela de Bartolo.

Ésta se hincó de rodillas, dió un suspiro muy fuerte, se persignó y luego tomó asiento en el suelo y parte en el coro.

La Marquesa, después del *virgo potens*, hizo una pausa y preguntó á la recién llegada:

—¿Sabe V. si ha entrado la góndola?

—Sí, Sra. Marquesa—contestó la vieja,—á la par de mí subía por la calle del Calvario.

Marcela prosiguió, y al llegar al *sedes sapientiae* volvió á preguntar á señal Rita:

—Vió V. si venía en ella un señor forastero?

—Sí, señora;—contestó aquélla,—solito venía su mercé, y se bajó en la plazoleta: es un caballero de barba negra y de muy buena presencia, sin ofender á *naide*.

—*Causa nostræ letitiæ*—añadió la Marquesa, y acelerando el rezo llegó pronto á los *agnus Dei*, acabados los cuales y con sorpresa del auditorio, pues la señora solía disparar después de la Letanía una granizada de Padre Nuestros

sobre la corte celestial, despidió á las criadas y á las dos viejas, y se quedó sola con señá Rita.

—¿Qué mala nueva me trae V.?—le preguntó.

—¡Ay, señorita, se murió D. Victoriano!

Marcela consagró al *don* una imperceptible sonrisa burlona.

—¡Pobre hombre!—murmuró, y cerrando los ojos comenzó un Padre Nuestro; pero interrumpiéndose, como quien ha partido de ligero, preguntó á señá Rita:

—Es decir, ¿recibió los auxilios espirituales? ¿Confesó? ¿Comulgó? ¿Fué oleado?

—Todo lo lleva encima, señorita, todo—respondió la buena anciana.

—Entonces recemos.—Y continuó el Padre Nuestro, repitiendo el *requiescat in pace* tres veces.

—Sea por el alma de D. Victoriano—añadió recargando un si es no es el don y dibujándose en sus labios de nuevo la diabólica sonrisa.

—¿Cómo están—preguntó—mis costureras?

Marcela dijo «mis costureras» con ese tono, mezcla de conmiseración y de desprecio, de que se impregnan las palabras cuando no puede contenerse el odio en el corazón y se escapan algunas emanaciones.

—Á las pobrecitas les ha cogido esta desgracia sin tener ni para poner un triste puchero.

—La verdad es—repuso la Marquesa—que tampoco tendrán mucha gana de comer.

—Pero están muertecitas de debilidad; la cara de la Srta. María, tan preciosa como es, Dios la bendiga, parece...

—Pues no faltaba más—la interrumpió Marcela, cuyos ojos se encendieron con el fuego de la venganza,—no faltaba más sino que en este trance tuviera cara de Pascua; y mire V., señá Rita—añadió,—V. no puede figurarse lo agobiada que estoy con tanto necesitado; es una cosa que no se comprende sino viéndolo; la campanilla no deja de sonar en todo el santo día, y todos vienen á pedir... en fin...

Si señá Rita hubiese tenido menos años y menos curtida la piel, el calor de la vergüenza que subió á su cabeza se hubiera trasparenteado en sus mejillas, tiñéndolas de color de grana: sintió además deseos de marcharse, y un punto de soberbia le subió del pecho á la punta de la lengua, y replicó á la ilustre dama, atreviéndose á interrumpirla:

—Pero, señorita, si yo venía sólo á contar á su mercé la desgracia y no á pedirle nada... porque... verá V. E.... D. Francisco ya me ha dado para que les haga un puchero con gallina y para que pongan de cuerpo presente al difunto... y...

—¿Quién es ese D. Francisco?

—El médico, señorita; el hombre más bueno de Rota; después de asistir de balde á D. Victoriano, á quien la Virgen del Carmen le dé la gloria, y de no apartarse de su vera mientras duró la agonía, sin soltarle la mano ni dejar de consolarlo...

—Y el sacerdote, ¿no estaba allí?—exclamó la Marquesa con inquietud.

—El sacerdote...—balbuceó señá Rita,—

también... también estaba allí el padre Tra... digo el padre cura, rezando. Pues, como iba diciendo, después de todo eso, D. Francisco, Dios se lo pague, me dió cinco duros y me dijo que llevara una *bebía* de la botica para las señoritas, y una gallina, y que avisara á la Caridad, á Manuel Tarugo, para que pusiese al difunto sobre el paño negro y entre los cuatro blandones: en fin, *pa toilito, pa toilito*; conque, señorita, que haya muchísima salú...

—Por lo visto—dijo la Marquesa con ironía, —discurre ese caballero que con cinco duros hay para gallinas, antiespasmódicos, paños mortuorios, cera y entierro: mucho es que no ha encargado á V. también que le mande decir unas misas y que le haga los funerales. ¡Válgame Dios, señor! ¡Válgame Dios!—Y dirigiéndose al buró y sacando doscientos reales, que cogió primero en oro y arrepiñtiéndose al momento los tomó en duros, y con un tono cuya traducción sería «dejémonos de tonteras,» siguió hablando de este modo:

—Tome V. este dinero, y lléveselo, de mi parte, á esas pobres costureras; y si no, no les diga V. nada; haga lo que sea menester, y que el bueno de D. Francisco conserve la ilusión de que por cien reales ha sido el redentor de los muertos y de los vivos de esa familia. Ea, y vaya V. con Dios—le dijo rápidamente y mudando de tono, al escuchar una voz varonil que preguntaba en los corredores: «¿Está dentro la señora Marquesa?»

La candorosa señá Rita tomó el dinero y

sintió remordimiento de la vergüenza, del deseo de irse y del destello de ira que subió á sus labios; y despidiéndose de la caritativa dama, se alejó con las pupilas relucientes de ternura.

La Marquesa entonces se dirigió rápidamente al reclinatorio, cerró las puertas del retablo, apagó la luz de la lámpara, se arregló los rizos con los dedos delante de un espejo, y llena de emoción, salió á la galería á recibir á Bernardo, que al acercarse á ella miró primero hacia atrás, y luego echó los brazos al cuello de su amada y aplicó los labios á su frente, depositando en ella un sonoro beso, seguido de estas palabras:

—¡Adiós, mujer! ¿No me dices nada?

—¡Vaya unos tres días! Entra, entra—le respondió Marcela.

Entraron en el *boudoir*, sólo iluminado por la tenue claridad de las estrellas y el resplandor de un farol, situado en la fachada de la calle, en la acera de enfrente: la habitación estaba llena de frescura y de perfume; la Marquesa colocó una silla en el balcón, y al ir á hacer lo mismo con otra, su amante la cogió de un brazo y suavemente la atrajo á un ancho diván, cuyo espaldar lo componían dos cojines, primorosamente bordados por María de los Angeles: sentóse á su lado, y estrechando entre sus manos las de Marcela, empezó á besarlas con efusión tanta, que aquélla las retiró diciéndole:

—Basta, loco, basta.

Y tiró del cordón de la campanilla.

Apareció Consuelo, y la señora le dió esta orden:

—No estoy en casa para nadie, para nadie absolutamente. ¿Lo entiendes? Si viene de la calle la señorita Susana, ya sabes.

—Está muy bien—dijo la criada, y se alejó. Nosotros, lector, si te parece, nos marcharemos también, sin perjuicio de volver luego.

XI.

LOS ZAPATOS ROTOS.

Dando el toque de ánimas la campana de San Roque, entraba por el arrecife del Puerto en el ejido de Rota una calesa rodada por un jaco negro de buena estampa, que repicaba los cascabeles de su collar al compás del trote.

Antoñillo, el más simpático de los mozos de la antigua casa de carruajes de alquiler de señor Canelo, sentado en la concha, llevaba en las manos las riendas y el látigo, y en vez de arrearlo, templaba ya los bríos del caballo, que venía cubierto de sudor y vomitando espuma.

Presintiendo Antoñillo una buena propina, había hecho correr al animal en una hora las dos leguas bobas que median entre la estación del ferrocarril del Puerto de Santa María y el cementerio de la villa de las calabazas y los tomates.

El viajero que ocupaba el asiento de la cale-

sa, que traía plegada la capota, era Julio, el hijo de la Marquesa de Villarana. De talla regular, buen cuerpo, marcial y fino porte, sin la más leve afectación, hermoso color, ojos negros y brillantes llenos de dulzura, del color de los ojos el cabello y el escaso bigote y unos labios de fuego tentados á la risa, que, al soltarse, descubrían una hermosa dentadura, tal era en 186... el teniente de Artillería del tercer regimiento á pie, Julio Villarana, madrileño ingerto de andaluz, inteligente, bueno, generoso, noble, bizarro; con todas las aristocracias de sus abuelos en la forma y todos los aromas de la democracia en el espíritu; con un imán irresistible de amante para las mujeres, de camarada para los hombres.

Vestía un traje de primavera de medio color salido del taller sevillano de Juan Cruz, á cuya tijera rinden homenaje las mejor afiladas de la corte, y la corbata sujeta al cuello por una sortija de oro mate, el calzado, los guantes, el hongo, el abrigo ligero que llevaba sobre el brazo izquierdo, el saco de mano de piel de Rusia, todo, hasta la maleta inglesa sujeta por el calesero con cuerdas á la zaga, era sencillo, bueno y elegante; tenía, en una palabra, ese atildamiento, ese perfume, ese encanto, que revelan en quien posee así las cosas un exquisito gusto, un feliz concepto de la belleza.

Al entrar por la calle del Calvario, el calesero, según costumbre, se bajó de la concha, y pasando á la cabeza del caballo, lo cogió de la brida.

—Para, Antonio—le dijo Julio al llegar á la mitad de la calle, y bajando de un salto al arrefice se dirigió á uno de los muchos campesinos que con los borricos por delante, ó montados en ellos, entraban en el pueblo de trabajar á jornal ó en sus haciendas, preguntándole:

—¿Me hace V. el favor de decirme cuál es la casa de señá Rita?

—So, buuurra—dijo el campero deteniendo al animal, que llevaba el serón cargado de canastas de damascos, y hablando á un mozo que estaba en mangas de camisa tomando el fresco en la calle, apoyado en el quicio de la puerta de su casa, le interrogó:

—*Bartoliyo*, ¿está ahí tu *mare?*

—*Zi jeñó, jeñó* Frasquito—contestó Bartolo.

—Aquí lo busca esta gente—añadió *jeñó* Frasquito, comprendiendo entre la gente al caballo y á la calesa.

—Gracias, amigo—repuso Julio.

—No hay por qué darlas, caballero; que haya *salú*—respondióle el campero, dando un varazo á la burra al tiempo de gritarle *jarre* y siguiendo su camino.

—Antoñillo—dijo Julio al calesero, pagándole dos duros del alquiler del carruaje y dándole otro de propina,—no quiero que entres sin mí por la calle de la Vera-Cruz, y tengo que hacer en esa casa no sé cuánto tiempo; la noche está deliciosa, ¿quieres aguardarme aquí?

—Vaya V. *descuidao*, padrino, que de aquí no me meneo yo, digo, hasta que usted salga.

—Pues toma una peseta más para que te

bebas cuatro cañas de vino en la tienda de enfrente.

Momentos después daba Julio á Bartolo las buenas noches, añadiéndole:

—¿Y tu abuela, muchacho?

—Ahí la tiene V. en esa sala—contestó Bartolo señalando á una de las puertas del patio.—Está velando á un muerto—agregó en voz baja,—pero no tiene V. más que decir «Rita,» que ella saldrá á la puerta.

La noche estaba clarísima. Julio avanzó por el empedrado patio recreando la vista en las matas de suspiros, cuyo verde follaje, que se destacaba sobre el fondo blanco de las paredes, aparecía cubierto de florecillas de varios colores, y se dirigió á la habitación que le había señalado Bartolo, delante de cuya puerta, que estaba de par en par, veíase, sobre el catre de tijera que tapaba un paño de bayeta negra ribeteado de cinta amarilla y apoyando la cabeza en una almohada, el cadáver de D. Victoriano, con las manos cruzadas y alumbrado por cuatro cirios que ardían con grandes pábilos en blandones de palo, muy sucios de chorreones de cera, y puestos en el suelo uno en cada esquina del fúnebre lecho. Señá Rita, sentada en una silla baja cerca del difunto, había inclinado la cabeza sobre el pecho y dormía teniendo cogidas sobre su falda, con el índice y el pulgar de cada mano, una cuenta del rosario.

Julio se detuvo en el umbral de la puerta, reconoció al punto en aquel cadáver el del padre

de su amada, y se nubló el júbilo de su rostro con la impresión de angustia que sintió su alma, y allí permaneció un rato, mudo y pensativo, fija la vista en el muerto.

Se explica lo profundo de la impresión que recibió Julio, sabiendo que el último cuadro que venía fresco en su memoria era el de un magnífico baile á que había asistido la noche antes en Sevilla, en casa de los Príncipes de Anglona, y que la esperanza que bordaba su imaginación por el camino, era la de que don Victoriano estuviera más aliviado y que María de los Angeles saliese á recibirlo bella y sonriente, á la puerta de la casa de señá Rita, que tendría un patio semejante, aunque más pobre, al de su madre, lleno de luz y de macetas de flores.

El contraste y el desencanto fueron terribles; pero ¡extraños misterios del alma! la causa principal de su pena no era el fallecimiento de D. Victoriano, ni el dolor natural de que estaría poseída María de los Angeles. Nada de eso. Lo que iba clavando más espinas en su corazón á medida que más lo miraba, era el calzado que tenía puesto el difunto: unos zapatos rotos; aquellas suelas descuadernadas y con un agujero una de las dos penetrante hasta descubrir el pie desnudo; aquel becerro gastado y sucio y descosido, por cuyas aberturas asomaban los dedos de color de tierra, esto era lo que inundaba de un dolor extraño aquel alma generosa.

Hubo un momento en que sintió vergüenza

de estar allí y deseo de irse; pero aquello duró un instante; no fué más que un punto de sombra que disiparon victoriosos la luz de su caridad y su amor inmenso á María de los Angeles.

Cuando al verdadero cariño se une siquiera un átomo de compasión, es aquél indestructible.

Su imaginación comenzó á urdir tela y á presentarle la alcoba de la excelente casa de pupilos donde él vivía en la Plaza Nueva, y en la cual, á la misma hora, la noche anterior se estaba vistiendo para ir á la suntuosa fiesta: en la luna del gran espejo de marco dorado se contemplaba él venturoso á la claridad de cuatro bujías rosadas, ricamente calzado y poniéndose los botoncitos de brillantes en la pechera de la camisa; junto á ese lienzo de ayer, veía hoy, en el estrecho del catre, demacrado y miserable, alumbrado por cuatro velas amarillas, aquel cadáver con los zapatos rotos.

Y eran éstos los que más le acongojaban, porque al discurrir sobre ellos, aparecía como consecuencia María de los Angeles sufriendo las torturas de la última miseria.

—Si tenía otros zapatos—reflexionaba,—bien; tal es el mundo; hay florecillas de campo y flores de estufa, grajos y ruisenores, cuarzo y diamante; si todos los nacidos fueran iguales en saber, sentir y poseer, no habría, sin variedad, belleza posible, ni vida, ni universo, ni nada. Pero, ¿y si no los tenía? La verdad es que si yo le hubiese visto puestos unos zapatos cualesquiera, los más groseros, pero al fin zapatos, no habría sentido remordimiento, ni esta

pena que me ahoga. El argumento de la imposible igualdad no me sirve, pues, para tranquilizarme: la cuestión no es que todos los zapatos sean iguales, sino que los haya zuecos, de piel de vaca, de cordobán, de tafilete; que haya escala que marque, en el primer grado, unos zapatos malos, muy malos, pero zapatos. Y los que tiene puestos ese infeliz no lo son; á lo sumo podremos llamarles el cero en la escala de los zapatos. Y donde el sér que está más delicado se calza así—prosiguió la devanadera de su imaginación,—también la comida estará á cero. No habrá faisanes trufados, ni pan de maíz, sino hambre. ¡María de los Angeles con hambre! ¡Dios mío, qué espanto!

Al llegar aquí, la excitación de su ánimo era terrible; su rostro estaba encendido; sus mejillas húmedas. Serenóse un momento y llamó á señá Rita, que al despertarse sobresaltada de soñar con los ángeles, diciendo: «qué,» «quién,» «qué se le ofrece á V.,» le preguntó Julio:

—Dígame V., buena mujer, ¿no tenía otros zapatos D. Victoriano?

Señá Rita se levantó de la silla, miró á Julio y pensando para sí: «¡qué buen ángel tiene en la cara!» respondióle:

—No tenía otros, señorito; no los tenía; no ha podido estrenar el pobrecito los que yo le mandé hacer al maestro Valiente, que, Dios se lo pague, por ser para quien eran, me llevaba la mitad.

—¿Y salía á la calle con esas suelas agujereadas un hombre enfermo?

—Yo le diré á V., señorito. Cuando salía su mercé, que ya era muy poco, le *emprestaba* unos zapatos mi nieto Bartolo.

—¿Dónde está María?...

—¡Ah! Pero V. es...

—Sí señora.

—¡La Virgen lo bendiga á V., que tan hermoso lo ha hecho! Una estampa de la madre.

—Muchas gracias; pero ¿dónde está María?

—Allí—dijo la vieja, señalando á la puerta de su sala.

Julio se encaminó hacia ella, y señalá Rita murmuró, despabilando con unas tijeras los cirios:

—¡Dios te lo pague, Madre mía del Carmen, que tan á tiempo lo has traído!

XII.

AMORES DIÁFANOS.

Las fuerzas interiores que hacen brotar el perfume de los cálices de las rosas y coronan de granos las espigas, se complacen quizá, cuando la ocasión se les presenta, endulzando hasta donde pueden las humanas amarguras y llevando el óbolo de su amor y de su gratitud á las almas buenas. Ocurrereme decir esto, porque el jazmín sembrado en un arriate, bajo una venta-

nilla alta de la alcoba de señá Rita, ha trepado por el muro hasta alcanzar los hierros y metido por ellos una de sus mejores ramas que perfuma la habitación, especie de incienso que la Naturaleza quema en aras de la santidad de aquella vieja: el refulgente disco de oro, poco después de trasmontar el horizonte, envía uno de sus rayos más puros á dar los buenos días por aquel ventanillo á señá Rita, que á esa hora ha levantado ya la cama de Bartolo, le ha ayudado á aparejar la burra y anda trajinando de aquí para allá; é igual atención que el padre del día guarda la madre de la noche. La en que sucedieron las cosas que vamos relatando, no bien se durmieron Dolores y María, comenzó la luna á entrar poquito á poco en la alcoba por entre las hojas del jazmín y deslizándose su blanca y suave luz por el espaldar de la cama, besó primero las frentes de la madre y de la hija, bañó luego sus rostros, é inundó, por último, todo el lecho que ocupaban aquellas infelices.

Tal acontecía cuando Julio, avanzando de puntillas por la sala, llegó á la puerta de la alcoba.

María de los Angeles apoyaba su cabeza gentil en la palma de su mano derecha y tenía el brazo izquierdo caído naturalmente sobre los pliegues de la falda oscura del vestido: dormía como se duerme á los veinte años: la respiración de Dolores era desigual y fatigosa.

Julio no se atrevió á despertar á su novia, que le pareció más llena de gracia y de hermosura que la María de los Angeles que él veía

diariamente en el espejo de su memoria durante los seis meses de ausencia. Al tornar á ver á su ídolo, sentía hondo remordimiento de haberle sido infiel en algunas ocasiones en la ciudad donde naciera y muriera—dejando tan malos ejemplos—D. Miguel de Mañara. Llamaba la atención de Julio, cómo á pesar de las noches que llevaría pasadas en vela, cómo en medio de aquella pobreza, resaltaban tanto la limpieza y la frescura en las carnes y el esmero en las ropas de aquella morena sin rival. Aunque el ángel del pudor presidía el sueño de su mejor hermana, una arruga del traje descubría su hechicero pie, calzado con una botina de becerro que, blanqueando por todas partes, se asemejaba á esas criaturas que se mueren de años sin haber tenido un dolor de cabeza; el vestido no tenía mancha ni rotura, mas por el codo estaba rozado y descubierta la urdimbre de la tela. Esta revista de policía fué rapidísima, porque las manos de la hija del difunto tenían un imán irresistible para los ojos y para los labios de Julio: aquellas manos que fueron motivo para que un pintor indiscreto hiciera las siguientes frases, que le costaron, con otro pretexto, ser despedido fríamente de casa de la Marquesa: «Las manos de ésta—decía el pintor—las concibió el Ticiano para sus mujeres sensuales, y las de Susana, Rafael para sus vírgenes; pero las de María de los Angeles son el arquetipo de manos de mujer, ideado por el Autor del Universo.»

El hijo de la Marquesa no pudo resistir mu-

cho tiempo al deseo de hablar con su novia, y dijo á media voz:

—Angeles.

Extremeci6se María, entreabrió los párpados retratando las pupilas un instante á Julio y torn6 á cerrarlos, modulando su boca una sonrisa.

Julio repiti6 más alto:

—Angeles mía.

Ésta se despert6 entonces con un movimiento convulsivo, y exclamando: «¡qué!» «¡qui6n!» mir6 fijamente á Julio, con la duda feliz pintada en el rostro, y poco á poco fu6 luego incorporándose, hasta que satisfecha de que no soñaba, salt6 rápida de la cama y cay6 en brazos de su bien, deshecha en llanto.

—No llores, gloria mía—dijo Julio oprimiendo blandamente sobre su pecho la cabeza de Angeles y rozando apenas con los labios sus cabellos.

Sac6 luego del bolsillo un riquísimo pañuelo marcado preciosamente con sedas de colores, con una A y una J enlazadas, y se lo di6 á María, suplicándole conmovido:

—No llores más.

María se enjug6 las lágrimas y quiso devolver el pañuelo á Julio, que lo retuvo en poder de ella, diciéndole:

—Lo traía, con otros, para tí.

Angeles irgui6 la cabeza, y como se abre paso un rayo de sol á través de la niebla, así un destello de alegría disip6 el dolor de su rostro, y mir6 fijamente á su amado un largo trecho, con los ojos llenos de infinita dulzura y

bañando sus labios la sonrisa del arrobamiento. Luego, como si disculpar quisiera esta tregua al llanto, este instante de inefable bien, exclamó:

—¡Hace seis meses que no te veía!

Sentáronse luego de manera que estuviesen desenfilados de las miradas de Dolores, si se despertaba, y estrechando Julio entre sus manos una de las de su amada, le habló así:

—Tú eres, Angeles mía, muy discreta, y debes conocer que la muerte de tu padre ha sido una felicidad para él, que sufría ¡infeliz! como un condenado.

—¿Cuándo saliste de Sevilla?—le preguntó María, queriendo mudar desde su origen una conversación, venero para ella de lágrimas que empañaban sus ojos ávidos de mirar el rostro de Julio.

—Salí—respondió éste—hoy por la tarde en el tren de las dos. Llegué al Puerto cerca de las seis, y después de tomar un bocado en Vista Alegre, monté en una calesa y aquí me tienes.

—Ya no vuelves á Sevilla, ¿es verdad, Julio mío?

—Por ahora no, porque los libramientos que traigo he de cobrarlos en la Tesorería de Cádiz, y espero, sobre la misma, nuevas consignaciones; de modo que vuelvo á vivir en mi pabellón y á venir á verte casi todas las tardes, pues los habilitados no hacemos otro servicio sino cobrar dinero y entregarlo en caja.

—¿Y Cristóbal?

—¿Mi asistente? Ha seguido para Cádiz con

el equipaje, y cuando yo llegue me tendrá el pabellón arreglado, la ropa limpia y la mesa puesta; pero hablemos de tí, gloria de mi vida... Esta casa es muy pobre... tu vestido está viejo... te encuentro muy delgada... tú no me decías la verdad cuando me asegurabas que ganaban ustedes con la aguja más que suficiente para vivir con modestia, pero con holgura: tú comes muy mal; tú pasas frío y tú no me quieres cuando nada me has dicho, dando lugar á que, al saberlo ahora, se me parta el corazón.

Los destellos de la bondad del alma de Julio brotaban febriles de su boca y centellaban fúlgidos en sus ojos.

—No me hables, por Dios, de eso, Julio mío; te lo pido en caridad—repuso María, y alisándole con sus dedos algunos cabellos que flotaban en su frente, añadió:—¿Te dura todavía el enfado aquél? Me fué imposible escribirte, créeme Julio de mi alma, créeme.

María de los Angeles aludía á una carta de Julio recibida por ella días atrás, y en la que su novio la increpaba con dureza por haber dejado de recibir un día carta suya.

El rostro del joven militar se puso como la grana, se cubrió rápidamente los ojos con las manos y contestó:

—Perdóname, Angeles, perdóname, soy un miserable; nunca se me ha ocurrido mandarte sellos de correo, y muchos días los cuatro cuartos empleados en el de mi carta harían aquí falta para pan, y tal vez el día que dejaste de escribirme... ¡qué horror! ¡qué impresión te

haría la dureza de mis frases, desfallecida de...

Julio no pudo concluir, y apoyando la frente en el seno de su encanto, lloraba como una criatura. María, oprimiendo con su boca la cabeza de Julio, le decía con angustia:

—¡Julio! ¡Julio! Por lo que más quieras en el mundo, por mí, te pido que no hablemos más de esto.

—Sí —replicó Julio,—hablaremos de otra cosa; pero es necesario que me prometas aceptar todo el bien que quiera yo haceros á tu madre y á ti, empezando por dar á tu padre decorosa sepultura y por compraros los lutos, y siguiendo por sacaros de esta casa. Júrame, por mi salud, que lo aceptarás.

—Sí, Julio, sí—dijo ella con amargura profundísima,—lo aceptaré porque me aterra pensar que esta miseria me robara también tu cariño; y luego, las que tantas limosnas hemos recibido de los extraños, cómo rechazaríamos...

Julio puso una mano sobre la boca de María y le cortó la palabra interrogándola:

—¿Vas á decir que mi ofrecimiento es una limosna?

—No, no; no iba á decir eso—respondió rápidamente María.—Iba á decir que el orgullo de no tomar, puede sostenerse mientras el agujón de la necesidad no hace sangre; pero cuando esto sucede, ¡ay! entonces no sólo se recibe sin pedir, sino que se pide.

—Bien, bien—replicó el hijo de la Marquesa, creciendo, á medida que más hablaba, los grados de su exaltación;—pero es que tú, al

recibir lo mío, no tienes que domeñar orgullo de ninguna clase, pues si tal te acontece, ó tú no has aprendido á leer en mi alma, ó es una ilusión tuya el cariño que dices tenerme. Yo soy quien vive de la limosna de tus miradas y de la limosna de tus palabras y de la limosna de los besos que me permites dar en esas mejillas, porque sabes cuánto es respetado por mí tu pudor; yo soy quien vive, porque tú me das la vida; y aun vivo poco, porque yo quisiera habitar siempre en tus ojos y no ver más luz que la de tus pupilas, y no respirar otro ambiente sino el que tú perfumas por donde pasas, y no escuchar más música que la de tu garganta, y no adorar más divinidad que tu alma, ni conocer otro universo sino el que limitan las irradiaciones de tu sér. Yo no puedo vivir donde tú no estás. ¿Qué hay donde tú no estás? Nada: tristeza, sombra, vacío.

Los dos amantes permanecieron mudos mirándose fijos algunos momentos.

—Yo, Julio mío, sólo te diré—expuso María rompiendo aquel amoroso éxtasis,—que agotadas mis fuerzas por tantos y tantos días sin hora clara, sólo tu recuerdo me alentaba, y si hubiera perdido esa esperanza, el exceso de sufrimiento ciega la razón, y, créeme, Julio, que yo tengo resolución para todo, no sé lo que habría sido de mí; pero por Dios, no te exaltes, que ya te he dicho que acepto, por ahora, cuanto quieras darme, arrojando todas las consecuencias. Vamos á hablar de cosas más gratas.

—Antes dime á qué consecuencias te refieres.

—Mira, Julio; prescindiendo de falsas modestias, yo, sin ser un prodigio de belleza, ni mucho menos, no soy tampoco fea, y la mujer que no es fea, pero sí pobre, no tiene hoy medio de acercarse al dinero, sin dejar la honra entre las uñas de la maledicencia.

Julio cogió la cabeza de María, y dejando apenas entre sus labios y los de ella el espacio preciso para que salieran las palabras, le dijo:

—Sí, bien mío, sí; hay un medio, y este medio, refiriéndonos á tí y á mí, es que tú lleves mi nombre y lo llevarás.

María se sonrió tristemente.

—Buenas noches nos dé Dios—interrumpió señalá Rita entrando con una luz.

—Lo que es V., señorita María—añadió,—ya no necesita *cuchará*, y á D.^a Dolores tampoco se la doy, que no hay mejor *meicina* que el sueño.

Dijo y se fué seguidamente dejando sobre la mesa la vela encendida que desde el cuello de una botella había servido de luminaria en el renacimiento de D. Victoriano á más dichosa existencia, y ahora ¡qué contraste! tal vez á su misma claridad se agitaba un alma entre aquellos dos enamorados, demandándoles un nicho en el inmenso panteón de la tierra.

XIII.

AMORES TURBIOS.

Bernardo llevaba más de dos horas de visita en casa de la Marquesa: ésta, temerosa del relente, había cerrado las puertas vidrieras del balcón y en la sala de confianza hacía bochorno: aquél, en mangas de camisa y con el chaleco desabotonado, se balanceaba en una mecedora, teniendo en la boca un sustancioso tabaco y cogiendo con las manos la parte superior de los palos curvos del espaldar del mueble. Marcela había dado también alguna suelta al cuerpo del vestido y descubría su garganta peregrina y el pecho hasta la línea del escote; sentada en el diván, apoyando en su mano izquierda la redonda barba y el mórbido brazo en un cojín, ponía en Bernardo sus miradas codiciosas; con la otra mano se echaba fresco con un pericón, procurando que algunas ondas de aire llegasen al rostro de su amante.

—Tú dispones—decía la Marquesa—de lo que es tuyo; no debes tener escrúpulo de tomar el dinero de unas manos que te pertenecen.

—Que debían pertenecerme—rectificó Bernardo.

—Vuelta á la canción de siempre.

—Ya lo creo; como que el camino de nues-

tra boda está para ti erizado de dificultades: primero tropezamos en el escollo del luto; ahora en el de los amores de Susana, y luego será en lo que el demonio quiera.

—Te he dicho y te repito que cuando Susana se case con el Vizconde de Casarejo seré tu esposa. Es particular esto, señor; tú mismo ¿no me has dado la razón otras veces?

—Pero ¿cuándo se decide ese ave fría de Vizconde?

—Pronto, Bernardo, muy pronto.

—Disculpas, nada más que disculpas. Es claro, la sangre azul se resiste...

—Ingrato y cien veces ingrato; eso me dices á mí que he sacrificado tanto en aras de la pasión que por ti siento, que si el esplendor de mis blasones no evaporase todas las manchas, habría ya perdido mi reputación.

Hubo un momento de pausa que interrumpió la Marquesa diciendo al jugador tímidamente:

—Bernardo, ¿voy por eso?

—Haz lo que quieras—respondió él después de hacer que lo pensaba un rato y como quien acepta un penoso sacrificio; pero añadiendo para sus adentros: «te resistes á la boda, ¿eh? ¿Puede más tu soberbia que tu sensualidad? Pues antes que tú «otro talla,» es necesario que yo diga «copo.»

Levantóse Marcela, se dirigió al buró de palo rosa y lo abrió diciendo:

—Ningún reparo, absolutamente ninguno, debes tener en recibir el dinero que yo te doy cuando lo necesitas, ni tienes que pagármelo

como has hecho otras veces: tú tomas lo que es tuyo, porque siéndolo yo, claro es que todo lo mío ha de serlo también; y esto—añadió agitando un fajo de billetes del Banco de Jerez que tenía en la mano,—esto es mío; mi caudal me pertenece por herencia de mis padres; la Marquesa de Villarana soy yo; mi pobre marido era...

—El rey consorte—continuó el tahir soltando una ruidosa carcajada.

—Sí, sí—asintió la Marquesa riendo á su vez,—porque quien reinaba eras tú—y luego añadió dando á Bernardo los billetes que tomó del fajo, que tornó á sujetar con una cinta elástica y á guardar en un secreto del buró:—Diez de á cuatro son cuarenta mil.

—¿Quieres recibo?—le preguntó Bernardo guardando el papel moneda en un bolsillo de la levita.

—Anda, tonto—contestó la Marquesa yendo á sentarse de nuevo al diván y dando de paso con sus pulidos dedos un tirón de una patilla del malagueño.

—Pues en pago de tomar yo el dinero, es preciso que tú no me mortifiques más con tus celos de la costurera.

—No me des motivo para ello—respondió la Marquesa rápidamente con la voz alterada y demudado el rostro;—no la mires, no le rondes la casa, no le escribas billetes amatorios; desiste, en una palabra, de hacerla tu querida y verás como no tengo celos.

—Bah, bah, bah; no digas desatinos, mujer;

una cosa es que yo le haya echado cuatro requiebros, algunas de las muchas veces que la he visto aquí cosiendo, de lo cual no debías haber tomado acta siquiera cuando te ha ido con el cuento alguna enredadora, porque al hacerlo se rebaja tu dignidad tratándose de una fregatriz, ó poco más, y otra son esas invenciones de ronda de calles y de cartas... ¡bonito soy yo para!... Y luego ¿qué importa á la gaya rosa, como dice no sé quién, que la abeja que liba la miel en su cáliz toque, al pasar, con sus alas, las hojas del lirio silvestre?

La furia de Marcela depuso sus filos en aras de la metáfora y su boca se tornó sonriente.

—Además—añadió Bernardo,—María de los Angeles por quien suspira es por tu hijo. A propósito, ¿cuándo viene Julio?

—Tal vez hoy; lo estamos esperando; por cierto que me mata á disgustos, no por esos amores, que al cabo más vale que tenga relaciones de cualquier clase con esa muchacha de medio pelo, si esto lo libra de las consecuencias de ir en busca de esas mujerzuelas que venden su decoro por un pedazo de pan, ó por una tira de raso.

—¿Sigue derrochando?

—Mucho; me gasta mucho; 14.000 reales le llevo dados en tres meses; amén de algunas cuentas suyas que he satisfecho; pero no es tampoco esa la causa de mi aflicción; lo que me desconsuela es que en carta que he recibido de un virtuoso padre de la Compañía, me dice que Julio no va los domingos á misa, que lee *La*

Discusión y que no ha confesado ni comulgado la Pascua última, habiéndole comprado por un duro la papeleta que me mandó, á un monaguillo de la catedral. Me asusta pensar que mi Julio queda apartarse de las santas creencias de sus mayores, y, aunque inmodestia sea, que no le sirva de ejemplo la religiosidad de su madre. Me moriría de pena si... ah, ¿sabes que hoy ha muerto el tío Victoriano?

—¿Quién es el tío Victoriano?

—El padre de la costurera.

—Vamos, sí, el viejo aquél tan macilento, que iba algunas tardes á la puerta de la botica hecho un Adán. Pues por allá nos espere muchos años.

—Buena ocasión se te presenta de hacer méritos á los ojos de la hija, brindándole tu protección en su orfandad, para costear el entierro y comprarle los lutos. Sin embargo, llegas tarde, pues según me ha dicho una vieja, vecina de la casa, se ha adelantado á hacerlo ese médico titular de tan mal genio.

—Sí, D. Francisco.

—Justo. Pues D. Francisco es el dueño del campo por cinco duros; ¿qué tal la niña, eh? Yo, sin embargo, he mandado á esas desgraciadas un puñado de duros para que salgan del mal paso. Dios me ha hecho así, y genio y figura...

—Eres un ángel, Marcela—dijo Bernardo levantándose y dando un beso en la frente á la madre de Julio.

—¡La señorita Susana! ¡La señorita Susana!
—gritó Consuelo desde la galería con la voz fa-

tigosa de quien ha subido de prisa una escalera.

—Bien, bien—contestó la Marquesa con mal humor, cubriéndose la garganta con una toquilla negra de encaje y arreglándose un poco el cabello.

Bernardo se levantó, se abrochó el chaleco, se puso la levita, abrió las vidrieras, tiró el cigarro y tornó á sentarse con la compostura de una visita de poca confianza.

Poco después entraba Susana, una rubia, tipo delicadísimo, de buena estatura, muy blanca y de color quebrado, con los ojos grandes, azules y expresivos, la nariz un poquito aguileña, finos y encendidos los labios, bonita la dentadura, las manos ideales, como dicho queda, los pies irreprochables, más delgada de rostro que de cuerpo, esbelta, graciosa y de singular elegancia.

Dió primero un beso á su madre, lanzando una mirada despreciativa al tahir, que permaneció sentado, y luego se dirigió á él y con una sonrisa artificial y una afectación y un tonillo meloso, cortesanos de pura raza, le preguntó, alargándole la mano:

—¿Cómo va, cómo va, señor viajero?

XIV.

LA GRATITUD DEL MUERTO.

A las diez de la noche del mismo día, el bronco martilleo que producían el rodar sobre los chinos las llantas de las ruedas de la calesa de Antonio, que bajaba por la plazoleta hacia la Cruz del Rompidillo para entrar en la calle de la Vera-Cruz, era el solo ruido que turbaba el silencio de aquellos lugares, eclipsando la claridad de la luna las escasas luces del alumbrado público, luces tan medrosas, que no salían más allá de los cristales de los faroles.

La calesa andaba muy despacio, dejándose ir, como diría Antonio, que iba fumándose un cigarro á la altura de las varas, y diez pasos detrás marchaban junto á la pared el médico don Francisco y Julio, tropezando éste algunas veces en aquel fatal empedrado, engolfados en la siguiente conversación:

—Agradezco á V. mucho, doctor, el interés que se ha tomado por esa pobre familia; desde hoy crea V. que soy su amigo de verdad; nada valgo, pero en lo que pueda serle útil, cuente usted conmigo.

—Usted no tiene que darme gracias ningunas; en primer lugar, porque yo no lo he hecho por V., y en segundo, porque los dignos de

agradecimiento son los sacrificios, no las satisfacciones; por lo demás, yo estimo en mucho su amistad y cuento también con la mía, que nunca la ofrezco en balde.

—Gracias, doctor, gracias. Como yo no conozco el pueblo y ya no puede perderse tiempo, quiero que me haga V. el favor de disponer todo lo preciso para el entierro

—Eso estaba ya hecho antes de saber yo que había V. venido.

—Entonces sólo deseo que diga V. á cuantos tengan que cobrar algo de esa familia que vengan á buscarme á casa, y también ruego á usted, doctor, que me dé la nota de sus honorarios.

—Usted me ha engañado al decirme que era mi amigo.

—¿Por qué?

—Porque quiere arrancarme el goce de hacer una buena obra, de contribuir desinteresadamente, con V., á sacar de este trance doloroso á esa viuda y á esa niña, á cuyo padre decía yo «amigo D. Victoriano.»

Julio no se hizo cargo de que el adverbio del desinterés llevaba un ligero tinte satírico y estrechó la mano del médico diciéndole:

—Usted perdone, no hay que hablar más de eso.

Así departían, cuando la calesa se paró delante del portal de la casa núm. 14 de la calle de la Vera-Cruz. Antoñillo se puso á desatar las cuerdas que sujetaban la maleta á la zaga, y el hijo de la Marquesa se despidió de don

Francisco y entró por el zaguán de su casa, precedido de la criada Dolores, que con alegres gritos anunciaba la llegada del señorito Julio.

Poco después resonaban en el patio los cariñosos besos cambiados entre la madre y el hijo, la hermana y el hermano. Algo más tarde, el enamorado de María de los Angeles estaba en la cama, pensando en las múltiples impresiones de las últimas veinticuatro horas, y poco después dormía y soñaba. Soñaba con el paño ribeteado de amarillo; con las cuatro velas encendidas, con grandes pábilos, echando humo negro; con el cadáver y con los zapatos rotos; pero ¡cosa singular! en sueños veía algo que no descubrieron sus ojos cuando se detuvo á la puerta de la sala mortuoria, y era que de aquel cuerpo rígido y helado surgían unos vapores tenues é incoloros, que se iban condensando y modelaban una figura humana, que adquirió al cabo vida en el rostro y colorido en las ropas; y aquella figura era la de D. Victoriano, que posaba en él sus miradas llenas de amor, al mismo tiempo que sus labios se movían formulando estas frases:

—¡Bendito seas, corazón generoso! ¡Ojalá pueda yo alfombrar de flores los senderos que hayan de recorrer tus pies por las asperezas de la vida!

XV.

LA HUERTA DE LA COSTILLA (1).

Está situada delante de la playa del mismo nombre, marcando el lindero unas lomas de arena erizadas de lentiscos. El frente perpendicular á éste, cercano al pueblo, lo forman las espaldas de unos caserones cuyas fachadas principales caen á una calle de la villa, cerrando el otro frente mayor, paralelo al primero, un vallado de tierra cuya cresta defienden con sus púas las palas de las higueras de tuna.

En este vallado hay un portillo que marcan dos pilares blanqueados, cuyas grandes escarpas demuestran que allí hubo robustas hojas de madera, en cuyos goznes encajaban aquéllas para el movimiento de la puerta.

Se sale por el portillo á un callejón, donde la arena le llega al tobillo al transeunte, y que conduce al pueblo, entrando por la plaza de San Roque y siguiendo por la calle del Almirante, que desemboca en la de la Vera-Cruz, frente á la casa de la Marquesa.

Algún tiempo después del entierro de don

(1) Véase la lámina.

Victoriano, María Jesús, la sobrina de señá Rita, cedió, por disposición de Julio, la casita de la huerta que lleva en arrendamiento á Dolores y á María de los Angeles, casa por el pie de cuya ventana con reja, abierta en el costado que mira al pueblo, pasa laatarjea por donde corre el agua del riego, extendiéndose delante el jardín, un reducido pedazo de tierra cercado de rome-ro y malva-rosa, en el que se alzan aquí y acullá los tallos de vistosas adelfas, mosquetas de olor, dalias y afamados claveles.

La casita de la huerta es de planta baja y tiene una habitación á la derecha, cuya es la ventana con reja; el comedor al frente con luz alta; la cocina á la izquierda; el vestíbulo empedrado, y la puerta mirando hacia el mar, que ocultan las lomas de arena, de las cuales dista la casa un buen trecho.

De la fachada arranca un sombrajo, hecho de macegones, palos y cañas, que es un arca de Noé. Allí los gatos duermen enroscados sobre los asientos de enea de las sillas bajas; los jilgueros y los verderones cantan en sus jaulas colgadas de clavos á uno y otro lado de la puerta; sobre el techo de la serie de cajoncitos que sirve de friso alto á la pared, los palomos, arrastrando los buches, giran airosos y arrullan en torno de las palomas; por las bocas de los nidos asoman, entre marañas de broza, las desnudas cabezas de los pichones y por el suelo cloquean dos ó tres gallinas seguidas de una porción de pollos, patos y pavos en miniatura, que van y vuelven sin cesar, piando siempre y

picoteándolo todo, del sombrero á la huerta y de la huerta al sombrero.

Decoran éste un gran montón de lustrosos pimientos verdes, seis ú ocho grandes calabazas, una mesa tosca baja, cántaros, silletas, aperos de labranza y otros efectos; á la salida del sombrero duerme extendida una perra grande y basta, blanca y negra, llamada «Curra» y que muerde: ya fuera del cobertizo gruñen los cerdos en la pocilga y asoman por cima de la valla de tablas que sirve de puerta sus hocicos de color de plomo.

Por el costado de la casa que mira al pueblo figuran, como llevamos dicho, la tajea, la ventana de María de los Angeles y el jardín, y por el otro tiene salida el sombrero á la huerta por junto á un montoncillo á que sirve de toldo un moral tan añoso, que lo conoció toda su vida tal como se halla hoy el tío Ramiro, padre de señá Rita, y el tío Ramiro murió, según dice su hija, de cuatro duros y doce reales: sobre aquel montecillo se alza la noria, al extremo de cuya percha va sujeta la jaca que, con los ojos vendados, da vueltas por la pista para que al girar la rueda, vacíen los cangilones el agua en la ancha alberca, cuyos cristales surcan innumerables peces de colores.

Una de las tardes más plácidas del estío, María de los Angeles, vestida de negro, recorría la huerta acompañada de Julio: en el rostro de María comenzaba á fructificar en sonrisas, carmines y resplandores, la semilla de la ausencia del ¡ay! de su padre, del regalo que daban á

sus oídos y á su alma los incesantes mimos de su adorado y del pan seguro. Para María de los Angeles, aquella huerta era el Paraíso: no había sido nunca tan feliz; sólo de noche, cuando se quedaba á solas con sus pensamientos, sentía dudas amargas y negros temores: «¿Qué solución—se preguntaba—iba á tener aquello? ¿Cuándo podría casarse Julio? ¿Cedería éste á la oposición segura de la Marquesa? Y entonces, ¿qué iba á ser de ella?» Al llegar aquí no discurría más y se encerraba en la fórmula: «Sea lo que tú quieras, Dios mío; pero ten compasión de mí.»

Aquella tarde María y Julio estaban viendo regar. El caño de agua, procedente de la noria y de la alberca, salía de la tajea y se destrenzaba en arroyos que corrían entre los caballones, que ora cierran canteros formados por las distintas eras de pimientos, lechugas, coliflores y berengenas, ó bien, paralelos unos á otros, se extienden por sus declives los liños de tomates y de calabazas, constituyendo nuevos canteros de estas hortalizas, coronando las crestas de los caballones los rábanos, los ajos, las cebollas y las nudosas cañas del maíz, cuyas hojas largas, estrechas y puntiagudas, sirven de envoltura á las mazorcas amarillas.

—Mira, Julio, mira—decía María de los Angeles;—cada mata de tomates tiene su chocita de cañas y broza, para que no la ofendan las heladas ni el Levante.

Bartolo llevaba unos días trabajando á jornal en la huerta arrendada por su tía María Jesús,

y sin más traje que unos calzoncillos hasta la rodilla, la camisa, un viejísimo sombrero, capacho más bien, con alas, y con la azada en la mano, iba abriendo y cerrando los portillos en los caballones y en las orillas de las eras, para dar entrada unas veces, ó contener otras, á la corriente cristalina.

Cuando concluído el riego iba Bartolo en busca de los otros trabajadores con la azada al hombro, se encontró con María de los Angeles y con Julio.

Este, al pasar, preguntó al jornalero, que dijo: «Buenas tardes, señorita y la compañía:»

—¿Se trabaja mucho, Bartolo?

XVI.

UN SOCIALISTA.

Julio tenía gran afición al estudio de la vida de los trabajadores de todas clases y condiciones; de los que, como él decía, producen todo cuanto es de necesidad y de regalo para la vida intelectual, artística y material; desde la camisa de bayeta hasta el gabán de ricas pieles, desde la borona de maíz hasta la trufa, desde la estera de pleita hasta el soberbio tapiz, desde el humilde jergón hasta el dorado lecho con colchones de pluma, y los telégrafos y las loco-

motoras; los que llenan los palacios de la industria, los que asombran, por último, á las generaciones con los prodigios del abecedario, de la paleta, del cincel, del buril, de la escuadra de nivel y del pentágrama.

Bartolo al escuchar la pregunta de Julio se detuvo, dejó la azada en el suelo, se quitó el sombrero con la mano derecha, se rascó la cabeza con la zurda, y contestó:

—Se trabaja, sí señor, se trabaja; desde que Dios echa sus luces, que ahora es á las cuatro, hasta el Ave María, que siempre lo vienen á tocar al *reor* de las ocho. Como en las oficinas de Madrid, poco más ó menos.

Julio dió una risotada, sacó la petaca y le ofreció un cigarro.

—Los jornaleros de Rota comen muy bien— advirtió María de los Angeles.

Bartolo se quedó un instante mirando, con ojos de asombro y labios sacados y entreabiertos, la petaca que llena de excelentes cigarros puros le presentaba Julio para que tomase uno; atrevióse por fin á hacerlo; alzó el codo derecho hasta la oreja, enristró los tres primeros dedos, movióse indeciso como ave de rapiña que se cierne sobre el redil, fué acercando los dedos poco á poco á los cigarros, cogió uno rápidamente, lo contempló un rato situándolo lejos de la vista como quien busca la mejor luz, y por fin se lo puso entre los dientes y sacó los avíos de encender, diciendo:

—Se estima, caballero; y en cuanto á lo que dice la señorita de que comemos bien los jor-

naleros de Rota, tiene razón; pero ¿sabe V. por qué? Porque aquí no hay grandes labores y la mayor parte de los pelantrines van también, los más de los días, á servir á un amo.

—¿Qué comen VV.?—le preguntó Julio.

—Nos desayunamos con pimientos *asaos*, ó gazpacho caliente, ó berengenas fritas, y luego á las tres la *comía*: la olla con *frijones*, acelgas, calabaza y tocino, y encima una tajada de sandía ó de melón, y luego por la noche media cuarta de queso de oveja y un racimo de uvas y todo el pan que se quiere. Pero fuera del término de Rota, en las grandes labores, el pan que nos dan es lo *mesmo* que carbón y el jornal escaso, porque como el administrador y el *aperaor* no son los dueños, lo que á ellos les interesa es quedarse con cuanto á mano les viene, y el jornalero que trabaja con tan escaso fruto, forzado por la necesidad, mientras da los menos golpes que puede con la azada, está diciendo que malditos sean el capataz, el amo y la cosecha; y la tierra, que es más ingrata que nadie con los que son ingratos con ella, no produce *ná* y así va ello (1).

—¿De modo—observó Julio, á quien iba extrañando el razonar de Bartolo,—que V. es de los que piden el reparto de tierras?

—Lo que queremos nosotros es, para que usted se entere, que así como ese ¿cómo se llama? ese que el P. Tragabatallones dice que era

(1) En gracia de la claridad, reformamos casi todo el lenguaje burdo en que decía esto Bartolo.

un pillo, y que hizo una ley para que las fincas que los frailes habían *acaparao* á cambio de boletines *pa entrá* en la gloria las desembucharan y se vendieran baratas y en buenas condiciones...

—Mendizábal.

—Pues así como Mendizábal, que era un sabio, hizo esa ley, queremos nosotros otra para que todos esos señores que se llaman dueños de dehesas y cortijos, usurpados ó regalados por los Ayuntamientos, y no tienen títulos ó los tienen falsos, y poseen algunos los términos totales de los pueblos, con agua y todo, y además le declaran al Gobierno la tercera parte de lo que disfrutaban para no pagar la contribución que les toca, suelten lo que no puedan acreditar que es suyo legítimamente, y esto se divida y se venda de tal manera, que los pobres tengan también algo; porque V. que sabe de letras, dígame: ¿quién es más malo? ¿el que tiene una dehesa con títulos falsos para comprarle moños á su querida, ó el que coge la escopeta y pide un duro, con dos bocas, para tapar las de sus hijos?

—Los dos son criminales—replicó Julio.

—Conforme; pero ¿cuál es peor? Además, queremos que esa ley le diga á los que tienen tierras, indemnizándoles por supuesto: tú no puedes poseer más que tantas aranzadas, porque si no, sería posible el caso de que un solo personaje fuera el amo de todo el suelo de Andalucía, y el día que á su mercé, disponiendo de su propiedad, que es *sagrá*, ¿no lo es?

—Así lo creo yo—asintió Julio.

—Le diese la gana—continuó Bartolo—de dejar la tierra baldía, nos moriríamos todos de hambre, como la sementera no cayese de las nubes. Desengáñese V., D. Julio, que para que en un término se labre bien la tierra, es necesario que en cada pedazo de ella haya uno al menos que tenga interés en lo que va á nacer, porque al jornalero lo que importa es ganar el jornal: en Rota, como raro es el jornalero que no sea también pegujalero, vea V. cómo aun siendo la tierra peor que en ninguna parte, porque es arena, los frutos tienen fama y hay hombre que va á trabajar á lo suyo *de madrugá*, vuelve al pueblo para ir á jornal y luego trabaja otra vez en lo suyo con la luna, y la gente trabajadora es la gente honrada, y aquí nadie pide limosna, ni deja de pagar, en verano, lo que toma *á la fia* en invierno. ¿Y si *tó* el término fuera de dos ó tres propietarios? Cá. Irían los hombres á trabajar lo menos que pudieran, y en vez de hacerlo en lo suyo con la luna, como no tenían nada, pedirían un duro prestado y se marcharían á una tienda á tomar medios vasitos de aguardiente.

—Todo eso está muy bueno—objetó Julio,—pero se hace la ley y luego cada pobre vende el pedazo de tierra que le dan y quedamos como antes.

—Claro es que lo que se da á un pobre, á no ser que sea como los hijos de este pueblo, que saben lo que vale la tierra, hay que hacerlo de modo que no pueda disponer de ello hasta que

lo pague con el sudor de su frente, y quién sabe si sería bien que de cierta cabida abajo no pudiera venderlo nunca: si V., *es un poner*, le da un reló de plata á uno que va por la calle muerto de hambre y descalzo de pie y pierna, es claro que lo primero que hace no es ver la hora, sino empeñarlo para comprar una *jogasa* de pan.

—Amigo Bartolo—dijo Julio sonriendo,—usted ha oído predicar mucho en el club y es internacionalista.

—Lo he sido, sí señor, y he dejado de serlo: lo que dice la Internacional es la verdad y la justicia y lo que debe ser; sólo que no puede ser eso en mucho tiempo, porque los pueblos no mudan de costumbres como yo de camisa; pero los carlinos jesuitas dirigen y engañan á los trabajadores con la verdad y los azuzan por medio de cuatro *viviores* de barbas largas y bigotes *erizaos* que *naide* los conoce, para que hagan muchas atrocidades; y si no, donde quiera que suceda, que *ajonde* la justicia y encontrará frailes en la cosa y así matan la libertad, y cuando mandan ellos ponen la Inquisición y *naide* chista.

—Algo hay de eso, querido Bartolo, algo hay de eso—exclamó Julio.

—Yo dejé la Internacional, convencido de eso, porque no quiero ser comparsa de los carlinos, que le dicen al obrero: mira, salta ese río, que de la banda de allá está el pan; y como el río es muy ancho, el trabajador, al saltar, cae en mitad de la corriente y se ahoga, y no lo dejan que vaya buscando los vados del derecho,

sino que á la fuerza ha de dar el salto: los jesuitas les dicen que tan malos son los moderados como la democracia, y así mandan siempre los primeros, con quienes ellos medran, y si viene la segunda la matan con las exageraciones por mano de los que debían ser sus primeros defensores. Así que haya muchos propietarios chicos de tierras, ellos se asociarán y sin derramar sangre, ni producir ruidos, ni miedos, la tierra dará de sí todo lo que pueda dar, que es cuatro veces lo que da hoy, y cada obrero recibirá el producto debido de su trabajo.

—Bien, amigo Bartolo, muy bien—aplaudió el hijo de la Marquesa,—y vengan esos cinco. Bartolo estrechó la mano del aristócrata.

—Yo soy—añadió—un campesino tosco; pero no hago caso del P. Tragabatallones, que dice que nosotros no hemos nacido para pensar en otra cosa sino en los aperos de la labranza, y yo creo, D. Julio, que para *argo* tengo yo *argo* dentro de la cabeza. Dice el P. Tragabatallones que lo de *Bienaventurados los mansos* lo dice la doctrina por los brutos, y que esa es la causa de que él se oponga á que los trabajadores vayamos á la escuela de hombres que abrió el maestro.

—De modo—concluyó Julio,—que Tragabatallones...

—Se va derecho á la gloria—dijo Bartolo, riendo hasta la última muela, echándose la azada al hombro y continuando su camino.

La pareja subió luego á la colina de arena á recrearse en el mar y en la hermosa playa de

la Costilla, donde á aquella hora escribió, años atrás, el autor de este libro el siguiente trozo de un romance ya publicado:

.....
 desde las costas roteñas,
 cuando el ocaso las aguas
 de rosadas tintas llena,
 en el azul horizonte
 de Cádiz nívea y esbelta
 cada cristal un sol finge
 de irisada refulgencia,
 y una tras otra á la playa
 las sonantes olas llegan,
 que se empinan, y montando
 por los cortes de las peñas,
 en cataratas de espuma
 hervorosas se destrenzan,
 y al desparramarse, trazan
 nevada cinta en la arena,
 cuyo ondulante contorno
 cada vez más se me acerca.

La playa estaba desierta, destacándose sólo, en la parte de arena mojada por la marea que subía, la siguiente caravana con rumbo á la villa: delante, una burra con su buche al lado y con la albarda y el serón encima, asomando por los cogujones matas de maíz medio cubiertas con un sayal; detrás, otro borrico con una carga de leña sobre el serón, y sentado sobre la carga un muchacho, y, por último, dos hombres con sombreros de capacha, blusas sueltas, azul la del uno y encarnada la del otro, los calzones remendados, y ambos descalzos, que andaban dando grandes zancadas, con los cuerpos echados hacia adelante, fumando y seguidos de un perrito.

XVII.

BARRUNTOS DE TEMPESTAD.

María de los Angeles y Julio entraron por el sombrero que estaba solitario, circunstancia que despertó en ambos el mismo pensamiento, que aceleró los latidos de su corazón, y volviéndose á la vez el uno hacia el otro, se tropezaron los labios de él con las mejillas de ella, se cambiaron á menos de media voz las frases «¿me quieres?» «más que á todo,» y se detuvieron allí unos deliciosos instantes, sin ser turbados más que por las pisadas y los revoloteos y los arrullos de los palomos al perseguir á las hembras sobre las techumbres de los nidos.

La casa, el sombrero, la noria y la alberca cierran una reducida plazoleta, donde estaban sentadas Dolores, María Jesús y señá Rita; las dos primeras tenían delante un canasto de ropa blanca recién lavada que estaban repasando; la abuela de Bartolo hacía calceta.

El sombrero tiene dos portillos, uno enfrente del otro y ambos inmediatos á la casa; por el primero, que luce colgadura de verdes pámpanos y entrelazados sarmientos, follaje de una parra que se extiende sobre el techo, se sale al jardín; y por el otro entraron en la plazoleta, diciendo Julio:

—Señá Rita, hoy se ha olvidado V. de la Virgen del Carmen.

—No lo permita Dios, señorito—contestó la vieja;—¿por qué dice V. eso?

—Porque se va á poner el sol y mientras V. llega allá son las ánimas.

—Me atrevo yo—dijo señá Rita muy ufana—á ir y volver dos veces antes de la oración.

Julio, al pasar junto á Dolores, le tomó cariñosamente la cara; ella le estrechó la mano reteniéndola un momento.

María Jesús se levantó y fué por tres sillas, que puso entre la alberca y la casa, junto á la pared, y allí se sentaron los dos enamorados, apoyando los pies, en contacto por supuesto uno de los de Julio con otro de los hechiceros de María, en uno de los palos de la silla vacante.

Dejó Julio el sombrero en el asiento de ella, inclinó el espaldar de la suya hasta apoyarlo en la pared, y rebosándole por los labios la dicha que inundaba su alma, dijo á su novia:

—¿Has visto nada más apacible que este campo y que este cielo?

En verdad era encantadora la caída de aquella tarde; el pedazo de cañaveral que hay junto á la noria se balanceaba, susurrando al manso impulso de la virazón, y reproducía su movable verdura en el espejo de la alberca, roto de vez en cuando por los pececillos que aparecían un instante para coger las moras que sobrenadaban caídas del árbol.

—Se ensancha el pecho respirando este aire

—dijo María de los Angeles agitándolo con el abanico.

La soledad de aquellas huertas debe estar llena de misterios: por allí vagarán, acaso envueltas en vapores blanquecinos que finjan airosos jaiques y flotantes alquiceles, sombras de moros y de moras que, notas discordantes aún en el gran concierto de las almas, acudan en alivio de sus congojas á los lugares donde vivieron dichosos, para recorrerlos en la callada noche, apareciéndose quizás, haciendo lanzar aullidos á los perros y cerrar los ojos y poner la cruz y picar la bestia huyendo del alma en pena, al labriego que pase á deshora por el callejón de las higueras de tuna.

—Escucha, Julio—dijo María de los Angeles, reanudando la conversación interrumpida por Bartolo:—te repito que es preciso que me dejes ir á coser á algunas casas, como lo hacía antes de agravarse mi padre (q. e. p. d.); hemos aceptado de tí mamá y yo los gastos del entierro, los lutos, la mudanza, los muebles, qué sé yo; aquí nos has consolado; nos has sacado de la miseria; nos has puesto en condiciones de vida; corona tu obra dejándome ir á trabajar.

—No continúes hablando de eso, porque me levanto y me voy—repuso Julio.

—Hijo mío, por Dios, óyeme: mamá está disgustada diciendo, y tiene razón, que lo honrado, lo que á tí mismo debe halagarte, es que mientras yo pueda ganar para comer pan y vestir un traje de coco, no admitamos nada de

ti: eso se recibe sólo de un esposo ó de un querido; tú no eres todavía lo primero, y ¿quieres dar lugar á que se suponga lo segundo?

—Si me quieres, no me martirices—exclamó Julio pasándose con violencia una mano por el rostro;—ya te he dicho que eso lo arreglaremos más adelante á gusto vuestro y mío, de tal manera que los tres quedemos contentos hasta que yo pueda casarme contigo.

—Bueno; sea como tú quieras—dijo María.

—¿Qué día vas á ir á retratarte á Cádiz?—le preguntó Julio.

—Deja que pase algún tiempo más de la muerte de mi padre, y si mamá no quiere venir, me acompañarán señá Rita y Bartolo.

—¿Por qué—observó Julio después de unos instantes mudos—no hemos de realizar nunca nuestras ilusiones? ¡A qué poca costa podía yo ser feliz! Con cuatro mil duros para poner el depósito cuando cumpla los veinticinco años, que será dentro de quince meses, y nada más que con cincuenta ó sesenta duros al mes sobre mi paga, viviría yo casado contigo sin anhelar mejor cielo. Ya ves tú qué le importaba á mi madre, que tanto tiene, darme los doce ó catorce mil reales anuales y aun los cuatro mil duros. Eso se lo gasta ella en cualquier capricho...

Al pronunciar la palabra «capricho,» pasó por su mente el recuerdo de Bernardo y le subió á la cabeza una ola de fuego.

Comprendiéndolo María, quiso variar la conversación diciendo:

—Me retrataré como á ti te gusto más; de

mantilla negra, con una rosa blanca entre los rizos, asomada á la ventana entre unas macetas y con el abanico abierto en la mano. ¡Verás qué bonita voy á estar! Pero guardarás el retrato, sin enseñarlo á nadie mientras yo esté de luto.

—María—exclamó Julio, con indignación creciente y sin hacer caso de lo que su amada le decía para disipar la nube;—yo voy á matar á ese miserable, que escupe todos los días en el sepulcro de mi honradísimo padre, y que quiere además, deshonorándote á tí, hacer trizas mi corazón; los hombres como ése han venido por un error á este mundo, en cuya sociedad no caben, y hay que perseguirlos y exterminarlos como á los perros rabiosos. ¿Sabes, bien mío, por qué procuro no reñir nunca con ese tahir sin decoro? Porque las primeras frases duras que se crucen entre nosotros son la señal de que yo lo mate, y si lo mato os pierdo á ti y á Susana, mis dos únicos amores sobre la tierra.

—No me contristes, por Dios, el corazón, Julio mío; escucha: en primer lugar, tú me has dicho muchas veces, y yo lo creo, que esos malvados son ciegos del alma, de los que ha de tenerse tanta compasión como de los ciegos de los ojos.

—Bueno—la interrumpió Julio,—pero entretanto...

—Además—siguió Angeles,—ese hombre no me persigue; en tu casa me dijo algunas veces cuatro tonterías, tal vez ignorando que yo te-

nía relaciones contigo; yo le contesté lo que debía y se concluyó.

—Eso es inexacto—replicó Julio;—él te ha escrito, él te ha rondado la casa, él te ha perseguido por las calles, él ha cometido hasta la villanía de mandarte una echadiza, y sé hasta lo que tú le respondiste.

—Te han engañado, Julio, te han engañado, y respecto á lo más grave que has dicho, yo estoy segura de que D. Bernardo se casará con tu mamá.

—Ya lo creo que querrá él casarse; y mi madre, según me han dicho, se propone darle gusto pronto; me asusta pensar que eso suceda; el remedio es mil veces peor que la infamia; pero ¿tú no sabes que ese hombre es un jugador de ventaja? Es decir, de peor condición ¡quién lo duda! que el más despreciable de los ladrones.

El sol acababa de ponerse, sucediendo al calor de aquella tarde bienhechora fresca. La sombra invadía el espacio, semejando el cielo á un fanal azul oscuro que limitaba los horizontes. Hacia Poniente, una zona encendida de color de grana se iba perdiendo en otra de ópalo, que se desvanecía en el tono general del firmamento, por el cual parecía que bajaban los luceros, al acentuarse, cada vez más, el brillo de sus fugitivas irradiaciones. Ya no se escuchaban músicas de pájaros; la última bandada de aviones había surcado el aire, rápida y en ruidosa algarabía, con rumbo al pueblo, y comenzaban á revolotear los murciélagos. En

medio de aquel reposo de la Naturaleza, se destacaban más en la huerta los varios tonos del pausado chirriar de la noria, el alegre rumor del agua que desciende al caz desde los canjilones y el son lejano de la rompiente del mar.

—María Jesús—dijo Julio á la arrendataria de la huerta, señalando á dos ó tres árboles que había á alguna distancia detrás de la alberca,—las gallinas se suben á las ramas á dormir; ¿no viene hoy el vaso de agua de despedida?

—Corriendo, señorito—contestó María Jesús, que era una mujer simpática de cincuenta años, de hermoso color y cara agradable, y que llevó á Julio y á María sobre un plato dos vasos limpiísimos empañados por la frescura del agua de la noria y una bandeja con panales.

—Muchas gracias, patrona—dijo Julio al concluir de beber, y sacando la petaca, dió á la arrendataria un cigarro puro, añadiendo:—Vaya para Patino.

Patino era el hortelano, marido de María Jesús.

Poco después se despedía Julio de todos y con especial afecto de Dolores, dirigiéndose luego al portillo acompañado de María de los Angeles.

Allí se despidieron muchas veces sin que ninguna quisiera ser la última, repitiendo ella en todas: «que vengas mañana muy temprano.» Cambiáronse al cabo el beso final, y tomó Julio por el callejón hacia San Roque, sin que los ojos de ella lo perdieran mientras estuvo visible, ni dejara él de volver la cabeza en tanto le

fué hacadero, pues con frecuencia tenía que pegarse corriendo al vallado, porque á aquella hora llegan muchas gentes del campo con las bestias cargadas, y como el piso es de arena, no se sienten los animales hasta que están encima, dando las voces de «*cu diao*,» «buenas noches, amigo,» «*jarre*,» los que vienen cantando aquellas cosas que cantaban los árabes, y que si bién las han modificado el idioma, el tiempo y las costumbres, no han perdido todavía el espíritu con que se engendraron.

XVIII.

SARAO ANDALUZ.

Los forasteros de campanillas y algunos de los entreverados que habían ido á Rota para tomar cómoda y seguramente, sobre un fondo limpísimo de arena, magníficos baños de ola, entre las piedras que azota el Océano al pie del paseo de las Almenas, se reunían por las noches á la puerta, ó en los salones bajos de la casa de la Marquesa, cuyo trato era encantador y daba siempre música, baile y dulces, en ocasiones sorbetes y versos, por extraordinario una sandía helada, y algunas veces Marcela solía designar, al despedirse sus tertulianos, uno ó dos de éstos para que la acompañaran á cenar la sabrosa pescadilla recién frita y el rico



gazpacho con nieve. No había, pues, falta posible á esta reunión, sino en caso de grave dolencia.

Muchas gentes de la vecindad, mientras la tertulia era á la puerta en ancho corro que ocupaba las losas y las piedras casi hasta la mitad de la calle, se situaban, de espectadores, en la acera de enfrente, y cuando las señoras y los señores entraban por el zaguán para ir á la sala, ya iluminada y con las vidrieras abiertas y las cortinas descorridas, se lanzaban aquéllos en tropel y con algazara á las ventanas, trepando los chiquillos por los hierros y ocupando lo bajo hombres y mujeres, formando una muralla de carne que irritaba á las damas del salón cuando entre aquella variedad de rostros aparecía uno de buen ver, que les robaba las miradas de los caballeros, muralla que escuchaba en silencio las sonatas de Beethoven y lanzaba murmullos de júbilo cuando las teclas preludiaban una petenera, despepitándose si comenzaba á cantar una boca de gracia la copla de malagueña que más tilín hacía á la señora de la casa:

Está la imagen que admiro
tan unida á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme la veo;

que se fijaba en las caras y en los cuerpos de los que bailaban lanceros, censurándolos ó encomiándolos en voz baja, y encontraba siempre guapos y graciosos á las y á los que moviendo con sandunga y con las castañuelas en

las manos, los brazos, los cuerpos y los pies, bailaban airosamente, ellas enfrente de ellos, al compás de aquella música que huele al azahar de *Las Delicias*, y una de cuyas coplas más conocidas empieza:

Tienen las sevillanas
en la mantilla ..

La más delicada melodía de Mendelsóhn solía ser interrumpida, ya por el vozarrón de un campero que prensado por las filas de atrás lo-graba, en flexión sobre los hombros más veci-nos, sacar el pecho fuera de la masa pública, rugiendo furioso al dar ensanche á los pulmo-nes: «¿queréis no *arrempujár*?» bien por el chi-quillo que agarrado como un mono á lo más alto de los hierros, le pegaba un codazo á otro granuja que le molestaba, y con los ojos como ascuas y á todo abrir la boca le decía con rabia: «*¿te quiés dí ya, hijo?*»

Entrando por la cancela en el patio, vense, en el corredor de la izquierda, unas puertas vi-drieras de paso á un salón que por su frente conduce al comedor y por su izquierda á la sala del piano, donde están las dos rejas á la calle.

En las habitaciones hace calor; pero un fres-co delicioso corre en el patio, cubierto, á la altura de la azotea, por un toldo de lienzo en cuyo centro campea una M y una V enlazadas, bajo una corona de Marqués, constituyendo el decorado elegantes mecedoras, sofás y sillas de rejilla de Viena, tiestos de albahaca y otros

donde se columpian flores más finas, los cuales rodean el brocal del aljibe, macetillas colgadas en la pared con dalias y azucenas en lechos de ramaje, lámparas y una preciosa colección de cuadros de género.

Los dos salones, esterados de junco, lucen en sus paredes, el interior, en marcos dorados de un metro de altura, lienzos con copias de los mejores cuadros de Murillo, y el que da á la calle, dos grandes espejos, sobre el piano el uno y en el muro fronterizo el otro. Del techo penden cordones de seda, y de éstos caprichosas jardinerías; visten las ventanas cortinas de cretona y en el resto del mueblaje reinan la sencillez y el buen gusto, y permítasenos el capricho de citar, por su antigüedad, el reloj que cubierto con un fanal está sobre la consola del salón de entrada y cuya caja cilíndrica, su raro coronamiento y el péndulo son dorados y están sostenidos por esbeltas columnas de mármol negro; y en la sala del piano, el retrato, al óleo, de medio cuerpo y tamaño natural, de una joven de veinte años, vestida de luto, morena, con hermosísimos ojos negros y tal expresión de bondad en el semblante, que por un razonamiento opuesto al que hicimos para Bernardo, tampoco debió tener condiciones de existencia entre el fango de este mundo.

La noche á que este capítulo se refiere y que dista algunos días de las escenas relatadas en el anterior, estaba muy pensativa la Marquesa de Villarana. Preocupaban á Marcela las relaciones de su hijo con María de los Angeles,

bajo dos fases opuestas: por una parte las veía con gusto, pero sólo quería que fuesen el pasatiempo de un caballero con la menestrala por él prostituída, y deseaba oír á Julio ufanarse de sus amoríos, como lo hiciera de tener un faetón muy cómodo ó de la finura de su podenco inglés; era, en una palabra, el anhelo de la Marquesa, que el capricho de Julio no trascendiese más allá de la hechicera forma de María de los Angeles; logrando así que fuese Julio valladar seguro entre Bernardo y la costurera, de quien tenía celos mortales, sin el temor de que, enamorándose de ésta, pudiera pensar en un matrimonio que eclipsara las luces de su brillante abolengo.

Julio tenía un corazón generoso, y en las ausencias de Bernardo, sentía por su madre sincero y natural cariño; pero cuando aquél estaba junto á Marcela, reverdecía en la memoria del joven militar, con tintas de fuego, el recuerdo de aquellos días en que, pased por medio de la alcoba donde su padre se agitaba en el lecho con el estertor de la muerte, decía galanteos á su madre aquella joya de la política y de la baraja, á quien él juzgaba entonces el más leal de los amigos de la casa; el recuerdo de que momentos antes de espirar el autor de sus días, al entrar él llorando en el gabinete, creyó haber visto deslizarse rápida una mano de su madre de entre las de Bernardo; pero fué la acción tan bien disimulada por la Marquesa, arreglándose los pliegues del vestido, y por el malagueño sacudiendo del pantalón la

ceniza del cigarro, que él mismo calificó duramente su sospecha.

Luego sus propios ojos y la indiscreción de una criada que lo fué de sus abuelos, despedida de la casa por la soberbia de Bernardo, demostraron á Julio que realmente mientras el alma de su padre dejaba el cuerpo, el ruletero tomaba entre sus manos una de las vaporosas de la Marquesa, la cual ha comenzado á vislumbrar, aunque no en toda su inmensidad y contrariando esto sobremanera su orgullo imponderable, la tormenta que ruge en el pecho de su primogénito, á quien sólo había juzgado hasta aquí como un chiquillo muy guapo, muy listo, muy gastador y que le daba muchos disgustos por su falta de puntualidad en el cumplimiento de las prácticas religiosas.

A las once llegó Julio á la puerta de su casa; las sillas estaban casi desiertas y las gentes de la vecindad apiñadas junto á las rejas, contrastando lo oscuro de la calle con la viva claridad que salía por entre las cabezas de las mujeres y de los hombres que pisaban el suelo y las piernas de los chiquillos que habían escalado los hierros.

Sólo quedaban sentados en la acera de la calle dos señores, de Jeréz el uno y de Chiclana el otro, que habían puesto, entre las dos butacas que ocupaban, un velador, y sobre éste, una botella de rico amontillado, de Bela y Nerini, con cuyo contenido iban remojando, sorbo á sorbo, las palabras con que disertaban sobre política y sobre mujeres. Sentóse Julio jun-

to á ellos, rióse mucho de sus donaires, bebió un par de copas, y haciéndose los tres de ojo, comenzaron á observar á las otras tres personas que se habían quedado rezagadas á la puerta: una mamá, que al amor del fresquito de la noche daba desafortados ronquidos, y dos enamorados que, pensando que nadie los miraba, mordían alternativamente, muy juntas las caras, el cabo de la misma rosa.

Cuando entró Julio en los salones, ofrecía en éstos un golpe de vista encantador la varia multitud de hermosuras de quince á cuarenta años: una niña, principianta, tocando al piano, por empeño de su indiscreta mamá, un estudio de media hora, había hecho languidecer la reunión; pero la presencia del hijo de la Marquesa animó de nuevo á las muchachas.

—¡Qué lástima de chico!—decía una jamaña.—¡Tan guapo, con tanto talento y tan brillante porvenir, enamorado de una cualquiera!

Una linda morena, de Sevilla, de voz algo ronca y estilo tan gitano (en la penúltima acepción del *Diccionario*) como su cara, interpeló por fin al joven artillero, diciéndole:

—Julio, la tertulia unánime desea oír unos versos de boca de V., que tan bien los dice.

—Con el mayor gusto lo haría—contestó aquél,—pero ya sabe V., saladísima Reyes, que yo no he hecho versos en mi vida.

—Es verdad; pero se sabe V. de memoria los más bonitos de Selgas: *Las dos camelias*, *La alondra*... vamos, diga V. los que más le gusten.

—Reyes, por Dios.

—Como esta noche no ha venido Narciso Campillo...

—Hijo mío—dijo la Marquesa,—ya que vienes á última hora, haz alguna gracia.

—Vamos allá. ¿Qué versos quiere V. que diga?

—Unos al frío—contestó una señora enorme, que sudaba á chorros en un rincón de la sala.

Esa frase fué la profecía de la magnífica composición á *El Invierno* (1), de Antonio Fernández Grilo.

XIX.

LA TEMPESTAD.

A las doce sólo quedaban en la sala del piano, Julio, golpeando con un dedo las teclas; Susana abriendo sobre la mesa del centro, con un cuchillo de nácar, las hojas del último libro del maestro de hacer novelas, Pedro A. de Alarcón, y sentados en el sofá la Marquesa y Bernardo, hablando en voz baja.

(1) Mi compadre Grilo escribió su magnífico *Invierno*, después de conocer éste y otros capítulos de *María de los Angeles*, para poder consolar á las señoras gruesas en las reuniones de verano.

Así permanecieron un rato, hasta que Julio preguntó:

—¿Cenamos, mamá?

Bernardo entendió la despedida y dijo:

—Su mamá de V. me ha honrado invitándome á tomar el gazpacho...

Aunque dejó la frase cortada, dió á la voz la inflexión precisa para que significase lo omitido: «y por eso no me voy.»

Julio calló y siguió tocando.

La Marquesa tiró del cordón de la campanilla y preguntó luego á la criada:

—¿Has traído al patio las mecedoras y las sillas que estaban en la calle?

—Sí, señora.

—Pues corre esas cortinas, llama á Domingo y servidnos la cena.

Dada esta orden, Marcela se puso de pie, y añadió dirigiéndose á Bernardo:

—Vamos al comedor.

Así lo hicieron, aceptando ella el brazo que su amante le ofreció.

Susana cerró el libro, se acercó á su hermano, le dió un beso, y apagando las velas del piano:

—Sea V. también galante—díjole—y deme el brazo, señor artillero.

En el frente paralelo á la puerta de entrada al comedor, hay una ventana con reja que adornan y perfuman las flores nacidas á su pie, en un pequeño pero delicioso jardín, cuyas cuatro paredes están tapizadas de enredaderas, y al cual se sale desde el comedor, bajando dos escalones, por una puerta que está al lado de la

ventana: en el frente derecho está el torno de comunicación con la cocina, y en el izquierdo el aparador tallado de roble, con la mesa redonda y los sillones.

Una lámpara pendiente del techo proyecta clarísima luz sobre el blanco mantel adamasado que cubre la mesa, en cuyo centro luce una primorosa canastilla de labores de madera, colmada, entre matas de hierba luisa, de grandes y lozanos capullos de rosas blancas y encarnadas: en dos fruteros de cristal con pie de plata y sobre anchas hojas de parra amarillean, en el uno, racimos de uvas moscateles, y forman pirámide, en el otro, los higos chorreando almíbar, llegados al anochecer de la huerta.

Julio tomó asiento frente á su madre, en cuyo sitio están bordadas en el mantel, con hilos de colores, una *M* y una *V* enlazadas bajo una corona; á la derecha de la Marquesa, Bernardo, y á la derecha de Julio, su hermana Susana.

Durante la cena giró la conversación sobre cosas indiferentes.

Julio esquivó, como de costumbre, el cambio de palabras con el jugador; sin embargo, suplida esta reserva por la animación de Susana, se hubieran levantado en paz de la mesa, á no haber cometido Marcela, cuando comenzó á servir el té, la indiscreción de ordenar á Domingo que se retirase y hablar á Julio de este modo:

—Ahora que estamos solos, pues Bernardo es como de la familia, quiero advertirte que ha

llamado la atención á todo el mundo que andes vestido de negro por la muerte...

—¿De quién?—preguntó Julio clavando en su madre la mirada.

—¡De quién ha de ser, hombre! Del padre de la costurera.

Julio, sin atreverse á responder ninguna de las muchas cosas que se le ocurrieron, sólo pronunció estas palabras:

—Efectivamente, la cosa es...

—Soberanamente ridícula, hijo mío—concluyó la Marquesa.

El tahúr se hizo cargo al punto de la situación difícilísima que había creado la imprudencia de Marcela, y aunque sin medir los grados de fuerza de la tempestad que sorda rugía en el pecho y en la cabeza de Julio, y que sólo se revelaba todavía en relámpagos de los ojos, formó su resolución de cooperar, aun arrostrando la furia de un rayo, al rompimiento que á sus intereses convenía entre la madre y el hijo.

Este buscó la manera de contestar á aquélla, culta y aun respetuosamente; pero de modo que sus frases envolvieran una sátira cruel.

—Sin embargo—replicó,—se dan casos de lutos llevados por personas que no son de la familia; recuerdo, entre otros, que V. lo llevó tres meses por la hermana de este caballero.

—¡Julio! ¡Julio! ¡por Dios!—exclamó la Marquesa.—En primer lugar, estás ofendiendo á Bernardo con la comparación; Mercedes era una señora que me honraba con su amistad fraternal.

—Y D. Victoriano era un...

—Cualquiera—le interrumpió su madre.

—Y D. Victoriano—repitió ya con la voz nublada Julio—era un caballero, padre de una señorita pobre á quien yo quiero con toda mi alma; de una niña tan dotada de discreción como de hermosura, y cuyo decoro está á prueba de cualquier bribón que intentara seducirla.

Julio recalcó la palabra «bribón,» mirando con descaro á Bernardo.

Este conoció que recibía los tiros de rebote, y abroquelándose más y más con su desvergüenza, preparó el discurso caballeresco con que, si las agresiones pasaban á mayores, había de cortar los vuelos al joven impetuoso.

—Bueno, bueno, bueno—dijo con profundo desdén la Marquesa.—La defensa es demasiado calurosa para esa... perendeca.

Julio pudo contenerse aún, á pesar de la sonrisa diabólica de Bernardo, y sólo contestó fingiendo reposo:

—No, mamá, no; María de los Angeles no es de la cantera de donde salen las... perendecas. María de los Angeles tiene su puesto entre la más encumbrada aristocracia de la virtud.

La ironía que vislumbró Marcela en las palabras de su hijo levantó el oleaje de su rabia, y dirigiéndosele con ademán violento exclamó:

—¡No me irrites! ¡No me desespere, Julio! ¡Virtud! ¡Virtud! ¡Qué virtud tendrán esas tías que, según me dicen vecinas de su casa, no van á misa la mayor parte de los días, ni hacen una novena y tienen escandalizado al clero de la villa, sin haberse confesado más que dos veces

desde que llegaron al pueblo! ¿Tengo ó no razón, Bernardo?

—¡Oh, ciertamente, ciertamente!—respondió con solemnidad el malagueño entornando los ojos y moviendo la cabeza en señal de asentimiento y adhesión.

—¿De modo que eso es la virtud?—interrogó Julio.

—¿Pues dónde, sino en nuestra santa religión, está la virtud?—repuso con exaltación Marcela.

—¿Qué has hecho de aquellas oraciones que yo te enseñaba besando tus mejillas y señalándote el Cielo cuando, sentado en la cuna apenas sabías balbucir las palabras? ¡Ay, Julio, Julio, vas por el camino de la perdición! La herejía de esa mujerzuela se infiltra en tu pecho, contribuyendo á ello la lectura de los diarios liberalescos, á los cuales me consta, ya lo sabes, me consta, que estás suscrito en Sevilla.

—María de los Angeles y su madre—contestó Julio en tono iracundo y alzando la voz—están siempre en la iglesia; su casa es un templo de la honradez, del amor purísimo y del trabajo; allí se atiende primero á la obligación que á la devoción; y V. comprenderá que con un enfermo grave y hambre diaria, no hay mucho tiempo para las devociones; y ¡Dios me libre de que María de los Angeles se vuelva beata! El día que tal sucediera, sí creería, sí tendría la evidencia de que su alma era una sentina de todos los vicios.

El espíritu de la Marquesa estaba negro de soberbia; sin embargo, la devoró en silencio

temerosa de la exaltación de Julio, y trató de poner fin á la cuestión con estas frases:

—Bien, bien, basta; pero hazme el favor de quitarte el luto, al menos mientras estés en mi casa, pues el pasatiempo con esa mujer no lo justifica.

—Mis relaciones con María de los Angeles no son un pasatiempo, mamá—dijo Julio.

—Pues no sé qué nombre tendrán: por una parte dices que no es tu querida; por otra, que no son un pasatiempo; difícil es entender eso.

—No, al contrario, facilísimo: María de los Angeles será mi mujer muy pronto.

—¡Tu mujer!—exclamó con asombro la Marquesa.

—Y yo espero—añadió Julio—que V. apruebe mi resolución y me facilite el dinero indispensable para poner el depósito.

—¡Tú sueñas, Julio!—replicó la Marquesa tornando á enfurecerse.—¡Yo consentir que mi hijo, que mi heredero se case con una cualquiera! ¡Yo, la Marquesa de Villarana, dos veces grande de España, aceptar por hija á mi costurera! Vamos, vamos, Julio, yo pensaba que esos amoríos y esos papeluchos que lees y las malas compañías te habían vuelto un tanto irreligioso y calavera; pero ahora veo que estás rematadamente loco.

—Los casamientos desiguales, mamá, son locuras cada vez más frecuentes; y sin buscar ejemplo más lejano, diez ú once meses hace del fallecimiento de papá y ya me han dicho que usted trata de contraer segundas nupcias.

—¡Y quién eres tú—interrumpió con altivez Marcela—para pedirme cuentas de mis propósitos! Yo soy la Marquesa de Villarana; yo soy la señora de mi casa, y de mi caudal, y de mis acciones; señora absoluta, absolutísima, y no consentiré que nadie, ¿lo entiendes bien? que nadie, directa ni indirectamente, ponga el más leve reparo á las decisiones de mi soberana voluntad.

—¡Libreme Dios, mamá—contestó Julio,—de meterme yo en eso! V. me ha entendido mal; yo iba á decir sólo, en mi defensa, que el esposo que la gente señala á V. no es tampoco de muy brillante prosapia, ni de muy limpios negocios.

—Si la indirecta es á mí—repuso con gran mesura Bernardo,—creo, Sr. D. Julio, que está usted haciéndose eco de una calumnia.

—Y si tú supones—añadió la Marquesa, ciega de cólera—que es Bernardo el esposo que elige mi libérrima voluntad, ya debías empezar á respetarlo como tal.

—Ciertamente; y así me evitaría la desagradable tarea de recabar yo mismo ese respeto que se me niega—dijo Bernardo mirando con insolencia á Julio.

No bien concluídas de pronunciar por aquél estas palabras, cuando Julio, después de contemplarlo un momento, atónito de que hubiera osado decirlas, roja la pupila, fulgurante la mirada, contraída la boca, pálido el rostro, encendidas las orejas, con un tono mezcla de indignación y de extrañeza, con frase lenta y alzándo-

se de la silla poco á poco, empezó á increparlo así:

—¿Usted sabe lo que ha dicho, Sr. don Ber...gante? ¿Respetar yo ¡yo! á V. ¡á V.! aun cuando me lo ordenara mi madre, aun cuando Dios me lo ordenara? ¿Respetar yo—añadió crispando los puños, con gesto despreciativo y con un acento en que había gritos de rabia y sollozos de desesperación;—respetar yo al gartero inmundo, al levanta-muertos, al ladrón que insultó traidora y cobardemente las venerables canas de mi padre? ¡Qué has dicho, miserable!—exclamó envuelta ya su razón por las nieblas del odio; y empuñando rápido un cuchillo de punta, con cabo de plata, que había sobre la mesa, derribó el sillón que tenía detrás y lanzóse fiero sobre Bernardo, que en balde se aprestó á la defensa, pues asiéndolo del cuello con la mano libre, alzó la que blandía el arma y le amagó resuelto el golpe derecho al corazón.

Desde que su hijo llamó bergante á Bernardo, Marcela empezó á gritar cada vez más recio: «¡Julio! ¡Julio! ¡Julio!»

A estas voces y á las del joven militar, acudieron en tropel por la puerta del jardín y por las vidrieras de paso á la sala, las criadas y los criados que estaban unos en la cocina y otros al fresco en el zaguán de entrada al jardín, y todos llegaron al comedor en el punto crítico en que decía Julio al tahir «que había insultado las canas de su padre.»

Susana, la niña rubia, impresionable como una sensitiva, llena de zozobra, apenas comen-

zaron á cambiarse las frases referentes á don Victoriano entre su hermano y su madre, y consternada desde que tomó Bernardo parte en la cuestión, cuando Julio se puso de pie, ella también lo hizo, y juntas las manos en ademán suplicante, como una dolorosa del pintor del cielo, decía, luchando el perfume de su alma con el humo negro de los genios de la discordia:

—¡Cállate, por la Virgen santa, Julio mío, cállate!

Para el jugador equivalió el ataque á echarse tallando una carta contraria y recibir el susto de encontrar mayor suma de la que se imaginó dentro de la cartera con que le apuntaron; sin embargo, cuando notó que la mano que tenía al cuello era la garra de un león, y que mientras pudiera él desasirse tenía el contrario tiempo para sepultar tres veces la hoja en su pecho, paró el golpe con la lengua diciendo:

—¡Va V. á asesinarme en su casa!

Con esta frase, antes dicha que pensada, coincidió la colocación pronta y valerosa, entre su hermano y Bernardo, de Susana, que alzando los brazos y agitando las manos ante los ojos de Julio, le decía:

—¡Hermano mío, hermano mío, que vas á cometer un crimen!

La Marquesa se aterró, como si el arma que Julio empuñaba fuese también á castigarla, y gritando: «¡socorro! ¡socorro!» andaba con los brazos extendidos de acá para allá.

Las voces de Marcela, las variedades del te-

rror que revelaban con sus actitudes y sus exclamaciones «¡Ay, Dios mío! ¡Jesús! ¡María Santísima! ¡Virgen del Carmen!» las mujeres, las oscilaciones violentas de la lámpara, que recibió un golpe al levantar Julio el brazo cuando cogió el cuchillo, y la inmovilidad de Domingo, del cochero y del lacayo, que no creyeron deber intervenir en la cuestión, mientras el señorito Julio, á quien todos los criados adoraban tanto como les era Bernardo repulsivo, no corriera peligro ni aun riesgo ninguno, daban tono y colorido al cuadro, que con facilidad suma pudo haber sido sangriento drama.

Susana fué el rayo de luz que alumbró un instante la razón de Julio, el cual, diciéndole «séparate, hija mía,» la desvió dulcemente, dejó sobre la mesa el cuchillo, soltó el cuello de Bernardo y dióle un golpe en el rostro con la mano vuelta, completando la acción con estas frases:

—Si conserva V., que lo dudo mucho, un resto de pudor, búsqieme pronto para que le haga el honor, que no se merece, de matarlo como á un caballero.

Entonces halló Bernardo la oportunidad de retirarse con algún lucimiento á los ojos de las señoras y de la servidumbre, y respondió:

—Para lo que yo no tengo valor es para dar escándalos en una casa respetable, delante de señoras; en otro sitio y en otra población iré á buscar á V., á fin de que me repita las ofensas que aquí me ha hecho.

Dijo, é inclinando la cabeza y abriéndose

paso entre los criados, salió del comedor afectando gravedad.

La soberbia y la cobardía son tan inseparables como el valor y la humildad: más aún; la cobardía es una fase de la soberbia, como la humildad lo es del valor: así es que cuando Marcela sacudió el miedo, al ver desarmado á Julio y en zancos á su amante, despertó en su alma la muestra más terrible de la ira, la humillación que las palabras de su hijo la hicieran sufrir delante de los criados, y revolviéndose furiosa, buscando la manera más terrible de castigar á Julio de las ofensas á ella y á su dueño inferidas, hermosa como Luzbel en el primer instante de rodar á los abismos de la sombra y cuando aún podía el tahir oír su venganza, le gritó á Julio:

—¡Sal de aquí, calumniador de tu madre: sal, infame, de esta casa: yo te arrojó de ella; yo te maldigo!

Las criadas se echaron á llorar; los criados movieron la cabeza hostilmente á la Marquesa, y Susana, diciendo con voz temblorosa: «¡Jesús! ¡no! ¡no!» se arrojó al cuello de su hermano é inundó su rostro de besos y de lágrimas.

Julio, mientras su madre repetía con salvaje rugido «¡sal, sal!» le contestó con dulzura:

—Yo no he querido ofender á V., mamá; el polvorín que vuela no sabe á quién mata; sólo sabe que le han aplicado una mecha encendida: en cuanto á la maldición, modá de otro tiempo, no la merezco. Dios lee en el fondo del alma; nadie lo engaña con palabras, ni con partes de

rosario, como la lisonja engaña á los poderosos de la tierra: esa maldición no caerá sobre mí; ha escupido V. al cielo.

La Marquesa, que interrumpió las frases de su hijo con las voces de «¡vete, vete!» comenzó á suspirar cuando oyó las últimas palabras, y cayó con una congoja en brazos de su doncella y de Susana, que acudieron á socorrerla.

Julio subió á su cuarto, cerró la puerta y se desplomó atolondrado en una butaca.



estuvo como la tierra antes a los peñales
de la tierra, esa inclinación se caen sobre mí
ha caído V. al cielo.
La historia que inventando las cosas de
su hijo con las cosas de - veic. v. de - como
a su vez cuando era las mismas palabras y
cayo con sus cosas en otras de se doctores
y de personas que se dio a secciones
esto es a su cargo, como la parte y se
deprimen notándose en sus partes.

LIBRO II

TRAMA

LIBRO II

TRAMA



XX.

EN LA AZOTEA.

SINTIENDO pesadez en los párpados, ruidos sordos en la cabeza, hiel en la boca y un calor sofocante; pensando en todo confusamente, sin fijarse en nada, permaneció Julio en la butaca, sin variar de postura, cerca de una hora, pasada la cual se levantó, abrió las puertas vidrieras de una ventana, vió una noche deliciosa, y se le ocurrió ir un rato, á fin de que el aire fresco despejara su cerebro y á formar su plan de conducta para el porvenir, á la azotea que tiene la casa al andar del piso principal, y cuya puerta de entrada está al fondo de la galería, en uno de cuyos frentes hay tres ventanas que caen al jardín, y en el otro dos puertas, la de la alcoba de Susana y la del tocador de la Marquesa.

Julio salió de puntillas de su cuarto, llegó á la oscura galería, observó que aun había luz en la alcoba de su madre, y alzando los paños de

cretona que cubrían la entrada á la azotea, abrió sin ruido la puerta, pasó, volvió á entornarla, y sintió un bienestar indefinible al espaciarse su espíritu en aquella magnífica soledad.

La luna estaba muy alta y bañada de luz en toda su redondez; el mar dormido; sólo en el espacio que hería el resplandor de nuestro satélite, semejándolo á una mancha de plata fundida en el extenso verde oscuro, rizaban las aguas levísimamente y sin rumor algunas ondas del viento de tierra; la azotea estaba llena de suave claridad.

Julio alzó los ojos al cielo, donde podían contarse las pocas estrellas que irradiaban en su inmensidad; nuestra vecina etérea las había eclipsado: de noche parece que los objetos acortan las distancias que los separan y que se agrupan, como si la ausencia del sol les infundiera miedo, y así, al tender la mirada por la curva de la gran bahía y en la prolongada colina de la costa, cuya dulce pendiente se disipa en el horizonte, divisaba las angostas veredas areniscas entre la negrura de las matas: á su derecha se amontonaban, más bajas que la azotea, seis ó siete casas de pobre aspecto: Julio veía una porción de tejados en que amarilleaba el verdín seco, palos para amarrar los cordeles donde se tiende la ropa, chimeneas, paredones con ventanillas, ojos de patio, pretiles, arranque de escalera, azoteíllas cubiertas de mazorcas y de cidras, y detrás de todo esto, la sombra mole ruinosa del que fué convento de la Merced, con su media naranja coronada por el

tradicional nido de las cigüeñas y en cuyos azulejos reflejaban vivamente los destellos del astro nocturno.

La marea estaba bajísima; una gran extensión de playa veíase desierta, percibiéndose el olor característico de las algas marinas; reinaba un gran silencio, sólo turbado á lo lejos por el ruido de la reventazón de las olas; dos ó tres gatos cruzaron los pretils y los terrados contiguos á la azotea, y al notar la presencia de Julio, clavaron en él las luciérnagas de sus ojos y se alejaron rápidamente; no había humedad, ni frío, ni calor; la colina de la costa se perdía, por el lado más cercano á la villa, entre los edificios, en sombra los unos y luciendo más los otros, en noche tan clara, el encalado de sus muros.

Después de contemplar algunos instantes las hermosuras de aquella noche serena y cuando sonaron pausadas las dos en el reloj del Ayuntamiento, comenzó á pasear á lo largo de la azotea haciendo dos escalas: una en el extremo que mira al mar, y otra en un costado, por donde el pretil cae al jardín que decora la ventana del comedor, y donde hay un pozo cubierto de hojarasca y de flores amarillentas: Julio, de pechos sobre el pretil, aspiraba con delicia el aroma de la madreSelva.

En una de las vueltas, y cuando no había comenzado aún á fijar sus pensamientos, se detuvo y sintió un terror vago. En uno de los viejos paredones del convento, del cual arranca un tejado, hay, sobre éste, cuatro huecos de venta-

na, cuya oscuridad resaltaba en el muro blanqueado por la luna. Julio se imaginó haber visto cruzar por los claros de uno á otro hueco una sombra, cuya silueta era la de su padre. En aquel punto vino á su memoria la escena del comedor y la maldición de su madre, y escuchando la voz de su conciencia que le repetía las frases evangélicas: «Bendice á los que te maldigan.»—Es mi padre quien me lo manda, pensó Julio, y sintiendo en el corazón gran congoja, se puso de rodillas, y apoyando las sienes en las manos y los codos en el pretil, que humedecía el gotear de su llanto, dijo, mirando al muro:

—¡Sí, padre de mi alma, yo te bendigo una y mil veces y á mi madre también; yo no juzgo á la que me albergó en sus entrañas; vela por ella, padre mío, desde esa región donde las ofensas que suben de la tierra se convierten en rayos de luz amorosa que reflejan en las frentes de ofendidos y ofensores: yo no debo acordarme siquiera de sus faltas; yo no las conozco; si algunas ha cometido, alumbrá, padre mío, su mente y llena de paz su corazón!

—Sin embargo—añadió levantándose,—yo saldré ahora de esta casa para no volver á traspasar sus umbrales en tanto que... Pero estoy dispuesto á pedirle perdón, no bien expulse de su lado, para siempre, á ese truhan. Ni la justicia divina, ni la humana, pueden exigir más de mí; una madre no tiene derecho á exigir de su hijo que transija con la afrenta.—Respecto á Bernardo... respecto á Bernardo... ¡desgracia-

do de él si viene á buscarme!... Y si él no me busca, le buscaré yo; porque yo no debo, andando ya en lenguas que lo sé todo, dejar de matarlo. Pero, ¡Dios mío! ¿Por qué descarga sobre mí esta horrible tormenta?

Después de un instante de no decir ni pensar nada, continuó Julio de este modo:

—Lo cierto es que yo he dado albergue en mi pecho á una pasión de odio y de venganza, y como toda mala pasión, sin dique, ni freno, se ha desbordado en el instante más inoportuno. ¿Iba yo á corregir algo con mis insultos á ese hombre? Al contrario. Añadir á la culpa el escándalo. Por otra parte, la provocación ha partido de él; me dijo que yo debía respetarlo; yo no tengo la prudencia de un santo; las condiciones sociales del mundo en que vivo no me lo consentirían tampoco: en esta sociedad cristiana, si yo presentase la otra mejilla al que me diera una bofetada, las gentes me escupirían al rostro; me desafiarían todos mis compañeros, disputándose mi vida, como si se tratara de un gran criminal; tendría, por último, que pedir la paz á la boca de mi revólver; el criterio moral de la sociedad en que vivo es hijo, en su mayor parte, de la soberbia, y hay que transigir con él ó pasar por vil. Así, pues, si mato á ese hombre, el Cielo me lo perdonará, ¿no es cierto, padre mío?—preguntó Julio, recorriendo con la mirada los claros de ventana á ventana, en el paredón del convento.

En esos lugares apacibles, no turbados por el ruido de las humanas mentiras, escuchando

el rumor de las olas no alteradas y rodeado de los dulcísimos misterios de la soledad, el hombre que medita siente descender á su cerebro, como invisible rocío, el raudal de la inspiración; y Julio notó que su cabeza se había despejado y que discurría con lucidez grande, y se imaginaba que su padre iba depositando en su espíritu estos conceptos que se confundían con su propio pensamiento:

—Nunca, nunca, nunca. Los que velamos por ti desde arriba no podemos ser cómplices de una maldad; sofoca la ira en tu pecho; sé humilde, y si hoy no tienes fuerzas para ello, sigue tu purgatorio y aprende; pero no quieras que la luz se mezcle con la sombra; te ayudaremos á llevar la cruz, aprovechando todos tus impulsos buenos, para darte consuelo por ellos y fortalecerte; pero el mal siempre será condenado por nosotros; no podemos dispensar ni un átomo de maldad; ese mundo lo es de purificación, y antes consiente la Providencia que apure un sér humano el cáliz de la amargura en su peregrinación por la tierra, que tener con él una complacencia que sea la más pequeña fuerza retardatriz de su progreso; permite el mal aparente y aun coopera á él cuando es preciso para el bien, como es precisa la voladura de una roca para abrir paso á la locomotora; os dará, si se los pedís, consuelos, auxilios; pero jamás lo que vosotros juzgáis grato, si conduce á la perdición, como vosotros os haríais sordos al llanto del hijo que os pidiera, como juguete, una pistola cargada; pues aún más sorda debe

hacerse la Providencia á vuestras peticiones viciosas, porque la pistola puede, ó no, dispararse, y aquéllas atrasan de seguro la purificación de vuestras almas, y retardan el camino á mejor existencia: la marcha del progreso no ha de ser ni un punto infinitesimal de tiempo más lenta de lo que sea posible acelerarla. Si matas á Bernardo, el castigo será inmediato á la falta; perderás tu libertad y tus amores, y desde aquí, el muerto será nube negra de venganza que se interponga entre la luz y tu razón; entre el amor y tu espíritu. La imprudencia de esta noche está torturándote el alma; la ruptura de relaciones con tu madre te deja sin recursos, y María de los Angeles...

—¡Ah!—continuó Julio, ya sin hacer caso de sombra, ni de inspiración, ni de nada más que de su amoroso extremo;—ahora que soy pobre me parece que la quiero más: al amor de antes, sumo el más colosal de todos, que es el amor de la compasión; me espanta la idea de que ella sufra; tanto, que concibo la necesidad de que exista el egoísmo en la tierra; la vida sería imposible para el que sintiese, por cuantos infelices conociera, la inmensa piedad que á mí me inspiran esas dos desdichadas; la fortaleza que para tanto se necesita es superior á la común de la raza humana. Yo necesito á todo trance dinero para llevármelas de aquí hasta que pueda casarme con ella. Y ¿á quién le pido ese dinero? No puedo acudir á ninguna persona bajo los auspicios de sus relaciones con mi madre; sería una estafa, no empezando por con-

tarle lo ocurrido esta noche; yo no tengo valor para eso, y probablemente esas personas le darían la razón á mi madre, entre otras cosas; por tener así un pretexto honroso para negarme lo que les pidiera. No encuentro más que dos caminos, malos, muy malos; pero no hay otros: la usura y el juego: acudir de nuevo á uno de esos ladrones mansos que prestan al ciento por ciento, y buscar después la suerte en el azar; yo creo que la Providencia me favorecerá; hay que sacar agua de una roca, por tosca y áspera que sea; hay que sacar oro de esas dos maldades, porque ese oro va á servir para una obra buena. Sí, sí, y en llevándome á mi Angeles y á su madre, no más lujo, no más Casino, no más... Me consagraré al estudio, al servicio y á aprender á trabajar para ganar dinero, ya que en estas carreras sólo se aprende á derrocharlo. Sí, sí, sí; eso, eso, eso es—repetía frotándose las manos andando de prisa y cincelando con la imaginación el perfil del prestamista y las casillas de la ruleta.

Lleno de amoroso entusiasmo, aceptando como buenas cuantas ilusiones halagüeñas se forjaba, creía, como todos creemos muchas veces, engañar á la Providencia, y no dió vado á las ondas etéreas, que hacían vagar en torno de su razón estas palabras:

—No tienes fe en el bien, ni valor para realizarlo, y pones la esperanza en el mal: no esperes ayuda por ese camino.

XXI.

EL SERENO.

Aún estaba Julio en la azotea, cuando la Marquesa, seguida de su doncella Consuelo, salió muy despacio de su dormitorio, calzados los donosos pies con unas chinelas de brocado y procurando contener el rumor de la falda del vestido: se detuvo un momento á la puerta de la alcoba de Susana y aplicó el oído á la abertura que dejaban las hojas de cristales, hasta que percibiendo la tranquila respiración del sueño de un ángel, se dirigió al corredor, bajó la escalera, cruzó el patio, pasó por el salón de las copias de Murillo, por el comedor y por el jardín, entrando en el pequeño vestíbulo, decorado con muebles rústicos, en uno de cuyos costados figura una preciosa mampara, que da paso al cuarto del baño, y cuyos frentes cierran la puerta de la calle y otra de persianas que se abren hacia el jardín.

Consuelo recorrió el gran cerrojo de la primera, la abrió con trabajo, y salió la Marquesa, diciendo:

—Trae aquí una silla y espérame. No te duermas. Reza.

—Descuide V. E.—respondió la doncella.

Marcela, á buen paso, abordó la acera de

enfrente y entró por el callejón del Almirante para tomar la primera calle que corre á uno y otro lado, paralela á la de la Vera-Cruz, y se llama de la Fuente: entrando en ésta por la derecha, y en la acera de la izquierda, está, al poco trecho, la casa donde vive Bernardo.

Al sereno, que se encontraba en la esquina de la calle de la Fuente, cuando vió avanzar por la mitad del callejón alfombrada por la luna aquella figura gentil, recatándose el rostro airoosamente con un velo de encaje y sujetando éste al pecho con las manos, que resplandecían como dos montones de apretada nieve y en una de las cuales fulguraba un magnífico solitario; al sereno, repetimos, que charlaba tomando medio vasito de aguardiente con el encargado de la tienda de la esquina, el cual asomaba la cara por el ventanillo de la puerta, al ver venir aquel portento de hermosura, se le encandilaron los ojos, y empuñando el chuzo de que pendía el farol, le salió al encuentro; pero al conocer á la Marquesa de Villarana se detuvo y se pegó al muro que estaba en sombra dando tímidamente unas «buenas noches,» á que Marcela no contestó: aquél entonces, sin resignarse á desperdiciar el requiebro que le retozaba en la boca y abusando de su posición de vigilante nocturno, apenas la Marquesa rebasó el sitio donde él estaba, cantó, con el acento más sentimental que le fué posible:

—¡Ave María Purísima!—y siguió detrás de la madre de Julio, en son de respetuoso acompañante; pero aquélla, unos cuantos pasos des-

pués de doblar la esquina, le mandó imperiosamente:

—Retírate.

El sereno dió media vuelta, se encaminó hacia la tienda, llegó á ésta cuando Marcela llamaba con los nudillos á los cristales de la ventana de Bernardo, y, al oír el repiqueteo, guiñando al risueño y lustroso montañés, acabó su comenzado canto diciendo:

—Las dos y media... y nublado.

En el firmamento no se descubría ni el más tenue celaje.

XXII.

CONSEJO DE GUERRA.

Bernardo vive en una casa nueva de dos pisos que ha alquilado en la calle de la Fuente; pero él ocupa sólo las habitaciones bajas, especialmente las que están á la derecha de la entrada, de las cuales, la que tiene reja á la calle, le sirve de sala de recibo y de despacho, y la inmediata interior, con reja al patio, de alcoba.

Marcela llamó á los cristales de la primera, por los cuales se trasparentaba la luz de una lámpara de reverbero. Bernardo no se había acostado: meditaba; que así como la ligereza en las obras es pecado frecuente en los buenos, suelen, por el contrario, tener los malos la vir-

tud de la madurez. Abrió las vidrieras y preguntó ásperamente á la Marquesa:

—¿Qué te trae aquí á estas horas?

—Abre, por Dios—contestó ella.

El jugador encendió una bujía, salió al patio, franqueó la cancela, entró en el zaguán, dió una vuelta á la llave de la puerta y pasó su querida, que dando muestras de conocer la topografía del terreno, siguió á oscuras por el patio hasta el despacho, entornó las hojas de madera de la ventana, tomó asiento en una butaca, y cubriéndose el rostro con las manos, rompió á llorar con gran desconsuelo.

El entró casi detrás de ella, encendió un cigarrillo en la bujía, apagó ésta, se dejó caer en otra butaca que había junto al velador en que estaba la luz, frente á frente de la señora de sus pensamientos, y se puso á silbar un vals.

—¡Bernardo, Bernardo, por caridad!—exclamó la Marquesa levantándose rápida, enlazando con sus brazos el cuello de su amante y dejando caer la frente sobre uno de sus hombros,— ¡líbrame de estas torturas horribles que destrazan mi alma!

—¿Qué quieres que yo haga?—respondió el ruletero.

—Júrame—dijo irguiéndose Marcela— que no te batirás con Julio.

—Yo no puedo ofrecerte tal cosa, y... entendámonos; ¿quién es el que aviva tu interés por que el duelo no se verifique, el hijo desnaturalizado, el verdugo de su madre, ó el amante leal y cariñoso?

—Si sabes que la pasión que por tí siento es superior á todo, á todo, hasta al orgullo de mi nombre, ¿por qué me preguntas eso? Además, mi hijo no tiene hoy derecho á la menor sombra de mi cariño, y ¡ay, Bernardo mío! es un excelente tirador de florete, de sable, de pistola, de todo; tiene fama desde el colegio entre sus compañeros; no, no; tú no puedes batirte con él, es seguro que nos mataría á los dos.

—Allá veremos—dijo el malagueño queriendo alardear de valiente afectando indiferencia.

—Pídeme lo que se te antoje, Bernardo; exige de mí cuanto esté en la medida de mis fuerzas y más aún; hazme arrostrar todos los sacrificios, todas las humillaciones, todo cuanto tú puedas imaginar que sea suficiente para tu desagravio de la ofensa que has recibido esta noche en mi casa; ordena, estoy pendiente de tus labios; pero en cambio, Bernardo mío, prométeme que no se verificará ese duelo; te lo pido por Dios; te lo pido por este volcán que has encendido en mi pecho—suplicó Marcela al ruletero cayendo ante él de rodillas, é intentando cogerle las manos, que él retiró desdeñoso, y asiendo de un cabello la ocasión que se le presentaba de humillar á la Marquesa, para esclavizarla más, levantóse altivo, y dejándola á sus pies, le dijo enfáticamente:

—Tú, tú sola tienes la culpa de todo; tú, que vana y sin seso has estado retardando nuestro matrimonio con fútiles pretextos, dando lugar á que la maledicencia hincó el diente en estos

amores, comentando su historia, y á que el mentecato de tu hijo lleve á cabo la escena qui-jotesca de esta noche. Siéntate y escucha.

Así lo hizo la Marquesa, temblorosa, encendida como la grana, y con los ojos preñados de lágrimas.

—Para que ese desafío—continuó Bernardo—no se realice, es indispensable que mi decoro quede alto, muy alto ¿lo entiendes? y con tal fin exijo tres cosas: primera, que solicites hoy mismo la real licencia para contraer matrimonio conmigo; segunda, que el Gobernador militar de Cádiz obtenga palabra de honor de tu hijo de que no se batirá, y si no accede á darla, que lo envíe arrestado, hasta que lo verifique, al castillo de Santa Catalina; y tercera, que escribas inmediatamente á Madrid con el objeto de que tu hijo Julio sea destinado al ejército de Filipinas.

La exigencia última hizo vacilar á Marcela.

—Decídete—la intimó su querido.

—Lo haré todo—respondió después de reflexionar que aquel destino evitaba el duelo presente y era la paz futura;—però á mi vez te pido yo que las costureras sean expulsadas de este pueblo en el término de veinticuatro horas.

—Vamos á lo primero—replicó Bernardo.—Hoy mismo, á las ocho de la mañana, sales en tu carruaje para el Puerto, á coger el tren que llega á Cádiz á las once y cincuenta, y desde la estación te vas directamente á ver al General, volviendo á Rota hoy por la tarde sin falta, para que por el correo de esta noche vaya la

solicitud de casamiento. Respecto al destino de Julio á Filipinas, escribes á Madrid á tu amigo el Conde para que no deje de la mano al Director y al Ministro hasta que se apruebe la propuesta, poniendo tú también dos letras apremiantes al segundo, que es comensal y tertuliano tuyo.

—Cumpliré la orden fidelísimamente; pero ¿y las costureras?

—Vamos á las costureras. Yo hablaré al alcalde para que las llame y las haga salir de Rota.

—¿Y si el alcalde se niega?

—No se negará.

—¿Y si se niega?

—El Gobernador lo destituirá y á todo el Ayuntamiento si es preciso, sustituyéndolo con otro que lo haga.

—Pudiera no prestarse á eso el Gobernador.

—Lo relevaría otro más dócil.

—Acudirán al juez.

—Que no les hará caso, y si se lo hace peor para él, porque se quedará cesante, y no digas más tonterías. ¿No sabes por experiencia lo que yo puedo? ¿No sabes á dónde alcanza en este País el poder de un hombre que sabe dar con oportunidad un veguero ó un cajón de botellas de buen vino, ó presentar bien un negocio, ó dar una comida, ó unos cuantos miles duros prestados?

—De modo—dijo vivamente la Marquesa,—que debo agradecerte que no se te haya antojado hacer tuya á la fuerza á María de los Angeles.

—Justo—respondió el tahir.—Eso te probará que yo no quiero á nadie más que á tí.

La madre de Julio se puso de buen humor.

—¡Gracias á Dios—exclamó—que me río una vez esta noche!

—Mira—dijo Bernardo señalando al recado de escribir que había sobre el velador,—no perdamos tiempo; coge esa pluma; ahí hay papel: yo te dictaré los borradores de las cartas al Conde y al Ministro.

Púsose á escribir Marcela, y así que concluyeron esta operación, aún permaneció ella tres cuartos de hora en las habitaciones de su amante.

Cuando Consuelo, muerta de sueño y secas las fauces de hilvanar Padre Nuestros, abrió á su señora la puerta del jardín, ya resplandecía el lucero de la mañana.

XXIII.

UN ÁNGEL.

Cuando Julio abandonó la azotea encaminóse á su cuarto, metió la ropa en la maleta y los chismes de tocador en el saco de mano, salió al corredor, se asomó al balcón que cae al patio, llamó á Domingo, que dormía en una habitación con puerta á aquél, y cuando subió le dijo:

—Tienes que llevar este equipaje al muelle; bájalo ahora al zaguán y espérame.

—Muy bien—contestó el criado echándose al hombro la maleta.—¿Por qué puerta va á salir el señorito? La del jardín no tiene más que el cerrojo echado.

—Por la principal.

Julio se encaminó de nuevo á la galería; se detuvo á la puerta de la alcoba de su hermana y á media voz llamó:

—Susana.

—Entra—respondió inmediatamente una voz llorosa.

—¿Estás despierta, hija mía?—respondió aquél encendiendo una cerilla y con ella la vela, que en una caprichosa palmatoria de plata estaba sobre la mesa de noche.

—No he pegado los ojos desde que me acosté; he sentido tus pasos cuando fuiste á la azotea baja; después ha salido mamá; luego pasaste tú otra vez hacia tu cuarto; te he oído llamar á Domingo y ahora venir aquí.

—¿Dónde ha ido mamá?

—No sé; Consuelo la acompañaba: se paró un momento á la puerta y yo me hice la dormida.

La cama de la hija de la Marquesa era un sencillo catre de hierro dorado, con colgadura de batista bordada y colcha de seda de color de rosa. Susana, sentada en la cama, apoyando la espalda en un cojín de raso celeste, puestos en su hermano con amor inmenso sus dulcísimos ojos azules, suelto el raudal de hebras rubias de su cabeza, que le anegaban los hom-

bros y caía en ondas sobre la cama, y cruzadas las manos sobre el vuelo de encaje de la sábana, era el más bello Angel de la Guarda que hubiera podido concebir un genio místico de la pintura.

Julio se sentó en la cama y dijo á su hermana:

—Vengo á despedirme de ti; sabes que te quiero con toda mi alma; cástate pronto, para que pronto te vea, y ya que me arrojan de esta casa, tenga en la tuya el feliz seguro del hogar primero, donde después de largas temporadas de luchar entre las borrascas de la vida, se refugia el hombre, anheloso de paz, á reponer las fuerzas del espíritu á los rayos del amor sin egoísmo.

—Toda la noche he estado pensando en eso, Julio; sí, voy á casarme sin tardanza; el Vizconde está enamorado de mí y he sido yo quien ha retrasado la boda pensando siempre acabar mis relaciones amorosas con él, relaciones que entablé cuando yo no conocía de Casarejo más que su agradable figura y su posición y obraba en mí ese deseo ingénito en la mujer de constituir familia: después del trato he descubierto que, si no malo, es un niño orgulloso, apasionado de las corridas de toros hasta el punto de aventurarse alguna vez á estoquearlos, amigo íntimo de la gente de coleta, delirante por los bufos, que no lee más libro que el de las cuarenta hojas en el Casino, ni se ocupa del arte más que cuando, para matar media hora, repasa los grabados de las *Ilustraciones* en el gabinete de lectura; que probablemente tendrá un

cortejo, si no tiene dos, y que al mes de casado se hastiará de mi escasa belleza y viviremos como tantos otros siendo dos conocidos que no tienen de común un pensamiento, ni un sentimiento que los mueva á cambiar una caricia; pues bien, todo esto lo arrostró gustosa con tal de salir de esta casa, donde ¡ay, Julio! se va pervirtiendo mi alma: yo cifraba mi mayor ventura en no conocer el odio, y ahora quiero mal á Bernardo, y á pesar mío, creo que la atmósfera que respiro en esta casa oxida y merma el cariño inmenso que yo sentía por nuestra madre: esto me asusta, Julio; yo conozco ya el odio; yo estoy en la pendiente funesta de no querer á mamá: por esto, á ciencia cierta de que voy á ser desgraciada, me caso; no quiero seguir por la senda del mal; opto por la del martirio; pero hablemos de ti: que me sigas queriendo tanto, que me escribas muy amenudo: yo te avisaré cuando vaya á verificarse la boda, no para que me regales ¿eh? sino para que en seguida nos veamos, y si vas este invierno á Madrid, ya procuraremos también que esto suceda. Vamos á otra cosa: ven, acércate á mí—añadió oprimiendo con sus delicadas manos la cabeza de su hermano y besando su frente con la pasión que imprime una madre el primer beso en la frente de su hijo;—yo creo que Bernardo no es capaz de buscarte; pero por si á tanto alcanza su soberbia, ya que conozco lo imposible de que no aceptes, prométeme dos cosas: que el desafío no será á pistola, ni á muerte.

—Pero, hija mía, ¡si Bernardo no es capaz de buscarme!

—¿Y si te busca?

Julio meditó un momento y luego añadió sonriendo á su hermana:

—No me buscará; pero, en fin, si lo hace y la elección de armas es mía, elegiré el sable.

—Y no será á muerte, ¿verdad?

—Sí, Susana, sí; lo será; mas ten la evidencia de que no será á tu hermano á quien entieren.—Sin embargo, no te preocupes de eso; Bernardo no me buscará.

Esta contestación no fué bastante á disipar ni un punto la tristeza del alma de Susana; pero conocedora de su hermano, dejó de insistir sobre aquel para ella horrible asunto.

—¿Cuánto dinero tienes?—le preguntó.

—Qué sé yo—respondió Julió.—Poco. Unos duros.

—Pues tráeme—dijo Susana—de aquel armario de luna una cajita japonesa que verás en la tabla de en medio.

Hízolo así Julio, y Susana abrió la caja y sacó de ella mil quinientos reales que constituían las tres cuartas partes de sus ahorros, y se los entregó á su hermano diciéndole:

—Toma esto ahora, y siempre que necesites, pídemelo, que no siendo mucho, yo me las ingeniaré para sacárselo á mamá.

—Lo tomo—dijo Julio—porque lo necesito como el aire que respiro. Adiós, hasta que seas Vizcondesa de Casarejo.

—Adiós—exclamó ella dando rienda suelta

á su desconsuelo estrechando á su hermano entre sus brazos y diciéndole al oído muy bajito:

—Mira: si María de los Angeles necesita algo, ¿oyes? que me lo mande á pedir con señá Rita; que se lo digas, y que no le dé vergüenza de hacerlo.

—Se lo diré y lo hará si es preciso—respondió Julio.—Adiós y bendita seas.

XXIV.

¡POBRE MARÍA!

Al llegar Julio al patio, ya tenía Domingo de par en par la puerta de la calle y en el zaguán estaban reunidos todos los criados de la casa, menos la doncella Consuelo, para despedir al señorito. Pedro el cochero, un gallego sirviente antiguo de los padres de la Marquesa, tan recto de pensar como entero de corazón, que profesó veneración al difunto amo y hoy es idólatra de los niños, los cuales, como él dice, «se han criado en su *podere*,» llamó aparte á Julio, y apeándole el usted, como hacía siempre que estaban solos, le dijo, con los puños cerrados y la mirada torva:

—Escucha, *Folito*: ¿quieres que quite de enmedio al *fulleru* ése?

—No seas atroz, Pedro—le contestó Julio

riendo á su pesar y golpeándole la espalda cariñosamente.

—¿Quieres, *ú* no?

—No, hombre, no; de eso yo me encargo; no tengas cuidado.

Todos los criados mostraban gran pesadumbre por el suceso del comedor y porque se iba, quizá para no volver en mucho tiempo, el que ellos llamaban la alegría de la casa. Las temporadas que permanecía en el hogar materno el señorito Julio eran citadas luego por aquéllos como épocas de animación y de regalos y de fiestas constantes.

—Vaya V. con Dios y con salud, señorito —decían unos.—Que lo pase V. muy bien y que la Virgen quiera que lo veamos á V. pronto—repetían otros, y todos se disputaban el estrechar la mano de Julio y tomaban á duras penas el dinero que les repartía.

—Domingo—dijo éste,—vete para el muelle con el equipaje; allí estaré yo dentro de media hora: si sale algún barco con fruta ó con paja para Cádiz, procura que me aguarden, y si no sale ó no pueden esperar, fleta un falucho.

Domingo obedeció, y Julio, á buen paso, entró por la calle del Almirante, tal vez pisando las menudas huellas impresas poco antes por su madre. Cuando los criados se retiraron del zaguán, ninguno tenía los ojos enjutos.

Cinco minutos después, la Curra y otros perros de haciendas colindantes de la huerta de la Costilla apagaban con sus insistentes ladri-

dos los murmurios de la noche y eran la señal de que alguna persona entraba en aquellos predios por el callejón de las higueras de tuna.

La Curra, al oír un silbido y una voz que sin duda le eran familiares, se adelantó sin ladrar hacia un bulto que se encaminaba á la reja del jardín; cuando estuvo de él á seis ó siete pasos, se detuvo y comenzó á contonearse, moviendo el rabo y con el hocico alto y los dientes al aire, resoplando y dando alegres gruñidos, hasta que al emparejar con ella el recién llegado con el brazo extendido para acariciarla, se alzó sobre las patas traseras y le puso las manos en el pecho.

—María—gritó Julio al llegar á la reja de la habitación de su amada.

—¿Qué? Julio; voy; ¿sucede algo?—preguntó ella desde dentro.

—Vístete despacio. No ha pasado nada—contestó aquél, azuzando á la Curra, que daba saltos en derredor suyo pidiéndole juego.

No tardaron en abrirse las puertas acristaladas y en aparecer detrás de los hierros María de los Angeles, caídos por delante sus cabellos en dos magníficas trenzas sobre un blanquísimo peinador, y tan bella que cualquier mortal que al pie de la reja escuchase palabras cariñosas de aquellos labios, habría de pasar luego algunas semanas no comprendiendo que la felicidad pudiera revelarse de modo alguno en la tierra sin contar con los ojos de aquella mujer.

Aunque la luna iba ya descendiendo á su ocaso, aun alcanzaba su claridad al muro de la

ventana; la perra, sentada y rascándose de vez en cuando, miraba atentamente á los dos enamorados.

—He recibido—dijo Julio, cogiendo la mano que Angeles le tendía—aviso de Cádiz para que vaya mañana precisamente, y esto me viene de perilla porque he tenido esta noche, cenando, una disputa sobre la boda de mi madre con el tuno de Bernardo, y aquella se ha incomodado, y la pobre Susana ha sufrido un mal rato; pero en fin, me encontré con más prudencia de la que yo calculaba tener, y la cuestión ha concluido sin graves consecuencias.

—Era yo muy feliz para que esto durara—exclamó María llena de sobresalto.—¡Dime la verdad, Julio mío, por Dios!

—Pues la verdad te he dicho, alma mía; claro es que el suceso (dejaría si no de ser éste un pueblo como todos) tomará proporciones, de lengua en lengua; pero créeme, no ha pasado más que lo que te he referido; yo voy á cobrar unos libramientos en Tesorería; ya sabías tú que si no mañana, pasado, ó el otro, tenía que ir á Cádiz por tres ó cuatro días.

—¿Pero esa disputa no tendrá consecuencias? Julio de mi alma, dímelo todo.

—No, mujer, por Dios. No digo yo siendo lo que ha sido, nada; pero aunque le hubiera dado un bofetón, ese truhán no es capaz de pedirme explicaciones; él es cobarde ante un hombre solo, conque calcula tú cómo se iba á poner delante de dos: la sombra de mi padre y yo. ¿Estás ya tranquila?

—Así, así—respondió ella, pero sin que dejara su rostro de desmentir sus palabras.

—Mira—dijo él,—he resuelto esta noche que tú y tu madre...

María le hizo seña de que Dolores podía oírlo todo desde su cama.

—Que tú y tu madre—prosiguió, bajando la voz,—os vengáis á vivir á Cádiz, en una casita preciosa que yo os pondré; yo comeré con vosotras todos los días y estaré junto á ti muchas horas, y así lo pasaremos dichosos hasta que yo cumpla los veinticinco años y seas mi mujer: á propósito; también he pensado en la persona que seguramente me dará los 4.000 duros; mi hermana Susana, que se casa muy en breve con el Vizconde de Casarejo.

—Julio mío, medita bien lo que vas á hacer antes de dar paso ninguno.

—Está muy bien pensado. Mañana y pasado los voy á dedicar á arbitrar los recursos necesarios para tomar la casa y amueblarla. Pocos días os quedan ya de estar en Rota. No me hagas objeción ninguna porque todo está previsto. La casa será mía. Yo, naturalmente, os he de pagar algo por comer con vosotras, y tranquilamente, en la máquina de costura que figurará entre los muebles, podéis coser para la camisería ó para familias particulares. Ya ves tú cómo todo se concilia. Vuestro decoro y nuestra felicidad.

—Pero antes vendrás tú, ¿es verdad?

—Ya lo creo, hoy es jueves, ¿no es esto?

—Sí.

—Pues el domingo por la tarde ó el lunes por la mañana me tendrás aquí.

—Que me escribas todos los días.

—Sí; todas las tardes Rafael de los Santos, el cosario, te traerá carta mía ó lo que yo te mande, en el barco de la hora, y entonces le das tú la que ha de llevarme al día siguiente por la mañana; quedamos en eso y me voy; antes quiero ver á señá Rita.

—¿Para qué?

—Para darle una cosa.

—No le des nada.

—Yo hago lo que me parece.

—¡Si vieras, Julio, lo que nos disgusta vivir así!

—Usted se calla.

—Bueno; lo que tú quieras.

—Ea, adiós, vida mía, hasta el viernes por la tarde ó el sábado por la mañana—dijo Julio depositando en la mejilla de su amada un beso, cuyo rumor no pudo escuchar Dolores, que á pocos pasos de María estaba en la cama, pero que ciertamente tuvo delicadísima resonancia en el Cielo.

Julio salió por el portillo, se encaminó á la calle del Calvario, llegó á casa de señá Rita, la despertó, la puso al cabo de lo ocurrido, prevínole que dorase la píldora á María de los Angeles como él lo había hecho, le advirtió que encargase lo propio á María Jesús, y le entregó, por último, 1.000 rs., diciéndole:

—Yo espero volver pasado mañana ó el otro; pero por si tardo algunos días más, ahí le

dejo á V. ese dinero para los gastos de aquella casa: si necesita V. algo más, sin reparo ninguno va V. á pedirlo á mi casa, no á mi madre, eso de ningún modo, sino á la señorita Susana, que dará á V. lo que le haga falta.

La buena vieja, comprendiendo la gravedad de todo aquello, aunque sin haberlo digerido bien por el rápido relato de Julio, acompañó á éste hasta la calle exclamando luego:

—¡Virgen del Carmen! ¡Virgen del Carmen!
¡No es nada la faena que te espera!

Cuando entraba por el Arco del muelle el hijo de la Marquesa, el falucho con el equipaje á bordo, una manta tendida en la popa y la gente lista, se balanceaba junto á la escala, desde lo alto de la cual esperaba Domingo al señorito, que apenas llegó se despidió de aquél y se embarcó preguntando:

—¿Viaje de cuánto, patrón?

—Largo, señorito; hay poco viento y llevamos la marea en contra.

Apenas desatracaron se desplegó la vela que flameaba sin que á hincharla bastasen las débiles rachas que llegaban de la costa, por lo cual, poniéndose un hombre á cada borda, armaron los remos y comenzaron á ayudar á la quilla á hender los cristales de aquel lago, que remedaban las ondas del Atlántico.

No parecía sino que el dolor de Julio atajaba la respiración del viento para retardar lo más posible la separación del falucho de la playa, donde quedaba repartido su corazón entre María de los Angeles y Susana. Julio procuraba no

pensar, y se distraía mirando la argentada estrella que dejaba la embarcación por la popa, y la extraña claridad que producía la combinación de las primeras ráfagas crepusculares y de la luna poniente que iluminaba el horizonte como las rojizas llamaradas de un incendio.

XXV.

NUEVA DECORACIÓN.

Cádiz sólo es plaza de guerra por su recinto; dentro de la población no hay ningún edificio militar; Cádiz es una mujer bonita, armada de punta en blanco; sus largas calles embaldosadas, no son muy anchas, pero sí rectas y limpias; el caserío peca de alto y es bueno, magnífico á veces, sobre todo las fachadas, circunstancia que hace tan bella la ciudad, una de las más originales de España.

Tiene Cádiz la gran plaza cuadrada de verano, la célebre plaza de Mina, delicioso jardín, ceñido por un amplio paseo, siempre animadísimo, sobre cuyos asientos nació, en unos labios de gracia, el vocablo «cursi» que ya figura en el Diccionario de la Academia Española; plaza á donde acude por las noches, en zafarrancho de combate, un aluvión de muchachas encantadoras, que ponen el amor al nivel del baile y cambian de novio como de pareja, ha-

biendo mozalvete que tiene un par de ellas en una noche, de ocho á doce, entre las armonías de la banda militar de los artilleros del cuartel de la Bomba ó la del regimiento de Infantería que está en el de San Roque; plaza entre cuyo bullicio sobresale la voz alegre de Juanillo el aguador, que pregoná cantando:

¡Allá va Juanillo!

Tanto llamar, tanto llamar, ¿quién la bebe?

¿quién quiere la nieve?

¡Y con panales, salero!

Tiene Cádiz los freidores de pescado, entre los que despunta el de la calle del Veedor, mostrando todos, en término principal, en el lebrillo, la sabrosa pescadilla, que cortan como el salchichón y venden á cuarto la raja; los ventorrillos de Puerta de Tierra, presididos por la sombría mole del cementerio y arrullados por el Océano, con sus mesas al aire libre ó debajo de una parra tísica, sus fiestas de cañas y *cante* y su sopa al cuarto de hora; tiene el barrio á que alude aquella copla del Vito:

Quien no haya visto en el mundo

la novena maravilla,

que vaya fletando un barco

para el barrio de la Viña;

barrio donde se encuentra el tipo clásico de la hembra gaditana, la viñera, llena de la sal andaluza, pero modesta, sin el «¡aquí voy yo!» de la buena moza de Triana, ni el desgarró de la chula de la Cava Baja: la viñera es de mediana estatura, morena pálida, con el cabello negro como los ojos y éstos además grandes y pelea-

dores, fresquísima la boca y en general las facciones finas; es aseada, tiene la mano pequeña y todo lo esmerada que el trabajo se lo consiente; pero ideal el pie, que se cuida con esmero sumo y se lo conserva intachable aquel piso excelente; llevará un vestido de percal, con zurcidos, crujiendo de limpio y oliendo á gloria, por supuesto; mas como pueda calzarse unas botinas de á seis duros, no se las pondrá, ciertamente, de á cinco; usa pañolón por la cabeza, que se sujeta bajo la barba con la mano; tiene el andar menudo y gracioso, y cuando se cruza con ella en la acera un buen mozo y le echa un requiebro, ni lo desdeña, ni lo glosa; lo sonrío y sigue su camino.

Cádiz abunda en tiendas de montañés. ¿Quién no ha oído hablar de las del Candil, la Parra, el Solano, la Sacristía y la Escalerilla? El centro principal de la población lo constituyen la plaza de San Antonio y la calle Ancha, donde está la perfumería y peluquería de Cortés, con su tertulia en el salón del mostrador y sus marinos á la puerta, echando flores á las hembras buenas que pasan; calle y plaza que constituyen un paseo nocturno de primera hora todo el año, y son escenarios, á su tiempo, del alegre Carnaval gaditano, que cuenta en su tradición los bailes siñ rival de «La Camorra,» primera sociedad recreativa que hubo en España.

Por último, posee Cádiz la calle de Juan de Anda, hoy de Cristóbal Colón, que más que calle parece la sala de una exposición industrial, formada por ricas, elegantes y ostentosas



tiendas de géneros; la plaza de San Juan de Dios, en que hay siempre marineros borrachos, nacionales y extranjeros, plaza donde Sanz Pérez encontró al tío Caniyitas vendiendo hierro viejo; el teatro del Balón, sobre cuyo tablado hicieron sus primeros desplantes la Nena y la Petra Cámara, y creó Pepe Albarrán sus inimitables tipos del apuntador de «República Teatral,» el Patricio de «Las pesquisas» y el majo de «La independencia;» y para no pecar de cansado, la plaza del Mentidero, ó de la Cruz de la Verdad, que es lo mismo aunque parece todo lo contrario, plaza que debería tener dotación de taquígrafos, para que no se perdieran algunas conversaciones de las sostenidas en aquellos asientos y bajo aquellos árboles, entre los soldados de línea, ó los artilleros y las mozas del partido.

XXVI.

PABELLONES.

El paseo del Perejil está unido á la plaza del Mentidero por la calle de Asdrúbal, que es cortísima, y su acera derecha, entrando por aquél, la forma la fachada principal de los Pabellones de Artillería, edificio grande y cuadrado, coronado de azoteas, de dos pisos sobre el bajo, éste con rejas y medias celosías, y aquéllos

con balcones y ventanas con antepecho de fábrica y vidrieras. Los colores característicos de los Pabellones son: fondo amarillo, zócalo negrozco y persianas y rejas verdes.

Entrando por la puerta principal, sobre la que hay una lápida blanca donde dice con letras doradas «Artillería,» está el zaguán, y en él, sentados en un banco, los ordenanzas; abriendo una mampara acristalada se encuentran, al frente la escalera y á derecha é izquierda los portillos de entrada á los patios cuadrados que corresponden á los dos cuerpos iguales en que está dividido el edificio.

Los corredores, con solería de mosaico el del principal y de ladrillo el del segundo, abrazan ambos cuerpos, y están cerrados, de una parte, por los cuatro muros con las ventanas, con puertas de cristales, que caen á los patios, y de la otra, por las paredes donde están abiertas las puertas de entrada á los distintos pabellones y las rejas con media persiana fija, que dan luz á aquéllos en sus habitaciones interiores.

Los pabellones están numerados en tablillas colgadas sobre las puertas, y el rellano de la escalera de entrada á cada piso está en el centro de éste, siguiendo la subida hasta las azoteas, cuyos suelos limpiísimos tienen el declive necesario para que las aguas llovedizas caigan por los canales en los dos grandes aljibes cuyos brocales se alzan uno en cada patio del piso bajo, donde con las puertas de entrada por esos patios hay también algunos pabellones.

Subamos al piso segundo, y después de tirar

á mano izquierda, encontraremos al final del ángulo recto el pabellón núm. 21, que debajo de la tablilla de numeración tiene colgada otra mayor y en ella escrito: «Capitán del parque.»

En este pabellón, cuyo dueño disfruta una licencia en Sevilla, vive interinamente Julio Villarana, mientras le amueblan el suyo en el piso bajo.

El pabellón núm. 21 tiene dos balcones y una ventana con vistas al mar por frente á Rota, que corresponden á tres habitaciones contiguas y caen justamente sobre el sitio del paseo del Perejil, donde coloca su elegante tienda de campaña el Casino Gaditano durante la Velada de los Angeles; la habitación de la derecha sirve á Julio de alcoba, tocador y gabinete; la de la izquierda la tiene cerrada el dueño ausente, y la del centro hace de sala de recibo y de comedor: á la derecha del pequeño vestíbulo hay otro cuarto con reja al corredor, en el que duerme Cristóbal el asistente, y á la izquierda, con reja al corredor también, está la cocina.

Andrés López, alias Misisipí, es un gallego fornido de doce lustros, corta estatura, cabeza gorda poblada de pelo cano y recio, caído á mechones por la frente, cutis moreno sudoso, nariz regular, ojillos un tanto avaros, labios gruesos, tentados á la risa, dientes oscuros, sombrero de copa grande, viejo y espeluznado, un pañuelo de color al cuello por corbata y un levitón verdoso raído: hé aquí el mueblista de

los militares pertenecientes á todas las armas é institutos de la guarnición de Cádiz.

Para entablar semejante negocio era preciso un hombre especial, y vino al mundo Misisipí, que lo empezó con unos trastos viejos y hoy es dueño de un almacén monstruo, lleno de aquéllos; él come todo el año; comen otros de él y siempre dice que está perdido. Sus días negros llegan cuando recibe la orden de marchar á otra guarnición un regimiento de Infantería.

De su libro de apuntes nos ha permitido copiar lo siguiente:

| CUARTELES. | SEÑAS PARTICULARES. |
|-----------------|--|
| Santa Elena... | D. N. N. <i>suteniente</i> de Gerona no me pago ni un mes <i>tansiquiera</i> del alquiler y me los entrega <i>hecho</i> pedazos, la <i>muguer</i> llamome ladron. |
| San Roque... | D. T. de T. teniente de Iberia tiene dos mesas y un catre á tres duros por allá. No puedo cobrar porque dice el comandante que está á descuento para rato, estar á la mira. |
| Artillería..... | D. A. de B. el medico su muger no a querido pagar el <i>servicio</i> roto y un pie del <i>palanjanero</i> . <i>Escreibidle</i> al medico á <i>Sevilla</i> á <i>ber</i> que contesta. |

A pesar de todo, Misisipí es el más barato de los mueblistas.

El mueblaje del pabellón núm. 21 es el de rúbrica: el sofá, las dos butacas y los seis sillones de caoba barnizada y forros encarnados, espejo de marco dorado, cama de hierro, cómoda, mesa de despacho, ídem de noche, otra

Idem cualquiera, lavabo, espejo chico, sillas sevillanas y chismes para distintos empleos.

El falucho en que salió Julio de Rota atracaba en la parte del muelle de Cádiz inmediata á la Puerta de Mar á las seis de la mañana.

El joven artillero saltó á tierra y se fué á su pabellón sin detenerse más que un momento en el café de la Lonja de la calle Nueva á tomar un refresco.

Al entrar preguntó al asistente:

—¿Ha ocurrido algo en estos días?

—Nada, señorito. Dos cartas y unos periódicos tiene V. ahí. Los señoritos han venido tres ó cuatro veces á saber si había V. *llegau*.

—Pues mira—dijo Julio desnudándose, ayudado por Cristóbal:—limpias la ropa, preparas el almuerzo; á la una vas á decir á los señoritos que estoy aquí, y luego me despiertas. Dame ahora esas cartas—añadió echándose sobre la cama con toda la ligereza de ropa que exigía el calor de la estación.

Una de las cartas venía de Madrid y la dejó sin abrir sobre la mesa de noche; la otra era retrasadísima de María de los Angeles, correspondiente al día que Julio salió de Sevilla para Rota. Esta la leyó dos veces desde la cruz á la fecha.

—Cierra las persianas y entorna las vidrieras y las puertas de madera—ordenó después á Cristóbal,—y sólo me despiertas en el caso de que viniera el ordinario de Rota.

—¿Qué quiere V. almorzar?—le preguntó al obedecer el asistente.

—Cualquier cosa.

—Le haré al señorito huevos con tomate.

—Bien.

—Y traeré dos reales de pescadilla del freidor.

—Sí.

—Y fruta para postre.

—Corriente.

—Y café.

—Y márchate.

Cristóbal salió de puntillas de la alcoba, con el calzado en la mano izquierda y la ropa sobre el brazo derecho.

XXVII.

LOS SEÑORITOS.

Los señoritos á quienes se refería Cristóbal eran el capitán Pascual, el ayudante Federico y los tenientes Manuel, Agustín y Mariano, que vivían, los dos primeros, en el pabellón número 16 del piso bajo, ocupando los otros tres uno del segundo.

Estos cinco oficiales, cuatro principalmente, y Julio, iban recorriendo inseparables, desde que fueron cadetes al pie de la torre de don Juan II, esas etapas de la vida en que los corazones van abiertos y pueden confundirse fácil-

mente sus esencias; etapas que me libraré muy bien de llamar dichosas, dirémoslas divertidas, y en las cuales se ansía desordenadamente todo lo bello, todo lo estruendoso, luz espléndida, ambientes puros, músicas regaladas, deliciosos perfumes, lujosos atavíos, peligrosas aventuras, néctares sabrosos, manjares suculentos, frenéticos amores, formas hechiceras; etapas en las que el alma, sin volver los ojos al pasado, ni hacerlos penetrar en el porvenir, pide á voces océanos de placeres y por navegar en ellos hace trizas todos los frenos y salta por cima de todas las preocupaciones, de todos los discursos, de todas las consecuencias, de todo Dios, de toda autoridad, de todos los sociales miramientos.

Pero entiéndase bien que sólo nos referimos á los desórdenes naturales de la juventud; nunca, jamás, ni por asomo, á nada que pueda contravenir en un punto las leyes más severas del honor; á nada que arroje en el uniforme la mancha más invisible: la probidad exagerada, el valor, la educación perfecta, la delicadeza más exquisita, la verdad en todo, eso lo llevan en la razón y en el sentimiento y hasta en las venas, cuantos lucen bombas en el cuello, y así se revela en la visita de cumplido, como en la tertulia de trueno.

Mariano, alto, cenceño, desgarrado, carilargo, cetrino, tiene unas manos muy grandes, la voz bronca, el tono imperativo; y castellano viejo, noble y honrado por índole, por cuna y por educación, es sin embargo el modelo más

concluído del calavera, con sus puntas y ribetes de enamorado.

Agustín es dos veces teniente, de estatura mediana, rostro aniñado, figura esbelta y de buen tono; viste con elegancia suma, es sibarita y gastador, agudo y discreto, bravo y atrevido; su conversación, llena de ingenio y de gracia, tiene un imán poderosísimo; resulta simpático á cuantos lo conocen, siquiera de oídas; su bello ideal sería morir á caballo, como Murat, en función de guerra, vestido de gala; goza fortuna con las hembras y es tan persuasivo cuando demanda un favor, que nadie como él demuestra la exactitud de la frase evangélica: «Llamad y se os abrirá.»

Pascual es más antiguo que sus colegas; nació en el Maestrazgo, en humilde cuna, de un honrado vinatero y de una santa labradora; recibió la educación primera en Francia, y sólo francés hablaba cuando entró en el colegio de Artillería, donde, por sus ideas, le pusieron de apodo el «republicano;» es de regular estatura, rostro aguileño, de buen color, rubio, calvo, ojos pequeños y muy vivos, delgado, ágil, descuidado en el vestir, demócrata práctico, probo, aficionado á echar una cana al aire, admirador profundo de todo lo épico, lector atento de Plutarco, bizarro en la guerra, tardo en resolver, y dotado, por último, de una sensibilidad exquisita, que lo impele hasta el sacrificio por el bien ajeno y lo hace esclavo de la mujer.

Manuel es un real mozo, andaluz, de mucho meollo, fino como el coral cuando quiere, y más

picador de toros que nadie cuando se le antoja; no hay capa tan en peligro de ser dividida con quien la necesita como la que lleva sobre los hombros; tiene el cabello y los ojos negros, la nariz correcta, la dentadura intachable, el color hermoso; en su cara hay resplandóres de alegría y de franqueza; todo el que quiere serlo, es amigo suyo, y tan íntimo como le acomoda, y al que le tiende la mano le entrega el corazón; habla alto y con proverbial donaire; si la ocasión de morir como un héroe lengendario se le presenta, la aprovechará con codicia; le gustan el buen vino, las buenas mozas y el *cante* gitano por lo más *jondo*, y se despepita, y lo entiende y sabe hacerlo mejor que el primero, por domar un caballo, tentar un becerro, derribar una vaca, y en general, por todas las faenas con el ganado caballar y vacuno.

Federico, mucho más joven que los otros cinco, sevillano, hijo de nobles y ricos montañeses, de talento privilegiado y algo suspicaz, es una pura contradicción; muy conservador en las ideas, muy demócrata en los hechos; de facciones finas, cabello castaño rizado, esbelta y delicada figura, gusto exquisito para todo y gran atildamiento en el vestir; dotado para las mujeres de un atractivo especial que las vuelve locas, y suavísimo en sus modales y en su trato, es á la par una tempestad por donde pasa, tempestad en que andan revueltos la manzanilla, las coimas, los compañeros, los bancos por el aire, las guitarras, las monedas de cinco duros, los municipales, el infierno: necesita para

vivir mucho dinero; tiene corazón y osadía, pocos pero buenos amigos, y es de la madera de los hombres que escalan las grandes alturas; pero está muy expuesto á que lo aplaste el carro de la ordenanza.

De Julio Villarana, á quien Pascual llama siempre de broma «el Marqués,» no tenemos necesidad de repetir el retrato.

Entre estos seis jóvenes artilleros existe mancomunidad de intereses, de sinsabores, de alegrías, de disipaciones, de estrecheces; cada uno cuenta con los demás, como cuenta la noche con la llegada del día, para su consejo en los lances difíciles, para su consuelo en las torturas del alma, para su negocio mientras tengan maravedí en la bolsa, reloj en el chaleco ó levita de repuesto; sus familias no leen nunca las cartas que de ellos reciben hasta después de pasadas las horas de la digestión, y la misma variedad de gustos unifica más su fraternidad.

Se educaron bajo los incomparables artesanos del Alcázar de Segovia; dominados por sus gallardos torreones, vivieron juntos cuatro años, y sentados en los antepechos de piedra de los corredores de la sala quinta y enlazando el brazo del uno el cuello del otro, sintieron muchas tardes la nostalgia de los besos maternos, contemplando aquel cielo triste y de color plomizo que se deshacía en espesa lluvia de copos de nieve; allí los despertó la misma diana y les ordenó el sueño el mismo punto de corneta; allí comenzaron á decirse todo, en aquella plazuela donde se escucha el concierto

del arroyo Clamores, y allí principiaron también á ser todos para cada uno, guardando las migas y los pedazos de tortilla y las cajetillas de picadura de á seis cuartos, los que estaban libres, al que se aburría en el calabozo.

Pero no sólo habían vivido en familia siendo cadetes en la antigua fortaleza donde el Rey de las Partidas dijo «que á consultarlo el Creador, de otra suerte fabricara el Universo,» sino que, al ascender á subtenientes alumnos, todos fueron pupilos de Nemesio en la plaza de los Espejos, frente á la casa donde murió D.^a Juana la Loca, y en aquella ciudad de Segovia dieron sus primeros vuelos por el mundo, retozando con las robustas mozas de refajos de colores y castañas de muchas trenzas, hijas de Zamarrama ó de la Lastrilla; haciendo el amor por lo fino en el Salón; riñendo batallas con los becas y asistiendo á aquellos bailes de Terpsícore, donde se tiraban por alto los braseros llenos de lumbre y se concluían sacudiendo puñetazos cada cual, hombre ó mujer, sobre la ó el que encontraba más á mano, y saliendo todos arremolinados y dando voces por los estrechos pasillos como si se hundiera la casa.

En las floridas márgenes del Betis, á donde trasladaron la Academia, hicieron célebres nuestros artilleros los carnavales de 1856 y 1857, fueron recibidos en palmas en el casino de la plaza del Duque, el de mejor tono que ha habido en España, animaron el teatro de San Fernando, las fastuosas reuniones de los Príncipes de Anglona y las célebres fiestas de tore-

tes y baile en el picadero de Ecala y quintuplicaron las ganancias de la tienda de montañés, que se llamaba «casa de Lorenzo.»

Salieron después á tenientes, asistieron más tarde á la campaña de Africa, y de allí vinieron destinados á Cádiz al tercer regimiento á pie, donde en 186... los encontramos.

Al cabo de veinticinco ó treinta años, cuando los niños se han trasformado en hombres muy maduros, cuando los campos se han deslindado, cuando cada uno va por su camino, y éstos son contrarios muchas veces, cuando la fortuna ha mimado á los unos y la desgracia ha azotado á los otros, cuando cada cual tiene ya su santuario de familia, cuando hace muchos años que ni se ven, ni se oyen ni se entienden, un día los reúnen las circunstancias y se estremecen de gozo sus corazones al hablar de los tiempos aquellos, únicos en que se engendran verdaderas amistades, y la conversación no se acaba nunca; de cada incidente surgen otros nuevos y se olvida cada uno de la realidad en que vive y la experiencia cruel se borra, y renacen, aunque sólo sea por fugaces horas en las purísimas alegrías de aquel pasado, y se estrechan las manos otra vez, durante aquel tiempo, con la misma verdad, con la misma efusión que cuando eran cadetes, que cuando no estaban á la defensiva de sus semejantes, que cuando no había ennegrecido sus almas la barbarie del egoísmo.

XXVIII.

LEÑA AL FUEGO.

Con veintitres años y buena salud, no hay penas que roben el sueño, y así, Julio, al cuarto de hora de haber posado la cabeza en la almohada, dormía profundamente. Cristóbal, que después de ir á la compra y de preparar el almuerzo, estaba en su cuarto, de pie, teniendo los efectos de limpieza sobre el antepecho de la ventana con hierros y media celosía que cae al corredor, iba pasando los botones dorados de una levita de uniforme por la hendidura de una tablilla, y allí juntos los untaba con una brocha, de una mezcla de aguardiente y polvos de asta de ciervo, y frotándolos luego con un cepillo, los dejaba limpios y brillantes.

El ajuar de esta habitación lo componen: la cama del asistente, de banquillos de hierro, tablas, jergón y cabezal; un baulito también de Cristóbal, una percha antigua, con ropa del señorito, y sobre la tabla de la percha los roses; colgados de clavos en la pared están un portavianda, el sable, dos espadas, la gola y el revólver del hijo de la Marquesa. Cristóbal limpiaba los botones en mangas de camisa, y sentado sobre la cama estaba otro asistente, que vestía el traje oficial; chaqueta azul, pantalón y chale-

co del mismo color y gorra de armazón, azul también, de plato ancho, visera de hule y escarpela. Este asistente, que lo es del capitán Pascual, se llama Martín.

Cristóbal y Martín son aragoneses y sostienen en voz baja este diálogo:

—Oye, tú, Cristóbal, ¿á qué hora vino tu amo?

—Pues *mia* tú, *trempano*. A mí me *espertó* el hueco de su voz serían las seis, *miájica* más ó menos. Ha *debtu* salir de Rota al *espuntar* el lucero. *Amos*, cuenta tú eso de la señá Marquesa.

—¡Y qué *rial* moza está *entoavía!*

—¡Que si lo está! ¡otra tú, si lo está! *Tié* la cara lo *mesmo* que una fresa de abril, y eso por *juera*, que lo que es por *drento*, *paecerá*, yo no sé lo que *paecerá*, tan blanca y tan *guallarda*... ¡huy! ¡huy! ¡huy! ¡válgame Dios!

—Otra, calla tú, zambomba, que me *distiemplas*. *Pos güeno*, la señá Marquesa ha *veníu* hoy del pueblo y ha *estau* á ver al General, y *toa* la plática suya la ha *escuchau* el cabo Marcelino, de la tercera del segundo, que es mi primo y está en la *fecina* de *escrevente* con su *celencia*. Chico, á tu amo lo prenden.

—¡*Rediez!* ¡Y á eso ha *veníu* la Marquesa!

—*Mesmamente*; y *agora* se *güerbe*, en el *cerrocarril*, otra vez al pueblo.

—*Amos*, cuenta, hombre, cuenta y *éjate* de *riquilorios*.

—*Pos paece* que tu amo *laticau* un puñetazo que le ha *hinchau* los morros á un tal D. Mamento ú don...

—*Amos*, ya *quigo*, D. Bernardo; otra tú con D. Bernardo; ese D. Bernardo es el que...

La conversación de los asistentes fué interrumpida, porque después de oirse pasos precipitados por el corredor, dos oficiales, uno vestido de uniforme y otro de paisano, empujaron violentamente la puerta del pabellón núm. 21.

El de uniforme era Federico, ayudante del regimiento.

El de paisano era el capitán Pascual.

—Chico, ¿ha venido tu amo?—preguntó Federico á Cristóbal.

—Sí señor, esta mañana ha *llegau*; está durmiendo y me ha dicho que lo llame á la una.

—Es la una menos veinte—observó Pascual, —conque lo despertaremos.

—Sí, no hay más remedio—añadió Federico.

Ambos entraron en la alcoba de Julio armando gran estrépito; Pascual se dirigió al balcón y abrió las puertas de madera de par en par.

Julio se incorporó, abriendo penosamente los ojos; Federico le dió un abrazo; Pascual se quedó mirándolo cruzado de brazos, y luego moviendo la cabeza con gravedad cómica, le dijo:

—Marqués, ¿le parece á V. E. decente estar durmiendo á estas horas, porque ha venido vucencia de Rota? ¡Nada menos que de Rota!

—¡Valiente par de caribes sois!—contestó Julio.—¡Despertarme cuando estaba soñando con la gloria!

—Vengo á verte de oficio, Julillo—le advirtió Federico.

—¿Pues cómo?—preguntó Julio.

—Verás. Hace poco, á la hora de la orden, me mandó subir el General y me dijo: «El teniente Villarana ha llegado, ¿eh?» «Creo que no, mi General,» le contesté. «Me consta que sí,» repuso él. «Dígale V. que venga á presentarse-me inmediatamente.» «Muy bien,» le repliqué, y aquí me tienes.

Julio se quedó pensativo breves instantes y luego murmuró estas palabras:

—¡Cobarde!... ¡Miserable!

XXIX.

LA PRIMERA DE CÁDIZ.

A las once de la noche de aquel mismo día estaban reunidos en la plaza de San Antonio, cerca del atrio de la iglesia, los seis artilleros, un joven de buena presencia, llamado Carlos, educado en el extranjero, hijo de un gran extractor de vinos, amigo de aquéllos y tan inseparable cuando está en Cádiz, que hay quien asegura haberlo visto ir algún domingo, vestido de uniforme, á misa con el regimiento á la iglesia del Carmen, y cuatro muchachas costureras, de tipos diferentes, pero las cuatro seductoras, llamadas Catalina, Juana de Dios, Clotilde y Rosario.

—Me canso de estar de pie—dijo Federico, —decidámonos de una vez.

—A mí—añadió Agustín—lo mismo me da que vayamos á una parte que á otra, menos al Candil, donde me tienen apuntado mucho y no me conviene hoy que diga el encargado «fuego.»

—El vino mejor—manifestó Manuel—está en la tienda de Ríos y en la Escalerilla.

—Sí—objetó Pascual;—pero en esas dos tiendas las vituallas no corresponden á la manzanilla. Vamos á la Primera de Cádiz, donde hay siempre buenos mariscos.

—Que lo resuelvan las niñas—propuso Mariano.—¿No te parece bien, Julio?

—Admirable—respondió éste.—Seamos galantes.

—¿A dónde vamos? Dilo tú, Catalina, que comes como un sabañon.

—Mira, niño, *há er favó* de no *tené* guasa—contestó ella.

—A la Primera de Cádiz—decidieron las otras tres.

—Pues á la Primera de Cádiz.—*¡En avant!* —exclamó Pascual rompiendo la marcha.

Las cuatro niñas y los siete amigos entraron por la calle del Teniente: Pascual iba delante; seguíanlo Manuel y Julio, refiriendo aquél á éste los pormenores de un tentadero de Miura en la isla menor de Guadalquivir, fiesta de la cual había llegado aquella mañana; detrás iban Agustín, Carlos, Federico y Mariano, dando el brazo respectivamente á Catalina, Juana de Dios, Rosario y Clotilde.

Á los pocos pasos, Pascual retrocedió y dijo:

—Eh, eh, eh: alto, alto, alto.

Todos se agruparon en derredor de él, que afectando misterio habló así:

—Señores: el decoro exige que las damas no me oigan. Retiraos un momento, chicas.

Así lo hicieron éstas y Pascual continuó:

—¿Ustedes llevan dinero? Lo pregunto porque yo... mirad—dijo, y rascándose pelo arriba la faltriquera del pantalón, sacó tres pesetas y dos cuartos.—Es decir—añadió—contad sólo con tres pesetas, pues necesito la mota para fósforos.

—Vamos allá, vamos allá—gritó Manuel.—No hagan VV. caso á ese trompeta; yo tengo monedas de cinco duros—añadió golpeándose un bolsillo del chaleco—para pagar todo lo que haya en la tienda, y además una ración de la jeta de cada montañés.

—Y si no, hay crédito en todas partes—prosiguió Mariano.

—Menos en la tienda del Candil—objetó Federico.

—Menos en el Candil—repitió Agustín.

—Además—agregó Pascual,—llevamos aquí al Excmo. Sr. D. Julio, y estos aristócratas siempre tienen dinero. Dispense V. E., señor Marqués.

—Calla, descamisado—replicó Julio.

Pascual, desdeñando el epíteto con un ademán y diciendo:—«Tampoco recordaba yo que nos acompaña esta noche el Neptuno del amonillado; perdone V., Carlillos, perdone V.»—se

puso de nuevo á la cabeza de sus amigos, y todos llegaron brevísimamente á la Primera de Cádiz, que está muy cerca de la plaza de San Antonio, en una de las cuatro esquinas de la intersección de las calles del Oleo y del Teniente.

—Mira, ciudadano; queremos un cuarto grande—advirtió Pascual dirigiéndose á un montañés recio y lustroso, que apuntaba con tiza en el tablero del mostrador las docenas de cañas que se iban bebiendo otros parroquianos.

—Ventura: acompaña á estos señores al 12—mandó el interpelado á un paisano suyo, chiquitín y rechoncho, que estaba en mangas de una camisa muy sucia y tenía en cada mano un platillo con aceitunas.

—¿No está el amo de la casa?—interpeló Manuel al del mostrador.

—No señor, Sr. D. Manuel. Está en Sanlúcar.

—Pues dí que nos lleven el vino de la bota que tú sabes.

—Á V. se le sirve siempre lo mejor de la casa.

—Olé, olé.

La Primera de Cádiz, más espaciosa y flamante que las demás tiendas, tiene, como todas, su anaquelera con botellas detrás del mostrador, sus andanas de botas pintadas de verde, unas llenas de manzanilla y otras de amontillado, y sus corredores con muchas puertas de entrada á los cuartos, ó camarotes, que son de tablas y están al descubierto por arriba desde

la altura de dos metros del suelo: de éstos el núm. 12 es el más grande y su menaje el mismo que el de los restantes: la mesa de pino sin pintar, los bancos, la percha y el mechero del gas.

En la taberna se escuchaba el ruido de vajilla y de cristal, de rasgueo de guitarras, de suspiros de *soleás*, de olés y de disputas y se respiraban los miasmas característicos de tales establecimientos, á los que van en Andalucía todas las clases y categorías sociales: el capitán de navío y el marinero, el Duque y el peón de bañil.

—¿Qué va á ser, caballeros?—preguntó el montañés Ventura, metiendo, para recogerlas, un dedo de la mano izquierda en cada una de las cuatro cañas vacías que otros inquilinos habían dejado sobre la mesa y limpiando ésta al propio tiempo con un paño que llevaba en la derecha.

—Yo soy práctico, señores—dijo Pascual;—si nos ponemos á discutir lo que vamos á cenar, tendremos, al cabo, que pedir el almuerzo. ¿Aceptan VV. mi dictadura?

—Sí, sí, sí—gritaron muchos.

—Para la comida sí; para la bebida elijo á Manuel—protestó Mariano.

Un aplauso aprobó la proposición.

—Pues bien—interrumpió Pascual al montañés;—¿qué hay de cenar, joven?

—Riñones en salsa, lengua, carne estofada, carne asada, carne mechada, carne con tomates, carne rellena...

—¿Y de pescado?

—Pescadilla frita, salmonetes en tartera y ostiones en concha.

—Trae para todos riñones y salmonetes.

—¡Langostinos frescos y gordos!—pregonó un tío á la puerta del núm. 12.

—¿A cómo la docena?—le preguntó Pascual.

—A peseta; señorito.

—¿Sirven tres reales?

—¿Cuántas quiere V.?

—Siete. Echalos sobre la mesa y no los cojas de los más chicos.

—Vengan, por de pronto—dijo Manuel á Ventura,—seis docenas de cañas de manzanilla, media por barba, de la bota que sabe el encargado.

—Conque hemos dicho—rectificó el montañés—riñones y salmonetes para once y seis docenas de cañas.

—Eso es—repuso Pascual,—y aceitunas.

Carlos, Mariano, Agustín y Federico charlaban que se las pelaban con las costureras.

Momentos después, Ventura, ayudado por otro dependiente, extendía sobre la mesa un mantel de gusanillo, planchado, pero lleno de manchas añejas y oliendo á tienda de montañés, distribuía los cubiertos de peltre, los platos, las servilletas y las roscas, y ponía sobre la mesa seis botellas (1) de manzanilla recién

(1) En Sevilla, cuando el pedido de cañas es grande, las sirven los montañeses en unas bateas que tienen doce y aun veinticuatro casilleros, que ocupan aquéllas llenas de vino.

sacada de la mejor bota y equivalentes á las cañas pedidas, once cañas vacías, una bandeja con vasos llenos de agua y con palillos y dos platos con aceitunas.

Federico y Agustín empezaron á llenar las cañas.

—Vamos, niño, vamos; date prisa—advirtió Pascual al montañés.

—Antetodo, caballeros, muchísima educación—dijo Manuel poniéndose de pie, cogiendo una caña por la boca con cada mano y dándoselas, con gran desembarazo y como quien inciensa, una á Juana de Dios y otra á Catalina, repitiendo después el obsequio con Clotilde y con Rosario y con los demás concurrentes.

Las niñas no hicieron más que gustar el vino.

—¡Cómo se entiende!—exclamó Manuel, reparando en ello.—Arriba, arriba, niñas. Hasta verte, Jesús mío. ¿Y tú no bebes, Julillo? Anda, hombre, anda; la pena y el catarro con el jarro.

El rostro de Julio era la única nube en aquella atmósfera de alegría.

XXX.

CRÁPULA.

—Oye, Julio—le preguntó Mariano,—¿qué ha sido lo del General?

—No aburramos á estas niñas—observó Fe-

derico, dando un pisotón al interpelante y recomendando á Julio, con una mirada, la prudencia delante de aquellas mujeres—hablando de asuntos del servicio; tiempo hay para ello, señores, demasiado tiempo.

—Al sujeto que fué esta tarde á verlo en virtud de la orden que le comunicó Federico por la mañana—refirió Julio,—le exigió palabra de que no provocaría á duelo al bribón ése, ni aceptaría su desaffo caso de que éste lo retara: él entonces advirtió al General que estaba al corriente de que había ido á verlo la señora que ustedes saben; le contó lo sucedido, y después de escucharlo, el Gobernador, que es un hombre digno, se levantó y estrechándole la mano le dijo:

—Lo único que le ruego, como amigo, es que no se bata con ese sujeto sin advertírmelo antes.

—Bajo mi palabra de honor se lo ofrezco á usted, mi General—le respondió, añadiendo:—Él no ha de buscarme seguramente, y á mí todavía no me conviene hacerlo; él no es capaz de aceptar un desafío...

—Ni de una mosca—concluyó Manuel.

—Tienes razón—continuó Julio,—y á mí no me acomoda, por muchos conceptos, darle una lección hasta dentro de unos días.

—¡Y qué hermosa se conserva esa señora!—exclamó Mariano dirigiéndose á Julio.—La ví subiendo al carruaje á la puerta del Gobierno militar, y si no hubiese sido quien era, le digo: «bendita sea su alma de V.»

—¡Oh!—exclamó Pascual.—Esa señora se llevaría la palma en un certamen de belleza femenina en la Circasia y en la Georgia...; pero, caballeros, el olor de estos riñones y de estos salmonetes despierta el apetito.

—Niño, trae más vino—dijo Manuel al montañés, que acababa de poner la cena sobre la mesa.

—Conque vamos á ver, señores—interrogó Julio,—¿dónde encontraré yo uno de esos ladrones que dan dinero al 60 por 100 al año?

—Marqués, V. está dejado de la mano de Dios—le respondió Pascual.—¡Mezclar la *finançe* con los riñones en salsa! ¡Hablar del vil metal delante de las damas! No sea V. patán, hombre, no sea V. patán.

—Es que presumo que todos VV. van á salir de aquí borrachos, y que la modorra les va á durar dos días; y como yo necesito el dinero con urgencia, de aquí mi pregunta y mi deseo de obtener inmediata respuesta.

—Un usurero, ¿eh?—observó Federico.—Pues cualquiera de nosotros puede informar bien sobre el particular; y así—añadió alzando un poquito la voz,—le concederemos la palabra, v. gr., al Sr. D. Agustín.

—Puede V. S. hacer uso de ella—le dijo Pascual.

Agustín se expresó en los siguientes términos:

—Muy cerca de aquí; Jardinillo, 105; casa de escalerilla, piso principal; preguntas por D. Rufino, y así, casualmente, le dices que eres el futuro Marqués de Villarana. ¿Cuánto necesitas?

—Ocho mil reales.

—No te los da. Podrás sacarle, á lo sumo, seis mil, y eso firmando contigo el pagaré uno de nosotros, de mancomún *et in sólidum*. Quien tiene hoy más crédito con él es Pascual, por ser el último que le ha pagado.

—Yo firmaré contigo, Marqués, no te apures por eso; pero pon la cara más alegre.

Julio se levantó, asió del cuello á Pascual, y zamarreándolo cariñosamente, le dijo:

—Te daré parte en el negocio; si nos da seis, serán mil para ti y cinco mil para mí; no puedo tomar un ochavo menos.

Luego se sentó en la mesa y encendió un cigarro.

—No está mal pensado, mira—le contestó Pascual,—hablaremos; pero ¿es posible que no coma V. E. nada? Yo quiero más salmonetes.

—¡Casa!—gritó Manuel tocando las palmas. El montañés acudió.

—Otra ración de salmonetes—dijo aquél, señalando á Pascual,—para ese caballero y más vino para todos.

—Está Julio desconocido señores—observó Mariano.

—Me ha costado un triunfo conseguir que viniese á cenar con nosotros—añadió Manuel.

—Juzgan los enamorados que todos tienen los ojos vendados—advirtió Agustín en tono afectadamente sentencioso.

—No agües la fiesta, niño—saltó Catalina.

—Denme VV. de beber cuanto quieran—contestó Julio;—comer me es imposible.

Los tragos y los brindis parciales, bebiéndose cada ella y cada él al mismo tiempo su caña, con los brazos derechos enlazados, menudeaban de un modo alarmante.

—Niño—preguntó Carlos á Ventura, cuando volvió con lo que se le había pedido,—¿qué personal hay en la casa?

—Aquí junto—respondió el montañés,—gente de capa parda, que está remojando la venta de un jaco; más allá, unos marineros alemanes de la fragata que entró ayer tarde...

—¿Y en ese camarote de enfrente, de donde no sale ruido?

—Uno con una. En el 8—prosiguió Ventura—están cuatro ó seis caballeros diciendo romances, accionando como los cómicos, y en el 1 varios señores del Casino con las coristas de la zarzuela y tres ó cuatro cantadores, entre ellos Curro Dulce y Molina, que es el que ahora echa esa seguidilla.

Molina, con una voz de hermoso timbre, llena de sentimiento y con el más puro estilo gitano, cantaba:

Ayer, en misa mayor,
me miraste y te reiste;
que le parezcas á Dios
lo que á mí me pareciste.

—Olé, olé—gritó Manuel.—¡Viva Córdoba!
No tardaron mucho tiempo en confundirse la reunión de los artilleros y la reunión de los socios del Casino, cambiándose sus individuos varones fuertes abrazos y cañas de vino y echando requiebros, los paisanos á las costure-

ras acompañantas de los militares y éstos á las coristas de la zarzuela, que cenaban, como ellas decían, con los *niños* del Casino.

En el cuarto núm. 1, que es tan grande como el 12, se juntaron quince hombres y doce mujeres; la atmósfera no era respirable, podía cortarse; hubo que abrir las dos ventanas que dan á la calle, aún á riesgo de tener público en las partes de las rejas no cubiertas por las celosías; se comió y se bebió hasta lo mitológico; Federico y Carlos pidieron veinte botellas de Champagne, que, sin disfrutar del encanto de asustar á las mujeres con las detonaciones de los corchos, se abrían dándoles con los cuchillos un golpe fuerte en cada gollete; al Champagne siguió el aguardiente de Cazalla; Molina cantó primorosamente y Curro Dulce produjo una explosión terrible de entusiasmo, arrancando aplausos, vivas á su madre y olés del público de las rejas y del de la calle, al salir, con una voz hermosísima, por serranas, con la copla:

Una paloma blanca
más que la nieve,
me ha picado en el alma,
¡cómo me duele!

Las mujeres cantaron y bailaron sobre la mesa con un *barbián* que se coló en la fiesta, haciendo entre todos pedazos la loza y el cristal; movióse pendencia, sin más gravedad que una bofetada dada por Federico, con unos guasones que entraron á cenar á última hora y metieron el palo en candela, á consecuencia de estar dos de ellos metidos con dos de las coristas; la re-

dacción de *El Peninsular*, establecida en la calle del Oleo, esquina á la de la Torre, envió al gacetillero Morera, que fué acompañado de los ilustres poetas gaditanos Pongilioni y Víctor Caballero, que estaban allí de tertulia de última hora, para que tomara apuntes de aquella bacanal; el alcalde de barrio y el comandante de los municipales estuvieron rondando, por precaución, la tienda toda la noche, pero sin atreverse á llamar al orden á los señores; por último, cerca de las cuatro de la madrugada, después de un ruidoso altercado sobre quién había de pagar, requiriendo seis ó siete al montañés para que les tomara el dinero, y rodando, entre unas y otras, por el suelo, los billetes y las monedas de cinco duros, y después de tomar todos en el mostrador, por tres veces, *la moza*, la última copa de aguardiente, los unos solos y los otros con sus hembras del brazo, roncós, balbucientes, con los párpados caídos, las pupilas extraviadas, los cerebros inflamados, las piernas flojas, dispuestos á hacer cuanto el diablo pudiera inspirarles, dándoseles de todo un bledo, provocando á los transeuntes y á los serenos, hablando á voces los unos, cantando los otros y arrimándose muchos á las paredes para infringir los bandos municipales, desfilaron por fin en distintas direcciones, siguiendo Carlos y Julio la de los Pabellones de Artillería.

XXXI.

EFECTOS DEL ALCOHOL.

Julio iba apoyado en el brazo de Carlos; daba unos cuantos pasos y hacía alto: Carlos, más fresco que su amigo, deseaba llegar á los Pabellones y tiraba de él; pero éste oponía gran resistencia á seguir adelante; el vino le había desatado la lengua.

En dirección contraria, venía apagando los faroles un dependiente de la fábrica del gas; al emparejar con los borrachos, se le acercó el hijo de la Marquesa y le dijo:

—Por mucho que apagues, lo que es á nosotros no consigues dejarnos á oscuras.

Junto á la tienda de la Plata hicieron la cuarta ó quinta parada: Carlos estaba arrimado y de espaldas á la pared; Julio, que de vez en cuando se tambaleaba, se cogía de las solapas de la levita de su amigo y lo tenía acorralado á fuerza de zamarrearlo y de meterle los dedos por los ojos, al accionar, hablando con los tonos distintos de voz característicos de la embriaguez.

—Mentira, mentira, Carlillos—decía:—tu madre es una santa y por eso la adoras; la mía es un demonio y por eso no la... ¿viene alguien? te lo diré muy bajito: no la quiero; me es indiferente. ¿Soy yo malo? dí, Carlillos, ¿soy yo malo?

¿no? Ya lo creo que no, yo no soy malo; al revés, y mira que no estoy borracho, sino muy fresco: yo soy bueno, ¿eh? ¿quedamos en eso? Pues mira, Carlos, mira: me da gana de llorar el confesarlo, pero no la quiero; que no, que no y que no; yo no puedo forzarme á quererla; ¿cómo lo hago? ¿cómo me las compongo para quererla, si no la quiero? ¡Chis! ¡calla!... dirían, si me oyeran, que yo era un infame... y no lo soy, que es lo grande... No estoy borracho; apunta con el dedo y lo verás... soy muy desgraciado por culpa de ese... inventa un epíteto que abarque todas las infamias del mundo, para decírselo... Verás... en una carta muy política lo voy á citar á Cádiz; lo llevo al corralón del Parque y allí le doy un sable; yo empuñaré otro y ¡zis! ¡zas! le echo abajo las dos orejas, y si no quiere batirse, entonces lo amarro... y... verás, llamo á mi barbero y le digo que le afeite una patilla, y que le haga corona de cura: no, no, no, cerquillo de fraile es mejor; ¡estaré bonito! pero remedio santo; el ridículo es ácido prúsico para las ilusiones amorosas... ¡Amor!... ¡Viva el aguardiente! Vamos á beber la última, la última, Carlos de mi alma; la última, bajo palabra de honor que la última; si estoy fresco, hombre; tú sí que estás calamocano; y la vamos á beber aquí en la tienda de la Plata, sin entrar siquiera, á la puerta, á la salud de una mujer más bonita y más buena que María Santísima... Mira, Carlillos, mira; te lo juro, te lo retejuro, ¿por qué quieres que te lo jure? Pues me asusta pensar lo que yo soy capaz de hacer antes que

dejarme arrancar á mi María de los Angeles; hasta el nombre tiene música, ¿es verdad? Y mira que yo no soy malo y te quiero á tí mucho y no estoy borracho...

Julio lloraba.

—Yo también te quiero muchísimo—le contestó Carlos,—y reconozco que los dos estamos frescos; pero has dicho muchas barbaridades, Julio; tu mamá es buena; está enamorada y la mujer enamorada se halla en una situación excepcional, en una de las grandes crisis de la vida, durante la que es capaz de hacer todo lo malo y todo lo bueno imaginable: ser un ángel ó una furia; creencias, padre, madre, hijos, fortuna, decoro, la corona de un imperio, todo lo sacrifica en aras de ella la mujer dominada por esa pasión, cuya demencia es proporcional á los años de la víctima. Perdónala, pues, y quírela prescindiendo de sus irreflexiones. ¿No acabas tú de decir que eres capaz de cometer no sé cuántos delitos por tu María? Pues esa es la viga de tu ojo; disimula la paja en el de tu madre. Evangelio puro, chico; vamos á remojar el sermón.

Acercáronse á una de las puertas de la tienda de la Plata, y dirigiéndose al montañés que estaba detrás del mostrador, le gritó Carlos:

—Mira, que nos sirvan aquí dos vasitos de aguardiente.

—Entren VV., caballeros—les dijo el montañés.

—No nos da la gana—replicó Julio,—ha de

ser aquí.—¿Vale eso más? ¿Cuánto? ¿Un duro? Se pagará.

Junto al mostrador estaban bebiendo vino cinco ó seis hombres de distintas clases y cataduras, y uno de ellos cometió la imprudencia de hablar así á los recién llegados:

—Adelante, señores, que no hay ningún pozo en la casa donde se puedan VV. caer.

—No, valiente, no—contestó Julio tuteando de mano al interpelante;—no tememos á los pozos; lo hacemos por no ver la cara de bruto y de sin vergüenza que tú tienes, y que te voy á romper ahora mismo.

Dijo y entró en la tienda en son de hacer lo que decía.

Carlos lo detuvo y los demás asieron al indiscreto, que al aprestarse á la defensa protestaba que no había tratado de ofender á aquellos jóvenes.

Julio y Carlos salieron á la calle, y en ella se bebió cada uno el medio vasito de aguardiente; pagaron y se despidieron, haciéndolo Julio de su adversario de este modo:

—Eh, mocito; vivo en los Pabellones y me llamo Julio Villarana. Agur, amigo.

Antes de llegar á la plaza del Mentidero, en un balcón saliente de la cera opuesta á la por que ellos subían, estaba sentada en una silla, entre unas macetas con flores, una mujer que al acercarse los dos amigos se puso de pie, é inclinándose sobre el antepecho para mejor hacerse oír, con voz tímida llamó:

—¡Carlos!

Estaba vestida de negro, y junto al vestido y sobre el fondo oscuro de la noche resaltaba la blancura de su rostro y de sus manos.

Podría tener diez y ocho años y era muy linda.

—Volveré pronto—le contestó Carlos, sin detenerse.—Adiós.

—Cuando quieras—repuso ella; y dejándose caer en la silla, se llevó á los ojos con las dos manos un finísimo pañuelo.

Julio no se apercibió ya de ese incidente del regreso, y poco después entraba en su pabellón, y tendido en la cama se dejaba desnudar por Carlos y por su asistente.

XXXII.

LA ARAÑA Y LA MOSCA.

Al día siguiente se despertó Julio con dolor de cabeza y mal gusto en la boca y con la conciencia intranquila y el humor negro por haber cedido á las instancias de Manuel é ido á cenar con sus compañeros, de mala gana, bebiendo á la fuerza y emborrachándose sin divertirse. Cristóbal entró en la alcoba á las once, abriendo las maderas del balcón y entregando al señorito una carta de Angeles, que leyó aquél ávidamente, moviendo la cabeza con indignación al pasar la vista por estos renglones:

«Ayer tarde, y por disposición de tu mamá,
»vino el alcalde á la huerta y nos dió la orden
»de salir de Rota en el término de quince días.
»Figúrate el efecto... etc.»

María de los Angeles tuvo la prudencia de no contar á Julio la forma indigna en que hizo el alcalde la intimación á Dolores y á su hija.

En la carta, extremosa de cariño, de dos pliegos con los renglones cruzados, con que Julio contestó á la de su novia, le decía:

«Desdeña la furia de mi madre. Antes de
»quince y también antes de ocho días estarás
»en Cádiz á mi lado.»

Resolvió el hijo de Marcela ir seguidamente á buscar al usurero; tomar ocho mil reales; dar mil á Pascual y gastarse tres mil quinientos en traer á Cádiz á María y á su madre á una casa de huéspedes, mientras él alquilaba un piso y lo amueblaba con lo que ganase al juego, arriesgando la otra mitad del dinero.

Así pensando, salió á la una de los Pabellones, encaminándose hacia la calle del Jardinillo, y llegado que hubo á ella y después de andar un buen trecho, entró en una casa de humilde aspecto, cuya angosta escalera comenzaba media vara más allá del portón de la calle; la casa no tenía más pisos altos que los dos principales: Julio llamó al de la derecha, y por el ventanillo de la puerta aparecieron unos ojos y sonó una voz afectadamente hueca, que preguntaba:

—¿Qué se le ofrece á V., caballero?

—¿Está D. Rufino?

La señora de éste, pues no era otra la que

se asomó á ver quién llamaba, abrió, encontrándose Julio con una morena de cabos negros, jamona muy aceptable, que lo miraba y le decía, durando más tiempo la mirada que las palabras:

—Haga *usté er favó* de *pasá* adelante, caballero.

Julio siguió detrás de aquella mujer, que lo condujo á una salita con balcón á la calle, diciendo al entrar:

—Rufino, aquí viene *procurando* por ti este caballero—y dirigiéndose luego á Julio, redujo la boca cuanto le fué posible y le hizo una ceremoniosa cortesía, añadiendo:—Caballero, agur.

La voz de aquella mujer, el menudeo de la palabra «caballero,» el comerse las letras finales de la pronunciación y su empaque todo, delataban una cursi de las más características del género en aquella ciudad, donde las mujeres pueden clasificarse por gremios: el primero, rico y elegante; el segundo, más ó menos pudiente, cursi; el tercero, el del barrio de la Viña, lleno de hermosura y de gracia, y el cuarto, pecador y muy abundante, aunque no en la escandalosa medida de los tiempos pasados.

D. Rufino es un cuarentón, bajo de cuerpo, enjuto de carnes, enfermizo de color, afilado de cara, tierno de ojos y éstos, además, un tanto bizcos. Tiene unos bigotes negros, muy grandes y muy crespos, que se atusa sin cesar con unos dedos largos, huesudos, lustrosos y con las uñas de riguroso luto. Está sentado en un sillón de brazos detrás de una mesa de escritorio de pino pintado, situada junto al balcón; en el tes-

tero de la sala, colgados de alcayatas en la pared, vense dos cuadros al óleo, sin marco, que quieren ser, con fatal empeño, los retratos de cuerpo entero de D. Rufino y de su esposa; debajo de estos cuadros figura un sofá muy antiguo, con los cojines y las colchonetas forrados de lana encarnada, ya en ruina, y delante del sofá dos butacas de gutapercha, viejas y descascarilladas, en una de las cuales tomó asiento Julio por indicación de D. Rufino, entablando los dos el siguiente diálogo:

—¿En qué puedo tener el honor de servir á V.?

—¿Usted da dinero á premio?

—Yo, no, caballero; hay una señora que no quiere entenderse con los sujetos y tiene la bondad de valerse de mí, como corredor, para colocar su dinero: yo soy un pobre que vivo de mi trabajo.

—Bien, es lo mismo; yo soy teniente del regimiento de Artillería que está aquí de guarnición, me llamo Julio Villarana y necesito ocho mil reales; pero tomar yo los ocho mil, aumentando los intereses en el pagaré: si es preciso, firmará también el documento un compañero mío.

—Bueno, yo se lo propondré á la señora, y daré á V. la contestación.

—Necesito el dinero hoy mismo.

—Imposible, caballero: la señora se ha ido á las doce á Puerto Real, y no vuelve hasta mañana en el tren de las nueve.

—¿Cuánto es el corretaje de V.?

—El 10 por 100.

—Doy á V. el 15 si se hace hoy.

—Es imposible, créame V., y no sé si mañana lo será también, porque la señora se toma siempre algún tiempo para contestarme cuando le propongo un negocio; caso de aceptar éste, que nunca será de ocho mil reales, sino de cinco á lo sumo, se hará pasado.

—Entonces no quiero nada—dijo Julio levantándose muy contrariado.

—Considere V., señor oficial, que la persona que presta dinero no puede obrar de otro modo: todos los militares son VV. lo mismo; quieren las cosas á paso de carga, y eso no puede ser: la señora tiene que tomar sus informes; ha tocado desengaños grandes en perjuicio de sus intereses; sin ir más lejos, á un compañero de usted prestó hace tres años cuatro mil reales, y contra su costumbre de hacerlo más caro, se los dió al 5 por 100.

—¿Nada más que al 5 por 100?

—Al 5 por 100 al mes. Nada más.

—¡Ah! Ya.

—La señora, que es la suma bondad, accediendo á las plegarias del deudor, fué renovando y renovando el pagaré, que al cabo de los tres años había subido con los intereses y con los réditos de éstos á diez y seis mil y pico de reales. Pues bueno; á duras penas pudo cobrar la señora, poco há, catorce mil setecientos, después de dar parte al coronel y al Director general del cuerpo: ha perdido en el negocio unos mil quinientos reales, que ya son plata, y V. comprenderá, señor mío, que cuando se

reciben estos golpes, hay que mirarse en ello antes de dar dinero á premio sin sólidas garantías.

A Julio le vino á las mientes la idea de estrangular á aquel bribón; pero no sólo se con-
tuvo, sino hasta lo miró con dulce sonrisa; que si la soberbia es la cuna de todos los pecados, en el crisol de la necesidad se hacen humildes los hombres.

Julio, espoleado por la precisión ineludible del oro, no sólo sonrió al usurero, sino que le dió unos golpecitos en la espalda en disculpa de la impaciencia de que momentos atrás diera señales.

—A pesar de todo—continuó D. Rufino,—haré cuanto esté en mi mano para servir á V., y mañana á las doce iré á su casa.

—Bueno; tome V.—dijo Julio alargando á Rufino una tarjeta,—y mañana le espero en mi pabellón.

—A las doce estaré allí sin falta. ¿V. tiene familia por aquí?

—Soy hijo de la Marquesa de Villarana.

—¡Ajá!—exclamó el usurero y añadió:—¿Usted ha estado mucho tiempo en Cádiz?

—Entre Cádiz y Sevilla desde que volví de Africa.

—¿Ha tomado V. alguna otra vez dinero á rédito?

—Nunca.

—No estará V., por supuesto, á descuento del tercio de su paga por ningún concepto.

—No señor.

—¿Conque V. quiere tomar...—interrogó D. Rufino disponiéndose á escribir.

—Ocho mil reales.

—No podrán ser más que cinco, seis á todo tirar, firmando con V. otro compañero.

—Sea lo más posible; pero muy pronto, cueste lo que cueste.

—¿A qué plazo?

—Seis meses.

—Pues repito á V. que mañana á medio día sabrá V. la resolución de la señora.

—Haga V. que sea favorable—replicó Julio alargando la mano al tunante, que la estrechó con gran afecto.

—¿Quién querrá la salud mejor que el enfermo? ¿Desearé yo que se haga el negocio, si de ellos vivo?—advirtió D. Rufino acompañando hasta la puerta á Julio.

—Hasta mañana—dijo éste, y siguiendo por el corredor, notó al salir, como le había sucedido al entrar, que iba pisando unos granos duros que bajo la presión de las suelas crujían y se pulverizaban. La señora, que lo esperaba para abrir el portón, disculpó la suciedad del suelo haciendo presente al hijo de la Marquesa que al venir D. Rufino de la compra aquella mañana, se le había caído sal de la espuerta.

—Señora—rectificó entonces Julio asiendo la ocasión de poner las faldas de su parte,—si lo que hay en el suelo es sal, de donde se ha caído es del cuerpo de V.

—Es V. muy fino, caballero—repuso ella consagrándole la más pecaminosa de sus mira-

das y la más plácida de sus sonrisas; y cogiendo luego entre las dos suyas cuidadas y suaves la mano que Julio le daba, y estrechándola mucho más de lo conveniente y reteniéndola todo el mayor tiempo que le fué dable,

—Esta casa, caballero, y todo cuanto hay en ella—le dijo con malicia,—está á la disposición de V., y tendré mucho gusto en que vuelva V. por aquí, caballero.

—Gracias, muchas gracias—contestó Julio bajando los escalones, no sin que la señora de D. Rufino lo siguiera con ojos incendiarios, primero desde los hierros del ventanillo y luego desde el balcón, hasta que dobló la esquina de la calle de la Torre.

XXXIII.

ROBO EN CUADRILLA.

D. Rufino, cumpliendo su promesa, entró el día siguiente á las doce en punto por la puerta del pabellón núm. 21.

—¿Qué tenemos?—le preguntó el artillero antes de que abriese la boca para saludar.

—Desde las seis de la mañana estoy trabajando en el asunto de V.

—¿Y bien?

—Nada en resumen. La señora dice que no vuelve á dar dinero á militares, y hasta cierto

punto tiene razón, porque le han dado muchos petardos.

Julio no articuló palabra, pero le salió al rostro, robándole su hermoso color, la angustia que se apoderó de su espíritu.

—No hace mucho tiempo—continuó D. Rufino,—dió dos mil reales á un teniente y á un subteniente de ejército; venció el plazo; no le pagaron; se renovó el pagaré; volvió á vencer; nada; por último, da parte la señora á la Dirección de Infantería, dispone el Director que paguen con el tercio de sus sueldos, y resulta que ya estaban á descuento lo menos para veinte años. ¿Le parece á V. bonito eso? ¡Ah! Y cuenta que, como prendas garantes, habían entregado á la señora los reales despachos.

—Pero el caso es—dijo Julio con desesperación—que yo soy un hombre honrado y necesito, sin falta ninguna, hoy mismo ese dinero, y hay que sacarlo de las entrañas de la tierra.

—Ya le digo á V.—repitió D. Rufino,—desde las seis, qué digo las seis, desde las cinco de la mañana estoy pateando por ahí sin fruto; en la previsión de una negativa de la señora, he visto á tres ó cuatro sujetos, y nada; sólo uno... pero ¡quién!

—Diga V., hombre, diga V.—repuso Julio con ansiedad terrible.

—He visto un viejo, un tal D. Toribio, al cual habría que dar algo; en fin, eso sería lo de menos; el caso es que me dijo que él tiene un amigo en Puerta de Tierra que hace estos negocios; pero no hay que pensar en ello; es

un robo; yo no se lo hubiera dicho á V. á no venir rodado en la conversación.

—¿Cuánto pide?

—No le conviene á V. eso, D. Julio. Ya procuraremos despacio encontrar otra cosa más barata. Quiere el 8 por 100.

—Al...

—Al mes, y puede dar hasta diez mil reales.

—¡El noventa y seis al año! ¡Qué horror!— exclamó Julio, tapándose los ojos con las manos.—Pero no hay otro remedio; diez mil, ¿eh? D. Rufino, vaya V. á escape á Puerta de Tierra; tome V.—añadió dándole dos duros,—alquile V. un carruaje y dentro de una hora está usted aquí con el dinero.

—Lo único que yo puedo hacer es buscar á ese D. Toribio—objetó D. Rufino guardándose los cuarenta reales.

—Usted arregle la cosa como quiera; también gratificaremos á ese D. Toribio; no deje usted de hacer nada porque cueste más ó menos; para mí, este negocio no es cuestión de dinero, sino de ocasión; pero por Dios que no se venga V. con las manos vacías.

—Voy á tratar de complacer á V. con el sentimiento de ser cómplice en un asunto tan desventajoso para V. ¡Ah! Por si me pregunta, ¿cómo se llama el sujeto que va á firmar el pagaré con V.?

—El capitán D. Pascual.

D. Rufino, sin decirle que ya lo conocía como parroquiano, cogió el sombrero y franqueó á buen paso la puerta con los bigotes más cres-

pos, la cara más larga y los ojos más envejecidos que nunca.

En el punto y hora que Julio salió el día anterior de casa de Rufino, este peje comenzó sus pesquisas en averiguación de las condiciones de su víctima, y supo que efectivamente era hijo de la rica Marquesa de Villarana, y por un cabo escribiente del coronel, que no estaba ni había estado jamás á descuento de su paga, con cuyos datos resolvió darle el dinero que quisiera; pero explotando la urgencia para sacar las entrañas al negocio. Al salir del pabellón se reunió con su socio, D. Toribio, que lo aguardaba sentado en la Plaza del Mentidero, y los dos truchimanes vagaron sin rumbo algún tiempo, hasta que tropezaron con un deudor de D. Toribio, bien amarrado, pero deseoso de renuevo, que los convidó á café, copa y cigarro puro.

Antes de las dos regresó D. Rufino al pabellón de Julio dando muestras de llegar muy sofocado y diciendo:

—¡Qué suerte tiene V.! Dentro de media hora estará aquí el dinero. Lo trae D. Toribio, que es el corredor del sujeto que lo da. Yo no tengo, por consiguiente, en el asunto más participación que el gusto de servir á V.

Julio abrazó á D. Rufino, sacó de un cajón una botella de amontillado, le quitó el corcho, él mismo sirvió al usurero una copa, y llamándole su salvador brindó á su salud.

Por fin llegó D. Toribio. Este canalla era un viejo alto, sin pelos en la cara, pero con barba

de una semana; la nariz larga, estrecha y de caballete; fisonomía de cura, maneras hipócritas, mal vestido de lana oscura y con un sombrero tordo, de copa alta, ya raído y abollado.

La voz de D. Toribio era bronca, escasa y lúgubre. Entró, dió los buenos días, tomó asiento, púsose las gafas, sacó del bolsillo un papel azul y leyó:

«Pagaremos de mancomún *et in sólido*, en esta ciudad, á seis meses de la fecha y á la orden de. la cantidad de catorce mil ochocientos reales vellón, en oro ó plata, con excepción de todo papel moneda, valor recibido de dicho señor en igual especie, á nuestra entera satisfacción, siendo de nuestra cuenta los gastos judiciales y de cualquier género que pudiera originar nuestra falta de puntualidad en el pago, y renunciando á las leyes que en cualquier caso pudieran favorecernos para eludir el cumplimiento de este contrato.—Cádiz, etc.»

—Cristóbal—llamó Julio.

El asistente llegó, recibiendo la orden de avisar á D. Pascual, que no se hizo esperar mucho tiempo.

Julio firmó.

Pascual tomó la pluma y dijo á D. Rufino:

—En las garras de V. ya me he visto; pero este caballero ¿sabe quién soy?

—Por Dios, señor capitán—contestó D. Toribio,—á las personas decentes y dignas se las conoce en la cara.

—Es verdad—repuso Pascual mirando alternativamente á D. Rufino y á D. Toribio.

Éste se guardó el pagaré, y después de mucho registrarse la ropa, sacó una bolsita negra, y de ésta, poco á poco, el dinero que fué contando y poniendo cuidadosamente en pilitas sobre la mesa, costándole un trabajo ímprobo soltar cada moneda, como si sus dedos tuviesen imán para el oro.

—Ahí están, señores—dijo por fin,—nueve mil reales, quitando de los diez mil el 10 por 100 de corretaje, y otra vez me darán VV. los diez reales del pagaré.

—Tome V., tome V.—dijo Pascual dándole tres pesetas que D. Toribio se embolsó.

Julio dió por terminado el negocio con estas palabras:

—Está todo perfectamente.

D. Toribio hizo tres reverencias y se fué á la calle.

—¿De cuánto soy deudor á V., D. Rufino? —preguntó á éste el hijo de la Marquesa.

—A mí no me debe V. nada.

Julio, disimuladamente, como si temiera empañar la delicadeza exquisita de aquel bandolero, le pidió la mano y le deslizó en ella veinte duros en cuatro monedas de á cinco, que aquél atrapó incontinenti oprimiendo los dedos á Julio con desusada fuerza, cosa que éste tradujo por una muestra de gratitud.

—Ya sabe V., Sr. Marqués—dijo D. Rufino en despedida,—dónde tiene una casa y unos amigos. Cualquiera cosa que á V. se le ofrezca...

—A los pies de la señora.

A Julio le rebosaba por los ojos la alegría.

Pascual, cruzado de brazos, se quedó moviendo la cabeza y vomitando á media voz apóstrofes contra los prestamistas.

Estos iban por la calle erguidos, á buen paso y retozándoles la risa en la boca; no se hablaban: los criminales, después de consumar un delito, deben guardar algún tiempo silencio; deben tener vergüenza y miedo los unos de los otros. D. Toribio y D. Rufino se miraban, sin embargo, de vez en cuando maliciosamente y contenían una carcajada: por fin D. Rufino cogió por un brazo á D. Toribio, le hizo pararse, y dando suelta ruidosamente á su júbilo, le dijo: —¡Encima me ha regalado doscientos reales! Le robaba diez duros á su socio.

XXXIV.

EL PALACIO DEL CRIMEN.

El patio de la casa de juego de Bernardo tiene, por sus cuatro frentes, amplios corredores que corresponden á los del piso alto, sostenidos éstos y cerrados aquéllos por arcos de herradura afilegranados y airosas columnas de mármol, de cuya materia es toda la solería: está el patio lujosamente decorado, y por el frente paralelo al de la puerta principal se entra en una galería de cristales con vistas á un reducido pero precioso jardín, que consuela á deshora á

los que deja sin blanca la mala fortuna con el rumor de los cristales de la fuente y el perfume del dondiego de noche.

Se alza en el centro del patio un soberbio candelabro de siete mecheros con luces de gas, del que se alumbra con profusión toda la casa.

En el espacioso y elegante soportal é inmediata al cancel de entrada al patio, cancel cuyos cristales costaron un dineral, tiene su buena habitación Peregrín, el portero, que nació para serlo de garito de gran tono; es viejo, bajo, rechoncho, tiene las cejas muy separadas y hay algo en su cara del perro pachón; presta dinero á los jugadores, es gran fisonomista y, sin equivocarse nunca, sabe á qué personas ha de estorbar el paso y á quiénes no, por ser socios ó estar presentados, así como cuándo el socio está en ganancia y debe redoblarle las adulaciones, cuándo puede armarlo si pierde y hasta qué cantidad, y cuándo, por último, debe mostrarle desdén por estar completamente tronado; es, además, imposible que un individuo de policía traspase el dintel de la puerta sin que el timbre de Peregrín dé *arriba* la voz de alarma.

Las libreas de los criados están hechas en París por el sastre del Emperador, y son iguales, con escasas diferencias de colores en los vivos, á las que llevaban en las Tullerías los sirvientes de Napoleón III.

A las dos de la tarde del día siguiente al en que Julio tomó el dinero á rédito, no había comenzado la partida en el salón alto, en la gran sala de juego, que tiene tres magníficos balco-

nes á la calle y está exornada regiamente, con alfombras, tapices, cortinajes, espejos de cuerpo entero, cada uno de cuyos marcos de palo santo es una obra de arte, divanes, un notable reloj de pared y una sillería ligera, pero de buen gusto; las pinturas del techo son cuatro alegorías de la ciencia, la industria, el trabajo y el comercio, ejecutadas magistralmente por el reputado artista madrileño Rivera (D. Ricardo); del techo penden seis grandes y preciosas lámparas.

En la gran sala de juegos de azar hay tres mesas: en la central está la ruleta y es en la que tallan los jefes de la casa, y de las otras, la una es de monte y dados y la restante de treinta y cuarenta, bacarrat y faraón; en estas dos pueden llevar la banca, fuera de las horas en que reglamentariamente funciona la de cabecera, los socios que quieran hacerlo, decidiéndolo el as de oros cuando hay varios solicitantes.

Las otras dependencias son: la dirección, la secretaría, el salón de lectura, el tocador, el escritorio general, las salas de juegos carteados y las habitaciones del conserje y demás dependientes. En el piso bajo hay una cantina donde se expenden comidas y bebidas muy caras, pero excelentes.

Los seis amigos artilleros no eran jugadores. Pascual y Carlos habían ido aquella tarde al lujoso garito por exigencia de Julio, y los tres, aguardando á que comenzara la partida, estaban sentados en la galería del jardín, tomando copas de *fine Champagne*, con exceso el hijo

de la Marquesa, y dialogando de este modo:

—En el juego, como en la guerra—decía Pascual,—se desarrolla el individualismo más grosero. Conocí yo un jugador famoso que durante muchos años talló de diario en Madrid en cierta casa célebre de la Carrera de San Jerónimo. Todos los puntos se decían sus grandes amigos. Un verano se fué nuestro jugador á los baños de Archena, y en aquel establecimiento pasó de repente á mejor vida. La noticia fué comunicada por los amos de la casa, consocios del difunto, una tarde al comenzar la partida. «¿Cuántos días hace que murió?» preguntó un punto. «Tres,» contestaron los banqueros. «¡Ah! repuso aquél. Entonces ya estará *pidiendo ases* en el infierno.» Ruidosas carcajadas acogieron la ocurrencia, y éstas fueron la única manifestación de duelo que hubo en la casa y la manera sola como se honró allí la memoria del muerto.

—La verdad es—añadió Carlos—que el juego debería perseguirse por un cuerpo de policía especial, sujeto á la ordenanza militar y en el que se castigaran con diez años de presidio los delitos de infidencia, declarando una ley que todo ciudadano que denunciara una casa de juego tuviese derecho de asistir á su sorpresa y á partir por mitad con la policía el dinero que hubiera sobre el tapete y en los bolsillos de cuantos estuvieran dentro de la sala, y el valor del mueblaje completo de la casa vendido en pública subasta, condenándose luego á los banqueros, v. gr., á cuatro y á los puntos á dos años de prisión correccional.

—También yo detesto el juego—exclamó Julio;—pero estoy envuelto por una nube negra y tengo que correr el temporal hasta que luzca el sol ó me aniquile un rayo, y hoy me arrastra aquí y yo os arrastro á vosotros, tan buenos y tan condescendientes para que, en vuestra compañía y aturdido por el *cognac*, me sea menos duro el sonrojo que me produce la entrada en un garito, en éste sobre todo, á donde me veo forzado á venir, porque en el Casino están prohibidos los juegos de azar, y la otra casa la han cerrado porque no pagaba la subvención que se le exigía. Estoy seguro, sin embargo, de que aquí nadie me conoce, pues las pocas personas que yo trato en Cádiz no vienen á estas casas. ¡Sería tremendo—añadió, levantándose con los ojos encendidos por el alcohol, el rostro descompuesto, oprimiendo con cada mano un brazo de sus amigos, y bajando la voz—que alguno dijera: «Ese es el hijo de la futura del amo de la casa!»

Entre Julio y sus compañeros mediaba una mentira convencional, exigida por la delicadeza de todos: la de que la Marquesa era sólo la pretendida, la novia de Bernardo; Julio fundaba su indignación en que una persona de mal vivir aspirase á ser su padrastro, y en que tuviese, al propio tiempo, la desvergüenza de tratar de seducir á su novia; dentro de estos límites se mantuvo la conversación de Julio con el General la mañana que llegó aquél de Rota.

Con tal antecedente, por más que Pascual y Carlos condenaban la entrada en aquella casa

del hijo de Marcela, tuvieron la debilidad de ser cómplices del hecho, sin atreverse á hablarle antes al alma, ya que el cariño fraternal que le profesaban no les consintiera abandonarlo en su extravío; así Pascual, cortando con una chanzoneta aquel triste incidente, interrumpió á Julio, parodiando al presidente del duelo en un delicioso pasillo de Serra:

—Vaya, vaya, vaya—le dijo,—tú nos has manifestado que tienes absoluta necesidad de ganar unos miles de reales, ó de perder los que traes en el bolsillo, ¿no es eso? Pues

terminados los discursos
contra los juegos de azar,
ya que nos están llamando,
subiremos á jugar.

Efectivamente, á semejanza de lo que acontece en los Cuerpos Colegisladores, el estrépito de diez ó doce sonoros timbres anunciaba á los puntos que iba á abrirse la sesión, y nuestros amigos, y todos los que estaban en el patio, se levantaron y se dirigieron hacia la suntuosa escalera principal.

XXXV.

LA PARTIDA.

La partida ha comenzado; el banquero ha dado ya las voces de rúbrica: «Hacer el juego. ¿Está hecho? No va más.» Los paleteros apilan

en montones de á mil reales el oro que va entrando; hacen cartuchos de á 25 con los duros y ordenan en fajos los billetes; ya ha rodado varias veces la bola de marfil por las paredes inclinadas de la ruleta; hace un calor sofocante y hay mucha gente en derredor de la mesa.

Uno de los estudios más tristemente curiosos que pueden hacerse de los estados de la razón y del espíritu del hombre, es el de los puntos que toman parte en una partida de juego.

El jugador ve sólo enemigos por todas partes: si pierde, lo está robando el banquero, por más que si gana es cómplice placentero de su delito; de los puntos que tiene cerca, al que no le cree acechando la ocasión de levantarle un muerto ó de atraparle, al menor descuido, si quiera una moneda de las que tiene delante, lo supone dispuesto á darle un avance de dinero prestado.

Cuando el jugador está perdiendo, su imaginación le expone los cuadros siniestros que seguirán á la desaparición de aquellas monedas, con arreglo á las circunstancias del caso: desde la deshonra y la cárcel, ó el suicidio, hasta el bochorno de empeñar una pulsera de su esposa para mandar á la criada á la compra al día siguiente. Así su espíritu está negro y tiene siempre, como decirse suele, la pelea ajustada; la duda de si una moneda es buena ó es falsa; una equivocación al pagarle el banquero, hija tal vez de una ligereza suya al apuntar; un codazo ó un pisotón del colega vecino en el desfogue de su cólera; la cuchufleta del punto novel que

gana unos cuartos y quiere á la fuerza que sean todos partícipes de su alegría; cualquier cosa puede ser la chispa inicial de un diálago agrio é insolente, que corriéndose de la lengua á las manos, termine con una escena siempre vergonzosa en un garito, donde no hay distinción de personas, sino solamente puntos, donde el más caballero se mezcla con el más canalla.

Y á medida que más pierde, más el espíritu del jugador se inunda de odio á los que se llevan su oro: el punto más caritativo se contentaría con que calcinara un rayo al banquero que le gana, y el epíteto más afectuoso que le consagra, cada vez que le muestra la suerte contraria, es el de «ladrón.»

Hé ahí los orígenes de las fisonomías pálidas, contraídas, llenas de terror; del alzar los ojos al cielo, de los puños crispados, de las mordeduras en los dedos, de los tirones de cabellos y de bigotes, de las frases ininteligibles, de todo cuanto repugnante se escucha y se observa entre los puntos que rodean una mesa de juego, allí donde la criatura se revela tal cual es, en todo el esplendor de su barbarie humana, no domeñada por los esfuerzos de la razón y del sentimiento.

En la primera fila, que es la de los que están sentados, figuran Pascual, Julio y Carlos; los dos primeros juntos, y Carlos enfrente.

Salvo las palabras del banquero y el ruido de la máquina, sólo se escuchan los rumores naturales de una multitud silenciosa; pero cuando la suerte designa cuáles son sus favorecidos

y á quiénes vuelve la espalda, reina un momento mucha animación mientras los paleteros cobran y pagan, animación á que da carácter la música del dinero.

Julio no apunta á ninguno de los treinta y siete números, contando el cero, que están escritos sobre la mesa á uno y otro lado de los banqueros, y hace bien, pues en aquella especie de lotería, donde al que acierta un número se le paga á razón de treinta y cinco por cada unidad que apunta, lleva el dueño de la banca, en cada jugada, además de la del cero, cerca del 3 por 100 de ventaja.

En la ruleta de la casa de Bernardo, á los que apuntan á suertes iguales, esto es, á pares ó nones (que es el juego de Julio), á colores, ó á *pasa y falta*, al salir el cero, se les *casa* la puesta, es decir, pierden sólo una mitad y queda la otra para la jugada siguiente.

—Pero chico, ¿ves?—decía Julio á Pascual, mostrándole una tarjeta.—Se da racha de impares: apunto yo y quiebra; se dan luego, por tres veces, dos impares y un par: apunto yo y quiebra. Pues mira ahora el juego; intermitente clavada; toca par, ya verás.

Julio apuntó á los pares mil reales.

—¿Está hecho el juego?—preguntó el que tallaba, soltando la bola de la ruleta.—No va más.

Cuando cesó el ruido de la máquina, cantó el banquero:

—Diez y nueve encarnado.

Julio se mordió el labio inferior; empuñó el lápiz con que anotaba en la tarjeta las jugadas,

y dió con él un golpe sobre aquélla, quebrándolo por la mitad, y luego, con la parte que le quedó en la mano, rayó el cartón violentamente y en distintas direcciones, haciéndolo pedazos.

—¿Estamos de malas, pollo?—preguntó á Villarana uno de los ruleteros que estaba de pie frente á él.

Al verse reconocido Julio, se quedó aterrado y contestó sin mirar al que preguntaba:

—Así, así.

Aturdido por la mala suerte y por los vapores del *fine Champagne*, iracundo y despechado, en pocas puestas más acabó Julio de perder todo el dinero que llevaba, así el destinado á poner la casa, como el que había de servir para traer á Cádiz á Angeles y á su madre, y lo que le prestaron Carlos y Pascual.

—Vámonos—les dijo, levantándose.

—¡Es imposible ganar de ese modo!—exclamó Carlos, acercándose á ellos.—Juegas todas las manos, de modo que te cogen de medio á medio las ventajas naturales del banquero; entraste ganando una porción de puestas; de fijo doblaste el dinero que traías, y mientras te duró la racha buena jugaste con método, con demasiado método, con miedo; puestas de veinte ó de treinta duros á lo sumo: te entra la mala, como era natural, y entonces te quemas y vas apuntando cada vez más fuerte, hasta hacer puestas de cuatro y seis mil reales. ¿Cómo es posible ganar así? Después de todo, los banqueros no necesitan hacer trampas para llevar-

se el dinero; con la cuarta de la *puerta* en el monte, el 3 por 100 y el cero en la ruleta y el disparatar de los puntos, tienen más de lo que necesitan para hacer su gran negocio.

Julio nada dijo. Estaba muy preocupado.

—¿Qué hacemos?—preguntó Pascual.

—Jugar —respondió Julio *ex abundantia cordis*.

—Hombre, sí—repuso Pascual.—Jugaremos una partida de dominó. Vámonos al café de Apolo. Yo convido. Me quedan siete pesetas.

—No puedo ir con VV.—dijo Julio frotándose las manos.—Tengo que hacer una visita imprescindible á unas amigas muy guapas, que me distraerán un tanto de la pena de haber perdido el dinero de la usura. ¿Dónde me esperan ustedes dentro de dos horas?

—Vamos á tomar antes unas copas y á fumar un cigarro—propuso Carlos.

Así lo hicieron en el patio de la casa de juego, y momentos después se separaron, tomando el novio de María de los Angeles una dirección contraria á la de Carlos y Pascual, pero que tampoco era la de los Pabellones de Artillería, á donde realmente iba, y á los cuales llegó después de dar un rodeo para no infundir sospechas de sus planes á sus amigos.

XXXVI.

ENCERRONA.

Julio vagó por algunas calles en un estado de exaltación terrible: le hubiera sido muy difícil discurrir nada; pero además él se propuso no hacerlo, como sucede siempre al que adopta la resolución irrevocable de satisfacer su deseo por una mala trocha; no entra en cuentas consigo, porque tiene miedo de que la razón lo venza.

Llegó por fin á los Pabellones; subió agitado al piso segundo; entró en su casa; abrió el cajón de la derecha de la mesa de despacho de la sala y sacó de él tres pliegos impresos: eran libramientos de guerra, correspondientes á haberes de tropa, expedidos por la Intendencia militar de Sevilla contra la Tesorería de Cádiz, é importante cada uno, mil doscientos escudos, ascendiendo el valor de los tres á tres mil seiscientos, ó sean treinta y seis mil reales.

Dobló de prisa aquellos documentos como si le diera vergüenza mirarlos, se los guardó en el bolsillo del pantalón, volvió á salir, bajó de dos en dos los escalones y á buen paso se encaminó de nuevo, por la calle del Veedor, á la casa de juego, mandó llamar desde los corredores altos

á uno de los jefes de la casa, el mismo que antes le preguntara «¿estamos de malas, pollo?» y mostrándole los valores le dijo:

—Anselmo, ¿quiere V. hacerme el favor de descontar estos libramientos?

Anselmo, de treinta años, mediana estatura y medianas carnes, bigote, color cetrino, rostro serio y mirada audaz, era, además de tahir, empleado de la Administración de Hacienda, de donde lo conocía el habilitado Villarana.

Examinó los documentos y le respondió:

—No tengo inconveniente. Venga V. á firmar el recibí y yo los cobraré en Tesorería; pero como somos mortales, me hará V. el favor además de hacer constar la operación en otro recibito, que le devolveré cuando los haga efectivos.

Entraron en la secretaría; el mismo Anselmo extendió el recibo, y al firmar los libramientos le decía Julio:

—Tengo que cobrar mayor suma de mi madre en Rota; mas no puedo hacerlo hasta mañana, y me ha calentado el juego esta tarde.

—Sí, sí, lo comprendo—repuso Anselmo, poniéndole delante el recibo, que firmó también;—pero no hay que acalorarse: el juego no es cuestión de puños y la suerte castiga lo mismo á quienes la desperdician, cuando se le antoja conceder sus favores, que á los que quieren forzarla á que los otorgue. Ahí tiene V.—añadió, sacándolos de una cartera y entregándoselos,—nueve billetes de á cuatro mil; ¿es ésa la cuenta?

—Corriente—respondió Julio.—¿No descuentan V. nada?

—Hombre, ¡por Dios!

—Pues muchas gracias.

—Usted mande, pollo, y buena suerte.

Julio bajó á la galería del jardín y pidió una botella de rom: no le bastaba su propio esfuerzo á pesar de lo perturbado que ya estaba su cerebro para no escuchar la voz del bien que le argüía contra su conducta, y se propuso acabar de nublarse la conciencia bebiéndose siete ú ocho copas, mientras repasaba las noticias de un periódico.

Anselmo, fiel cumplidor de los deberes que le imponía su oficio de ladrón, no podía desaprovechar el negocio que tan á mano le venía de preparar á Julio una encerrona, y no bien salió por la puerta de la secretaría el hijo de la Marquesa, sacó de un armario unas cuantas barajas francesas y compuso un paquete para el treinta y cuarenta, de manera que, comenzando por cualquiera de las doce cartas de encima (que constituían un pase, en que ganaba el encarnado), viniera una racha de ganancia para ese mismo color, y apuntó en un papel cuál era el orden de las cartas que componían el primer pase.

Arreglado esto, avisó á uno de los socios, que vestía de caballero, y le dijo:

—Oye, Aguila; el hijo de la querida del amo va á jugarse treinta y seis mil reales que yo le acabo de dar por unos valores; él no entiende una palabra de esto y está emberrinchado por

lo que perdió antes; lo natural es que truene, pero puede ganar y es preciso que esos mil ochocientos duros no salgan de la casa. Cuando lleve un rato apuntando le diré yo, vendiéndole protección, que talle dos mil duros á medias conmigo; ahí tienes el paquete con racha de encarnados que has de meter al barajar, y en ese papel va apuntada la combinación del primer pase; yo tiraré y él pagará con Gorrión. ¿Se ha levantado la cabecera?

—Sí, señor.

—¿Quiénes están tallando?

—Curro y Dimas, sesenta onzas al treinta y cuarenta.

—Diles que lo dejen cuando tú les hagas una seña. ¿Tienes dinero para apuntarme luego?

—Sobrado.

—No hay más que hablar.

En derredor de la mesa del treinta y cuarenta había mucha gente, y de banca más de treinta mil reales.

Julio se acercó á la partida y desde la segunda fila arrojó sobre el tapete cuatro mil reales, diciendo á uno de los puntos que estaban sentados:

—Al negro, ¿me hace V. el favor?

—No va más—dijo el banquero, y principió á echar cartas sobre la mesa, cantando este resultado:

—Encarnado gana y color.

Julio perdió el color encarnado de su cara.

A pesar de los vapores alcohólicos, atormentaban á Julio las voces de su razón y de su

deseo, diciéndole la una: «retírate, aún es tiempo; el lunes dices que has cobrado un libramiento; el martes llevas el dinero del otro, y en estos días puedes encontrar fácilmente lo que has malversado; no continúes por ese camino de perdición;» y la otra: «María de los Angeles va á ser ahora la víctima; tu madre, para evitar la boda, es capaz de hacer que la destierren muy lejos, tratándola como á una meretriz; ¿qué va á ser de esas infelices? Tú sólo puedes salvarlas, y para eso necesitas dinero, mucho dinero.»

—Juego—gritó Julio.

—Donde V. quiera—contestó el banquero.

—Van seis mil reales al contracolor.

—Van.

La primera carta que cayó sobre la mesa era negra; la fila de arriba sumó treinta y nueve y la de abajo cuarenta.

—Encarnado pierde, color gana—cantó el banquero.

Las uñas de la mano derecha del hijo de la Marquesa desgarraron la piel del dorso de la izquierda; sus dientes rechinaban y por los labios le salían las frases más horribles de la desesperación.

Un señor de edad, de rostro apacible, amigo de Julio y á quien éste respetaba mucho, le dijo:

—Villarana, ven á sentarte aquí.

—Gracias, D. Gregorio; está V. bien—respondió aquél.

—Ven, es que me voy.

Julio fué á ocupar la silla que le ofreció don Gregorio, quien le preguntó afectuosamente por la familia.

Este movimiento calmó un poco el ánimo del novio de María de los Angeles; cogió la tarjeta que había dejado su amigo y vió el juego que se estaba dando, durante cuyo tiempo reflexionó que eran ridículas sus manifestaciones de rabia cuando perdía. ¡Qué diría la gente!

Acertando unas veces y equivocándose otras, acabó de perder los doce mil reales de un libramiento. Entonces se le acercó Anselmo, y, doliéndose de su inexperiencia, le propuso como único modo de lograr el desquite, y tal vez levantar una buena ganancia, que tallara con él á medias dos mil duros.

Julio se había convencido de que apuntando concluiría por perder todo el dinero, después de sufrir como un condenado, y al oír aquella propuesta reverdeció su esperanza.

—Pero ¿cómo vamos á tallar—observó,—si lo están haciendo estos señores?

—Se levantarán pronto. No juegue V. más—le advirtió Anselmo.

Efectivamente, así lo verificaron poco después, y Julio y Anselmo pusieron, sin puja, dos mil duros de banca.

—¿Quiere V. tirar—preguntó el jugador al joven artillero.

—Usted, usted—contestó éste.—Yo pagaré con otro cualquiera.

Este cualquiera, que por indicación de Anselmo vino á sentarse á la derecha de Julio,

hizo que se azarara éste: era un tipo repugnante, de ojos muy chicos, frente deprimida, nariz ancha, cutis granujiento, boca grande mostrando al abrirse una sentina con dientes amarillos y picados y desiguales, pelo ralo, bajo de cuerpo, dedos de porra y uñas negras; solía ponerse botones de brillantes en una camisa sucia; nadie sabía cómo se llamaba, y era conocido por el alias de Gorrión.

Anselmo repartió á derecha é izquierda los naipes de unas cuantas barajas francesas para que los mezclaran los puntos, que así lo hicieron, devolviéndole los trozos barajados, dándole Aguila, como uno de tantos, el paquete compuesto, que colocó el banquero el último, cortando luego aquél de manera que viniese á quedar en el primer tercio del gran número de cartas que puso Anselmo en el atril, de donde empezó á coger pequeñas porciones para hacer el juego.

Así que salió de primera de un pase una de las cartas consabidas, á partir de la cual comenzaba la racha de encarnados, Aguila hizo á este color una puesta grande, y á la dobla se llevó todo el dinero que estaba sobre la mesa y las sumas que los banqueros abonaron.

En resumen: Julio perdió aquella tarde los ocho mil reales de D. Rufino, los treinta y seis mil de los libramientos y cuatro que le quedó á deber al dependiente de Bernardo.

A las siete, con la cabeza loca, el espíritu muerto, los ojos hinchados, y el rostro, las orejas y el cuello de color de grana, salió Julio del

palacio del crimen. Tenía ganas de llorar, y con el pensamiento iba decidido á que resolviera el conflicto una pistola.

Al atravesar la plaza de San Antonio para ir á Pabellones, uno de esos demonios que tienen la misión de agravar los dolores humanos hizo que tropezara con el coronel de su regimiento, quien después de saludarlo con especial afecto, le habló así:

—Me alegro encontrar á V. para decirle que el lunes no deje de ir á Tesorería á ver si le pagan esos libramientos, pues se echa encima el primero de mes y no hay bastante dinero en caja. Si lo cree V. necesario, yo pasaré un oficio al General á fin de que éste...

Por el año 186... había realmente alguna dificultad para los cobros en la Tesorería de Cádiz.

—No es preciso, mi coronel—contestó Julio; el lunes hablaré yo con el administrador de Hacienda, y antes del día primero, que es el miércoles, me darán todo el dinero. Ayer estuve y. .

—Perfectamente—repuso el coronel, añadiendo:—¿Está V. malo? Tiene V. la cara arrebatada.

—Sí—respondió Julio,—me dió anoche un cólico muy fuerte y no me sentó bien. Ahora voy á acostarme.

—Pues aliviarse.

—Muchas gracias.

XXXVII.

DON GREGORIO.

Julio entró en su pabellón llamando á Cristóbal; pero el asistente había salido: tenía la boca y la garganta secas, y fué á la cocina, sacó de la tinaja un jarro de agua y bebió con ansia gran cantidad; entró luego en su alcoba, se quitó la levita y sin encender la vela de la palmaria, sin más luz que la triste del crepúsculo, á punto de ser extinguida por la sombra, se echó en la cama y se llevó las manos á la cabeza exclamando con angustia mortal:

—¡Estoy perdido!

Sus sienes y su corazón latían con violencia; tenía calentura, y su cerebro era un hervidero, donde no se forjaba con claridad otra idea sino la que acababan de pronunciar sus labios.

—La honra—se decía, empezando á coordinar sus pensamientos—la puedo salvar con el revólver, y de seguro mi madre, después de morir yo, abonará, por vanidad, el dinero; no he cometido un robo al Estado; estoy seguro de que los treinta y seis mil reales le serán reintegrados; pero ¿hay para mí salvación posible conservando la vida? A mis amigos más íntimos, á mis queridos compañeros, no puedo confesarles mi situación; al decirles que estoy

desfalcado, me contestarían fríamente, si no me volvían la espalda: eso no se concibe siquiera entre nosotros; desde aquel momento yo no era ya digno de su amistad, ni siquiera de su saludo; pero ¡qué mucho, si creo que á mí mismo, si ahora entrara uno por esa puerta y me dijese que había distraído fondos ajenos me inspiraría repulsión! Además, entre todos juntos, Carlos inclusive, que acaba de gastar á su padre un dineral en Inglaterra, podrán reunir, á duras penas, tres ó cuatro mil reales.

Bien sé yo cuál fuera la solución: irme á Rota y abrir las arcas de mi madre con las llaves de una vergonzosa é imposible condescendencia; arrojarme á sus pies; pedirle perdón y añadirle que estaba dispuesto á hacer lo mismo con Bernardo; declararle que éste fué siempre el mejor de nuestros amigos y que sería mañana la flor de los esposos y la nata de los padrastros; hacerle mil protestas de que María de los Angeles sólo es un barragana que tengo para mi regalo material, agregándole que si eso le molesta, estoy pronto á despedirla: con esto solo, con renegar de la memoria de mi padre y con arrancarme el corazón, calumniando y matando vilmente á la que no ha cometido más culpa que adorarme, todo está resuelto: me dan un fajo de billetes y vuelvo á ser para el mundo el caballero sin tacha.

¡Cómo gozaría ella con mi confesión general, arrastrando mi decoro á los pies de ese miserable, embriagando, con el incienso de mi amor propio quemado, á su repugnante ídolo!... ¡Ah!

—rugió saltando de la cama y dando vueltas por la alcoba como una fiera.—¡Nunca, nunca, nunca! ¡Antes cien deshonras y cien muertes y la condenación eterna luego! Pero no, no; no me mato esta noche; primero he de arrancarle las entrañas á ese ladrón causante de mis agonías. Todo me es igual; todo, todo... menos mi María de los Angeles; que estará llorosa porque no he ido esta tarde como se lo prometía en mi carta de ayer. ¡Qué será de tí, bien de mi corazón!

Al decir esto volvió á echarse en la cama, y hundiendo el rostro en la almohada y oprimiéndose las sienes con las manos, rompió á llorar amargamente.

—¿Se le ofrece á V. algo, señorito?—preguntó desde la puerta de la alcoba Cristóbal, que acababa de llegar de la calle.

Volviendo Julio en sí, respondió al asistente:

—Enciende la lámpara y ponla sobre la mesa de la sala.

—¿Ha comido V., señorito?

—Sí. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

Julio encontraba negros el cielo y la tierra: en medio de ese caos sólo descubría un rayo de luz que lo reconciliara con este mundo, María de los Angeles; ese rayo de luz en que para los enamorados se compendia todo el universo.

—¿A quién acudo?—pensaba.—Mi madre. Imposible. Los amigos. Imposible. La usura. Imposible. ¿Qué prestamista le da dos mil duros á un teniente? Personas relacionadas con mi

familia. A nadie conozco en Cádiz y ¿á quién le pido en Madrid, cuando todos saben que mi madre está en Rota y que tiene sesenta mil duros de renta? Lo probable es que no me dieran los cuarenta mil reales; eso suponiendo que los amigos de mi casa á quienes yo pudiera pedirselos estén en Madrid, que de seguro se han ido todos á veranear. ¿Y cómo me marchó á Madrid, sin licencia y en esa duda, para pedir dos mil duros con el temor fundado de que me los nieguen? ¿A quién acudo? ¡Ah! sí; en Cádiz tengo un amigo; D. Gregorio, el que lo era íntimo de mi buen padre, que es quien me inspira este pensamiento. Se me ha ofrecido muchas veces para todo y me parece un hombre sincero; no es rico; pero ésta es una razón en mi abono; después de todo, los pobres son los que enjugan más lágrimas de necesitados; por algo lo ví yo esta tarde; la Providencia me lo llevó allí; lo dudoso es que tenga esa cantidad disponible.

Se levantó, sacó una tarjeta y escribió sobre la mesa de la sala:

«Me precisa hablar esta noche con mi buen amigo D. Gregorio, y le ruego que me diga si puede recibirme ahora, ó si le espero en ésta su casa.»

El asistente llevó la tarjeta, y un cuarto de hora después volvió diciendo:

—Señorito, ahí viene ese caballero.

D. Gregorio era un señor grueso, simpático, sin barbas, de buenas facciones, carilacio, de excelente color y muy conservado á pesar de

sus sesenta inviernos; fué médico de la armada y navegó mucho tiempo con el marido de la Marquesa, siendo éste teniente de navío, á quien profesaba singular afecto; conocía perfectamente la vida de Marcela y quería mucho á los niños; era solterón y vivía de su buen sueldo, máximo de retirado de Ultramar, y de la renta de dos casas que tenía en Sevilla; su capacidad intelectual era escasa; pero suplían esta falta su condición apacible y su propensión al bien; prendas que le habían valido, como es de ley, muchos desengaños y muy negras ingratitudes.

Al recibir la tarjeta de Julio, después de haberlo dejado en mala situación en la casa de juego, y sabedor de que era habilitado, se hizo cargo de lo que se trataba y resolvió hacer cuanto le fuera dable por el hijo de su antiguo compañero, calculando que se reduciría todo á ir con una plegaria á la Marquesa.

—D. Gregorio—le dijo Julio al verle,—he molestado á V. para decirle que si V. no me salva estoy perdido, completamente perdido.

—Todo me lo figuro—contestó aquél,—y para excusarte el reparo de contármelo, hé aquí el conflicto: tú te has dejado en la mesa del treinta y cuarenta tu dinero y algo de la habilitación, ¿no es eso?

—Así es. He perdido desde que V. me dejó esta tarde treinta y seis mil reales de unos libramientos y cuatro mil que he quedado á deber en la casa; total, dos mil duros.

—¿Cuándo tienes que entregar ese dinero?

—Inmediatamente, pues hace falta en caja,

y al venir ahora á casa me ha encarecido la urgencia el coronel; pero de no haber otro remedio, buscando excusas y sin levantar sospecha contra mí, podría demorarlo, á lo sumo, á lo sumo, hasta el día primero, hasta el miércoles por la mañana.

—Pues ahora mismo me voy á Rota á hablar con mamá.

—No, no, no—dijo rápidamente Julio;—eso, por ahora es imposible; mi mamá y yo estamos separados por un abismo, por una serie de concausas de la principal que V. conoce; no hay que tocar á eso, D. Gregorio, y si no encontramos otro remedio, suceda lo que Dios quiera.

—Amigo mío, hijo de mi excelente compañero—exclamó D. Gregorio tendiendo la mano á Julio,—tú dispones de cuanto yo soy, tengo y valgo; te enviaré ahora mismo con el asistente seis mil reales, dándote mi palabra honrada de que me quedo con cincuenta duros para todos mis gastos, hasta el día 6 que cobre mi sueldo; con eso pagas la deuda de juego y te quedan dos mil reales, y desde este momento voy á consagrarme á buscar lo restante dentro del plazo fatal; necesito para ello salir de Cádiz; mañana es día quebrado y el dinero ha de estar en mi poder el martes, lo más tarde, para que puedas tú tenerlo aquí el miércoles á primera hora; en fin, allá veremos; tú no dejes de buscarlo por otra parte, prometiendo devolvérselo seguidamente al que te lo preste, pues para mí la cuestión es de tiempo; ya tendrás noticias mías, y quédate con la seguridad de que salgo

decidido á hacer por ti lo que haría por el hijo más adorado.

Julio abrazó estrechamente á D. Gregorio, diciéndole:

—Mi padre lo bendecirá á V. desde arriba.

D. Gregorio, entre sus muchas buenas cualidades, tenía la de ser hombre activo; no conocía el «luego,» ni el «mañana,» y su pauta en materia de trabajo era «que no hay nada tan conducente á avanzar dos pasos como dar el primero;» y así fué que, haciéndolo tal como lo dijo, empezó sus gestiones desde aquel instante, disponiéndose para ir á Rota, contra las advertencias de Julio.

—El es un chiquillo—pensó,—y medie lo que medie entre los dos, ¿dejará ella de ser su madre? Yo le hablaré, y así que esté salvado, que me riña si quiere por haberlo desobedecido; si esto no da resultado, contra mi creencia de que Marcela no consiente que se publique la deshonra de su hijo, entonces iré mañana á Sevilla, é hipotecaré la casa de la calle de las Palmas, pues por la otra no me dan dos mil duros prestados. ¡Diantre! El plazo es muy corto; hasta el lunes no podré buscar prestamista, y luego examen de títulos, escritura... en fin, ya procuraremos hacerlo todo lo mejor posible.

Discurriendo así llegó á su casa, hizo la maleta de mano, tomó tabaco y dinero, envió los seis mil reales á Julio y se encaminó hacia el muelle. En la Puerta de Mar se le acercaron, como á todo el que pasa, dos ó tres patrones, preguntándole:

—¿Hace falta el bote, caballero?

El viento era Levante, y D. Gregorio sabía perfectamente que en el viaje á Rota, en popa, se tardaba menos de una hora,

—¿Cuánto me vas á llevar, Dámaso?—le preguntó á uno de los patronos.

—¡Hola, D. Gregorio! No lo había á V. *conosio*—respondió Dámaso, y añadió encarándose con un marinero:—*Oseliyo*, arma la vela.

A las nueve y media entraba D. Gregorio por el Arco del muelle de Rota, y dejando la maleta y encargando que le dispusieran cena y cama en la inmediata posada del Leñero, se encaminó por la plaza de la Iglesia hacia el centro de la villa.

XXXVIII.

LA PUERTA DE LA BOTICA.

La plaza de la Caridad es el punto más animado de Rota, y está en su apogeo poco después de encenderse los escasos faroles del alumbrado público. La botica es la casa situada entre las calles de la Vera Cruz y de la Fuente (véase la lámina), en la línea que las une por sus desembocaduras en la plaza: fronterizo á la botica se alza el Arco de la Villa, á través de cuyo pequeño túnel se ven los árboles del paseo de la plaza contigua de la Constitución:

sobre el Arco hay un balcón que corresponde á la espalda del Ayuntamiento, y sobre el balcón se descubre la esfera del reloj de Cabildo, que se ilumina por la noche.

A la izquierda de la botica, en la desembocadura de la calle de la Vera-Cruz, está la capilla de la Caridad, y junto á su frontispicio, encima de la casa de Tarugo el sacristán, se eleva la pequeña espadaña con un solo hueco para la campana: el piso inferior al de Tarugo, inmediato al atrio de la capilla, es una barbería, en que se notan desde la calle, pintados en la pared, un picador poniendo una vara, con el Tato al quite, así como los sillones amarillos, con un óvalo de hoja de lata en cada espaldar, donde el parroquiano apoya la cabeza, y un mirlo suelto, que salta en aquéllos del uno al otro brazo, ensuciando los peinadores.

El frente donde está el Arco de la Villa forma un pequeño recodo, y la casa del ángulo de éste es la tienda de Antonio, de bebidas y comidas abajo y con dormitorios arriba, trascendiendo hasta las puertas el olor sustancioso del menudo y el provocativo de la manzanilla.

En la plaza de la Caridad confluyen, además de las calles de la Vera-Cruz y de la Fuente, la del Charco y la de la Bejarana, en cuya desembocadura se levanta la *Casa de los puestos*, así llamada por los que tiene en el bajo, y notable por ser en Rota la única de tres pisos.

Lo más característico de la plaza de la Caridad son los puestos de frutas y hortalizas, situados al aire libre unos y en los portales otros,

todos entoldados con sacos de cañamazo, sobre unas varas empotradas en la pared y dotados de unas cuantas mesillas, sostenedoras de los melones, las sandías y las canastas y las espuestas llenas de uvas, perillos, berengenas, tomates y pimientos verdes.

De tales puestos, hay varios en la *Casa de los puestos* y tres al aire libre, junto á la tienda de Antonio, entre el Arco y el almacén de comestibles y estanco de Feliciano, y entre la capilla y el callejón de la Pescadería, donde están el reñidero de gallos y una antigua posada, en la que suelen darse funciones de títeres para los chicos, que, rodeado de una lechigada de éstos, anuncia por las calles el payaso, vestido de tal, haciendo de las suyas y con acompañamiento de bombo, de chinesco y de platillo.

En el frente donde está la puerta de la botica no existe en la parte alta más que un balcón, una ventana con reja saliente, y entre uno y otra un escudo de armas de relieve, blanqueado como el resto de la pared; la muestra dice: *Farmacia de Roque Munguía*; las hojas tronzadas de la puerta de la calle, á la que hay un escalón de subida, y el pequeño cancel acristalado que tiene entradas por el centro y por derecha é izquierda, están pintados de amarillo, cerrándose el cancel, cuando molesta el resol, con unas persianas verdes. Por el exterior sirve á la puerta de dosel un toldo de cañamazo listado.

La forma interior de la botica es semiovalada, y la parte de anaquelaría del fondo, la



que cae en medio de las dos puertecitas que dan paso á la rebotica, cada una con su mirilla de cristal, por las que atisba el farmacéutico lo que pasa en el despacho cuando le precisa machacar dentro; la parte de anaquelería central, repito, se compone de tres arcos ojivales, á los que llama D. Roque las *cordialeras*, teniendo en ellas las esencias y las tinturas y los polvos de pequeñas dosis. En los demás anaqueles ocupan las tablas inferiores las redomas con los jarabes de uso común, y las superiores los frascos de cristal con los diferentes medicamentos que prescribe el petitorio.

Sobre las *cordialeras* vese, junto al techo, un nicho de escasa altura, con una Concepción que tiene á los pies, en vez de floreros, dos bastones de Esculapio.

Encima del mostrador figuran, bajo un guardapolvo de cristal, una balanza para apreciar los escrúpulos y los granos, á la que D. Roque ha bautizado con el nombre de *granatario*, una vasija con agua, que contiene la espátula y la medida de jarabes, un peso, y, por la noche, dos lámparas de reverbero que inundan el establecimiento de claridad, que contrasta con las sombras de la plaza.

El boticario, ya viejo, es un hombrecillo delgado, de ojos redondos y traviosos, resguardados por los cristales de unos espejuelos que parecen nacidos sobre aquella nariz respingona, sin bigote y con unas patillas canas y estrechas que se juntan debajo de la barba; visté un levitón de dril con muchas manchas y usa zapati-

llas morunas y un gorro de terciopelo verde, raído, de cuya borla colgante sólo quedan medio botón y cuatro hilos. Habilísimo en su profesión, muy vivo y hombre de bien á carta cabal, tiene malas pulgas y le planta una fresca á cualquiera que le tienta la ropa.

No le gusta que haya tertulias á la puerta, ni visitas en el despacho ni en la rebotica; pero sucumbe á la necesidad de aguantarlas: como él viene diciendo desde hace treinta años, «ó transige con los señores del pueblo, ó se va con las drogas á otra parte;» y así se consuela con repetir, siempre que viene á cuento, la siguiente copla, original suya:

Tertulianos á la puerta
y moscardones adentro,
son cosas perjudiciales
á todo establecimiento.

Lo que nunca tolera es que los primeros intercepten el paso á los parroquianos.

La noche que D. Gregorio navegaba en el falucho con rumbo á Rota, como noche de sábado, era mucho el gentío que había en la plaza de la Caridad; en la barbería estaban rapa que rapa el maestro y los oficiales desde media tarde, y nunca faltaban parroquianos á la puerta; en medio de la plaza, eran más numerosos que de ordinario los grupos de trabajadores de campo, que, sin barbas ni bigotes y vestidos con pantalón de género, faja y chaqueta, y calzados y tocados con zapatos de vaca y sombrero hongo, ó de forma indefinible, allí charlaban y reían, sin que faltaran tampoco algunos industriales y

marineros, llevando éstos camiseta y gorra ú hongo. Entre los murmullos de los grupos sobresalían los pregones de algunos tíos, que á la luz de un farolillo colgado en un piquete clavado en el suelo y con la mercancía en éste, cerca de las puertas de la tienda de Antonio, pregonaban higos de tuna, á *seis mais la iartá*.

La atmósfera de la botica no estaba impregnada aquella noche de esencia de melisa ni de éter; el olor dominante era el de bergamota, y en la farmacia parecía que se ganaba jubileo por las muchachas bonitas, según las que de ellas entraban y salían, llevándose cada cual, en un papel ó en un pocillo sin asa, ó cascado, dos cuartos de blandurilla para ponérsela el domingo en el pelo.

D. Roque no se apartaba un momento del mostrador, y con la espátula iba sacando de una caja de hoja de lata la manteca sin sal aromatizada con esencia de bergamota que despachaba, mirando de vez en cuando si estaba libre la entrada y sazonando la faena con chicleos á las parroquianas.

La concurrencia á la puerta de la botica es extraordinaria; D. Roque ha dado todas las sillas del establecimiento y algunas de su casa; Tarugo el de la Caridad ha sacado los sillones de brazos de la sacristía y el barbero ha contribuído con dos bancos, y sin embargo, hay gente de pie; bien es cierto que el Levante ha caído y convida á estar al aire libre la frescura del ambiente y aquel cielo límpido y sereno en que

se ha extremado aquella noche, en número y en fulgor, el ejército de las estrellas.

A la puerta de la botica asisten algunos conocidos nuestros; allí están el P. Tragabatallo, el médico D. Francisco y su compañero D. Joaquín; y además, el joven administrador de la aduana del puerto, D. Luis, valenciano, persona culta, de estatura y carnes regulares, carirredondo, rubio, con bigote y barba corrida, ojos azules y gafas de oro; el teniente de Carabineros, D. Agustín, hijo de Salamanca, de aspecto marcial, cara seria, moreno, mirada viva; bigote y perilla y un espíritu muy democrático, y Juanón, el alcalde, especie de mastodonte de chaqueta, de edad indefinible, cargado de espaldas, con el pelo que parece estopa, grandes narices muy coloradas y manos enormes; anda con dos pies y habla, pero no sabe de letras más que pintar su nombre y su apellido, y cuando le llevan cualquier asunto, mira con ojos espantados al interlocutor y le contesta indefectiblemente:

—Bueno; eso *arrímeselo* V. al secretario, y *aluego* veremos.

El verdadero alcalde lo es D. Sixto, el primer teniente, de mejor facha y tan ignorante como Juanón, pero con más letra menuda y mala intención y la contera de echarla de gracioso.

Otra multitud de señores más ó menos moderados y de señoritos del pueblo están sentados á la puerta de la botica, siendo el jefe de los primeros D. Silvestre, el único ejemplar

carlista de la localidad, un vejestorio cetrino, apergaminado y de nariz muy aguileña, redicho y gorrón, que viste anticuado y anda con mucho contoneo.

La conversación giraba sobre asuntos varios: refería el teniente de Carabineros aparte al administrador de la aduana, provocando la risa de éste, la trepa que el fornido Tragabatallo-nes había dado á su ama, una buena moza con más bríos que un artillero de montaña y conocida en el pueblo, efecto de su mala lengua, por *boca de hacha*, porque, celosa del presbítero, puso de oro y azul, delante de él, á la Marquesa de Villarana.

El cura, por su parte, zumbaba como un abejorro al oído de D. Silvestre, desollando al administrador en venganza de lo fácilmente que D. Luis lo venciera en el logro del amor de la linda Matilde, tiple de la compañía de zarzuela que daba funciones los jueves y los domingos en el teatro que fué reñidero de gallos.

—Su viaje á Rota—murmuraba el clérigo con ojos envidiosos—no tiene más objeto que cenar con ella.

—¿Quién de VV. sabe—preguntó, generalizando la conversación, un jastial vestido de ropa larga—lo que ha pasado entre el primer teniente alcalde y las costureras de la Marquesa? Creo que ha sido un paso de gracia.

—Parece—refirió un bizco—que por mandato de S. E. la Sra. Marquesa, fué Sixto, el teniente alcalde, á la huerta donde ellas viven á intimarles la inmediata salida del pueblo; las

mujeres se sorprendieron y le preguntaron en virtud de qué ley y por qué delito se cometía con ellas semejante atropello. Sixto, después de reprenderles, como era del caso, su irrespetuosa curiosidad, les contestó que por escandalosas; añadiéndoles, pues así lo expresó terminantemente la Marquesa, que dieran gracias á que no salían emplumadas por la calle del Calvario. Ellas rompieron á llorar, y Sixto, como tiene esas caídas, empezó á consolarlas diciendo á la joven:

—No se apure V., morena, que los pájaros de tan bonita pluma encuentran jaula en cualquier parte, y yo poseo una en el camino de Sanlúcar, donde la puedo tener el tiempo que usted quiera, dándole alpiste superior y terroncitos de azúcar.

Muchos tertulianos acogieron la ocurrencia con ruidosas carcajadas. Juanón, el alcalde, se ahogaba de risa, produciendo con la garganta una especie de ladrido bronco, que acompañaba con el bastón dando golpes en el suelo.

—Al llegar aquí, dicen—continuó el bizco, —dicen ¿eh? yo no lo sé, que le tomó la cara; ella le dió un empellón, llamándole miserable y canalla, y como Sixto no se podía olvidar de que era autoridad, ordenó á Sánchez el alguacil, que lo acompañaba, que la condujese á la cárcel: la muchacha permaneció entera; pero la madre se desmayó; otras mujeres que estaban en la huerta empezaron á gritar; en esto apareció allí D. Bernardo, y por su intercesión, no sólo no fué presa la costurera, sino que á ella

y á su madre les dió Sixto quince días de término para salir de Rota.

—¡Qué barbaridad! — exclamó el administrador.

—Pero esas infelices—dijo el teniente—acudirán en queja al Gobernador.

—Sí—replicó un señorón muy rico,—y la primera autoridad de la provincia al momento va á desairar á toda una Marquesa de Villarana por dar satisfacción á unas cualesquiera.

El teniente, cerrando los puños y agitando los brazos, deslizó estas frases al oído del administrador:

—¡Es necesario que Prim haga pronto la revolución que concluya con estos infames!

—Pues, señor—expuso con rabia comprimida D. Francisco el médico,—á la gracia de D. Sixto no le ha faltado más que haberla yo presenciado.

—¿Qué hubiera V. hecho contra la autoridad, señor mío?—graznó el cura.

—Contra la autoridad, nada. A Sixto, darle de puntapiés.

—Eso cuénteselo V. á él.

—Ya le he dicho muchas veces cosas peores, y puede V. agregarle ésta—declaró D. Francisco, levantándose y despidiéndose de D. Luis y de D. Agustín, pronunciando al estrecharles la mano estas palabras:—Me voy, porque me pongo malo oyendo á esta gente.

—Lo que tanto excita la bilis del doctor no ha pasado de ser una broma de buen género—observó D. Silvestre.

—Contestada con una coz—agregó Tragabata-
tallones.—Yo la meto en la cárcel, y tiene que
rascar.

—¡Padre, padre, caridad!—advirtió D. Luis.

—No hay caridad, no puede haberla, señor
mío—repuso indignado el presbítero,—con esas
perdidas, que engatusan á los jóvenes y llevan
la perturbación á las honradas casas de familia.
¿A dónde vamos á parar si transigimos con
esto? ¿Qué sería de la parte sana de la sociedad,
por la que estamos obligados á velar nosotros,
los ministros de Dios, en primer término?

—Dice bien el señor cura—saltó un meque-
trefe;—el hijo de la Marquesa les ha puesto
casa en la huerta y allí las tiene como cuerpo
de rey.

—Figúrese V., Sr. D. Luis—arguyó Traga-
batallones,—si en un pueblo pequeño, donde
se sabe todo, es tolerable tal escándalo, tan fu-
nesto ejemplo, semejante falta de respeto á la
autoridad materna.

—Ellas lo estarán saqueando, por supuesto—
inquirió D. Silvestre.

—Por supuesto—afirmó el clérigo.—Y la
pobre madre es la que paga. No hay que darle
vueltas, señores; donde falta la religión se des-
encadenan todos los vicios. ¡Qué no harán unas
mujeres que dejaban morir días pasados al que
era padre de la una y esposo de la otra, sin lla-
mar á un sacerdote, y que me insultaron y me
quisieron echar violentamente á la calle, cuan-
do, avisado por una piadosa vecina, me presen-
té allí para auxiliar en sus postreros instantes

al moribundo y encomendar su alma á Nuestro Padre Jesús y á su Santísima Madre!

D. Silvestre se santiguó dos veces.

—De modo—dijo un forastero—que esa... ¿cómo se llama?

—María de los Angeles.

—Que esa María de los Angeles es querida del oficial de artillería Villarana.

—¿Ahora se desayuna V.? — apuntó el jastial.

—No es verdad—aseguró el teniente.—Es su novia.

—¿Usted qué sabe?—vociferó Tragabata-llones.

—Más que V., que no sabe traducir el *Gloria Patri*—replicó alzando la voz D. Agustín.—Y á mí no me grite V.

—Fué su novia—continuó el cura, sin darse por aludido, pero moderando el tono—mientras vivieron en la calle del Pozo del Consejo; el padre salía entonces y la hija ganaba su jornal como costurera: en aquella casa fué donde la sedujo él, sirviéndole de tercera una bruja que se llama Rita, que consiguió llevarse á esa familia á su casa de la calle del Calvario.

—Pues señá Rita bien que le baila el agua á la Marquesa—indicó el bizco.

—Esa les chupa al hijo y á la madre: es una bribona muy redomada.

—De modo—repuso otro señorón que hablaba mirando al suelo—que ése es el origen del drama terrible que estuvo en un tris que no se representase noches pasadas en casa de la ilustre

Marquesa, cuyo señor hijo parece que la trató sin ningún miramiento.

—¡Cómo sin miramiento!—recargó D. Silvestre.—La ofendió hasta el punto, y esto lo sé por quien se lo ha oído al mismo Sr. D. Bernardo, que cenó aquella noche con S. E., hasta el punto, nada menos, de levantarle la mano.

—¡A la madre!—dijo asombrado el administrador.

—A la madre—apoyó el cura.—Por el delito de reprenderle con alguna severidad sus relaciones con una tunanta. ¡Pues si la señora hasta lo maldijo, y los criados estuvieron á punto de matarlo por defender á su ama!

—¡Zape, lo que se miente!—habló un barbilindo muy cominero, llamado Serafín y muy compinche del cura.—Esta mañana le estaba diciendo uno á la puerta de la barbería á mi compadre Tarugo que el niño de la Marquesa á quien le pegó fué al D. Bernardo, celoso porque éste anda detrás de Mariquita de los Angeles.

—¡Bah, bah, bah! Sandeces—contestó Tragabatallones.—Justamente la costurera se le ha estado metiendo por los ojos al Sr. D. Bernardo, y sin que esto salga de nosotros, también se susurra por ahí si tiene ó no tiene algo que ver con el sujeto que se fué antes tan fiero; con el mediquito, al cual le ha sacado algunos cuartos.

—¡Esas son mentiras!—gritó, dando suelta á su ira, el teniente.—Lo cierto es que D. Bernardo tiene en Cádiz una casa de juego de ven-

taja, y que él es el cortejo de la Marquesa de Villarana.

Con las últimas palabras de D. Agustín coincidió el sonido de la campana de la Caridad, que comenzó á dar el toque de ánimas.

—¡No consiento que se diga eso!—aulló fuera de sí Tragabatallones, poniéndose de pie y alzando los brazos como si fulminara sobre la cabeza del teniente.

—¡Difamación! ¡Iniquidad! ¡Picardía!—exclamó á la par levantándose también y desgañitándose D. Silvestre.

—¡Yo digo lo que me da la gana, sobre todo cuando es verdad!—replicó, botando de la silla y á todo vocear, D. Agustín.

Imposible fué ya, salvo algunas interjecciones, entender lo que se decían. Los tres, en actitud amenazante, manoteaban y hablaban á un tiempo, muy de prisa, dando desafortados gritos y extremando éstos á medida que más fuertes y á compás más vivo eran los tirones que daba Tarugo del cordel en la sacristía y más arreciaba, por tanto, el repique de las ánimas. La algarabía que se produjo fué tan grande, que hasta se despertó Juanón, que llevaba un cuarto de hora dando descompasados ronquidos.

Pero la campana enmudeció de pronto, y don Agustín, más prudente que sus adversarios, también se había callado; mas no así el cura y D. Silvestre, que al mismo diapasón siguieron un buen trecho lanzando al viento, como dos energúmenos, sus estrepitosas reconvencio-

nes contra el teniente, provocando una carcajada general en la multitud de trabajadores, dos ó tres silbidos y un «¡á la cuadra!» dado por un vocejón de plaza de toros.

—¡Señores, señores, por Dios! ¡Qué espectáculo!—repetían los hombres de orden.

El boticario, que salió á la puerta al oír la algarazara, dijo, entre burlas y veras, encarándose con el presbítero:

—Con esas oraciones, de seguro se ha quedado vacío el purgatorio.

—No se puede tolerar esto—continuó volviendo á la suya, sin hacer caso de nadie, pero con voz apagada y jadeante, Tragabatallones.—He creído entender á V., Sr. D. Agustín, en medio de esta Babel, que el sereno vió á deshora á la Marquesa ir á casa de D. Bernardo, y eso es una invención diabólica, tal vez de Rita, ó de otra bruja semejante; el sereno me ha dicho á mí, á mí, y está dispuesto á repetirlo delante de todo el mundo, que no hay tal cosa, que él no ha visto nada. ¡Espanta, señores, ver á lo que se atreve la maledicencia!

—Hay que tomar—agregó D. Silvestre—medidas enérgicas contra la calumnia.

—Señores, buenas noches—dijo el teniente, retirándose con el administrador, que se levantó al mismo tiempo y dió la mano á algunas personas.

—¡Merece que caiga sobre él fuego del cielo—prosiguió el carcamal, enconándose al ver la discreta retirada de D. Agustín,—quien muere con diente envenenado en la reputación de

una señora tan augusta como la Marquesa!

—Y tan piadosa—insistió el cura.—Ustedes no saben las obras de caridad que hace sólo por mi conducto.

—¡Qué sociedad! ¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres! Ya no hay nada seguro, ni la santidad de la vida privada. Que D. Bernardo es dueño de una casa, donde dicen que se juega, en Cádiz—discurría D. Silvestre.—De forma que ya es un pecado tener casas. ¿Le han visto alguna vez jugar á él? Que levante el dedo quien tenga una prueba de ello. Y si nadie le ha visto jugar y si nadie puede presentar pruebas de que alguna vez haya jugado, ¡qué castigo no merece la impostura de suponerlo!

—Respecto á la señora—siguió el clérigo,—es una mujer ejemplar; yo soy su confesor y me consta que es santa entre las santas, con el solo defecto de ser una madre demasiado extremosa y no haber metido en cintura, cuando era tiempo, á ese caballerito, liberal para que nada le falte, y cuyo fin será funesto. Ahora es la ocasión de rogar á VV. que me dispensen mi pasado acaloramiento, porque, señores, ¿no hubiera sido cobardía consentir que nadie se cebase en el honor inmaculado de personas que, como el Excmo. Sr. D. Bernardo y la Excelentísima Sra. Marquesa son, por su religiosidad, sus virtudes y su amor al prójimo, piedras angulares del orden social?

—Es muy cierto, padre, y por eso yo emigro á los Países Bajos—observó un chusco, deseoso de acabar con aquella penosa conversa-

ción, señalando á los pies de una preciosa muchacha que, recogíendose la falda y diciendo «con licencia,» subía el escalón de la farmacia.»

—¿Me hacen VV. el favor de despejar la puerta?—gritó desde adentro el boticario.

—La Marquesa—recargó el gracioso,—como dice muy bien el padre, es una santa; pero es también una hermosura, y como la carne es flaca, yo estoy seguro de que cuando le besa la mano su hija de confesión, siente el padre por el cuerpo un escarabajeo...

—Déjese V. ahora de chafalditas, botarate.

Esto gruñía Tragabatallones, cuando desembocaba D. Gregorio por el Arco de la Villa, y, acercándose á la tertulia, daba las buenas noches.

—¿A qué debemos la satisfacción de verlo á V. por aquí?—le preguntaron.

—Vengo á un asuntillo y pienso volverme á Cádiz mañana temprano.

—Cosas de Marina, ¿eh? Esta noche no ha venido por aquí el comandante.

—Señores, pasarlo bien, hasta luego—dijo D. Gregorio siguiendo por la calle de la Vera-Cruz.



LIBRO III.

DESENLACE.



XXXIX.

EL REZO INTERRUMPIDO.

PA noche del sábado no consintió el calor que las devociones de Marcela se rezaran en el *boudoir*, y así dispuso aquella que se hiciera en el salón bajo, que no tiene más claridad sino la que recibe por las puertas del comedor, de la sala del piano y del patio; en ese salón estaban, puestos de pie sobre la consola y apoyados en el espejo, tres cuadros, representando la estampa del uno á San Rafael con Tobías y un perro, la del otro á San Caralampio, y la del último á Jesús Nazareno, luciendo, delante de cada uno, dos velas, en candeleros de plata.

Ocupaba la Marquesa, como de costumbre, la butaca central, y la rodeaban, sentadas en sillas bajas sus criadas, las viejas á quienes daba la comida sobrante, la lavandera y unas señoras, madre é hija, de la casa de al lado, que tenían en Madrid una solicitud de viudedad pendiente de resolución.

No dejaba de asistir al acto religioso público de tribunas, pues los chiquillos, desde la calle, levantaban las cortinas de las ventanas de la sala del piano, pudiendo así escuchar las oraciones, gozando de la vista de los devotos, cuyas voces llegaban también al patio, donde ya iban entrando algunos de los tertulios diarios, á quienes recibía Susana, exponiéndolos el programa de la gira de campo con que su mamá pensaba obsequiarlos el inmediato lunes, en una huerta de las cercanías del pueblo.

No á humo de pajas daba Marcela, cuando el calor hacía molesta la estancia en las habitaciones del piso alto, esos espectáculos religiosos, sino que se proponía con ellos edificar con su piedad y dar enseñanza de cómo y por qué orden han de irse diciendo las oraciones correspondientes á la devoción de cada día.

Después de una parte de rosario y de la letanía lauretana, prolongando mucho en el *Santa María* de la primera—y en estos pormenores ponía especial cuidado la Marquesa—la segunda *e* de *pecadores*, alzando la voz y haciéndola un poquito nasal, y en la segunda remarcando la *s* del *nobis* y alargando indefinadamente la *a* en el *ora pro*, se comenzó la novena de San Rafael.

Leídas algunas oraciones, en las que se pide misericordia, de diversos modos, al arcángel del pez, recitó Marcela, sin mirar al libro, pues se la sabía de memoria, haciendo resaltar el alto sentido de cada verso, en tono grave y pronunciando con rara perfección, la siguiente

OCTAVA (I).

Como cómite fiel á Juan seguiste
 en todas sus tareas sacrosantas,
 divino Paraninfo, y asististe
 á sus dolientes, con piedades tantas,
 que sus humildes lechos compusiste
 con raro embozo en humanas plantas:
 dejando ejemplos excelentes
 en la asistencia á míseros dolientes.

La segunda parte de la función comenzaba por la novena á San Caralampio, en la que hay unos *gozos* á este señor, cuyas estrofas leía Marcela; así como Consuelo, al término de cada una, decía pausadamente los versos del estribillo, que repetía el coro, con algunos desentonos y faltas en la pronunciación, pues no estaba ensayado.

Hé aquí una de las estrofas (2):

MARCELA.

En fin, Caralampio amado,
 ruega, pues que la aflicción
 vuela con gran confusión,
 seamos de Dios perdonados
 y de fiebres libertados
 por tu gracia y por tu amor.

(1) *Novena al señor San Rafael*. Impresa en la imprenta gaditana de D. Esteban Picardo, calle de la Carne, número 20. Año de 1831.

(2) *Novena á San Caralampio*. Impresa en Cádiz, en octubre de 1833, por D. J. A. Pantoja. Con licencia.

CONSUELO Y CORO.

San Caralampio glorioso,
abogado esclarecido,
presentar nuestros gemidos
á Dios misericordioso.

A este punto estaban del rezo cuando por la puerta del patio entró Bernardo en el salón, diciendo á Marcela:

—Dispéñseme V., Marquesa; pero tengo que decirle una cosa del momento.

Ella volvió la cabeza, miró á Bernardo con sonriente coquetería, cerró la novena, dejando el dedo índice entre las dos hojas por donde estaba abierta, puso la mano izquierda sobre el brazo derecho é hizo á su amante seña con la cabeza de que se acercara.

—Ahí está—le dijo Bernardo al oído—aquel pánfilo de D. Gregorio, médico de Marina retirado, que viene de Cádiz con la embajada de que Julio ha perdido al juego dos mil duros de la habilitación, y que si antes del miércoles no los entrega en la caja del regimiento, queda deshonorado. Yo creo que lo que hay en el fondo de esto es sacar dinero para las costureras; pero, en fin, tú resolverás. D. Gregorio está sentado á la puerta de la calle.

—Bien, bien—contestó Marcela contrariada; —entra con él ahí en la sala del piano, que yo voy en seguida.

Se rezaron otros *gozos* á Jesús, de los cuales apuntaremos una estrofa para juzgar su mérito literario:

MARCELA.

San Pablo, apóstol sagrado,
este nombre pronunció
tres veces, y le mostró
con un prodigio no usado:
tres saltos dió en el tablado
su cabeza con fervor.

CONSUELO Y CORO.

¡Oh, Jesús! mi dulce amor.
¡Oh, Jesús! dulce renombre.
¡Oh, Jesús! por vuestro nombre
perdonad al pecador.

D. Gregorio y Bernardo entraron en el salón de paso al gabinete del piano; Marcela contestó á la reverencia del primero con una imperceptible inclinación de frente, y dió principio á la última y más célebre parte de sus devociones, consistente en tres Padre Nuestros y tres Ave Marías, dedicados á la Virgen, sin más objeto que saludarla en familia, pues tiene la noble Marquesa averiguado, previo un estudio detenidísimo hecho por los más peritos en materias heráldica y genealógica, de sus blasones y de su abolengo, que hay cierto parentesco entre ella y la Madre de Jesús, de la cual es prima, bastante lejana, pero prima, y así se hace constar diariamente al rezarse las indicadas Ave Marías; ella dice:

—Dios te salve, María, prima y señora mía, llena eres de gracia, etc. (1)

(1) No es invención.—(N. del A.)

A lo que contesta el coro:

—Santa María, prima de V. E., ruega por nosotros, etc.

Acabado esto, despidió Marcela á las coristas, dando algunos cuartos á las viejas, indicó á las pretendientes que pasaran al patio á engrosar la tertulia y se dirigió al gabinete, alargando, al entrar, la mano á D. Gregorio, diciéndole:

—¡Tanto bueno por esta casa, mi antiguo amigo!

—No lo parece por cierto, Marquesa—contestó D. Gregorio,—pues, según lo hermosa que la encuentro á V., creo que fué ayer cuando tuve el gusto de asistir á su boda con aquel inolvidable compañero.

—¡Mi pobre Marcos!—murmuró Marcela, entornando los ojos y haciendo un puchero.

Bernardo tosió y los tres tomaron asiento.

—¿Ha visto V. á Susana?—preguntó la Marquesa al retirado.

—En el patio la he saludado. Tan linda como siempre y ya hecha una mujer: no me he atrevido á darle un beso.

—Es un ángel; no así su hermano, que me va á quitar la vida á pesadumbres.

Hubo unos instantes de silencio.

—¿Cuál es—continuó Marcela—el asunto grave que, según me ha anunciado Bernardo, tiene V. que comunicarme?

El jugador hizo ademán de levantarse; pero D. Gregorio lo contuvo y Marcela le indicó que permaneciera sentado.

—Un asunto muy desagradable, Marquesa, muy desagradable—respondió D. Gregorio, exponiendo seguidamente á Marcela el estado en que se encontraba Julio, ponderando las buenas cualidades de éste, atenuando su falta y pintando con vivos colores las consecuencias funestas del descubrimiento del desfalco.

—Después del tremendo disgusto que recibí días pasados de mi señor hijo—replicó Marcela, ceñuda y en tono áspero,—yo no debía siquiera consentir á V. que me hablara del que me puso en el trance de arrojarlo de mi casa y de... pero como no hay nada más á prueba de ofensas que el corazón de una madre, y teniendo además en cuenta que interviene, y yo se lo agradezco, en este asunto tan buen amigo nuestro, voy á dar á V. una solución. Si Julio se arroja á mis pies y pide perdón á su madre de la falta ¡qué digo falta! del gran delito que cometiera, pisoteando la veneración y el cariño que me debe, por enseñárselo la santa religión de sus mayores y por ser natural que así se lo dicten su conciencia y su corazón; si viene dispuesto, además, á dar satisfacción cumplidísima de los insultos terribles que infirió á otra persona á quien ha de guardar consideración y respeto, por ser ésa mi soberana voluntad; si me promete, por último, concluir el noviazgo formal que mantiene con una pelandrusca, noviazgo cuya solución, por él anunciada, empañaría el brillo del nombre que lleva, y no sé si alcanzaría el fango á salpicar mis blasones; si hace todo eso ostensiblemente y yo veo en él

un verdadero arrepentimiento, una contrición perfecta, entonces le sacaré del conflicto; pero si él no pone de su parte lo necesario para salvarse—añadió con fingida humildad,—¿cómo le he de salvar yo? ¿Voy yo á ser superior á Dios, que dice: «Ayúdate y te ayudaré?»

—Marquesa—repuso D. Gregorio, pensando que había cometido una ligereza no atendiendo las indicaciones de Julio,—todo eso está muy bien; contra una madre, y sobre todo tratándose de V., que es la mejor de todas, no hay nunca razón, pero tenemos que considerar lo siguiente: el apuro del momento, el no poder Julio abandonar á Cádiz en estos días y el que faltan tres para el miércoles, en cuya mañana ha de estar precisamente el dinero en la caja del Cuerpo: cubramos ante todo el desfalco, que luego yo mismo haré que venga Julio...

—No siga V.—le interrumpió Marcela.—Cuanto he dicho ha de preceder irremisiblemente á que yo le perdone y le saque del atolladero.

—Es que yo, Marquesa, no vengo enviado por Julio; yo doy este paso espontáneamente, creyendo cumplir un deber de mi antigua amistad con la familia, por el afecto entrañable que á Julio profeso, impulsado por la memoria de...

—He pronunciado—volvió á interrumpirle la madre de Julio—mi sentencia irrevocable en este asunto.

—Entonces, siento con todo mi corazón haber molestado á V., y yo haré por otra parte lo que pueda.

—Supongo—advirtió Marcela con sorna— que no tratará V., al decir eso, de dar una lección á la madre ni á la señora.

D. Gregorio tuvo intenciones de encajarle una fresca, pero se limitó á levantarse alargándole la mano en despedida y respondiéndole:

—Yo no trato, Marquesa, más que de retirarme después de ponerme á los pies de V. con todo el respeto que siempre le he guardado y que V. se merece.

La Marquesa correspondió á la despedida con finura, pero con frialdad, y D. Gregorio salió seguido de Bernardo, acercándosele en el patio Susana, que se cogió de su brazo y lo acompañó hasta la calle haciéndole mil extremos de cariño.

D. Gregorio abandonó pesaroso á aquella familia, que tanto lo distinguiera en otros tiempos, y en el trayecto hasta la posada formó su plan de conducta. Salir por la mañana en la góndola para el Puerto; allí tomar el tren, é irse á Sevilla y comenzar sus gestiones para la hipoteca de la casa, escribiendo antes á Julio (sin decirle nada de aquella estéril visita á la Marquesa) reiterándole su propósito de salvar su honra, pero aconsejándole, dada la brevedad del plazo, que no dejara de buscar el dinero por otra parte con la promesa de reintegrarlo en corto término, y añadiéndole que, en su opinión, el primer paso que debía dar era ir á Rota y reconciliarse con su señora madre.

Cuando Bernardo volvió al gabinete, le dijo Marcela:

—Creo, como tú, que ésta es una maniobra de Julio, de acuerdo con ese mentecato, á fin de sacarme dinero para las costureras, y si es así,

Como ellas no se pongan
más manteletas
que las que yo les compre,
ya están compuestas.

Sin embargo, quiero que mañana mismo vayas á Cádiz y te informes de la verdad; y si realmente ha distraído Julio fondos del Cuerpo, como yo no puedo consentir que sobre mi sangre caiga el deshonor, si el martes por la mañana no ha venido, según yo lo presumo, de ser cierto el desfalco, á pedirnos perdón, es indispensable que por la tarde tenga en su poder los cuarenta mil reales para entregarlos en la Caja; pero que los tenga por segunda mano, sin sospechar que son dados por mí, por el medio indirecto, en una palabra, que se te ocurra —añadió Marcela sonriendo— á ti, que eres tan fecundo en invenciones.

Por el pensamiento del ruletero cruzó una idea diabólica, que invadió sensualmente todo su espíritu; y como, cuando tal acontece, la materia espolea de un modo terrible para su ejecución, Bernardo, diciendo «al instante vuelvo,» salió de casa de su querida, cruzó la plaza de la Caridad, entró por el Arco de la Villa en la de la Constitución y tomó el camino de la calle de la Higuera.

XL.

LA ILUSTRE D.^a PETRA.

No obstante que D.^a Petra nació con el siglo, pesa ocho arrobas, le molesta un antiguo padecimiento y ya no irradian sus pupilas, como se tiñe el pelo y conserva vestigios de pasada belleza en el semblante, todavía cuando se lo retoca con el blanquete y con el arrebol, se pone de veinticinco alfileres y se echa á la calle, se le alegran las pajarillas, si la ven desde muy largo, á los miopes y á los forasteros.

Tocante á lo moral, tiene mucha malicia, le falta el concepto del decoro, es beata y maldiciente, y entre sus malas pasiones despuntan la codicia y la vanidad.

Por último, D.^a Petra fuma, echa picardías, tiene, amén de unas tierras, repartidos cien mil reales, á real por duro al mes, y es además prendera de alhajas finas, cobrando un tanto á la semana; habla por los codos con bastante gancho para su negocio, y, cuando está de buen humor, justifica que hace cuarenta años la llaman los amigos Petra la Sandunguera.

D.^a Petra funda su puntillo en tres cosas: en ser una señora, sobrina de un brigadier que murió en la batalla de Ocaña; en haber tenido por amante á un tal López, que fué vista de la

aduana de Cienfuegos; y en conocer á muchos personajes.—A P..., el exministro de Fomento, lo trata como si fuera cosa propia; á G., el que fué Gobernador de Madrid, no le quiero á V. decir nada; pues ¿y Generales? ¡buenos están los Generales! ¡bastante le han quemado la sangre! Conoce á Fulano, á Zutano, á Mengano y sobre todo á Perengano, que tiene la culpa de que ella esté arrinconada en un pueblo. En fin, ¡qué más! A M., el Presidente del Consejo de Ministros, aún recuerda el día que le prestó quinientos reales; claro es que entonces no presidía nada; pero esto es para decir á usted lo bien relacionada que está D.^a Petra.

De lo que fué y de lo que ganó en sus tiempos, no hablemos; todo el mundo sabe, y al que no lo sepa ella se lo dirá, que los amigos que iban á su casa eran la flor y la nata de los caballeros de Madrid, y que ese tal López, que volvió enclenque, pero con un dineral, de ser vista de la aduana de Cienfuegos, acabó por quemarse en los de D.^a Petra, que le consumió en poco más de un semestre las onzas de oro y los pulmones.

Desde el año 186... vive en Rota, en la calle de la Higuera, en una casa baja de su propiedad, con ventana de reja saliente á cada lado de la puerta, y sobre ésta un escudo de piedra, que ella propala, entre quienes han de creerlo, que es el de sus ilustres progenitores.

La mañana del domingo siguiente á la visita de D. Gregorio á la Marquesa, oyó misa de una D.^a Petra con mucha devoción, en la Caridad;

salió de la capilla y siguió andando reposadamente por la calle de la Vera-Cruz, crugiendo sobre las losas el almidonado vestido de coco, muy oscuro, y completando su traje y sus galas un pañolón de espumilla de color amarillo verdoso, sujeto en el pecho con un alfiler con rubíes, unos pendientes largos con flecos de oro, los mitones y el manto.

Al llegar á la calle del Almirante echó por ella, siguió más allá de San Roque por el callejón de arena, traspasó el portillo de la Huerta de la Costilla, llegó al sombrajo, asomó la cabeza por la entrada más próxima al jardín y le preguntó á María Jesús, que estaba en cucullas revolviendo en un lebrillo afrecho con agua para las gallinas:

—Diga V., ¿me dará V. razón de una tal Mariquita de los Angeles?

—Dios se las dé á V. muy buenas. Aquí vive —contestó la hortelana á aquella mole compuesta. Y añadió alzando la voz:—Señorita María, aquí preguntan por V.

—Que entre quien sea—contestó aquélla desde la casa.

D.^a Petra, murmurando «con licencia,» por temor á otra indirecta, traspasó el umbral y dijo á la novia de Julio, que le salió al encuentro:

—Muy buenas tardes. ¿V. es Angelita? Pues yo deseo hablarle á solas de un asunto que le interesa mucho.

—Pase V. adelante—le respondió aquélla abriendo la puerta de paso á la alcoba.

Dolores había ido al pueblo con señá Rita.

María de los Angeles acababa de llegar del baño con María Jesús, de soltarse el cabello por la espalda sobre una toalla puesta en los hombros, y de vestirse de casa, cubriendo sólo la enagua blanca y la chambra con un peinador largo con velos bordados, cerrados por delante con botones de nácar.

A D.^a Petra le sorprendió la hermosura de aquella mujer, y pensando: «comprendo que le vuelva el juicio á cualquiera,» por indicación de María tomó asiento en una silla baja y después le dijo:

—Vengo á hablar con V. de lo que le ha pasado á Julito.

—¡De lo que le ha pasado á Julio!—exclamó Angeles con gran sobresalto.

—Nada en su salud, gracias á Dios.

—Acabe V., señora, por caridad.

—Es noticia de un caballero que vino anoche de Cádiz.

—¡Pues si yo he recibido hace dos horas carta de Julio, escrita hoy á las seis de la mañana y traída por el patrón de un barco que salió de Cádiz á las nueve!

—¿No le dice á V...

—De particular nada. Que está bueno, que tiene mucho que hacer con las cuentas de la habilitación y que quizá no pueda venir...

—Hasta el miércoles lo más pronto.

—¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Yo siento disgustar á V., Mariquita; pero en fin, cosas de la juventud; lo que le ha pasado

á Julito es que ha perdido cuarenta mil reales en una casa de juego de Cádiz.

—¿Por dónde sabe V. eso?—le preguntó la hija de Dolores revelando en la alteración del rostro la impresión que le hiciera la noticia.

—Como le dije á V. antes, anoche llegó á Rota un caballero amigo antiguo de la casa de la Marquesa, á la cuenta echado por D. Julio para que le pidiera el dinero á su mamá; y la señora se cerró á la banda diciendo que no, y que no, y que no, que ese dinero era para...

—De modo que el apuro de Julio es haber quedado en deuda de esa cantidad con algún jugador.

—No, hija mía; el gran tramojo de Julito es que se ha jugado unos valores que no le pertenecían.

María de los Angeles se quedó mortal y estuvo un momento, más que pensativa, conternada: por fin se acercó mucho á D.^a Petra y le dijo con angustia terrible:

—¿Esos dos mil duros eran de la habilitación?

D.^a Petra, pronunciando un «sí» apenas perceptible, cruzó las manos, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó María, rompiendo á llorar con inmensa congoja, cubriéndose el rostro con las manos.—Pero dígame V., por la Virgen Santa—añadió con ansia un momento después,—todo lo que sepa. ¿Usted ha hablado con ese caballero?

—No, señora; yo lo sé por un tal D. Bernardo, que tiene mucha mano con la Marquesa y

es conocido mío: anoche estuvo en casa y me puso en autos de todo, y como me consta lo buena niña que es V. y lo mucho que quiere á ese joven, dije para mí: mañana se lo voy á contar á Mariquita, á fin de que vea si yo, que me paso la vida haciendo buenas obras, puedo ayudarle á salvar á D. Julio; con tanto más motivo, cuanto que las malas lenguas dirán que V. tiene la culpa de su perdición.

—¡Yo, señora! ¡Qué dice V.!

—Lo dirán, porque la negativa de la Marquesa se funda en que Julito pide el dinero á consecuencia de lo que le pasó á V. el otro día con el alcalde, para llevársela á V. de aquí y ponerle un piso en Cádiz.

—Dios y mi Julio saben—repuso con dignidad María—que el favor inmenso que yo pido á éste todos los días, desde que mi padre murió, es que me deje vivir de mi trabajo.

—Segurísima estoy de eso—repuso D.^a Petra;—pero vaya V. á poner puertas al campo. Bien sé yo que V. es sólo la causa inocente de la desgracia del niño de la Marquesa; porque, claro es que si á ésta no se le hubiera metido en la cabeza que el dinero era para V., lo habría dado anoche, y asunto concluído.

—¡Qué debo yo hacer entonces!—exclamó aquella infeliz con el más profundo desconsuelo, contenido para que no se apercibiera María Jesús.—V., que tan buena es—agregó dirigiéndose á D.^a Petra,—tenga caridad de mí y ayúdeme; yo me estoy ahogando, yo...

—Vamos, hija mía, vamos, cálmese V.—re-

puso aquélla,—que todo tiene remedio en este mundo menos la muerte. Estoy segura de que si V. le pide á una persona ese dinero para Julito, se lo da á V. volando.

—¿A quién? ¿A quién? A la Marquesa no será—interrogó Angeles con viveza.

—Ca, no señora. A D. Bernardo.

—Eso es imposible, de todo punto imposible—repuso con desaliento la novia de Julio.

—Todo puede ser cuando se trata...

—Menos eso.

—Pero señor, ¿por qué?

—En D. Bernardo no debemos pensar si quiera.

—¿Qué dificultad hay para ello?

—Es verdad que V. ignora...

—Al contrario, porque lo sé lo digo. Anoche, cuando me hablaba del caballero ése que vino de parte de Julio y de la negativa de la señora, me decía D. Bernardo, defendiéndola á usted de la mala acción que hizo con V. el alcalde el otro día por mandado de la Marquesa: «¡lo que vale esa niña! ¡qué caletre! ¡qué gracia! ¡qué bonita y qué bien formada! ¡y luego tan modesta y tan mujer de su casa y...! vamos, por esa mujer, si me necesitara, daría yo mi fortuna, mi vida, mi...» En fin, que se conoce que el hombre está enamorado perdido de V.; eso es natural, si le ha hablado á V. dos veces; yo, al oirlo, pensé: á grandes males grandes remedios; allá voy á decírselo á Angelita, y supuesto que Julito está perdido...

—¡No lo diga V., por Dios!

—Porque, quién sabe—continuó D.^a Petra—de lo que es capaz un hombre cuando... Ya ve usted, el miércoles tiene que entregar los dos mil duros en la Caja, y antes de ver su honor manchado, pudiera recurrir á un extremo... ¡da miedo pensarlo!...

—No siga V., señora, no siga, que está V. asesinándome—la interrumpió María con desesperación,—y aunque D. Bernardo me inspira una repulsión terrible, de tal manera, que preferiría que hablase mal de mí; á pesar de que yo he recibido grandes ofensas de ese caballero, y sobre todo sin saber, que es lo más triste para mí, si me lo perdonará Julio, voy á rebajarme hasta el extremo que V. me propone como único medio de salvación: voy á escribir á D. Bernardo pidiéndole prestada esa suma, que luego me irá dando mi Julio para que yo la pague, sin que él sepa, si es posible, quién es el acreedor; y si lo sabe, que suceda lo que Dios quiera; lo primero es salvar su decoro.

—Lo que puedas hacer de palabra, no lo hagas por escrito, dice el refrán—observó doña Petra.

—Entonces, mamá lo mandará llamar y entre las dos se lo diremos.

—Malo, malo, malo, malo—refunfuñó doña Petra sacando la caja y tomando un polvo.—Desengañese V., Mariquita—continuó,—que cuarenta mil reales no se sueltan así á dos tiro-nes, y pidiéndoselos secamente, delante de mamá, no recibirá V. más que una disculpa: para sacárselos es necesario emplear todo el gara-

bato que V. tiene y que con esos ojos y con esos labios y con esa voz que lo dislocan, lo trastee con mucha gachonería, y en fin...

—¡En fin, qué, señora!—la interrumpió, alarmada con aquel lenguaje, María.—¿Cómo es posible que yo reciba á D. Bernardo sin estar delante mi mamá?

D.^a Petra alzó los ojos, movió la cabeza, puso el gesto de quien le contraría no ser comprendido; y después de un momento de silencio, dijo muy despacio y marcando mucho las frases:

—¿Usted quiere librar á Julito de la deshonra que lo amenaza?

—¡No he de querer!—respondió Angeles con exaltación.

—Bueno. ¿Usted está resuelta á recibir el dinero de manos de D. Bernardo?

—De manos del demonio, con tal de salvar á mi Julio.

—Pues no hay más remedio sino que se lo pida V. á solas; que la entrevista de V. con él sea sin testigos.

—¡A solas! ¡Sin testigos!—repitió con asombro la novia de Julio, como si dudara de lo que oía ó no quisiera comprender lo que significaban las palabras de D.^a Petra.

—Sí, sí, á solas—insistió ésta;—en mi casa, por ejemplo, donde yo haría que él estuviera de antemano ó que V. lo aguardase á la hora convenida.

—¡Salga V. de aquí!—dijo María, alzándose con resolución de la silla, erguida la frente y

señalando á la puerta;—y para ejercer ese oficio repugnante, busque casas á propósito y no venga á manchar con su presencia las de las mujeres honradas.

D.^a Petra, con una sonrisa infernal, moviendo la cabeza de alto abajo, y con una expresión en el rostro que intimidó á Angeles, y detrás de la cual se adivinaban las garras de la fiera y la navaja del asesino, sacó de nuevo la caja, tomó otro polvo y habló así:

—Vamos, niña, vamos; no se haga V. tanto de pencas, que ya sabe todo el pueblo quién es V.; así como V. ignora que está hablando con la Sra. D.^a Petra López de Orizaba, que tiene brigadieres que le tocan muy de cerca y en cuya familia no se cuenta ninguna modistilla tunanta que ponga á los hombres en el disparador de gastarse lo que no es suyo, para que luego se peguen un tiro. Conque así—añadió levantándose y andando despacio hacia la puerta,—agur y poquito orgullo, que torres más altas se han venido al suelo, y al fin y al cabo ha de venir V. á buscarme.

Por fortuna María Jesús había ido del sombrero á la huerta á llevar el afrecho á las gallinas, y D.^a Petra salió sin que nadie se apercibiera de ningún incidente de la pasada entrevista.

María de los Angeles se quedó parada, sin gota de sangre en las venas; por fin clavó en el cielo sus hermosísimos ojos; pero aquella mirada parecía ser, más que el símbolo de una plegaria, el de una maldición: luego se sentó en

una silla baja, apoyó los brazos cruzados sobre su cama y la frente sobre los brazos: por el movimiento convulsivo de los hombros se conocía que lloraba.

XLI.

LA GIRA.

El lunes á medio día tres faetones, uno de Marcela y pertenecientes los otros á dos familias acaudaladas de Jerez, comenzaron á trasportar á los convidados, desde la plazoleta donde confluyen las calles del Calvario y de la Veracruz, á la cual sacaban sillas los vecinos, á fin de que los que esperaban su turno para montar no estuvieran de pie, hasta la huerta donde iba á celebrarse el banquete campestre que daba á sus numerosos amigos la Marquesa de Villarana.

Atravesando el ejido y echando á la izquierda del arrecife del Puerto por un campo arenoso, muy abundante en palmitos, descúbrese un vallado que coronan higueras de tuna, y siguiendo por junto á su pared unos trescientos metros, se llega á la hacienda llamada «huerta de D. Joaquín,» á cuyo portillo se apean de los faetones los asistentes á la gira.

Á la izquierda del portillo hay un cobertizo en el que están amarradas seis hermosas vacas

de leche: los comensales de Marcela marchan de frente, por la vereda abierta entre unos prados de alfalfa, recorren una calle de granados, y entran en una glorieta redonda de gran amplitud, cercada de altos y pomposos árboles que proyectan apacible sombra.

Allí estaba todo preparado para la fiesta; más de un ciento de sillas desplegadas en la circunferencia de la glorieta; fuera de ésta, pero entre los árboles, una mesa larguísima, cubierta con un mantel, y sobre ella, en primer término, la vajilla, el cristal, las servilletas y los cubiertos, riquísimo todo y revelando su procedencia la M y la V bajo una corona; á continuación pavos trufados, jamones en dulce, lenguas y solomillos mechados, los más selectos embutidos, fuentes colmadas de langostinos, dulces, pastas, bizcotelas con baño de chocolate, especialidad de Rota, y escrito en cada una el nombre de un comensal, y formando la retaguardia, cuatro columnas de botellas de Burdeos, Champagne, manzanilla y amontillado, diciendo en las etiquetas de las dos últimas, en la primera, «Eduardo Hidalgo» y en la segunda, «Royal de M. Misa.»

Cerca de la gran mesa veíanse sobre otra más pequeña los servicios de café y de licores y varias cajas de cigarros habanos; y entre las dos, las canastas llenas de frutas de la estación, descollando entre éstas las exquisitas uvas moscateles.

• Como la comida debía empezar por ostras y por melón, se ocupaban dos ó tres marineros

en partir las primeras, que acababan de ser traídas del río Salado, y finalmente, á pocos pasos de éstos, en dos hogares improvisados con grandes piedras y alimentados con leña, se guisaba en un caldero arroz con almejas y se cocían en otro dos urtas colosales, recién sacadas del mar, confeccionándose esta parte de comida caliente y la salsa para el pescado, bajo la dirección del maestro de cocina de la Marquesa.

El general en jefe de toda la línea, que tenía á sus órdenes los criados de Marcela y otros llevados por él, diestros en trinchar y en servir, era un señor gordo, lampiño, de facciones pronunciadas, á quien llamaban D. Paco, que estaba en todo, daba muchas voces y le decía, cuando vió que era cerca de la una, á uno de sus ayudantes:

—Vete al ejido, ponte en el arrecife, y cuando llegue del Puerto el hombre que trae en una caballería las garrafas con los sorbetes y con el hielo, que se venga contigo aquí.—Á escape.

Entre los árboles también, á espaldas de la mesa grande y perfectamente detrás de la sección de vinos, charlaban sentados en unos bancos tres ó cuatro cantadores del género gitano, cuyo aspecto es el de toreros sin coleta, otros tantos guitarristas, un tocador de bandurria y media docena de comparsas para el jaleo.

—D. Paco—gritó uno de los cantadores:—¿vamos á estar aquí sin remojar la palabra?

—Todavía es temprano, hombre, todavía es temprano—respondió el interpelado, sacando, sin embargo, debajo de la mesa unas bote-

llas de manzanilla común y enviándolas, con varias cañas y unas huevas de atún, á aquella gente.

Para que nada faltase, estaba colocado entre las sillas el piano de la Marquesa, y por último, unos cuantos jóvenes, situados en el portillo de la huerta, recibían á las señoras y las acompañaban hasta la glorieta, donde aguardaban á sus convidados Marcela y Susana.

El cielo y la atmósfera parecían escogidos para la fiesta; el primero era el celeste sin mancha de Andalucía, y á pesar de la estación y sobre todo de la hora, resultaba gratísima la segunda, merced á los soplos de un Noreste fresco.

Poco después de la una movían en la glorieta gran algazara ochenta ó noventa personas, entre mamás y muchachas y hombres jóvenes y proyectos, que no hay despertador tan eficaz del júbilo como un buen apetito y la esperanza cierta de satisfacerlo regaladamente, gozando á la par de los encantos de la Naturaleza, la humana inclusive.

La animación llegó á su colmo cuando á las voces que daban tres ó cuatro, llamando á los demás de la partida, acudieron todos en tropel á la entrada de la glorieta para ver venir, por la calle de granados, á dos señores barrigudos, deudores de algunas mercedes á la Marquesa y á quienes había ésta insinuado que dieran el espectáculo grotesco de presentarse de los últimos en la huerta, caballeros en burros: los buenos hombres no eran jinetes, y al trocar los

rucios, á los cuales molía á varazos un arriero previamente aleccionado, se tambaleaban, asiéndose, para no caerse, á los borrenes de las albardas, encogiendo las piernas y subiéndoseles los calzones hasta la rodilla; de esta manera, encorvados, con las cabezas caídas adelante y los sombreros echados atrás, llegaron en medio de la general rechifla, gozando Marcela de un modo extraordinario, por más que para las víctimas, sus mujeres y sus hijos, se aguara un tanto el regocijo con el bochorno.

Terminado aquel ruidoso incidente, las niñas y las mamás, entre las cuales figuraban jamonas de muy buen ver, tomaron asiento en las sillas; poniendo muchas en otras los donosos pies, y también se sentaron algunos caballeros, agolpándose muchos jóvenes á la mesa de las provisiones, para recibir de D. Paco y de los criados el cubierto, la servilleta, el plato, las copas y el pan, de que iban dotando á cada una de las señoras, que se colocaban en las faldas las servilletas, los platos y los cubiertos, dejando sobre las sillas el cristal y los panes. Los mismos jóvenes, por pura galantería los unos, por tener allí sus novias, ó sus pretendidas, los otros, y por ser cosa natural y parte de la diversión los más, continuaron sirviendo á las damas, á pesar de que el número de criados era suficiente para el caso, las ostras, los vinos, el arroz, los entremeses, toda la comida, en suma, con arreglo al programa que, descendiendo á los más menudos pormenores, había dado Marcela al D. Paco, nombrado por aquel

día general en jefe de la servidumbre. La Marquesa y Susana recorrían la línea con la copa ó el plato en la mano, cuidando de que nada faltase, y teniendo para cada pareja un donaire y para cada corro una frase de contento; y el lector se formará idea de los discreteos, los brindis, los gritos y las risotadas que daban vida al cuadro, cuyo cambio anunciaron los tocadores y los cantadores, sentándose en medio de la glorieta, después de comer á tente bonete, como los señores; pero bebiendo ellos, en número de doce ó catorce, más vino que los ochenta ó noventa convidados, y comenzando á templar la bandurria y las guitarras.

Las seguidillas y los polos fueron aplaudidos á rabiar, pues calamocanos muchos de los festejados por la Marquesa, no dejaron de jalear, inoportunamente las más veces, en el trascurso de cada cantar, ni de desgañitarse echando vivas y olés por la boca, ni de palmotear, al final de cada uno, obsequiando con vasos de exquisito Jerez á los cantadores y tomando apunte de las coplas más intencionadas que daban al viento.

El programa de Marcela marcaba, después del «concierto gitano,» «sevillanas,» y vencida, con trabajo sumo, la dificultad de encontrar hombres que acompañasen á las pollas que, poniéndose las castañuelas, se levantaron para bailar, se formaron seis parejas; tres de ambos sexos y otras tantas en las cuales hacían tres hembras de varones.

Sentóse al piano una linda roteña, llamada

Adelaida, que había de tocar en unión de las guitarras, y se puso de pie á su lado para cantar su hermana Amelia, que también era muy agradada.

La colocación de las parejas para bailar sevillanas es la de cada caballero enfrente de su señora, y constan aquéllas de varias mudanzas, en cuya ejecución se mueven los brazos, las caderas y las piernas; hechas las figuras por muchachas bonitas, esbeltas y airosas, como las que bailaban en la glorieta, con pudor y con elegancia, al par que con garbo y gentileza, arrebatan al público, que la tarde de la gira, después de cantar Amelia, con su preciosa voz, un par de seguidillas, hizo con ella coro general; y con el piano, las guitarras, los palillos y los aplausos de la servidumbre, el estrépito y el movimiento y el color de la fiesta eran indescriptibles.

Iba á comenzar la parte siguiente del programa, que decía «malagueñas,» cuando la arrendataria de la huerta se acercó á la Marquesa y la habló al oído:

—Señorita: dos mujeres han llegado á la casa, con mucho empeño de hablar con V.

—Alguna impertinencia—repuso Marcela.—¿Quiénes son?

—No las conozco, señorita; como soy de Chipiona y llevo aquí poco tiempo...

—Allá voy—dijo levantándose la madre de Julio, y añadió dirigiéndose á un grupo donde estaban su hija y tres ó cuatro jóvenes:

—Se suspenden las malagueñas hasta que

yo vuelva. Entretanto, á bailar. Susana, siéntate al piano y toca unos lanceros.

XLII.

RECAPITULACIÓN.

El estado de los ánimos de los cuatro actores principales del drama en cuyo desenlace vamos á entrar, era la tarde del lunes siguiente:

Los celos furiosos que Marcela tenía siempre de María de los Angeles se habían recrudecido por la conmiseración que tuvo Bernardo de las costureras, interviniendo cuando Sixto fué á echarlas de Rota y logrando que se les concediera el plazo de quince días: además pensaba que la rebelde actitud de Julio era debida principalmente á no consentir ella su casamiento con la hija de D. Victoriano, y suponía que aquél, de acuerdo con ésta, había inventado la fábula del desfalco, para ponerle con los dos mil duros casa en Cádiz, ó en Sevilla, ó en Madrid. El remedio de todo esto lo contaba seguro, exigiendo del Ministro de la Guerra el inmediatísimo envió de su hijo á Filipinas y del de la Gobernación una escrupulosa vigilancia sobre María de los Angeles para evitar en último extremo su reunión con Julio.

Ahora bien; ¿en aquel espíritu se anidaba el amor de madre? Tal vez estuviera latente, im-

pidiendo su desarrollo la pasión frenética que sentía por el jugador, y en aras de la cual sacrificaba hasta la eterna suya: la soberbia, la altivez, la vanidad, la presunción de sí misma y por su nombre, el endiosamiento.

María de los Angeles, mártir de la pobreza desde que nació, acostumbrada á vivir en gran estrechez, ganándose con sus manos un escaso jornal con santa resignación y rechazando el asedio constante á su belleza, había comenzado á sentir en el cerebro la desesperación y en el pecho el odio á la sociedad. Sólo por recibir el consuelo de un entierro decoroso para su padre, de unas varas de merino negro y de unos días de pan sin lágrimas ni afanes, era la piedra de escándalo de las clases conservadoras del pueblo, que alarmadas por una ilustre señora, á quien tenían en opinión de santa, la motejaban de prostituta desenfrenada, perdición de las familias honestas, y se lo hacían saber por medio del representante de los intereses locales, del alcalde, expulsándola de la villa para evitar el contagio, con el mal ejemplo de tan impúdica meretriz.

Sentía por Julio un amor inmenso y purísimo, que absorbía su pensamiento, su alma, su vida toda; y habían clavado en su alma agudísimo puñal, diciéndole que por su culpa iba á perder la honra y tal vez á arrancarse la existencia, quien era su fe, su esperanza, su amor, su porvenir, su abrigo, su ídolo, su felicidad, su gloria entera.

Estaba convencida de la exactitud de la no-

ticia de D.^a Petra; en la carta que había recibido aquella mañana de Julio, le decía éste que se encontraba bajo la presión de un disgusto muy grave; que á ella no quería ocultarle nada; pero que no se afligiese, porque esperaba verse á salvo el próximo miércoles, en cuya tarde sin falta estaría á su lado. Como la esperanza de Julio—discurría ella—era su madre, pues con objeto de impetrar su amparo vino D. Gregorio á Rota, claro es que al negarse la Marquesa á dar los dos mil duros, la perdición de su novio era irremisible. ¿Qué conducta debía seguir ella en tan fiero trance, deber dictado por su conciencia é impuesto por su cariño? Tener una entrevista con la señora y ofrecerle por la salvación de Julio todo cuanto podía ella dar; su amor; más que su vida: decirle que rompería sus relaciones con Julio, marchándose con su madre muy lejos de Rota y llevarle escrita la carta de conclusión, para que la Marquesa la enviase á su hijo después del dinero, á fin de no encender más su desesperación y hacer inminente el suicidio. Tal era el propósito que, llena de mortal angustia y de zozobra, pero con valor heroico, abrigaba María de los Angeles.

Dolores no tenía voluntad propia: quebrantada moral y físicamente por las penas y por una lesión orgánica, sus resoluciones y sus afectos eran débil reflejo de los afectos y de las resoluciones de María, á quien adoraba como adoran las buenas madres, y en cuyo talento, muy superior al suyo, y en cuyas virtudes tenía una fe ilimitada.

No se atrevía además á contrariarla, ni á oponer siquiera el más leve reparo á su deseo, en los amores con Julio, ni en nada, temerosa de robar acaso su porvenir á la que, desde muy niña, se había sacrificado por sus padres y por su hermano, siendo la Providencia de aquella casa.

La situación de Julio era violentísima. La carta que le envió D. Gregorio el domingo desde el Puerto, no le daba la seguridad completa de que los cuatro mil escudos estarían en su poder el miércoles por la noche; y así, fundaba toda su esperanza en Carlos, el amigo paisano, á quien expuso también su triste situación el sábado, después de marcharse D. Gregorio, y aquel convino en que no era prudente que la cosa trascendiese á los compañeros, y le propuso, no pudiendo, porque acababa de gastar á su padre un dineral en el extranjero, aprontar la suma necesaria, ni muchísimo menos, irse á Madrid el domingo por la mañana, como así lo efectuó, con cartas de Julio para algunas personas de alta posición, que alardeaban de querer mucho al hijo de la Marquesa, por si afortunadamente aun no habían salido de Madrid y se decidían á salvarlo, en cuyo caso por telégrafo podía ordenarse á cualquier comerciante de la plaza la entrega de los cuarenta mil reales.

Si todas las puertas se le cerraban, Julio estaba resuelto á ir á Rota, matar á Bernardo y pegarse un tiro.

Respecto á Bernardo, conocía su dominio absoluto sobre Marcela y tocaba ya la meta de

todos sus cálculos; ser Marqués de Villarana y disponer de sesenta mil duros de renta, sin inspirarle su querida más que el afecto de la costumbre y algún deseo, que no podía extinguir completamente la posesión constante y no disputada de tal prodigio de hermosura.

Pero Bernardo, para su castigo, estaba subyugado por una pasión satánica y creciente de día en día, si bien disimulada por su natural travesura. Estaba enamorado perdidamente, con todos sus sentidos corporales, pues su alma no podía tener amor á nadie más que á sí mismo, de María de los Angeles; era el amor salvaje del moro á la esclava, pero que lo embriagaba hasta el punto de que la compraría, no ya por los dos mil duros malversados por Julio, sino por toda la fortuna hecha por él, estafando, sobre el tapete verde, á la sociedad, con el dinero de la Marquesa de Villarana. Soñaba con tener aquella niña hechicera dominada, vencida ante él de alma y de cuerpo, adorándolo, pero respetuosamente, como la concubina que se prenda de su señor; era un amor desenfrenado de la materia que espoleaban, dándole gigantes proporciones, los celos mortales que le inspiraba Julio y los desdenes continuos de María.

Todas las ilusiones de Bernardo, todos los éxtasis de su imaginación al quedarse á solas con la almohada, su ventura suprema en este mundo, era la posesión de María de los Angeles; sobre este blando cimiento había edificado de tal modo en la esfera de la impudicia, había

atormentado tanto y tanto á su cerebro con caprichosas y repugnantes delectaciones, que enardecido algunas veces, con la pupila roja, las manos crispadas y moviendo la cabeza convulsivamente, decía, dirigiendo sin duda su petición al infierno:

—¡La existencia por María de los Angeles!

Si el demonio fuese una realidad, el tahir pactaría con él la donación de su alma por el cuerpo de la hija de D. Victoriano.

La única cosa que hiciera Bernardo sin el frío cálculo del egoísmo, sería darlo todo por gozar á sus anchas de aquella mujer encantadora.

Cifraba su esperanza de lograrlo en el destino de Julio á Filipinas; pero ya que la ocasión se lo brindaba más inmediato, ¡cómo no había de aprovecharla!

El negocio redondo que creía que se le entraba por las puertas era comprar á María de los Angeles con los dos mil duros de la Marquesa, entregándoselos á aquella á cambio de su honra, para que salvase á Julio.

—En esto—decía el ruletero á sus solas, riendo á carcajadas,—no hago más que complacer á Marcela, que me ha encargado que busque un medio indirecto é ingenioso de dar los dos mil duros á su hijo.

Contando con que María estaba enamorada de Julio, insistió mucho Bernardo, al dar sus instrucciones á Petra, en que hiciese comprender bien á la costurera, cómo ella y sólo ella era la causa de la deshonra y quizá de la muer-

te de Julio, supuesto que por existir el noviazgo no daba el dinero la Marquesa.

El domingo se fué Bernardo á Cádiz, según le ordenó Marcela, prometiéndole volver el lunes por la tarde para asistir á la gira, siquiera fuese sólo á última hora, y no había llegado aún cuando la hortelana dijo á la Marquesa que solicitaban verla dos mujeres con mucho empeño.

El proyecto de Bernardo flaqueaba sin embargo por su cimiento; estaba aconsejado por el deseo brutal más que por la razón, pues no contaba con varios factores muy esenciales: la intensidad de los amores de María y de Julio, la cantidad de odio que por él sentía el segundo, el arraigo que la virtud tenía en el corazón de la hija de Dolores y el carácter indomable del teniente de Artillería.

XLIII.

EL PIE Y LA HORMIGA.

La casa de planta baja de la «huerta de don Joaquín» es mucho más grande que la de la Costilla y está precedida de un amplio cobertizo, con honores de pórtico, formado por dos arriates que arrancan paralelos de la fachada principal y por tres ó cuatro columnas rectangulares de ladrillo y cal, que se alzan sobre

cada uno de aquéllos, y sostienen la techumbre y la frondosa parra que verdeguea dando paso á la luz, por los claros de la tosca viguería.

La Marquesa siguió detrás de Catalina la hortelana, que le mostraba el sendero hasta la casa que está á espaldas sobre la izquierda y á corta distancia de la glorieta, desde la cual no se ve, por impedirlo el montecillo en que se asientan una noria de moderna construcción y la correspondiente alberca.

Señá Rita se había quedado fuera del edificio y se ocultó al sentir las voces de Marcela y de Catalina, quienes atravesaron el cobertizo, entraron en la casa y la segunda señaló á la primera la puerta de una habitación con dos rejas al campo, situada á la derecha del recibimiento y que en las temporadas que viven allí sirve de comedor á los dueños de la huerta.

La Marquesa pasó adelante y dijo, montando en cólera al encontrarse con María de los Angeles:

—¡Cómo tienes valor de ponerte delante de mi vista! ¡Qué atrevimiento!

—Señora—repuso María temblorosa y con voz apagada,—yo le pido á V. E. por caridad que se digne escucharme.

—Habla y que la molestia sea muy breve—decretó la dama aristócrata en tono agrio y despreciativo, lanzando á la pobre niña una mirada de saña implacable.

—He sabido que á Julio...

—Al señorito Julio.

—Que al señorito Julio—rectificó Angeles

turbada—le ha ocurrido una desgracia y que por mi culpa...

—Y tú vienes—la interrumpió Marcela sonriendo con feroz ironía—á ablandar el corazón de bronce de esta madre, á enseñarle sus deberes, ¿no es eso?

—¿Hay nadie mejor que Dios, señora?—replicó María.—¿No le pide V. E. todos los días por los demás? Pues de ese modo me acerco yo á V. E. para suplicarle que aplaque su enojo, después de jurarle que mis relaciones con Julio...

—Con el señorito Julio.

—Con el señorito Julio, están concluidas desde este momento, y la Virgen Santísima sabe que digo la verdad.

—Ni tus mojigaterías, ni tus embustes—dijo la Marquesa con creciente encono,—me conmueven, ni me engañan. Ahora sí creo que cuanto han venido á contarme de mi hijo es una invención burda para sacarme dinero; y siquiera él, con más pudor, se ha valido de otra persona; pero tú tienes el descaro de continuar la farsa dándome este mal rato.—Largo de aquí, coqueta, perdida, que ni tú ni tu madre os habéis de regodear á mi costa, y váyanse ustedes pronto de Rota, porque si nó, te prometo, enténdelo bien, te prometo que vais á salir amarradas codo con codo y conducidas por la Guardia Civil.

—¡Señora!—exclamó María con gran tribulación cayendo de rodillas á los pies de Marcela, alzando los brazos en ademán suplicante y mostrándole una carta, que se sacó del pecho,

—tenga V. E. compasión de mí y salve al señorito Julio, enviándole después esa carta en que le digo que se han concluído para siempre nuestras relaciones. Yo me iré mañana de este pueblo.

—¡Pactar yo contigo, farsanta! ¡Vaya V. nora-mala—concluyó Marcela arrebatándole la carta, haciéndola pedazos y arrojándoselos al rostro.

María de los Angeles se levantó de pronto, y con la cara encendida por la ira y por la vergüenza, se acercó á la Marquesa, que tan cobarde como cruel retrocedió asustada gritando «¡Catalina!» y le dijo con voz ronca y varonil energía:

—¡Mala madre!

—¡Catalina!—volvió á gritar la querida del jugador.

María de los Angeles se echó fuera de la habitación y de la casa, llamó á señá Rita, y seguida de la buena vieja tomó, por las mismas veredas que había traído, el camino de Rota.

Marcela salió al cobertizo, donde no encontró á nadie, pues la hortelana estaba viendo bailar, y pensando que no le convenía dar un escándalo en aquellos momentos, consolándose de la humillación con la terrible venganza que estaba segura de tomar de la costurera, restregándose la cara con las manos y haciendo mentir á sus labios una sonrisa, se encaminó á la glorieta, donde acababan de bailar un vals, y entró en ella impresionada todavía, por más que procuraba disimularlo, diciendo:

—Las malagueñas, las malagueñas.

—Estás pálida, mamá.—¿Te ha pasado algo?—le preguntó Susana.

—Vengo afectada—respondió Marcela—por las desdichas que me han contado unas pobres—¡ni aquí la han de dejar á una en paz!—á quienes he socorrido. Por eso quiero distraerme. Vamos, vamos á continuar cumpliendo lo que dice el cartel. Malagueñas.

Las miradas se fijaron en la que estaba en la mente de todos que había de provocar el gran suceso de la fiesta: una jerezana rubia, no muy alta, rehecha, de buen color, linda boca y ojos celestes de alegre mirar, la cual, después de las súplicas y de los dengues y de los remilgos de costumbre, cogió la guitarra, aceptó el brazo de un joven que, con una silla en la otra mano, la condujo al centro del ancho corro que formó la partida, colocándose detrás y de pie la servidumbre y ocultando todos algo en los sombreros y en los pañuelos; hizo que á su lado se sentaran dos amigas suyas, y con el desahogo de quien tiene conciencia de que va á lucirse, comenzó á rasguear malagueñas, respiró fuerte, y con voz extensa, simpática, flexible, de precioso timbre, tan clara en las subidas como en los bajos, con todos los trinos y cadencias de la malagueña más complicada, pero con estilo gitano, cantó con coraje y una sandunga arrebatadores la siguiente copla:

Malditos sean los hombres,
el demonio se los lleve,
en *safando* á mi papá
y al moreno que me quiere.

El éxito fué asombroso: á los pies de la joven cantante cayeron con profusión extraordinaria, ramilletes de flores, confites con ricas y caprichosas envolturas, traídos con tal objeto de París, palomas engalanadas que no podían volar, versos, coronas y una cajita con unos preciosos pendientes, regalo de la Marquesa de Villarana; tales fueron los proyectiles de una explosión ruidosa é interminable de bravos y de palmadas.

Filomena, que así se llamaba la artista jerezana, cantó muchas coplas más y *Las Ventas de Cárdenas*.

A la caída de la tarde entró Bernardo en la glorieta, y eran más de la ocho de la noche cuando, unos en carruaje y otros á pie, entraban por la calle del Calvario, turbando con su bulliciosa alegría la paz del pueblo y deplorando que el día hubiera sido tan corto, los festejados por la Marquesa de Villarana.

XLIV.

POR LA TROCHA.

María de los Angeles no despegó los labios en la vuelta á Rota después de su escena con la Marquesa.

La tempestad descargaba por dentro: el ca-

mino derecho acababa de cerrársele y todo su sér gritó: «¡por la trocha!»

A Julio había que librarlo á todo trance de la deshonra y de la muerte; ella lo creía su deber ineludible,—«pues aparte —discurría—de que soy yo, aunque inocente, quien dificulta que su madre lo salve, él de seguro ha ido á la casa de juego por dinero para mi bienestar.» Aun sin creerlo así, la hubiese arrastrado á igual sacrificio la inmensidad, la locura de su amor.

En el cuarto de hora que duró aquel trayecto, resolvió irrevocablemente, primero el suicidio moral y luego el material: irse aquella tarde á Cádiz; cerciorarse por sí misma de si la situación de Julio era tan grave como de su carta, de la visita de D. Gregorio á su madre y de las noticias de D.^a Petra se desprendía; y caso de ser así, asegurarle que estaba salvado, por el medio que ella inventaría por el camino, disipar las nieblas de su cerebro, volver á su espíritu la tranquilidad perdida, conseguir que renacieran el brillo en sus ojos, el color en sus mejillas y la risa en su boca; dar al alma de su alma, dejándolo feliz, el último beso; volver á Rota, comprar á Bernardo los cuarenta mil reales con su cuerpo, desaparecer de la villa y morir; resoluciones de leona acosada que defiende su cría, resoluciones que no pueden juzgarse ligeramente, pero que de seguro son heroicas.

Es malo atravesar una habitación invadida por las llamas; sin embargo, es la salida necesaria cuando no hay otra: se conjura sólo

aquel peligro haciendo imposibles los incendios.

María de los Angeles, dominada por una pasión volcánica, no podía resignarse á abandonar á su adorado en las revueltas ondas sin arrojarle un salvavidas, fuera el que fuera, costara lo que costara, y no tenía manera de adquirirlo más que al precio de su virginidad.

Al afirmarse en tan extremas resoluciones, andaba muy deprisa; tanto, que la pobre señá Rita, que iba rezando, no podía seguirla; así dió muchos pasos, rojo el semblante y hermosísima como nunca.

—El suicidio—se decía—es mi deber, después de la deshonra, prescindiendo de que la vida sin el amor de mi Julio me sería imposible; pero si tuviera el valor, que es difícil que lo tenga, de no matarme, por no dejar á mi madre enferma y pidiendo limosna y á mi hermano, niño aún, desvalido, trabajaré para ellos, lejos, muy lejos de donde él viva; y si el tiempo apagara en mi pecho este fuego amoroso, que yo creo inextinguible, como no han de extinguirse nunca mi conciencia ni mi decoro, no engañaría jamás á ningún hombre. Tal vez en el Cielo, á donde no me atrevo á levantar los ojos, haya quien comprenda mi situación y de mí se apiade y me perdone, ya que no lo encuentro sobre la tierra.

Así llegaron á la casa de la calle del Calvario, donde vivía señá Rita: María cruzó llorando el patio, sin mirar á la habitación en que murió su padre, y se dirigió á la de la vieja, que le preguntó al entrar:

—Conque señorita María, ¿vamos á Cádiz, ó nos quedamos?

—Nos vamos ahora mismo; vaya V. á la huerta, porque si lo hago yo mi madre nos detiene y perdemos el tren que sale del Puerto á las siete menos cuarto, y son cerca de las cinco; diga V. á mi mamá que no nos espere hasta mañana temprano; que nos quedamos á dormir en casa de su prima de V. en Puerta de Tierra y que le dé á V. ocho duros y el manto; mande usted que venga corriendo una calesa; encienda usted el farol de la Virgen del Carmen, diciéndole que tenga compasión de mí, y no tarde usted, por Dios, señá Rita, que si alcanzamos el tren le ahorramos una mala noche á mi Julio.

Cuando entró en la estación del Puerto la calesa donde iban las dos viajeras, anunciaba el telégrafo la salida del tren de Jerez, y abrían el despacho de billetes.

Aun lucía el crepúsculo á la hora en que Rita y Angeles subían, á la puerta de la estación de Cádiz, en una berlina de alquiler que las dejó en la plaza de San Antonio, siguiendo ellas á pie por la calle del Veedor hasta los Pabellones de Artillería.

Por la plaza del Mentidero y por la calle de Asdrúbal iba mucha gente al paseo del Perejil, donde comenzaba el miércoles 1.º de agosto la Velada de los Angeles.

La galería con varios compartimientos, portadas y kiosco central, las dos tiendas, la elegantísima del Casino Gaditano y la del Círculo

Mercantil, rifas, calles de sillas, casetas de juguetes, arcos, mástiles, buñolerías, fondas, puestos ambulantes, cafés, teatritos, neverías é iluminaciones, todo estaba listo y á punto de abrirse al servicio de los convidados, de los parroquianos y del público.

María de los Angeles, acosada por cien requiebros, se refugió en los Pabellones, preguntando al ordenanza que se paseaba en el portal:

—¿Está arriba el teniente Villarana?

—No le he visto salir—contestó el artillero.

Angeles subió, ganosa de llegar, al piso segundo, dejando muy atrás á señá Rita; empujó la puerta del pabellón núm. 21 y avanzó rápidamente á la sala, donde estaba su novio acostado en el sofá, y que al verla dió un grito y se levantó recibéndola en sus brazos y dándole muchos besos, que por vez primera recibió ella con alguna contrariedad y cuya serie cortó la voz de señá Rita, que preguntaba á Cristobal si aquella era la vivienda del señorito Julio.

—¿Por qué has venido sin avisarme?—dijo éste á María.

Al hijo de la Marquesa le habían salido á la cara los tormentos que sufriera su alma en aquellos días, y ávida de calmarlos Angeles, puso sus manos en la cabeza de su novio, la atrajo hacia su cara, y hablándole al oído muy bajito, le comunicó así la buena nueva:

—Lo sé todo y vengo á tranquilizarte; hoy es lunes; tú debes entregar el miércoles dos mil duros en la caja; mañana por la noche los tendrás aquí, sin falta ninguna, y tú se los pa-

garás, como puedas, á la persona que á un interés módico se los presta á señá Rita.—Y añadió alto:—¿Es verdad, señá Rita?

—Verdad será—contestó ésta, que acababa de entrar,—cuando su mercé lo dice.

Julio no se fijó en la ambigüedad de la contestación de la vieja, que advertida en el viaje por María, ya estaba al cabo de lo que se trataba; pero que repugnándole la mentira, cuando no había más remedio que decirla, buscaba un rodeo para esquivarla.

—Chiquilla—repuso Julio sin poder disimular su alegría:—lo que me estás diciendo es muy grave; siéntate y cuéntame despacio todo eso, para que yo me entere bien y forme juicio del negocio.

Al hablar así Julio le quitaba el manto á María y le deslizaba algunos besos en los ojos, hurtándose de Rita, quien sentada en un sillón al pie de la sala, junto al pequeño recibimiento, mantenía conversación con el asistente, que estaba á la puerta de su cuarto.

Ya era de noche, oscura, pero tan serena que apenas se agitaban las luces de las arañas y de los candelabros encendidas en la Velada, con el pretexto de ensayo, en algunos compartimientos de la galería y en la tienda del Casino; luces cuyos resplandores penetraban en el pabellón, á la vez que las ondas sonoras del vals que tocaban en un piano.

Es necesario poner al lector en algunos antecedentes.

Julio, con escasa diferencia de tiempo, recibió

dos telegramas aquella tarde: el uno, expedido en Madrid á las cuatro, decía:

«Marqués en Luchón. Condesa en Biárritz. Hablé D. Fernando, que sale hoy Londres. Buenas palabras y nada. Viaje inútil. Tripas corazón y acude Rota. Salgo mañana.—*Carlos.*»

El contenido del otro, puesto en Sevilla á las cinco menos cuarto, era:

«Imposible dinero plazo tan breve. Lo más pronto sábado. Dé largas asunto.—*Gregorio.*»

Estos dos telegramas aplanaron al joven teniente, tanto más, cuanto que por la mañana lo había llamado el coronel para reiterarle que no dejara de ir á tesorería, y que si continuaba enfermo entregase los libramientos al habilitado suplente, que era Mariano. Julio hizo como que iba á cobrar y volvió al pabellón del primer jefe del regimiento, para decirle que el martes, sin falta, le pagarían los tres mil seiscientos escudos á que ascendían los tres libramientos de haberes de tropa que trajo de Sevilla.

—No hay salvación—murmuró el hijo de la Marquesa cuando leyó el segundo telegrama; y se echó sobre el sofá después que, con pulso tembloroso, encendió un cigarro.

Mas como está fuera de la naturaleza de las cosas que en su sana razón y al cabo de dos días de esperar un hombre que tal ó cual esperanza resulte cierta ó fallida para resolver si ha de suicidarse ó no, se encuentre tan aferrado á su propósito como al ocurrir la causa que lo determinó, ya en el cerebro y en el corazón de Julio se había entablado la lucha entre el ins-

tintó de conservación y la soberbia; ya se admitía, sin rechazarla como antes por indigna, no bien iniciada, la idea de acudir á su madre, y es posible que, según ésta lo presentía, hubiera prevalecido antes de amanecer el martes: que una cosa es pensarlo en las horas de arrebato, y otra resignarse á la deshonra, cometer un asesinato y pegarse un tiro.

Tal era el estado de ánimo del teniente Villarana, cuando entraron en su pabellón señá Rita y María de los Ángeles.

XLV.

EL ÚLTIMO BESO.

Ángeles y Julio, sentados en el sofá, conversaban en voz baja.

—En primer lugar—le preguntó él,—¿por dónde sabes que yo necesito dos mil duros?

—Ese D. Gregorio que estuvo en Rota, comisionado por ti para pedírselos á tu mamá el sábado por la noche, se lo dijo á un amigo de mi padre (q. e. p. d.) y este amigo se lo contó á mi madre ayer por la mañana.

—¡Pero D. Gregorio ha ido á Rota!

—¿No lo mandaste tú?

—Lo primero que le advertí—dijo airado Julio dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—fué que de ningún modo lo hiciera, y se co-

noce que desde aquí se marchó al muelle. Dios se lo perdone; es un bendito; pero...—Julio se golpeó la frente con el dedo índice; mas no pronunció una sola palabra ofensiva para el compañero de su padre.—¿Sabes tú—interrogó á María—la contestación de mi madre?

—Se negó rotundamente á dar el dinero, fundándose, Julio mío, en que era una tramoya fraguada por nosotros dos para sacarle cuarenta mil reales.

El artillero permaneció unos instantes callado, con los ojos bajos, moviendo la cabeza y arrepentido de haber puesto en tela de juicio la posibilidad de ir á demandar el perdón de la Marquesa.

—De modo—observó al fin,—que esa señora, si no por amor de madre, si no por el qué dirán, ni siquiera por el prestigio de su propio nombre, al recibir noticia tan grave y aun supuesto que no la hubiese creído, se ha tomado la molestia de mandar averiguar si su hijo estaba ó no á las puertas de la deshonra y consiguientemente decidido á levantarse...

—¡No lo digas!—exclamó Angeles, echando los brazos al cuello de Julio, sin dejarle concluir la frase.—Como tú comprenderás—continuó ella,—ni mi cariño, ni mi deber, podían consentir que por mi obstáculo, que por creer tu mamá que ese dinero me estaba destinado, sucediera el horror que ibas á decir, y fuí á hablar con ella.

—¡Tú!

—Yo. Y le manifesté que si tal era su de-

seo, se concluirían nuestras relaciones; pero que te salvara.

—La mujer que quiere á un hombre no hace nunca eso—la increpó él.

—Eso lo hace siempre la mujer que tiene conciencia y decoro—replicó María con entereza.

Villarana no contestó.

—Pero ¡ay, Julio de mi alma!—prosiguió ella—tu madre me puso como un trapo, añadiendo que ni la mía ni yo derrocharíamos su caudal; y por último, me arrojó á la cara los pedazos de la carta que le presenté para que te la enviara, diciéndote que estaban rotas para siempre nuestras relaciones.

—¡Has sido tú capaz de escribir eso!

—De lo que yo no soy capaz—respondió María con resolución—es de consentir que tú sucumbas á la deshonra, por mi culpa ó sin ella, sin darlo todo, ¿lo entiendes bien? todo, la vida inclusive, por evitarlo.

Julio estrechó la mano de Angeles, que tenía entre las suyas, sin apreciar el alcance de sus palabras.

—¿Cuándo fuiste á ver á mi madre?

—Esta mañana la ví en la fiesta con que ha obsequiado á los bañistas que van por las noches á tu casa.

—¡Mi madre anda hoy de fiesta!

—Sí. En una gira de campo.

El primogénito de Marcela se tapó la cara con las manos.

—¡Y debe saberlo todo—exclamó muy bajo

con dolorido acento, oprimiendo un brazo de su novia,—debe saberlo todo, no ya por D. Gregorio, sino porque donde yo he perdido el dinero de la habilitación es en el garito de Bernardo!

—No pienses más en eso, bien mío—le advirtió Angeles;—que la Virgen del Carmen nos ha protegido y un labrador de Chipiona, á quien habló el domingo Bartolo ¿es verdad, señá Rita?—añadió alzando la voz—da los dos mil duros con las firmas de Rita, de Bartolo y del marido de María de Jesús, que tienen de sobra para responder de esa cantidad, que ya está en manos de María Jesús y no la hemos traído porque abultaba mucho en plata y la están cambiando por billetes; pero mañana por la noche, á esta misma hora, vendrán aquí con ella mi madre y señá Rita.

Esta movía la cabeza afirmativamente. La buena vieja abrigaba la creencia, por habérselo dicho María de los Angeles, de que quien daba el dinero era la Marquesa, por conducto de Petra; porque juzgándose aquélla muy agraviada de su hijo, en modo alguno quería mostrarse débil, acudiendo, á ojos vistas, á sacarlo del apuro, siendo por esa razón necesario inventarle aquella fábula; y véase cómo María de los Angeles engañaba á la abuela de Bartolo con una gran parte de la verdad.

—Yo no puedo aceptar eso—dijo Villarana.

—Pues hijo mío, no faltaba más—le respondió María—sino que dejaras á esos pobres colgados sin poder ya devolver el dinero, pues han fir-

mado el documento por un año, y teniendo ellos que abonar el interés del 8 por 100.

Difícil es que el náufrago que luchando con las olas ve la muerte cercana, se ponga á examinar la calidad y condición del que le arroja una tabla antes de asirse á ella; sin embargo, Julio reflexionó un rato si debía ó no aceptar aquel beneficio y sólo resolvió lo primero, al recordar que el sábado inmediato podría relevar de su compromiso á las buenas gentes que tan inmenso favor le hacían, con los dos mil duros que le diera D. Gregorio.

—Pero señá Rita — exclamó entonces levantándose y abrazando á la vieja, —¿cómo podré yo pagar á VV. una acción tan generosa?

—¡Ojalá pudiéramos hacer con V. lo que usted se merece, señorito! —respondió la tía de María Jesús; —y ya lo incomodaremos á V. nosotras, que más días hay que longanizas, y á la postre quien ha de soltar los patacones es la Sra. Marquesa, más pronto de lo que nosotros pensamos; de manera que cuanto le ha dicho á usted la señorita María no es sino un anticipo de palabras más que de otra cosa; nada, después de tanta conversación: conqué yo me voy á asomar al balcón de la alcoba con señó Cristóbal, para ver lo que han puesto en el Perejil, mientras VV. acaban de platicar, y luego nos iremos antes que sea más tarde, señorita, que hay mucho camino de aquí á Puerta de Tierra.

—Pero ¿nos va V. á dejar solos?

—La señorita María no necesita que la guarden; ella sabe muy bien guardarse sola.

Las mejillas de la hija de D. Victoriano se enrojecieron de vergüenza.

Cristóbal encendió en su cuarto la lámpara, la llevó á la mesa de la sala, le dió más luz, entró en la alcoba, se asomó al balcón con señá Rita y empezó á explicarle el destino de cada una de las tiendas y puestos en la Velada.

—De modo, Julio de mi corazón, que no hay que hablar más del dinero, ¿es verdad?—le preguntó Angeles.

—Veremos—respondió aquél sonriendo.

—¿Lo tienes por otra parte?—repuso aquella pobrecita, que vislumbró una esperanza, con aparente indiferencia, pero con el ansia del naufrago que, ya sin fuerzas, tiende la mirada por el horizonte por si en él divisa la vela salvadora.

—Por ninguna—le contestó Julio con deleite, como si creyera colmarla de gozo con la noticia.—Tú eres—añadió enlazando el cuello con el brazo derecho y rozando con sus labios los de su adorada—quien me devuelve la paz, la honra y la existencia.

—Es que yo te había robado todo eso—le replicó María, sellando sonoramente con su boca la de Julio.—Yo, que al aceptar tus primeros socorros, recién muerto mi padre, he creado en tu corazón generoso la necesidad de cubrir las nuestras; y al reñir con tu madre y al vernos expulsadas de Rota, has acudido al juego en busca de recursos para traernos á Cádiz á tu lado. Bien te suplicaba yo que me dejases vivir con el jornal de costurera. Perdó-

name, Julio mío, lo que has sufrido por mi causa. ¿Es verdad que soy digna de tu perdón y que tu madre ha estado demasiado severa con mi culpa? He sido débil, es verdad; he aceptado tus beneficios de dinero cuando sólo he debido recibir de ti las palabras y las caricias que brotan de este amor purísimo que nos une: pero Julio de mis entrañas, yo he vivido siempre en la miseria; nunca me había sonreído la fortuna como en el tiempo que he pasado en la huerta después de morir mi padre, y me han vencido, primero, el horror del día en que sucedió esta desgracia sin tener mi madre un maravedí, y luego las ilusiones del nido que tú me pintabas, de que mi madre y yo comiéramos alguna vez pan no regado de lágrimas, de que mi hermanito recibiese educación, de ocuparme de la flor y del lazo en mi persona para gustarte más, de verte todos los días, de cuidarte, de mimarte, de adorarte más que á mi propia alma y más que á mi propia sangre y de hacerme de este modo digna de subir hasta ti y de ser tuya delante de Dios y de los hombres. ¡Son tan amargas la miseria y la soledad! ¡Y es tan dulce el bienestar recibido de tus manos! Es tan difícil, á la que vive eternamente en la sombra, apartar la vista cuando vislumbra un rayo alegre de la luz de la mañana, que tú disculparás mi falta y me perdonarás el mal que te he hecho sacrificándote; perdónamelo, Julio, que ya sé yo cuál es mi penitencia.

—Me estás matando, gloria mía, me estás matando al hablarme de sacrificios y de perdón—

exclamó el hijo de Marcela profundamente conmovido,—y no tienes razón ninguna para guardar esos escrúpulos ni para sentir esos remordimientos. ¡Cómo ibas tú á oponerte á que yo no consintiera que á tu padre lo arrojasen por caridad en la hoyanca, ni que salieses á pedir limosna estando aquél muerto en tu casa! ¡Quién puede exigirte cuentas de eso, ni de que durante unos días, que creo que no han llegado á un mes, hayáis podido tu madre y tú reponeros de las fatigas pasadas durante la terrible enfermedad y rezar en paz por el descanso del esposo y del padre, recibiendo un vestido negro, una humilde cama y un bocado tranquilo, de quien sabes que te adora con pasión, pero con el decoro que el hombre más honesto puede consagrar á la que destina para madre de sus hijos!... Además, yo no he jugado por ti; lo que yo te he dado no significa nada en la cifra de los gastos enormes á que me he acostumbrado, en dos ó tres años de vivir con lujo, sabiendo que detrás de mí estaban sesenta mil duros de la renta de mi madre; yo he jugado para continuar esa vida... lo mismo hubiera hecho sin conocerte; y lo que mi madre ha dicho sólo es una disculpa para negarme el agua y el fuego, en venganza de la escena del comedor; tú debes conocerlo así, que tienes mucha discreción; pero estás fuera de tu centro; tu lenguaje no es el de siempre; estás pálida; tienes grandes ojeras; á ti te sucede algo muy extraño...

—Es, Julio de mi vida, que he sufrido mucho en estos días... ¡si supieras cuánto! Ahora

que te veo feliz, ya puedo llorar, y tengo ganas de hacerlo para echar fuera este dolor que me ahoga. Desde que supe lo que te pasaba, hasta poder salvarte del modo que te he dicho, ha mediado un infierno; ahora...

Angeles, con el alma partida, sin serle ya posible contener más el desbordamiento de su pena, apoyó la frente en uno de los cojines del sofá y prorrumpió en un llanto tan acerbo, con gemidos tan hondos, á los que unía sin cesar el nombre de Julio, con tal desconsuelo, con tal desesperación, que asustado aquél, comenzó á llamarla á gritos, y enlazándole los brazos al cuello á tirar de ella para alzarle la cabeza del cojín, donde parecía que estaba clavado su rostro, logrando, después de muchos esfuerzos, irla calmando, y serenándola, por fin, la entrada de señá Rita ponderando las bellezas de los preparativos para la Velada—«que de los Angeles se había de llamar—dijo lisonjeando á María—para ser tan preciosa.»

—Lo que debe V. hacer—advirtió Julio á Rita,—es reñirle por tonta: mírele V. los ojos hinchados y las mejillas mojadas: V. no sabe la escena que hemos tenido aquí; hace un instante estaba anegada en llanto, pensando en lo que pudo haberme sucedido.

—Yo me alegro de eso, señorito Julio—contestó la abuela de Bartolo,—que así se habrá desahogado su pecho, y bien lo necesitaba, pues la señorita venía de Rota con una congoja muy grande. V. no sabe, señorito, la voluntad que le tenemos á las lágrimas los que he-

mos pasado muchas fatigas en este mundo; parece que arrancan las penas del corazón y de la cabeza.

—No es posible, Julio—dijo María,—que tú calcules el bien que me ha hecho y las fuerzas que me ha dado el llorar tanto. Vámonos corriendo, Rita—añadió levantándose y poniéndose de cualquier modo el manto, que le arregló la vieja.

—Usted me va á perdonar, señorito—repuso señá Rita,—una satisfacción que me he tomado. Le he dicho á Cristóbal que me haga el favor de ir á la plaza por un coche de alquiler como el que nos trajo de la estación.

—Ha hecho V. perfectamente.

—No por mí, que yo no me canso nunca de andar, sino para que no mortifiquen á la señorita en la tirada tan grande que hay de aquí á Puerta de Tierra; porque ir á la vera de su mercé es ir en el paso de la Virgen en una procesión, según las flores que caen cerca de una.

Julio bajó con ellas, dando el brazo á María; la escalera estaba bien alumbrada, y al mismo tiempo subían con gran algazara, de vuelta de paseo, las familias de un jefe y de un capitán, que cambiaron saludos con Villarana; así Angeles, con el llanto, la tranquilidad de Julio, la inocencia de Rita y en aquel pueblo tan alegre con la cercana fiesta, tuvo valor para arrostrar serenamente aquella hora suprema, aquella despedida para siempre del bien de su vida.

Llegaron á la puerta; los ordenanzas estaban charlando con Cristóbal; aquéllos saludaron y

éste abrió la portezuela del coche; por la acera y por el lado de allá de la berlina, pasaba mucha gente que iba y venía del Perejil: entraron, primero seña Rita, después de dar al cochero las señas, y luego María; Julio cerró, mandó á Cristóbal que pagara el viaje y metió la cabeza por la ventanilla.

—Mañana por la tarde, sin falta, tendrás aquí eso—le dijo María.

—Pasado por la tarde, sin falta, me tendrás en la huerta—contestó Julio.

Luego sonaron, un beso, un grito ahogado, el rodar del carruaje y las risas y las toses de unos mozalbetes que pasaban hacia la Velada y se enteraron del punto final de la despedida.

XLVI.

LETRAS POR QUINIENTOS DUROS.

El lunes, de vuelta de la gira, dió cuenta Bernardo á Marcela de su viaje á Cádiz, diciéndole que el artillero había perdido realmente dos mil duros del regimiento, cuya cantidad era preciso ingresar en caja el miércoles de diez á doce de la mañana; que no estuviese intranquila, pues le constaba la completa seguridad de Julio de que su madre no consentiría, en modo alguno, que llegara el caso de confesar el desfalco, perdiendo la honra con la carrera; y, por último,

que ya tenía él aparejado el medio ingeniosísimo de que el martes recibiera su hijo el dinero que aguardaba, de modo que ni sospechar pudiese que procedía de las arcas de la Marquesa.

Esta quedó satisfecha, entregando aquella misma noche los dos mil duros á Bernardo, quien resolvió no enviarlos por el Puerto á Cádiz, si no había otro remedio, hasta el martes por la tarde, en cuyo caso un dependiente suyo, el mismo que robó, con el paquete compuesto, al novio de Angeles, el conocido por Aguila, iría filantrópicamente á llevárselos á aquél, sabedor—le diría,—por una casualidad del conflicto en que se encontraba, y afirmándole, por su limpia fama, que el dinero era suyo y que se lo prestaba por todo el tiempo que pudiera necesitarlo, convencido de reembolsárselo, tanto por ser quien era el futuro Marqués de Villarana, como porque, tarde ó temprano, habría de solventar la deuda, enterada del origen, su señora madre.

De este modo ganaba el malagueño cerca de veinticuatro horas para tentar de nuevo el vado respecto á la costurera, y dar tiempo á ver si Julio, el niño ese—Bernardo ponía entre el artículo y el sustantivo un adjetivo mal sonante, —en un arranque de quijotismo se volaba los sesos, solución la más redonda, en concepto del jugador, pues desaparecían, de un tiro, el hueso de su boda con Marcela y el obstáculo para que fuese su concubina María de los Angeles.

Pensando de esta suerte se encaminó el ruletero, el mismo lunes por la noche, al salir de

la calle de la Vera-Cruz, á la calle de la Higuera.

A las nueve de la mañana del martes llegaron de Cádiz señá Rita y Angeles, pálida ésta como una difunta; pero dominándose y apareciendo serena delante de Dolores y aun sonriente, afirmando, con la boca, que estaba alegre por ver ya resuelta, gracias á Dios, la cuestión de su Julio. Sin perder momento se puso á escribir con lápiz, sobre la cómoda de su alcoba, una esquila, que llevaría corriendo señá Rita al sacristán de la iglesia para que lo hiciera éste incontinenti á D.^a Petra, y aún no estaba puesta la firma, cuando apareció la beata en el sombrero, sorprendiéndose mucho del agasajo con que la recibían Dolores y la abuela de Bartolo.

Creviendo Angeles profanar sus ternuras y sus dolores, mostrándolos, como la otra vez, delante de Petra, se propuso abreviar mucho la entrevista, afectar frescura para encubrir la vergüenza y hablar con sequedad y, si era preciso, hasta con descoco; pero á la infeliz le sucedió lo que á los hombres de bien y de paz cuando alardean de truenos ó echan roncás, que descubrió al punto la hilaza, pues si bien disimuló la emoción que su presencia le produjo, dijo candidamente á la burdelera cuando la vió en el umbral de la alcoba:

—Estaba escribiendo á V. rogándole que viniera.

—Yo presiento las cosas, D.^a Mariquita, y no tengo memoria para las ofensas que recibo

—respondió con dulzura la truhana, añadiendo para su sayo:—Tómate esa.

María la invitó á sentarse.

—Como yo sabía—repuso haciéndolo en una silla baja—que V. necesitaba hoy sin falta los cuarenta mil reales y que iba á llamarme para pedírmelos, me he anticipado á sus deseos, viniendo á repetirle que puede llegarse por ellos á mi casa, donde los recibirá de manos del Sr. D. Bernardo.

—Los cuarenta mil reales—rectificó la costurera—necesito yo tenerlos aquí antes de las cinco, para que á esa hora los lleven á Cádiz mi mamá y señá Rita, y luego, cuando ellas se vayan...

—Irá V. á mi casa, ¿no es eso?

—Sí, señora.

—Usted comprenderá, Mariquita, que desconfiando V. de nosotros, no hay una razón para que no suceda lo contrario.

—Esas son mis condiciones—replicó Angeles secamente, sabiendo, como saben eso todas las mujeres, que Bernardo aceptaría cuantas le impusiera por lograr una mirada de sus ojos.

—Siquiera un papelito me dará V.—le propuso Petra,—donde acuse V. el recibo de los dos mil duros y ponga además que á las seis estará V. en mi casa para darle las gracias á ese caballero.

—Todos los papeles que V. quiera una vez recibido el dinero.

—Pues aquí lo tendrá V. antes de las cinco. Para ir á mi casa, entra V. por la huerta en la

calle de la Higuera y en la acera de la derecha verá V. una casa con dos rejas grandes y un escudo de armas sobre la puerta, casi frente á la calle de Masín. Allí es. No tiene pérdida.

—No faltaré.

—Un favor quiero merecer ahora, y como usted quizá no esté impuesta de estos negocios, sepa V., D.^a Mariquita, que lo legal sería que usted se llevara mil duros y que fueran para mí los otros veinte mil reales; pero ya que V. tiene que mandárselo todo á D. Julito, quiero que le diga V. á D. Bernardo cómo he trabajado este asunto y lo que ha pasado, y lo que sea razón, para que yo saque una buena raja, que á buen bocado buen suspiro; porque, hija mía, estoy muy castigada, y bien sabe Nuestro Padre Jesús que es de puro buena, y no quiero que me pase ahora como otras veces; dar los pasos, arreglarse ellos por su lado y quedarme yo tocando tabletas.

Aunque María de los Angeles había intentado esconder sus pensamientos y sus sentimientos en aquella entrevista y estaba dispuesta á escuchar cuanto el tema que la motivaba diera de sí y aun á mentir descarado en sus contestaciones, no pudo resistir el hedor de las palabras de Petra, y le clavó una mirada de desprecio, de odio y de amargura tan profunda, que aquella se disculpó diciendo:

—No debe extrañar á V. eso, D.^a Mariquita, porque ¿á qué está una? V. va á su negocio, yo voy al mío, cada cual va al suyo, y después de todo, yo seré una mujer mala; pero con las de

bien ni D. Julito recibiría los cuartos, ni D. Bernardo, que se muere por los pedazos de V., los tendría esta tarde, ni V. hubiera logrado una proporción como esa, que ya verá V. si es viña.

Sin contestar se levantó Angeles, abriendo la ventana y aspirando con vehemencia, como si buscara vida y movimiento, temerosa de quedarse muerta en la silla.

Poco después entraba Petra en su casa, dando al monaguillo que le hacía los mandados la orden siguiente:

—Llégate á escape á decirle á D. Bernardo, sin que se entere nadie, ¿entiendes? que le espero ahora mismo para una cosa muy urgente.

—¿La has visto? ¿Cede? Contéstame pronto—fueron los buenos días que dió Bernardo á Petra un cuarto de hora más tarde.

—No es para contado, señor, es para visto—respondió aquélla,—el trabajo que me ha costado amansar á esa fiera; y vaya si se hace valer su merced; ya no le bastan los dos mil duros.

—¡Trata, luego está vencida!—exclamó Bernardo, dando un abrazo á Petra, que apenas lo notó calculando cuánto aumentaría.

—Pues la niña—dijo,—eso sí, que no se pasea otra más bonita ni mejor formada, se deja pedir cincuenta mil reales.

—¿A qué hora? ¿A qué hora?—preguntó Bernardo con vehemencia.

—No sea V. tan tentado á la risa, señor. Yo he quedado en llevarle el dinero esta tarde á las cinco menos cuarto...

La lascivia enturbió los ojos del querido de Marcela, y le hizo palidecer y ponerse ronco.

—Y á las seis—continuó la beata—vendrá Mariquita de los Angeles á dar las gracias á solas al Sr. D. Bernardo.

—¿Pero vendrá?—observó éste,—¿y si no viene? ¿qué garantías tenemos nosotros de que venga?

—Me dará un recibo del dinero, comprometiéndose en él á visitarlo á V. una hora después en esta casa.

—Eso basta. Á las cuatro y media tendrás los dos mil quinientos duros, y yo aguardaré aquí los noventa siglos que median hoy entre esa hora y las seis de la tarde. Adiós.

El malagueño se fué á la calle, acompañándole hasta la puerta Petra, que sacó en seguida papel, pluma y tintero y se puso á redactar este documento:

«He *resibido* por mano de D.^a Petra López de Orizaba, *cuaenta* mil reales vellón de D. Bernardo.... comprometiéndome á *hir* esta tarde á las seis, sin falta, según lo *conbenido*, á hacer una *bisita* á ese caballero á la calle de la Higuereta, número 83.

Rota 31 de julio de 186...»

—En cuanto recoja la firma de Mariquita—se dijo Petra,—pongo *cin* delante de *cuaenta*; y ni ella reparará en la *r* que falta, ni él en la *a* que sobra; que ninguno de los dos tiene ahora la cabeza para andarse en repulgos de letra más ó menos, y esas letras me valen á mí, de una mano á otra, quinientos duros. Yo no digo que

D. Bernardo sea un... desagradecido; pero se dan casos. ¡Tendría que ver que saliesen ellos de aquí arrullándose, y yo me quedara mirando el camino!

XLVII.

TABLADO, VERDUGO Y AYUDANTE.

La calle de la Higuera corre en prolongación del vallado de arena que separa la playa de la huerta de la Costilla, y así todas las puertas falsas de una de las aceras miran al Océano, que en las fuertes mareas de Santiago las salpica de agua salada.

Al final de dicha calle se alza el Arco de la Carnicería, y es larga, ancha y bastante recta, de casitas bajas, muy bien encaladas, suelo terrizo, empedrado en algunos trozos por donde debía extenderse el enlosado, de hermoso cielo y una de las más alegres de Rota.

Hacia su mitad, casi frente á la de Masín, hay una casa de mejor aspecto que las demás, con losas en el suelo por delante de la puerta de entrada y de la gran reja saliente que, al andar del piso, hay á cada lado de aquélla, sobre la cuál campea un escudo, profanado por el jalbegue. En esta casa vive D.^a Petra, la mejor amiga del P. Tragabatallones y cabeza de todas las beatas de la villa.

El picaporte del portón que se aborda traspasando el limpio zaguán, se alza desde fuera con un cordón que sale por un agujero y cuelga entre la aldaba y la mirilla.

El patio está enladrillado y cubierta la abertura de la azotea en verano por un toldo y en invierno por una montera de cristales, del centro de cuya armazón baja vertical una varilla de la que pende una lámpara de reverbero.

El brocal del aljibe, tapizado por una enredadera, arranca de la pared, y sobre el pescante en que está el gancho de que se cuelga el carrillo, se alza una cruz de hierro, sin duda para que no se lo lleve el diablo. Sobre la tapa, sirven de adorno algunas macetas con plantas de hojas de colores.

Se distingue aquella casa por su limpieza y por cierto buen gusto en el decorado, que lo constituyen, el del patio, el sofá, mecedoras, reloj de pared, una mesa en el centro cubierta por un precioso tapete de lana verde, bordado á realce, y colgando de la techumbre, que sostiene fuerte viguería pintada de azul, bonitas jaulas con canarios y caprichosas jardineras con geranios encarnados en lechos de malva-rosa. En las paredes vense algunos cuadros, dos candelabros, de tres luces cada uno, á los costados de un espejo, y los pedestales de cuatro estatuas tentadoras.

La puerta de paso á la alcoba principal, en que duerme el ama de la casa, se encuentra á mano derecha del portón, dando la medida de aquel frente del patio, que es cuadrado, ambas

entradas y el sofá que las separa: la alcoba mide unos ocho metros de largo en sentido de la fachada y cuatro de ancho, con mucha luz que penetra por una de las dos rejas antes mencionadas y en la que incomunica al público con lo que pasa dentro una cortina de persiana y bramante, flexible y tupida, que cae pegada á los hierros: tiene además la ventana vidrieras con visillos, y pendiente de una galería de nogal y partida en dos con alzapaños, otra cortina de encaje. El suelo de la habitación está cubierto por una finísima estera de juncó.

Al fondo y ocupando casi todo el ancho de la alcoba, figura la excelente cama de matrimonio, de nogal y de construcción moderna, vestida con colcha de raso celeste y gran colgadura de encaje, descubriendo ésta, en la pared, en marco dorado, una estampa de la Virgen de los Dolores.

Por la parte de afuera, es accesoria á la cama una mesa de noche, de nogal también, y entre ésta y la ventana, se asienta una cómoda de la misma madera, sobre la cual sirven de adorno una caja muy lujosa de polvos de arroz y un juego de botellas para aguas de olor y otras piezas de porcelana rosa.

Fronterizo á la cómoda está el lavabo, de igual materia que los otros muebles, con su buena luna de espejo, su cajón abajo que encierra el bidel, á la altura conveniente, y en la piedra gran aljofaina con su jarro y un surtido completísimo de efectos para lavado y tocador.

Otra cómoda en el frente paralelo á la cama,

y sobre ella, juguetes de china, bandejas y otras baratijas, sillas de nogal y de Viena, dos butacas vestidas de satén, con su cojín cada una para los pies y algunos cuadros con figuras un tanto ligeras de ropa, completan el mueblaje.

Cuando eran en el reloj del patio las seis menos cuarto, estaba Bernardo sentado en una de las butacas de la alcoba, con el sombrero puesto, impaciente, atusándose sin cesar las patillas y mirando su cronómetro de cinco en cinco minutos.

D.^a Petra andaba trajinando á la par que le sostenía la conversación: después de colgar dos ricas tohallas en el lavabo, puso en la cómoda una alcarraza, vasos y panales, encendió una pastilla de estoraque, dejándola sobre la piedra de la mesa de noche, y, por último, entornó las vidrieras de la ventana.

—¿Estaba ya vestida?—preguntó Bernardo.

—Estaba hecha un lucero—respondió Petra. A la cuenta le había ofrecido á su madre, para emperegilarse, que irían juntas á Cádiz, porque mientras me entretuve á la salida cogiendo unas dalias, oí decir á D.^a Dolores: «pero mujer, después de estar ya lista te vas á quedar? Desengáñate, Angeles, que tú eras quien debía acompañarme y no la pobre señá Rita.» Pero como allí no hay más voluntad que la suya...

—¿Será cosa de que se marche á Cádiz, Petra?—la interrumpió Bernardo.—¡Vive Dios, que te mataba!

—¡Qué se ha de ir, señor!—¿No tiene V. ahí

un papel de su puño y letra, donde dice que vendrá?

—No harías mal en llegarte por allá.

—Señor, no sea V. impaciente, que aún faltan ocho minutos para las seis. Por fortuna la huerta está al fin de ese pedazo de calle por donde no pasa un alma, de modo que nadie la verá venir.

—¿Estaba muy afligida?

—A mí no me lo ha parecido al menos. Si ella lo ha pensado con calma, ¿dejará de conocer cuánto le conviene enredarse con un real mozo como V. y plantar á ese calavera, que le dará poco dinero y muchas desazones?

—Dime, Petra, ¿qué te voy á regalar por tu trabajo?

—Eso, D. Bernardo, lo dejo á la voluntad de V.

Petra salió al patio, abrió el portón, salvó el zaguán y se asomó á la calle, donde no había más gente que dos ó tres chicos jugando, y un aguador que pasaba con su burro por delante sonando la campanilla del collar y con seis cántaros vacíos en las aguaderas, en dirección del pozo de Mena.

XLVIII.

LA ENTREGA.

Después de vestida y ataviada para el viaje, María de los Angeles convenció á su madre de que no era delicado que le llevara ella el dinero á Julio, pues parecería quererse dar aires de que otorgaba el favor, cuando sólo era, y esto había de saberlo al fin su novio, el conducto de que, para salvarlo, se valía D.^a Petra, comisionada al efecto por la señora, que así llamaban siempre María y Dolores á la Marquesa de Villarana.

Bien notó Dolores que algo extraordinario pasaba en el ánimo de su hija desde el domingo por la tarde; pero atribuíalo á la visita de Petra, de la cual sólo refirió Angeles á su madre la desgracia de Julio y como consecuencia la necesidad de hablar ella con la señora, sobre la solución del conflicto, el lunes, en la «huerta de D. Joaquín,» complementando su plan, en el viaje á Cádiz, haciendo entender á seña Rita, para engañar á Julio, lo que no ignoran nuestros lectores.

Antes de las cinco montaron en la calesa, en el portillo de la huerta, Dolores y Rita, llevando ésta, liados en muchos papeles y guardados en el pecho, diez billetes de cuatro mil reales.

Angeles, al despedirse, ni siquiera nombró á Julio, encargándoles sólo que á la siguiente mañana no madrugasen, sino que salieran de Cádiz en el segundo tren para estar á mediodía de vuelta en Rota, y diciéndoles, por último, que ella iría más tarde á casa de una amiga de Rita á pedirle el favor de que viniese á dormir aquella noche en la cama de Dolores, saliendo acompañada de Bartolo hasta la calle de la Higuera.

Aunque María de los Angeles, muy desmejorada con lo que había sufrido durante la enfermedad de su padre, época también de su mayor pobreza, con las persecuciones de Bernardo y con los celos y los sofiones de la señora, se repuso bastante en los días que mediaron entre el entierro y la escena del comedor, desde aquella noche tornó su salud á quebrantarse: se quejaba constantemente de dolor de cabeza; su desgano era por demás; tenía siempre, sin distraerse un minuto, fija en su memoria la imagen del artillero, y Dolores la había despertado varias noches porque daba gritos y reía y lloraba y pronunciaba frases incoherentes, víctima de terribles pesadillas.

Desde que se resolvió el lunes por la tarde á dar su honra por la de Julio y suicidarse, ó arrastrar, si podía conservarla, una vida sin alma, trabajando mientras existiese su madre y la necesitara su hermano, se exaltó más su pasión por el artillero y se aumentó de un modo alarmante su perturbación moral y física: su entendimiento funcionaba mal, sentía en el pe-

cho angustias mortales, y con frecuencia le subían oleadas de fuego al rostro, creciendo todo esto de punto en la hora trascurrída desde que arrancó la calesa hasta que entró á decirle que iban á dar las seis el nieto de señá Rita.

Á pesar de tantas desventuras, la mantenía de pie y entera esa fuerza misteriosa que ahuyenta el miedo del soldado tímido en lo más recio de la batalla y da resignación al mártir de una causa noble.

Se quitó una sortija, regalo de su amor, la besó muchas veces derramando una lágrima, que se enjugó con viveza, como temiendo la invasión del llanto, y la guardó en la cómoda: sacó de una caja de cartón un escapulario de la Virgen del Carmen, que le había regalado señá Rita, y se lo puso al cuello; se echó un pañolón negro de crespón sobre los hombros, que cayó airoso á su despecho; llamó á Bartolo; seguida de él, atravesó la huerta; subió por el vallado de arena, despidiendo allí á su acompañante; entró en la calle de la Higuiereta; se paró y vaciló un punto al verse sola; recordó el reçibo, siguió de prisa, llegó al suplicio, titubeó al entrar; pero el temor de que la viese alguien la empujó hacia adentro y allí se estuvo clavada junto al portón, sin atreverse á llamar, hasta que abrió D.^a Petra, cuando señalaba el reloj del patio las seis y catorce minutos.

—Allá iba yo, hija mía—le dijo aquélla con tono un tanto desabrido.—Ya estaba ese hombre desesperado. Pase V. adelante, por aquí, por aquí.

María de los Angeles entró en el patio tambaleándose ligeramente, sintiendo mucho frío en la caja del cuerpo y temblorosa. D.^a Petra la empujó hacia la alcoba, y cuando estuvo dentro cerró la puerta y se quedó ella en el patio murmurando:

—Ajajá.

Bernardo se puso de pie, se acercó á María y le cogió una mano diciéndole:

—Pero mujer, en qué estado vienes; estás helada; descansa y serénate.

Angeles se sentó en una butaca; pero sintiendo una fatiga dolorosa que la ahogaba, en el pecho y en la garganta, se levantó, puso el codo del brazo derecho en la cómoda y dejó caer en la mano la frente, cerrando los ojos y respirando con dificultad.

El malagueño cerró las vidrieras; echó agua y un panal en un vaso y se lo ofreció á su víctima, que bebió dos ó tres buches y se lo devolvió con un «gracias» apenas perceptible, tornando á la misma postura; él le quitó el pañuelo arrojándolo en una butaca, y le cogió la mano izquierda, que conservó entre las suyas después de besarla repetidas veces, teniendo ella conato de retirarla cada vez que sentía la presión de los labios; pero cediendo como quien cumple una obligación.

—¡Qué mano tan preciosa tienes!—dijo Bernardo acariciando con una suya la que retenía en la otra.

María clavó en su verdugo unos ojos de fiera amarrada.

—Mujer, dime algo—añadió el tahir.—¿No sabes que estoy loco por tí hace mucho tiempo? Sé amable; si al cabo me has de querer, ¿á qué vienen esos desdenes?

Ella permaneció muda é inmóvil; tal vez ni oía ya las frases del querido de Marcela.

—Eh, no seas tonta—continuó,—y empieza por hablarme de tú. De todos modos lo harás con mimo dentro de media hora...

Angeles nada respondió, y cogiéndole Bernardo entonces la gentil cabeza, fué á poner codicioso los labios en la hechicera boca de su esclava; mas no pudo tener esa ventura, pues aquélla lanzó un grito feroz, agudo y prolongado, que resonó en toda la casa y en la calle, se llevó la mano derecha al corazón, oprimiéndose el pecho con fuerza increíble y cayó redonda con la más violenta de las convulsiones.

D.^a Petra, que estaba en el patio, exclamó:

—¡Tan pronto! No puede ser. Algo ha sucedido.

Se levantó y fué hacia la puerta de la alcoba, en la que penetró al sentir las terribles sacudidas de la pobre niña, acompañadas de nuevos gritos, unos roncós y otros estridentes.

El espectáculo que ofrecía la habitación era tristísimo y repugnante.

Los esfuerzos de Bernardo no se encaminaban á sujetar á María de los Angeles para evitar que se hiciese daño en los movimientos convulsivos, sino á sujetarle la cabeza y besarle la cara, increpando de este modo á aquella infeliz, con la mirada y el gesto de la hiena cuando

le roban el trozo de carne que ya tenía entre las garras:

—No te vale la treta. Tú te cansarás de hacer el papel. Después de tanto orgullo y de tantos desprecios, has sucumbido, y aquí vienes vendida para mi regalo, y de aquí no saldrás... Estás cometiendo una estafa.

—D. Bernardo, por Dios, ¿no ve V. esa cara y esos ojos? Eso no es fingido; esta mujer está muy malita—observó atribulada D.^a Petra, sujetando las piernas á María, que en la brega levantaba el vestido.

—Pues si no es fingido ya se le pasará.

—Pero esto es un escándalo, señor: los quejidos se oyen en la calle y va á entrar gente en el patio, abriendo por fuera el portón, á saber lo que pasa.

—¡Vete, vete de aquí, mala celestial!—voci-feró Bernardo, dando un empujón á Petra, que salió de la alcoba encomendándose á todos los santos; mas volvió á los pocos instantes llamada por el querido de la Marquesa, que se asustó al ver que cesaba la convulsión de Angeles, pero que no respiraba; que sus miembros adquirían la rigidez de la muerte; que sus ojos, cuyas pupilas vagaban antes por las córneas con extravío, estaban inmóviles, y que una espuma viscosa bañaba su boca entreabierta.

—Creo que tienes razón—dijo.—Esta mujer está muy grave. Manda llamar un médico y dí que al sentirse mala en la calle entró pidiendo socorro. Ayúdame á echarla sobre la cama, y me voy corriendo por la playa.

Bernardo cogió á María por debajo de los brazos, y Petra, gruñendo «¡qué dolor de dinero tirado á la calle!» hizo lo mismo por las piernas; pero al notar la rigidez de éstas se apoderó de ella un pánico invencible, pues era supersticiosa como una gitana y le causaban espanto los difuntos, á los que no tocaría por ningún dinero, y dudando de si Angeles lo estaría, salió desaladamente al patio, seguida del jugador (que se fué hacia la parte trasera de la casa y tomó las de villadiego por la puerta falsa), abrió el portón y se asomó á la calle gritando:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡que se muere esta pobrecita!

Aunque estaba desierta la calle, al vocear de Petra, las puertas de las casas empezaron á vomitar mujeres, cada una en el traje en que le cogió: las mocitas ya vestidas para esperar á sus novios, y las casadas y las viejas, unas con el pelo suelto, un rizo colgando á cada lado y el peine clavado en la trenza; otras en chancletas, con un trajecillo viejo cogido por dos ó tres partes á la cintura y sujetos también á ésta los velos del gabán; cuál con un cuchillo en una mano y el tomate que estaba pelando en la otra; alguna con el pañolón por la cabeza y llevando la alcuza y una espuerta, y con ellas un diluvio de chiquillos, los más pequeños sin más ropa que una camisa muy sucia y comiéndose un mendrugo de pan, y los mayores descalzos, con unos calzones con muchos remiendos y destrocados, ó con un sombrero viejísimo en la cabeza.

Las mujeres no se contentaban con ir ellas al lugar del suceso, sino que, como si fueran pocas, llamaban algunas desgañitándose:

—María Manuela, Cayetana, Frasquita: venid corriendo que ahí más arriba le ha *dao* á una un mal.

El primero que entró en la alcoba fué Arjona, el cabo de matrícula, que venía de la playa, quien ayudado de dos mujeres echó sobre la cama á la enferma, que comenzó á dar señales de vida.

—Ya *güerve*, ya *güerve*—decía una.

—¡Qué hermosa es!—añadía otra.

—Esta es una de las que viven en la huerta de la Costilla, que le habla al niño de la Marquesa—observó una tercera.

—Se puso mala en la calle--dijo Petra balbuciente y con el terror pintado en el semblante,—entró á pedirme una poquita de agua, que ahí está todavía sobre la cómoda con los panales, y después de beberla se cayó con la convulsión.

—Que llamen á un *meico*. Anda, Juan, y avisa á D. Francisco—dispuso una á quien llamaban la Fandanga, dirigiéndose al cabo de matrícula.

Angeles movió los ojos y empezó á quejarse sin articular palabra, repitiéndole momentos después la convulsión con la misma violencia que la primera.

La alcoba, el patio y la casa toda estaban de bote en bote, siendo de oír los comentarios de las noticias que partían de los que rodeaban la cama.

—¡La que se arma de pronto!—observó una vieja.

—No tan de pronto—contestó otra,—porque hace ya tiempo que venía ella *maleando*.

—Mira tú si estaría malita días pasados—insistió la nuera de uno que trabajaba en la huerta—que tuvieron que darle tres botellas (1).

Estaban repitiendo los más cercanos á la calle la noticia «que le *güerve*, que le *güerve* el mal,» cuando llegó y mandó abrir paso el doctor D. Francisco, esa gloria médica cuya memoria bendicen aún los roteños; entró en la casa, abordó con trabajo la cabecera, miró atentamente á la enferma, la pulsó, examinó una ligerísima desolladura que tenía en la barba, así como las señales de la presión fuerte de unos dedos y un arañazo en la piel del cuello, dispuso que la desabrochasen y le quitaran el corsé y que la sujetaran en la brega; pero sin fatigarla mucho, sino dejándola bastante holgura; pidió luego una palangana con agua fría, le hizo varias aspersiones en el rostro y en el cuello, ordenó que se guardara profundo silencio y salió al patio llevándose á una habitación interior al ama de la casa.

D. Francisco disimuló delante del público la desagradable impresión que le causara encontrar allí y en aquel estado á María de los Angeles; pero al verse solo con Petra, la asió de

(1) Tres medicinas diferentes.

una oreja y le intimó la explicación de lo que pasaba con las siguientes frases:

—Este negocio, gran bribona, si no te cuesta ir al palo, te lleva de seguro á presidio; esa señorita se muere; ha entrado aquí engañada, y tiene señales en el cuello de un conato de estrangulación, hechas con las manos del bandido que, con tu ayuda, ha tratado de cometer un delito execrable. Dí la verdad, ó dispongo ahora mismo que vayas á la cárcel.

D. Francisco, deseoso de saberlo todo, exageró la gravedad del mal y la importancia de las huellas de los dedos de Bernardo.

Petra, muerta de miedo, se puso de rodillas, se abrazó á las piernas del médico, y

—¡Ay, D. Francisco de mi alma! Yo no tengo la culpa de nada; oiga V., como si fuera mi confesor, lo que ha pasado—dijo, y refirió cuanto ya saben nuestros lectores.

—Bueno—contestó el doctor, encaminándose á la alcoba al concluir su relato la beata predilecta del cura;—tráete lo que de seguro tienes, porque es el perfume de las de tu laya, almizcle, y además papel y pluma para poner una receta.

Una hora más tarde, Bartolo y otro campesino no llevaban á la huerta, en una silla, á María de los Angeles, acompañándola el médico y dos amigas de señá Rita.—El público se quedó con las ganas de seguir detrás, pues por mandato de D. Francisco lo evitaron el cabo de matrícula y un municipal.

No se habló de otra cosa aquella noche, así

en la calle de la Higuiereta como en las demás de la villa; y si bien se convino en los primeros momentos en lo de haberse puesto María de los Angeles mala en la calle, entrando á pedir un vaso de agua, y dándole la convulsión en la alcoba, el suceso y sus comentarios cambiaron de aspecto de un modo cruel contra la enferma, al cundir la noticia de que una tal señá Andrea, que estaba recogiendo ropa de un tendadero, vió salir á las seis y media á D. Bernardo por la puerta falsa de la casa de D.^a Petra.

XLIX.

DELIRIO.

D. Francisco, que se fué á las diez á cenar, entraba una hora más tarde por el portillo de la huerta. Venía fumando y se detuvo para concluir el cigarro en la vereda que conduce á la casa. No había luna; mas las estrellas y dos ó tres vivísimos luceros fulgurando en el firmamento, que no empañaba el más tenue vapor, difundían claridad bastante, no para distinguir los objetos con los vigorosos perfiles del crepúsculo; pero sí vagamente y marcándose bien el claro oscuro en el tono general de sombra.

Los lentiscos del vallado lindero á la playa semejaban una serie de manchones oscuros, más ó menos altos, más ó menos desiguales,

conforme á la elevación de las matas y á las ondulaciones del terreno, y á su espalda se oía, con pequeños intervalos mudos, el hervir lento y creciente de cada ola, que al montar á la que retrocedía silenciosa, reventaba en el derrame, con el son de la cascada, tendiendo las espumas por la arena.

El ramaje del moral parecía que se reclinaba en la casa de la huerta, resaltando, junto á su negrura, el lienzo blanco de pared donde se distinguía la ventana de la alcoba de María de los Angeles, cerrada por dentro, pues no se transparentaba luz por los cristales.

No soplabá viento ninguno, y el canto de los grillos, el ruido de la marea, la lechuza que pasaba, sin sentirse el vuelo, silbando lúgubre al alejarse y las luces tristes de dos ó tres farolas del caserío del pueblo, cuyo escaso resplandor inundaba un breve espacio, eran las únicas señales de vida en aquella soledad.

Al describir, en la primera parte de este libro, la huerta de la Costilla, no dijimos que las dos ó tres aranzadas de tierra comprendidas entre las casas de Rota y una ligera cañada no son del término de aquélla, sino que pertenecen á otro dueño y se llaman corral de Inque. La cañada, que arranca perpendicular del vallado de tunas, no termina en el de arena; de modo que sin obstáculo ninguno se pasa de la huerta al corral, cuyos sembrados, de maíz y algunas cepas, nada ofrecen de notable; pero sí lo es un pozo grande que describiremos para efectos posteriores, sin que sea de importancia

el pormenor de que saboreando el puro y paseando, llegó á sentarse en su brocal el médico de la familia Flores.

El pozo mide ocho metros de diámetro, y el brocal, de piedra tosca, denegrada y cuarteada, tiene de alto el de la cintura de un hombre; la profundidad de aquél es de catorce metros en la parte seca revestida de la citada piedra, entre cuyas hendiduras crecen algunas matas de higuera silvestre. Junto á una rotura informe del brocal, está abierto en la tierra y forrado de ladrillos, un reducido abrevadero, cerca del que se alzan dos horquetas unidas por un travesaño, en que se cuelga la polea por donde corre la soga del cubo. En los agujeros del revestimiento de aquella hondura sombría anidan los murciélagos, que al caer la tarde revolotean siniestros por el antro antes de salir al mundo de los vivos: la redonda superficie del agua, que dista dos brazas del fondo, aparece manchada de verdín, y su serenidad es turbada alguna vez por el salto y la inmediata zambullida de un enorme sapo. Es un pozo imponente.

El doctor tiró á él la colilla y echó á andar hacia el sombrero, donde estaba el nieto de Rita sentado en el poyo, dando cabezadas.

—¿Hay novedad?—preguntó D. Francisco.

—Lo *mesmo* que antes—respondió Bartolo.

Entró aquél en la casa y empujó la puerta que á la derecha del recibimiento daba paso al dormitorio de la enferma.

Dos camas iguales de hierro pintado de azul, sencillísimas, estrechas y dotada y vestida cada

una con jergón, colchón, sábanas sin bordados y colchas blancas, ocupan el frente izquierdo á la entrada, sin separarlas más espacio que el ancho de una mesa de noche: en el rincón del frente opuesto más próximo á la ventana y en el aceite que se mantiene sobre el agua de un vaso de cristal puesto en un plato, flota una mariposa encendida, completando el pobre mueblaje de aquella habitación, que sirve á Dolores y á su hija de sala, tocador y alcoba, un lavabo de pino, una cómoda, el arcón, un baul, perchas de hierro, de las que cuelgan vestidos y enaguas, tres ó cuatro sillas antiguas de caoba y enea y otras dos más bajas: la otra pieza, que con la cocina y el empedrado recibimiento componen todo el edificio, es el comedor, donde entra la luz por una ventana alta y en el cual se recibe á Julio, en cuyo obsequio adorna la pobre mesa un jarro con flores.

La lamparilla, cuya luz es siempre incierta, alumbraba menos puesta en el suelo, y al hacerlo de abajo arriba, proyectaba naturalmente las sombras al revés, agigantando la de los cuerpos que se le interponían y dando á los rostros un tinte extraño: al entrar el doctor, su sombra ocupaba la altura de la pared y se doblaba por el techo, contribuyendo todo esto á aumentar lo melancólico de aquella estancia.

Al pie de la cama de la enferma estaban sentadas, en el suelo la una y en una silla baja la otra, dos mujeres, que cuando tenían que decirse algo hablaban por señas.

—Buenas noches, buenas noches—saludó en

voz alta D. Francisco.—¿Duerme esa señorita?

Una de las mujeres se levantó para responderle muy quedito:

—Desde que V. se fué no ha abierto los ojos; pero suspira mucho y dos ó tres veces ha hablado soñando. Yo le he preguntado: «¿Se le ofrece á V. algo, D.^a Mariquita?» y no ha descosido los labios.

—Bien—repuso el médico, y encendiendo un fósforo se acercó á la cama de Angeles, que primero abrió los ojos muy espantados y sonrió luego.

Poco antes de irse aquél á cenar, y después de cinco ó seis convulsiones, cada vez menos violentas y con más largos intervalos de una á otra, la novia de Julio se había quedado tranquila, hasta este momento en que D. Francisco la encontró sudando copiosamente, quejándose de mucho cansancio, con ganas de conversación y con una actividad y una lucidez tan pasmosas, discurriendo y expresándose de tal modo, que llamaron mucho la atención del médico, quien mandó á las mujeres que se marchasen con Bartolo, temeroso de que la excitación nerviosa creciera y la enferma dijese delante de aquéllas algo inconveniente. La preocupaba mucho el deseo de estar levantada cuando su madre y seña Rita llegaran de Cádiz.

El médico le prometió que así sucedería.

—¡Qué bueno es V. para nosotras, D. Francisco!—dijo ella.—Dios tiene que ayudarle á usted.

—Gracias, hija mía, gracias—contestó aquél

sentándose á la cabecera;—yo no soy más que un pobre hombre, que no las atiende á ustedes tanto como se merecen.

—Pero hago mal—rectificó María—en decir que Dios ha de ayudar á V., ¡qué ha de ayudárle! Yo no he ofendido á nadie; yo adoraba á mi padre y á mi pobre Victoriano; yo quiero entrañablemente á mi madre y á mi hermano; yo no conozco el odio; yo no he dejado nunca de atender, en la medida de mis escasas fuerzas, á otros más infelices; yo he trabajado desde muy niña para mantener mi casa, sin sentirme nunca roída de la envidia, ni pesarosa de mi condición humilde; y mi hermano muere en Africa de un tiro; mi padre de un cáncer al cabo de diez y ocho años de martirio; mi madre tiene lesionado el corazón; en mi casa no ha entrado nunca riendo el sol; mi vida es un eterno suplicio, cada vez más cruel, y se agotó ya mi resignación. ¡Ah!—exclamó con tan enérgico y dolorido acento, que el médico temió que fuera el principio de otro ataque, limitándose, para no darle materia de discusión, á decirle con paternal ternura:

—Vamos, hija mía, vamos; cálmese V.

—¡Ah!—insistió, incorporándose en la cama, alzando las manos juntas y oprimiéndolas convulsivamente.—¡D. Francisco de mi alma, qué desgraciada soy! ¡No tengo pan, ni hogar; mi madre es una incurable; el niño, sin educación, será un perdido, y yo estoy deshonrada, sí, D. Francisco, deshonrada; yo he ido ayer tarde á aquella casa vendida como una vil prostituta

por salvar á mi Julio, mi ídolo, mi único Dios, mi única gloria, á quien adoro tan sin egoísmo, que hasta lo doy á él por su salvación; tanto es mi frenesí, mi delirio por él, que si sobrevivo á mi desventura, me insultará y yo le querré: me escupirá á la cara y yo le bendeciré; se casará con otra mujer, la tendrá en sus brazos y yo desde mi rincón miserable pediré por la paz y la dicha y la honra de ellos dos á la Virgen Santísima.

Al decir esto se desencajó su semblante y lanzó una carcajada histérica, rompiendo después á llorar con gran amargura.

El doctor, además de conmovidísimo, estaba perplejo. No se atrevía á dejarla sola, ni á contrariarla, ni á forzarla al silencio por si el delirio mudo, sin expansión, era peor todavía.

Se puso de pie, y dándole una cucharada de la bebida que estaba sobre la mesa de noche,

—Si V. hiciera por dormirse un poquito—le advirtió,—yo la querría á V. mucho, la dejaría levantarse mañana y vendría por la tarde á ver á V. para que habláramos tranquilamente de todo eso y le pusiéramos remedio.

—¡Remedio!—replicó ella.—Para esto bien sé yo cuál es el único remedio. En este mundo no se mira más que los cuerpos, y el mío tiene ya el hierro de la infamia ¡Ay, doctor, si se mirasen las almas, entonces sí que me perdonarían mi Julio y todas las gentes!

—Eso lo ven y lo perdonan desde arriba—se aventuró á decir D. Francisco.

Angeles lanzó otra carcajada.

—Que tenga paciencia, que con ella se gana el cielo, ¿eh? ¡No! ¡no! ¡no! ¡Maldito seas!—vociferó, cerrando las manos y mirando á lo alto amenazante, y continuó con exaltación creciente:—¡Un rayo! ¡un rayo que me aniquile! ¡El no existir! ¡El no haber existido nunca! ¡El desaparecer sin dejar rastro! ¡Eso es lo que le pido á los demonios, más caritativos que Dios, que de seguro me negaría ese alivio! Que tenga paciencia, que ya me la premiarán en el otro mundo; regalo toda esa felicidad por dejar de existir de una vez... por... ja, ja, ja, ja.

—Vamos, Angeles, vamos—le reprendió el médico,—lo que dice V. no es digno de una mujer de sus condiciones; V. tiene talento y...

—¿Tengo talento? No es así, pero si lo tuviera, esa sería la mayor crueldad de Dios. Hacer que una criatura nazca conociendo y apreciando la felicidad; ponerla cerca de donde se vean bien todas sus fases, durante muchos años; empapar de ella sus ilusiones; atormentarla uno y otro día con las penas más afrentosas, y, por último, lanzarla en el abismo de la desesperación; eso no se le puede ocurrir, no á un Dios misericordioso, ni siquiera al hombre malo á quien le quede un punto que no esté podrido en el corazón.

—Usted me ha dicho en alguna ocasión que Victoriano y su padre velan por V.

—Eso lo cree señá Rita y yo lo he creído, mejor dicho, lo he deseado y me he hecho la ilusión de creerlo también; pero ya ve V. las muestras del amparo. ¡Ah, mi buen amigo; si

yo creyera eso, sería feliz; tendría la esperanza de encontrar allí á mi Julio y de que leyendo claro en mi alma me perdonara uniéndose á mí para siempre, para siempre, para siempre!—repetía con sublime arrobamiento.—¡Déme V. esa certeza, déme V. ese bálsamo celestial, déme V. ese rayo de luz que me dé fuerzas y me preste consuelo en esta tristísima noche!

—Si V. es amiga mía, si V. me está, como ha dicho, agradecida, si valgo yo alguna cosa para V., si V. tiene la menor confianza en el interés profundo que sus desgracias me inspiran—dijo con seriedad D. Francisco,—tome la cucharada que voy á darle y luego seréense, cálese, acuéstese y esté sin pensar en nada cinco minutos que tardaré yo en estar de vuelta de fumar un cigarro.

El doctor vertió en la cucharada algo, quizá opio, de un frasco que sacó del bolsillo.

María de los Angeles obedeció, en lo de acostarse al menos, después de tomar la medicina. y cuando volvieron á la alcoba las dos mujeres enviadas por el médico, dormía intranquila, pero profundamente.

Su respiración era muy angustiosa; se revolvió con frecuencia y daba algunos quejidos, porque la mortificaba una terrible pesadilla.

Soñaba que huyendo, de noche y sin luz, de Bernardo y de Petra, que voceaban: «¡Dónde está esa tunanta, dónde está esa estafadora, que nos ha robado el dinero!» se escondió en un hueco del cañón del pozo, á donde pudo bajar poniendo los pies en los picos salientes de las

pedras y agarrándose á las matas; que en aquella cueva le azotaban el rostro los repugnantes murciélagos, y horrorizada, se asomó á la boca del escondrijo mirando hacia el fondo, que por sus orillas estaba negro como la tinta; pero sereno y sirviendo de espejo, en un disco de palidísima claridad proyectado por el indeciso fulgor de los astros que penetraba por el brocal, á dos luceros y algunas estrellas, que semejaban gusanos de luz más ó menos viva y que dentro del agua parecían los faros del abismo.

Bernardo y Petra se asomaron al pozo, descubrieron la presa y se arrojaron en su busca: él, con los brazos abiertos, despidiendo sus ojos rojizas llamaradas, azufrado el rostro, saliendo de su boca asquerosa baba y repitiendo entre salvajes aullidos «¡erés mía!» ella, desgredada, furiosa, mostrándole el recibo y diciéndole á voces: «¡El cuerpo ó el dinero!»

María chillaba, chillaba, chillaba llamando á su madre y á Rita y á María Jesús; pero nadie la oía y sus enemigos bajaban por los muros del pozo hacia la cueva; un momento más y caía en sus manos: entonces dió un grito que le desgarró la garganta, cerró los ojos y se lanzó al espacio; sin embargo, bajaba, bajaba, bajaba, y en vez de las aguas y los peñascos del fondo y la espantosa muerte, veía ensancharse el disco de claridad y hacerse ésta cada vez más intensa y fulgurar las imágenes de los luceros y de las estrellas y aparecer en aquel cuadro á su Julio que la miraba con ojos de cariño y de

perdón, mas rechazándola con las manos, y á su padre y á Victoriano que la recibían tristes, pero con efusión, en sus amorosos brazos.

L.

LA COARTADA.

Cuando Bernardo salió atropelladamente á espaldas de la calle de la Higuera, bajó á la playa, apretó el paso, llegó hasta las peñas que dan difícil acceso al muelle, las salvó, subió á éste, y por el Arco entró en el pueblo, encaminándose por las Almenas, para no ser visto, á casa de su querida, en cuyas habitaciones altas, alcoba y *boudoir*, permaneció mucho más tiempo del acostumbrado, haciéndose cruces, tanto las criadas como las viejas que tomaban parte en el coro, de que siendo más de las ánimas no hubiera dado Consuelo el aviso de que S. E. las esperaba para comenzar el rezo.

A las nueve y media llamó por fin la señora á la doncella, que se puso á arreglar á toda prisa lo que encontró descompuesto, antes de abrir el retablo del reclinatorio y de encender la lámpara, mientras Bernardo se despedía por cuarta ó quinta vez de la Marquesa, que con el rostro arrebatado y un brillo singular en los ojos, resultaba más bella que de ordinario y como pocas veces incitadora.

Por las cosas que ya de pie se dijeron en la galería y que pueden considerarse como un extracto de la sesión, adivinaremos los puntos tratados á solas por los amantes.

—Estate otro poquito—le dijo Marcela con mucho melindre.

—¡Mujer, si llevo aquí cuatro horas! Vine á las cinco y media, más bien antes, y son los tres cuartos para las diez.

—¿Se te ha hecho largo el tiempo?—insistió ella fingiendo pique y sin abandonar el tono mimoso.

—No, pichona; pero aún no has rezado y ya estará el patio lleno de gente.

—La recibirá Susana, y sobre todo, no te impacientes, hombre, que ya te dejó ir—repuso la Marquesa poniendo sus peregrinas manos en los hombros del malagueño y mirándolo con pasión y con gratitud.—Conque, Bernardo mío —añadió,—¿cuento seguramente con que Julio habrá recibido los dos mil duros para entregarlos mañana á sus jefes?

—Seguramente.

—Como tú comprenderás, yo no podía consentir que cayera ese borrón sobre los cuarteles de mi escudo.

El tahir permaneció callado.

—Nunca te he visto—le reconvinó ella zamarreándole dulcemente—tan extremado en tus caricias y tan poco expansivo al mismo tiempo. ¿Te ha dejado mudo el dolor de haberme prometido que las costureras saldrán inmediatamente, mañana mismo, de Rota, sin que tu

caritativa intervención vuelva á dejar sin efecto las órdenes del alcalde?

—Sí señora, caritativa y nada más que caritativa, por mucho que tus ridículos celos acentúen maliciosamente la palabra.

—¿Me quieres dar ejemplo de caridad? Todo el mundo sabe lo que yo gasto en socorrer á los indigentes; sin embargo, nadie más misericordioso que Dios—agregó plagiando el argumento de María de los Angeles en la huerta—y condena á sus hijos malos al infierno y les hace expiar sus culpas en el fuego del purgatorio y envía las pestes, y gracias á que nuestras oraciones calman muchas veces su ira y su venganza. No hay más remedio que arrojar las manzanas podridas para que no comuniquen su daño á las sanas.

—Y de la ida del caballerito ese á Filipinas nada en resumen, ¿no es eso?—interrogó Bernardo mudando de conversación.

—Te he dicho que escribí otra vez á Guerra la misma noche que vino D. Gregorio, el sábado, estrechando al Ministro para que mande la orden á vuelta de correo.

—Ya está esto corriente señora—observó Consuelo saliendo del *boudoir* á la galería.—Cuando disponga V. E. mandaré venir á la servidumbre.

—Ahora mismo—ordenó la Marquesa.

—Adiós, corazón, hasta mañana—le dijo festivamente el ruletero dándole un abrazo y un beso, tan estrecho aquél y tan apretado éste, que desasiéndose Marcela y dándole un golpe

que al esquivarlo el tahir le alcanzó con las puntas de los dedos, exclamó:

—Suelta, demonio, que me lastimas.

Las criadas y las viejas entraron por la galería. Una de éstas llamó aparte, con mucho misterio, á la Marquesa, y haciendo mil aspavientos, poniéndose muchas veces en la sien derecha el pulgar y el índice unidos por un polvo de rapé, y con el estribillo: «Jesús, María y José, ¡qué escándalo tan grandel!» le contó, omitiendo el pormenor de la puerta falsa, lo que era la comidilla de Rota aquella noche, sobre todo para los vecinos de la calle de la Higuiereta.

La Marquesa, al oír el relato, cerró los ojos, movió la cabeza á uno y otro lado, agitó las manos como si apartase lejos de sí una mala tentación, y murmuró estas palabras:

—No se ha hecho esperar el castigo del Señor por el mal rato que me dió ayer en la huerta. Vamos á rezar.

Bernardo no se fué á su casa por la calle del Almirante, sino pasando, para tomar lenguas de lo que se dijera sobre su percance, por la plaza de la Caridad, y empezó por pararse á la puerta de la barbería donde estaban sentados tres conocidos suyos, y que al llegar el personaje cortesano sonrieron maliciosamente, atreviéndose á decirle uno de ellos, narigón, que le hacía cocos á la hija mayor del boticario:

—Bienaventurados los que porfían, porque de ellos es el pan tierno.

—¿De qué se trata?—preguntó Bernardo con la mayor indiferencia.

—¿De dónde sale V., hombre?—repuso el interpelante—si no hay perro ni gato en el pueblo que ignore lo que ha sucedido esta tarde á las seis y media en casa de la beatísima Petra.

Bernardo se encogió de hombros y puso una cara de perfecta ignorancia.

Aquellos sujetos le refirieron de buena fe cuanto se había dicho y todavía se comentaba á la puerta de la botica, todo corregido y aumentado con crueles pormenores en contra de María de los Angeles y con la última hora de la puerta falsa; el malagueño disimuló tan hábilmente, presentando como prueba inconcusa de que no podía siquiera saber nada de aquello la circunstancia de haber estado de visita desde poco después de las cinco en casa de la Marquesa, de donde salía en aquel instante, que dejando á los tertulianos del barbero, se fué á su casa por la calle de la Fuente, sin hacer escala en la botica.

Sentado en una mecedora en el patio, empezó á discurrir sobre las consecuencias de aquel escándalo, resolviendo decir á Marcela, que sin encontrar medio más seguro de que Julio no adivinara la procedencia del dinero, y por consejo del P. Tragabatallones, había confiado el asunto á la discreción de la señora de López de Orizaba, dama de relevantes virtudes católicas y algunos posibles, amiga de las costureras, á las cuales fué á visitar el martes muy de mañana, doliéndose, hasta llorar con ellas, de la desgracia del novio de Angeles y ofreciéndose á dar los dos mil duros con un simple recibo y

sin llevar réditos, por tratarse de un miembro de la ilustre familia de Villarana; que iba todo á pedir de boca, cuando después de marcharse Dolores á Cádiz á llevar dicha suma, la señora de López, cuyo defecto único, ya que la perfección no se logra en la tierra, es ser algo tentada á la codicia, descubre, sin saberse cómo, que Julio no debía entregar en caja más que tres mil seiscientos escudos; cree que las costureras se han quedado, bajo pretexto de intereses, con cuatro mil reales; manda llamar á María, y después de calentarle las orejas, le pide cien duros; á la chica le da una convulsión, acude gente á los gritos y se arma la bronca que trae alborotado al pueblo.

Con esto, ratificado por el confesor de la Marquesa, del cual dispone Bernardo, declarado, si es preciso, por la propia señora de López y con la seguridad que abriga Marcela de que Bernardo ha estado en su casa, y muy á su satisfacción, desde las cinco y media de la tarde hasta las diez de la noche, no habrá quien la convenza de que tiene siquiera vislumbre de verdad el incidente de la puerta falsa.

Respecto á Julio, que vendrá seguramente á Rota, el miércoles en el barco de la hora, que sale de Cádiz á las tres, ó en la góndola que arranca del Puerto á las cuatro y media, la conducta que acordó seguir es la que sintetiza la frase «á huir, que azotan.» Fingir un telegrama urgente de Sevilla, que le pondrá su criado Matías, tomando al efecto en el Puerto de Santa María el tren de las siete de la mañana, después

de buscado el propio que traerá el parte á Rota, persuadiendo así á la Marquesa de la necesidad del viaje y saliendo á caballo á las tres por el camino derecho á Sanlúcar de Barrameda, sin el temor de tropezar con su futuro entenado.

—Para tranquilizar el ánimo de éste, por una parte, y ponerlo, por otra, en gran confusión y desconfianza de su novia, es necesario que algunos amigos le aseguren que el dinero que ha recibido es de su madre, lo cual, siendo lo cierto, estará en contradicción con la fábula que le haya inventado María de los Angeles, que será mía —pensaba el malagueño,—si no logra convencer al artillerito de que hace sol á media noche y quedan reñidos para siempre; y si, por el contrario, el niño es un buen Juan, que no desmiente la cantera de su papá, mi señor don Marcos, y se aviene á todo, también lo será cuando se vaya él á Filipinas, con los milagros de la ausencia y el talismán del recibo que tengo en la cartera.

Como la ejecución del plan debía dar comienzo el miércoles muy de mañana, llamó á Matías, un hombrecillo flaco y picoso de viuelas, parecido á su tocayo el banderillero Muñiz; le dió sus órdenes respecto al viaje á Sevilla, y después de restaurar las perdidas fuerzas con unas lonjas de jamón, media *terrine de foiegrás* y una botella de Burdeos, se metió en la cama, añadió algunas pinceladas á su proyecto y se durmió como un bienaventurado.

LI.

EL COSARIO.

Cumpliendo el doctor á María de los Angeles la promesa que le hizo la noche antes, le permitió que se levantara el miércoles por la mañana, como lo verificó á las siete, recibiendo poco después la visita de Sixto, el primer teniente alcalde, quien con cara de vinagre y descortesía y destemplanza, le previno que saliera de Rota con su madre en el término de veinticuatro horas, so pena de que las condujese hasta muy lejos la Guardia Civil.

María recibió con júbilo la intimación; era el pretexto que necesitaba para que no extrañase Dolores el viaje que de todos modos la hubiese obligado á emprender aquella tarde; y así contestó á Sixto, que antes de las oraciones saldrían del pueblo.

Las explosiones de la enfermedad, hechas por el espíritu con el delirio y por el cuerpo con las convulsiones, habían dejado á la enamorada de Julio en un estado de atolondramiento y de enervación, que si entorpecía las funciones de su inteligencia y su actividad, amen- guaba también las torturas de su cerebro y las angustias de su alma.

Su plan era irse de Rota con su madre dos horas después que llegara ésta del Puerto con señá Rita, para evitar si era posible que supiese aquélla el escándalo de la calle de la Higuiereta, á cuyo fin ya estaban advertidas por María las dos mujeres que la asistieron, el doctor y Bartolo; escribir la carta de eterno adiós á Julio (en cuyo trabajo fué interrumpida por el alcalde) y mandarla á Cádiz á las nueve, por el barco del pasaje, con encargo especialísimo de que no la recibiese Julio hasta la una, hora en que ya estarían concluídas las operaciones de caja, que comenzaban á las diez, según le había dicho su novio muchas veces.

Dado fin á la carta, varias veces comenzada, otras tantas rota y muchas interrumpida por el llanto, fué Bartolo á ponerla en manos de un cosario que no conocía á Julio; Angeles guardó su ropa en el baul y en el arcón, se asomó á la ventana, y allí esperó sola, que contra su costumbre no vino María Jesús temprano á la huerta, la llegada de las viajeras, impaciente por montar en la calesa, que citó para las dos y que debía llevarlas á Jerez, y verse fuera de la villa, pues le horrorizaba el encuentro con Julio, que llegaría de seguro por mar aquella tarde, sin que faltaran mal intencionados que le refiriesen con pelos y señales el suceso de casa de Petra, antes de que entrara por el Arco del Muelle.

Pensaba María marcharse con su madre á Sevilla desde Jerez en el primer tren del jueves; recoger á su hermanito, instalarse con ellos en el barrio de San Esteban, donde nació, y tra-

bajar en su oficio; todo esto en la dudosa hipótesis de que pudiera soportar la vida.

Los recursos que tenía para el viaje y la instalación, eran veinte duros y los escasos muebles de la huerta, que contaba ella con que se los llevase por el Guadalquivir el falucho de J. A. Bocuniano, excelente hombre que fué gran amigo de su difunto padre.

Así Angeles como Bernardo, se equivocaron al calcular á qué hora podrían terminarse las operaciones de caja en el tercer regimiento de Artillería á pie, el primero de agosto de 186...; no contaban con que, por ser día primero, se pasaba revista de comisario, ni con que, convidando á ello un tiempo delicioso, la revista era de presente y con armas, de diez á once, en el paseo del Perejil, á los sones de aquella magnífica banda dirigida por el maestro D. Silverio y dentro de un cerco ancho, extenso y profundo de gente, entreverado de lindas caras y de cuerpos bonitos.

Este acto del servicio hizo que se aplazase la entrega del dinero en caja para las tres de la tarde.

A las doce entraba Julio en su pabellón, de vuelta del cuartel, se vistió de paisano y se sentó á la mesa, puesta en la sala, con dos cubiertos, pues almorzaba con él su compañero Mariano.

Julio estaba tranquilo, libre del desfalco; pero no satisfecho de la procedencia del dinero.

Poco después llegó Mariano, gritando al asistente:

—Cristóbal: los huevos—y añadiendo al entrar:—¿Te vas esta tarde á Rota, Julillo?

—Si salimos temprano de caja—contestó éste,—como el viento es bueno, quizá me vaya en un bote.

La conversación versó durante el almuerzo sobre cosas indiferentes, y estaban comiendo los postres cuando Cristóbal entregó á Julio una carta diciéndole:

—Uno de Rota la ha traído y espera por si tiene V. algo que mandarle.

El hijo de la Marquesa conoció la letra de su novia, rompió de prisa el sobre y leyó la carta tres ó cuatro veces, sin alzar los ojos de aquellos funestos renglones, y aunque sintió helársele el corazón y conoció que se le ofuscaba el juicio, tuvo la fuerza de voluntad bastante para contenerse y decir estrujando el papel con las yemas de los dedos.

—¡Qué demonio, hombre, qué demonio!

El contenido de la carta era el siguiente:

«Cuando ésta llegue á tus manos, habré ya »salido de Rota y no volverás á saber de mí.

»Soy un obstáculo para tu felicidad: yo levanto »té la tempestad del comedor, yo he sido también la causa de que te hayas visto próximo á »la deshonra, de la que por fortuna estás á salvo, y no consiento que tales cosas se repitan »nunca.

»Nuestros amores se han concluído para siempre, y no ignoras que soy tenaz en mis »resoluciones.

»Perdóname, Julio, la pena tan grande que te

»doy, porque conozco lo mucho que me quie-
 »res; y antes de juzgarme por eso y por lo que
 »de mí te digan, lee serenamente en mi alma,
 »que en tu pecho la tienes hace tres años, y no
 »la rechaces ni la maldigas; que tan limpia y
 »tan tuya como cuando comenzó á adorarte, la
 »conservará lejos de tí, hasta que cierre para
 »siempre los ojos, esta desgraciada—*María de*
 »*los Angeles.*»

—¿Mala noticia?—le interrogó Mariano.

—Así, así—murmuró Julio.

—Pues chico, á mal dar tomar tabaco,—re-
 plicó aquél dándole un cigarro.

Sin encenderlo, se levantó Julio, salió del pa-
 bellón al corredor y le dijo al ordinario, que
 era un viejo marrullero:

—¿Quién le ha dado á V. esta carta?

—Bartolo, el nieto de Rita—contestó aquél,
 quitándose el sombrero.

—¿No le ha dicho á V. nada?

—Que la *trujiese* á la una, lo cual que de
 todos modos hubiera sido lo *mesmo*, porque
 en los ocho días que lleva soplando el Levan-
 te, no hemos logrado un viaje de menos de
 tres horas, y siempre salimos de allí al rededor
 de las nueve.

—De modo que V. no sabe si se ha marcha-
 do de Rota la familia que estaba en la huerta
 de la Costilla.

—Nada, señorito; y cuidado que yo le toqué
 á Bartolo la conversación de esa familia, atento
 al alboroto de ayer tarde, y le metí los dedos
 sobre... vamos, sobre lo que ya estará V. ente-

rado cuando me ha dirigido esa pregunta; mas el hombre se hizo el sueco y se largó, dándome una peseta por el encargo.

La inteligencia pronta y clarísima de Julio cogió de vuelo la puntada del cosario, y le contestó hábilmente:

—Tengo noticias del alboroto ese, y algo me dice también Bartolo en la carta, pero sólo por encima. Cuénteme V., cuénteme V. lo que ha pasado.

—¡Cualquiera sabe lo que ha pasado, señorito! En todo Rota no se habla de otra cosa y cada cuál dice una distinta. En el barco venían refiriéndolo tres ó cuatro y ninguno contaba lo *mesmo* que los demás. Lo cierto es que ayer tarde, á los gritos que salían de casa de Petra, acudieron el cabo de matrícula y todos los vecinos de la calle, y allí estaba en la alcoba, unos dicen que *desnúa* y otros que *vestía*, la costurera de su mamá de V.; y al mismo tiempo, y esto se lo ha dicho ella propia á mi comadre, vió señá Andrea á D. Bernardo, el que es tan amigo de su casa de V., escurrirse por la puerta trasera de la de Petra y echar á la izquierda por la playa para subir al pueblo.

—¿Quién daba los gritos?

—¡Quién había de ser sino la costurera! Á la cueñta la hacían algún mal—añadió el viejo, sin conciencia de lo que afirmaba, sólo por decir una gracia que él se reía socarronamente.

—Esa Petra ¿qué clase de persona es?

—Una tunanta, que merecía que la quemasen viva: por esa beatona, que sirve de reclamo

al P. Tragabatallones y á otro carlino que hay en el pueblo, se han perdido más de cuatro mocitas de familias honradas; pero deje V., que si viene la revolución, colgaremos á todos esos pillos. Lo que nadie creía es que la costurera... vamos, que ya V. la conoce bien—agregó sonriendo con malicia el cosario, quien pensaba, como muchas gentes, que Angeles era una de las varias queridas que tendría Julio,—es que la niña fuese capaz de irse con unos y con otros.

—Dígame V., María Jesús y señá Rita ¿son personas acomodadas?

—Rita tiene un pegujal de unas dos aranzadas, que es del nieto, y vale poco más de nada, cuyas tierras labra Bartolo cuando no va á jornal; y María Jesús vive pobremente y paga la renta con los frutos de la huerta de la Costilla.

—De modo que ¿cuánto dinero prestado podría encontrarse con un pagaré firmado por Bartolo y el marido de María Jesús?

—Ahí, qué sé yo, ahí dos ó tres mil reales á ganancias; y eso porque son gentes muy honradas.

—¿Dos mil duros no?

—¡Está V. loco!—exclamó el ordinario.—Pero ¿por qué me pregunta V. eso?—añadió mirando al artillero con la cara risueña y la boca abierta.

La soberbia en sus manifestaciones más terribles de odio, de celos y de venganza, invadió la razón y el espíritu de Julio con irrefragable y avasalladora actividad: despidió brus-

camente al cosario; entró en el pabellón, y, por la cocina, en el retrete, oyéndolo Cristóbal dar algunas arcadas y vomitar el almuerzo, y volvió al comedor con una cara que ponía miedo en el más alentado, sujetándose un pañuelo junto á la boca con la mano izquierda y con la carta estrujada en el puño de la derecha, ordenando, al pasar, al asistente:

—El café. Á escape.

LII.

PREPARATIVOS SINIESTROS.

—¿Qué te sucede?—dijo Mariano levantándose con algún sobresalto al ver entrar á Julio.—Estás inmutado, pálido y tembloroso...

—¿A qué hora debemos ir al cuartel?—le preguntó Villarana.

—A las tres.

—Pues me pasa que tengo el dinero en Rota, que esperaba recibirlo ahora y que sin conocer allí la urgencia, porque yo no la encarecía cuando mandé por él, y no queriendo confiárselo á un cosario, han aplazado hasta mañana el envío, por medio de un criado de confianza. Ahí tienes la razón del mal efecto que me hizo la carta y del disgusto que me sale á la cara. No tengo más remedio que marcharme á buscarlo,

procurando estar de vuelta dentro de tres horas ó cuatro.

—Es grave la cosa, ciertamente—replicó Mariano—porque el coronel sabe que has cobrado y el teniente coronel se quejaba de ti el lunes, por haberle dicho el Administrador de Hacienda Pública en el Casino que si faltaba metálico en la Caja culpa sería tuya, pues en estos días se habían pagado, á presentación, todos los libramientos militares. Tú conoces tan bien como yo lo delicadas que son estas cosas y que la más leve duda...

—No hay más solución—repitió el hijo de la Marquesa—que ir á buscarlo.

—Ya lo veo—asintió Mariano.—En fin, vete sin perder momento; ahora es la una menos diez; con el Levante puedes llegar á Rota, en un bote, antes de las dos; recoges el dinero, y sin detenerte un minuto en el pueblo, vuelves á embarcarte y quizás estés aquí á las cuatro ó las cuatro y media, hasta cuya hora y tal vez hasta las cinco, no saldremos, de seguro, del cuartel, entre dar la paga á los oficiales, hacer el canje á las compañías...

—Me voy en seguida.

—Escríbeme una carta diciéndome que te disculpe si tardas en ir á Caja porque has recibido aviso de la llegada de tu madre, enferma y agravada con el viaje; y como el coronel sabe algo de tus cuestiones de familia, por casa de los Sres. de Cañas, donde estuvo la Marquesa de visita la mañana que vino á ver al General, creará que ha surgido un nuevo incidente. Des-

pués de todo, como tú, salvo que el mar te traque, has de estar aquí á las cuatro y media ó poco después, con el dinero, lo más grave será que te echen una peluca, muy merecida, pues al diablo no se le ocurre llevar á Rota los fondos.

—Me fuí allá desde tesorería porque eran las tres menos pocos minutos y á las tres sale el barco de la hora.

Villarana escribió la carta, revelando tal excitación de ánimo lo torcido de los renglones y lo arrugado de las letras que trazaba su mano, que Mariano le dijo:

—Cálmate, chico, que la cosa no es para tanto.

Julio se bebió el café; entró en su alcoba; sacó de la cómoda una caja y de ésta una pistola-revólver, modelo Mariette; la cargó, ajustando una cápsula á cada una de las seis recámaras; sacó después una cartera que tenía en el bolsillo del pecho de la americana y de la cartera los diez billetes de á cuatro mil reales; con ocho de éstos, hizo, de dos en dos, cuatro cartuchitos que introdujo, uno por cada boca de otros tantos cañones del revólver, y por los dos cañones restantes metió, en la misma forma, los dos billetes que le quedaban.

Preparada de este modo el arma, la guardó en la maleta de mano de piel de Rusia; fué luego al cuarto de Cristóbal, descolgó su revólver Lefaucheux de reglamento, lo cargó también, colocándolo junto el otro, dentro de la maleta; cogió el sombrero, se lo puso, y con aquélla en la mano, volvió al comedor diciendo:

—Listo.

—No te detengas, Julillo, no te detengas—le contestó Mariano.

El novio de Angeles dió á su compañero un estrechísimo abrazo, advirtiéndole:

—Descuida, que yo dejaré á salvo mi decoro—y salió más que de paso del pabellón con la maleta en una mano y cerrado con toda su fuerza el puño de la otra; bajó las escaleras y siguió por la plaza del Mentidero y por la calle del Veedor hasta la plaza de San Antonio, donde entró en una berlina de alquiler, ordenando al cochero que lo llevara á escape á la plaza de San Juan de Dios.

Por el camino alzó los ojos al cielo y dijo:

—Mantenme, padre mío, en esta fortaleza que me infunden los celos y el odio y la deshonra, sin que me venza la congoja que me asalta cuando me acuerdo de ella, para que lleve á cabo lo que he resuelto, como hombre de corazón y de vergüenza.

Se apeó junto á la Puerta de Mar y á los que le preguntaron:

—¿Hace falta el bote?

—Para Rota—les contestó.

—Viaje de tres cuartos de hora, en popa—observó un patrón.

—Vamos—dijo Villarana.

Efectivamente, á las dos menos cuarto atracaba el bote á la escala del muelle de Rota.

LIII.

VÉRTIGO.

Poco antes levantó Julio uno de los cuarteles, y bajando á la bodega, abrió la maleta de mano, sacó los dos revólvers, se guardó uno en el bolsillo del pecho de la americana y otro en uno de los del costado, envolviéndolo antes en el pañuelo.

Pagó el flete, gratificó á un marinero para que le llevase la maleta al pabellón al llegar á Cádiz, subió por la escala del muelle, abordó el Arco, y siguiendo por las plazas de la Iglesia, de Barroso y de la Constitución, entró por la calle de Masín en la de la Higuiereta, sin que al pisarla se agravase un punto el estado de su ánimo, pues ignoraba que viviese allí D.^a Petra.

Estaba la calle solitaria: sólo se veía un gitano acostado boca abajo en el suelo, durmiendo la siesta, á la puerta de una herrería; el sol picaba, y el Levante, que había cargado, daba á Julio por la espalda, soplándole con fuerza en las orejas con silbidos de diferentes tonos, que parecían los ayes sutiles y prolongados de algunas almas buenas, que lloraban su derrota por los genios del mal, dueños en aquel punto de la conciencia y del corazón del joven artillero.

Al final de la calle y en la pared de la iz-

quierda, se destaca una cruz de madera, pintada de verde y cercada de ramas secas, cuya vista hizo reír á Julio con cruel sarcasmo y mover la cabeza al compás del ruido de la garganta; al poco trecho desembocó en la playa de la Costilla; el mar estaba por allí agitado; pero vestido de azul en toda su extensión y sin levantar espumas el oleaje.

Subió por el vallado de arena y descubrió la huerta, en la que sólo arrojaba sombra la tapia de la casa que miraba al jardín, resaltando, en medio de la vivísima claridad, el verde oscuro del moral y el de la higuera grande, y distinguiéndose, á tanta luz, más bajos de color los diversos matices de los cuadros de hortalizas y de las plantas frutales y las tintas amarillas de los rastros del maíz.

Bajó por el vallado, atravesó la huerta, en que no se descubría persona ninguna; pero, al pasar Julio, se incorporaron, de entre los liños donde estaban agachados quitando hierba con los almocafres, tres jornaleros y Bartolo, que lo saludó alegremente, sin obtener respuesta ninguna del hijo de la Marquesa.

Llegó éste á la abertura del sombrajo inmediata al jardín, y se encontró con Dolores, que estaba llorosa y le dijo al verlo:

—Algún ángel lo trae á V. El alcalde ha vuelto y nos vamos á Sanlúcar dentro de una hora; María está muy triste y muy mala; nunca la he visto así; entre V., entre V.

—No entro; diga V. á su hija que salga—le contestó ásperamente Villarana, y volviéndole

la espalda y apartando la vista del jardín y de la reja, la puso torva en la población, no haciendo caso de la Curra, que sin quitarle ojo y meneando la cola, le demandaba, según costumbre, pero no con el retozo de otros días, el terrón de azúcar y las caricias.

Así permaneció dos ó tres minutos, al cabo de los cuales oyó á Dolores que decía, creyendo la infeliz que todo aquello era la descarga de una nube del noviazgo:

—Pero hija, ven por Dios, ¿á qué aguardas? ¿Qué te sucede? Está esperándote Julio.

Éste se adelantó entonces hacia el sombrero, é increpó á la costurera con estas frases y con mal reprimida cólera:

—Sal, mujer, sal; no tengas miedo; no arrastres tanto tu degradación; ten siquiera el valor de la infamia, que la más vil de todas es la hipócrita y cobarde.

Al escucharlo Ángeles, altiva y resuelta, desmintiendo su rostro su arrogancia, avanzó hacia Julio preguntándole:

—¿Qué se te ofrece? ¿A qué has venido?

—No te acalores, niña—respondió aquél dando á sus palabras el tono que más pudiera herirla y humillarla.—Estás en tu derecho siendo una perdida y ganándote el dinero en las casas de prostitución; mas el que para deshacerte de mí con cierto lucimiento, al verme sin una peseta, me vendas el favor de sacarme de mis apuros dándome un puñado del dinero que le roba á mi madre para comprar espléndidamente tus caricias tu no sé si primer querido, eso no

puede pasar sin que yo te llame canalla y te advierta que ahora mismo voy á devolver los diez billetes á ese... dispensa que lo maltrate, á ese... bandido.

—¡Virgen Santa!—exclamó Dolores fuera de sí.—¡Rita! ¡Rita! ¡Yo estoy soñando! ¡Dice Julio que María de los Angeles va á las casas de prostitución! ¡Contesta, contesta, María! ¡Contesta, hija de mi alma! ¿Qué dices?

—Que es verdad.

Atribulada la viuda de D. Victoriano, se abrazó á Rita ocultando el rostro en el pecho de la anciana; ésta la separó y se fué hacia el hijo de la Marquesa queriendo cogerle las manos sin que lo consintiera él, y diciéndole:

—Señorito Julio, señorito Julio, V. que tiene un alma tan buena, sólo puede hablar así trastornado por lo que le haya dicho, Dios se lo perdone, algún calumniador; la señorita es la mejor de las criaturas del mundo, es...

—Quítese V. de enmedio, vieja trapisondista—rugió el artillero dándole un empujón que la hizo tambalearse.—¿Cuánto le ha valido á V. el papel que ha representado en esta última truhanería?

Señá Rita vivió en aquel momento casi todo lo que le restaba de existencia: muda, helada, toda contraída, con los ojos bajos y andando encorvada por vez primera en sus setenta años, fué humildemente á sentarse en una piedra junto al sombrero, cruzando las manos sobre la falda y murmurando con labios temblorosos una oración.

—¡Basta, Julio, basta!—repuso Ángeles alzando la voz bronca y desesperada. No puedes alcanzar á juzgarme. Sólo Dios es capaz de hacerlo. Si yo me disculpara, sobre ser inútil, dijiste antes bien, resultarían mis palabras hipócritas y cobardes. Algún día te arrepentirás de lo que hoy has hecho. No hay que hablar más. Concluyamos. ¡Mátame ó vete!

—No te mato y me voy—replicó Julio; y accionando con vehemencia y recalcando las frases con calma terrible, añadió:—A la mujer legítima que espoleada por una pasión mancha la honra de su marido, se la mata; á la que, como sucede contigo, tiene el hombre la desgracia de conocer y de querer hasta que se apercibe de que, con más ó menos pretensiones, pertenece al género de las que pueblan los burdeles, se las desprecia de este modo.

Dijo, y escupiéndole á la cara, se alejó rápidamente hacia el portillo de la huerta.

Al recibir la afrenta María de los Angeles, se dobló por el talle hacia adelante, y mesándose con furia los cabellos, se agitaba con violencia y se retorció con desesperación, produciendo su garganta un rugido sordo que daba espanto.

Los creyentes en el infierno no pueden concebir suplicio tan tremendo para un condenado, como él que sufrió en esos momentos aquella pobre criatura.

Dolores la asió de los brazos logrando incorporarla, y con acento lastimero la requirió así:

—¡María! ¡hija de mis entrañas! ¿es verdad que ese hombre ha mentido? ¿es verdad que tú

no has profanado el único bien que nos quedaba en el mundo: el nombre de tu padre y la memoria de tu hermano!

Angeles miró á su madre con tal gesto de extrañeza y con tal extravío en los ojos, que acaso no la veía; y desprendiéndose de ella rudamente, dió un alarido, anduvo algunos pasos vacilante de acá para allá y salió al fin corriendo en derechura del corral de Inque.

Rita entonces, reviviendo con el esfuerzo de la luz moribunda que resplandece un breve espacio antes de extinguirse, inspirándola y dándole fuerzas quizá esa Providencia que ella simbolizaba en la Virgen del Carmen, se irguió con agilidad pasmosa y corrió hacia el centro de la huerta gritando:

—¡Bartolo! ¡Bartolo! ¡sujétala que se va á tirar al pozo!

Su nieto, que estaba agachado y atento á su faena, se enderezó al oír á Rita, sin entender bien lo que decía y preguntándole:

—¿Qué hay?

Aquella, redoblando la vehemencia de sus voces y señalando á María, le repitió:

—¡Que va á matarse! ¡que se va á tirar al pozo! ¡corre! ¡sujétala! ¡sálvala, Madre mía!

El obrero soltó el almocafre y salió dando zancadas en socorro de Angeles, que se esforzaba con fiereza por romper el encañado que la detenía y abrirse paso, como al cabo lo consiguió, antes que llegara Bartolo, que logró alcanzarla cuando ya se inclinaba sobre el brocal, y allí le echó la zarpa á un hombro con tan

salvaje brío, que le desgarró el vestido hasta la cintura, dejándole la espalda al descubierto y haciéndola caer al suelo y perder el sentido con la conmoción del porrazo.

Allí, tendida al pie de un rosal grande que crece junto al pozo, abriendo y cerrando los párpados con rapidez nerviosa, entreabierta la boca con la expresión del dolor supremo, y oprimiendo con la mano derecha la sortija de Julio, que le ceñía el dedo anular de la izquierda, era el asolado campo de batalla donde acababa de consumarse la derrota del mal que lucha con el bien por el ancho azul, en ese gran misterio que se cierne sobre nuestras cabezas.

En aquella infeliz estaba, sí, el mal vencido, agotadas sus fuerzas en torturar un espíritu inocente con el más bárbaro de los tormentos.

Los otros trabajadores acudieron al pozo á enterarse de lo que ocurría, y advirtiéndoles Bartolo:

—Sujetadla si se levanta—se encaminó hacia el sombrero, encontrándose con el siguiente cuadro:

Dolores caída en tierra de bruces, muerta, con la cara en un charco de sangre: Rita á su lado, de rodillas, rígida é inmóvil, con las manos cruzadas bajo la barba; y la Curra despata rrada, con el pelo erizado y el rabo entre las piernas, dando insistentes y feroces ladridos.

Bartolo, sorprendido por aquel drama horrible, se quedó unos segundos estupefacto; pero al fijarse en que su abuela no daba señales de vida, se le acercó llamándola con gran desconsuelo:

—¡Abuela! ¡abuela!

Rita abrió los ojos, y su nieto la cogió en brazos y se la llevó hacia la casa, besándola con pasión y exclamando con sublime y brutal egoísmo:

—¡Que se muera Dios; pero que á V., madre, no le suceda nada!

LIV.

SALDO DE CUENTAS.

Julio subió por San Roque, y siguiendo la calle del Almirante, echó luego por la de la Fuente, llegó á casa de Bernardo, entró por el portal, cuya cancela estaba sólo entornada, la empujó, pasó al patio, y no viendo allí á nadie, volvió al zaguán y tiró con violencia del botón de la campanilla, saliendo una criada por el callejón que se descubre al frente.

—¿Está en casa su amo de V.?—le preguntó Villarana.

—Sí; señor—contestó la moza.

—¿Quién es?—dijo con mal humor Bernardo, que en mangas de camisa, haciéndose el lazo de la corbata y dispuesto á reprender al atrevido que hubiera dado el campanillazo, apareció por la puerta vidriera que conduce al gabinete de la derecha con reja saliente á la calle,

donde estuvo la Marquesa la noche de la escena de la maldición.

—Yo—respondió Julio.

—Pase V. adelante—repuso el malagueño inmutado y discurriendo la salida, que desde luego calculó ser muy difícil, de aquel atolladero en que se veía metido, contra todos sus cálculos y previsiones.

El artillero entró en dicho gabinete contiguo á la alcoba del jugador, la cual comunica con otra sala que tiene, como la alcoba, reja al patio y además puerta.

En el centro del gabinete había un velador cubierto por un tapete encarnado con cenefa oscura.

—Hágame V. el favor de sentarse—le invitó Bernardo, indicándole la misma butaca que ocupó su madre la noche del consejo de guerra.

—Excusemos palabras ociosas—replicó Julio, y se dirigió primero á la ventana cerrando las hojas de cristales; hizo luego lo propio con las de madera de la puerta por donde había entrado, corriendo el cerrojo, y empujó, por último, las vidrieras de paso á la alcoba, que no cedieron porque estaba el pasador corrido por dentro.

Bernardo lo miraba con asombro, pero permaneciendo mudo é inmóvil, ante aquellas precauciones.

Julio sacó los dos revólvers y los puso encima del velador, tirando antes de las puntas de los billetes de Banco, para que asomaran bien por las seis bocas del que los contenía.

Después, se encaró con Bernardo y le habló así:

—No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Oye, sin rodeos, tu acusación y tu sentencia:

En vida suya, insultaste traidoramente las canas de mi padre...

—No es verdad, no es verdad—exclamó con viveza Bernardo.—Si mi honrada palabra...

—Silencio, tunante—le impuso Villarana, haciendo ademán de coger un revólver,—ó te mato antes de tiempo como á un perro rabioso.

El jugador movió la cabeza cerrando los ojos; se cruzó de brazos y guardó silencio.

—Has insultado—repitió Julio—las canas de mi padre, en cuya sepultura sigues escupiendo. Has envilecido á mi madre, arrastrando su reputación y llevando el oprobio hasta montar con su dinero un infame garito. Como si todo eso fuera poco, aspiras á deshonar con tu nombre el título de tus dos víctimas; aspiras á llamarte Marqués de Villarana.

—No es exacto nada de eso, Sr. D. Julio; y no por temor á las balas, sino porque mi decoro lo exige, voy á explicar á V....

—Calla, bandolero—le intimó de nuevo el hijo de la Marquesa, repitiendo el ademán de coger el revólver.

Bernardo iba sintiendo por instantes crecer en su alma la invasión del miedo.

Julio continuó:

—Hay más, mucho más. Yo adoraba, yo

adoro aún á María de los Angeles. Tú la has manchado; tú la has prostituído...

—Una sola palabra—exclamó Bernardo más aterrado cada vez.

—No contento con eso—prosiguió Julio acabando de anonadarle con la mirada,—has pretendido envilecerme á mí también, haciéndome partícipe de mi ignominia.

—Sr. D. Julio—insistió el cortejo de Marcela,—yo le pido á V. por Dios que oiga sereno mis explicaciones, y celebro esta ocasión de poder sincerarme...

—Oye tú, reptil, oye tú lo que voy á decirte. Eres indigno, no ya de cruzar conmigo una bala, pero ni aun de besar donde pone las herraduras mi caballo; mas como yo no soy un miserable asesino, coge ese revólver—dijo indicándole el de ordenanza,—yo tomaré el otro, donde está el dinero que quiero devolverte; el tuyo es más seguro y de mayor calibre; dí una, dos, tres, y tira al concluir, que no me acertarás, porque estás temblando; desde ese momento cada uno hace fuego cuando le parezca. Antes de cinco minutos uno de los dos ha de morir irremisiblemente.

—Yo me batiré con V., Sr. Villarana—objetó Bernardo sin tocar el arma;—yo me batiré, pero en otra forma. V., que es un hombre pun-donoroso, reflexione que está en mi casa y que dirá la gente...

—Coge el revólver y haz la señal—gritó Julio empuñando el de seis cañones,—ó te mato. No tienes más camino que matar ó morir.

—Una palabra, por caridad, una sola palabra —suplicó Bernardo lleno de ansiedad y agarrándose á la última tabla.--Á un reo de muerte se le concede un confesor. Séalo V. Déjeme usted probarle que María de los Angeles es inocente.

—¿No fué ayer tarde á una casa sospechosa y estuvo allí á solas contigo? Ella me lo ha confesado...

—Sí, mas...

—¿No le has dado tú ayer también...

—Cincuenta mil reales; pero...

—¿No ha cedido ella á tus manejos para seducirla valiéndote de una bribona?

—Sí, pero á pesar de todo eso...

—¡Ah! no sigas, no sigas, que adivino lo que vas á decirme, y no quiero que lo que me mate sea el asco de tu cobardía. Coge el revólver, por última vez, ó te tiro.

Su mayor amigo no hubiera conocido en aquellos momentos la voz de Julio, cada vez más ronca desde que habló en Cádiz con el co-sario; y con tal acento de evidencia dijo las últimas frases, que el miedo del tahur estalló en pánico, y clamando:

—¡No me asesine V. en mi casa! ¡no me asesine V. en mi casa!—se encaminó ligero á la puerta vidriera de paso á la alcoba, empujándola con tal violencia, que el pasador cedió, y las hojas se abrieron con estrépito, cayendo hechos pedazos todos los cristales y sonando á la par el primer tiro que Julio le disparó, alcanzándole en un hombro.

Bernardo corrió por la alcoba y por la sala contigua, llegando al patio, seguido de Villarana, dando las voces:

—¡Que me matan! ¡que me matan!—al mismo tiempo que la criada salía de la cocina por el callejón chillando:

—¡Socorro! ¡socorro!

El hijo de la Marquesa le hizo fuego por segunda vez, sin tocarle.

El malagueño vió la cancela cerrada, y calculando instantáneamente que estaba perdido si se detenía en abrirla, subió con ímpetu la escalera que conduce á los corredores del piso alto. Julio se lanzó detrás y lo tiró dos veces más en el camino, hiriéndolo en una oreja y en el costado derecho.

Jadeante, ciego, ensangrentado, llegó arriba el jugador antes que su enemigo; empujó las puertas de las alcobas que dan á los corredores y no cedieron; entonces montó en el barandal y se arrojó al patio, dislocándose un brazo; pudo levantarse, sin embargo; pero Julio le descerrajó desde lo alto los tiros que le quedaban, acertándole en la cabeza uno que le hizo caer al suelo dando un sordo rugido.

En la casa puerta habían entrado varias personas que daban voces y que retrocedieron al ver bajar por la escalera con el revólver en la mano á Villarana, quien al llegar al patio, serénísimo al parecer, miró á las bocas de los cañones y movió la cabeza, como si le contrariara que no quedase ninguno cargado; tiró al suelo el arma, y sin dirigir la vista al sitio donde es-

taba tendido el moribundo, se dirigió hacia la puerta por donde entró en el gabinete; antes de llegar, recordando que él mismo había echado el cerrojo por dentro, retrocedió para buscar el paso por la alcoba de Bernardo; pero ya la gente invadía el patio precedida de un teniente de civiles, joven y simpático, y de un guardia en traje de paseo que lo acompañaba.

El oficial gritó á Villarana:

—Dése V. preso—y al volverse á la intimación el hijo de la Marquesa, se llevó aquél las manos á la cara y exclamó con gran amargura:—¡Julio!

—Me entrego á ti—respondió éste,—y no temas que intente escaparme. Yo soy—añadió señalando á Bernardo—quien ha matado á ese hombre. Te ruego que seas tú y no los polizontes quien me lleve á la cárcel.

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!—murmuró el teniente, que era muy amigo de Julio y de todos los jóvenes artilleros, á quienes visitaba á menudo en los Pabellones.

Dos municipales entraron sable en mano en el patio, y el oficial de la guardia les dijo:

—Envainen VV. El señor está detenido bajo mi custodia, y yo respondo de su seguridad: den VV. parte al señor alcalde y avisen á un médico y á la iglesia para que venga el santo óleo... y á VV., qué se les ha perdido aquí? ¡fuera todo el mundo!—mandó dirigiéndose á la multitud que iba llenando el patio y rodeando al herido, que no daba señales de vida.

Los municipales empujaron á la gente fuera de la casa.

Momentos después, quedaban allí: la víctima, en las losas del patio, y á su lado la criada sollozando; en el zaguán, el oficial de civiles y el matador de Bernardo; y fuera de la puerta exterior, que se había cerrado, el guardia conteniendo á la gente aglomerada en la calle.

LV.

EN LA CALLE.

La noticia del suceso se divulgó por los cuatro puntos cardinales de la villa como corre el fuego por regueros de pólvora; pero quien inició el movimiento á los primeros tiros, y cuando aun sonaban dentro de la casa las voces de la criada, fué el zapatero de enfrente, un regordete, chiquitín, de narices arremechadas y boca grande tentada á quedarse abierta, uno de esos tipos que entienden por la boca, y el cual se echó á la calle con el mandil recogido en el brazo izquierdo y una gorra, que le estaba pequeña, puesta á modo de solideo.

—Digo, señó Pedro, la tremolina que han armado ahí—gritó á otro de su oficio, de corta estatura como él, pero aguileño, enjuto y muy cano, marido de la comadre de parir, y que salía de su tienda, situada en la otra acera, con el

tirapié en una mano y el zapato á que echaba plantilla en la otra.

—No van á quedar ni los rabos—respondió éste,—porque eso es un tiroteo.

Un campesino, jaquetón, de pantalones ajustados, chaqueta corta, hongo hecho fuelle por la parte de la copa y las manos en los bolsillos, entró el primero en el portal, y al oír decir á la criada que salía pidiendo socorro: «lo ha matado,» retrocedió, y echándose atrás el sombrero, dijo encarándose con el chato y su colega: —Ya se mataron.

Los zapateros, á su vez, se volvieron asustados, y dirigiéndose á unas mujeres, repitió señor Pedro la noticia en esta forma:

—¿No lo decía yo? Dos ó tres muertos.

—Paquillo: alza para casa—vociferó una moctona á un hijo suyo, de pocos años, que estaba jugando en la calle.

Aquellas mujeres y otras contagiadas por sus aspavientos, temerosas tanto de que alcanzaran los balazos á los espectadores como del rebullicio que ya empezaba á armarse, daban también estas voces y otras análogas:

—Corre, Antonio, corre.

—Chiquillo: anda para dentro.

—Cierra esa puerta, José, y echa la tranca.

Los grupos de curiosos se formaban é iban engrosando sin cesar, con las gentes que acudían de la plaza de la Caridad, de la Cruz de León y de las calles trasversales á la de la Fuente, tomando tales proporciones la noticia del suceso, que á poco de ser detenido Julio por el

teniente de civiles, á uno que le preguntaron en la tienda de Lamparilla: (1)

—Pero, ¿qué sucede?

—Nada—contestó.—Que en casa de D. Bernardo ha muerto á tiros hasta el gallo.

No sólo las mujeres emprendieron la retirada, sino que también volvió pie atrás por la calle del Almirante, al sentir la bulla, el tío que venía pregonando «suspiros de canela, panales, y *almendraos* de los grandes,» con el mosqueador de caña y tiras de papel en la mano derecha y colgado del brazo izquierdo el canasto, á cuyo fondo va sujeto un banquillo, para hacer puesto donde convenga, cubriendo la mercancía una toalla con muchos flecos; y asimismo picaron de soleta dos vendedores, que descalzos, en mangas de camisa y calzoncillos remangados hasta la rodilla, con un gorro de marinero el uno y un pañuelo el otro á la cabeza, corriendo para que el pescado no se pasara, y llevando cada cual por un asa una canasta, acababan de desembocar en la de la Fuente, por la calle del Pozo del Consejo, pregonando con gran algarabía:

—¡*Pescao* fresco! ¡garapellos y mojarras! ¡á catorcel! ¡á catorcel!

También echó mano, de bote y voleo, á levantar el campo, el amo del puesto de higos de tuna, fronterizo á la casa de donde salía el ruido

(1) Á Lamparilla le llama con razón el insigne autor del *Viaje á Nápoles*, D. P. A. de Alarcón, el primer guisandero de pescado del mundo.

de voces y pistoletazos, el cual atendió, ante todo, á poner á salvo el candil que sirviéndole una espuerta de guarda-brisas, pendía de un clavo en el piquete hincado en el suelo, y á cuyo pie se amontonaba la fruta: estos vendedores creen en el agujero de que, si el aceite del candil se derrama, la temporada no puede ser buena.

Por delante de la fachada de la casa de Bernardo estaba llena de curiosos la calle, y en el resto de ella subida la gente, más chiquillos que hombres, á las rejas, como si aguardasen al toro enmaromado que se suele correr por el pueblo antes de llevarlo al matadero; las ventanas altas y los balcones se veían ocupados por los vecinos, y en numerosos grupos, desde el teatro del acontecimiento hasta la plaza de la Caridad, se comentaban las noticias, diferentes todas, traídas por quienes presenciaron la detención de Julio por el teniente de la Guardia, que estaba en Rota pasando revista á los individuos de aquel puesto, y que acudió tan pronto aquella tarde á cumplir con su deber, por estar alojado en la misma calle, en casa del primer cosechero de vino tintilla.

Componían el público, entre otras muchas personas, los amos y los criados de la confitería, los de las dos carnicerías, la de Curro Delgado y la de Bezola, los oficiales de la barbería, con los puños de la chaqueta arremangados y el pelo echado á la cara, las escogedoras de trigo de la panadería, los mozos de ésta, vestidos de elásticas, calzones blancos, pañuelo á la cabeza

anudado atrás y con los picos colgando y llevando los brazos cruzados, según costumbre de esos trabajadores, y los dependientes y los dueños del *Gran barato de géneros*, de la tienda del *Pañero*, de la de Montañés, del almacén de *Comestibles y refino*, del puesto de fruta y de otros muchos establecimientos, las casas inclusive del *Dentista* y de la, según reza la muestra, *Matrona aprobada por la facultad de medicina de Cádiz*.

Aquella muchedumbre no movía algarazas, temerosa de perder el pormenor más leve del suceso, que era de los que se cuentan toda la vida y forman parte de la hoja de servicios del mortal afortunado que en tan interesante espectáculo tuvo localidad de preferencia: reíanse aquella tarde los asistentes á la función de las novedades madrileñas; con el escándalo de la calle de la Higuera y con la cola que trajeran los tiros que habían sonado, acerca de cuyo número se disputaba acaloradamente, no tenían que envidiar, en materia de emociones, á ninguna capital del mundo; había tela cortada para un trimestre; plétora de asuntos, y eso que aun no había llegado á sus oídos la muerte, sin decir Jesús, de Dolores, ni el estado en que, al volver en sí María de los Angeles, la encontraron los jornaleros, señá Rita y su nieto Bartolo.

Quienes hayan estado en la carrera esperando una procesión, deben recordar esos rumores que cunden por el apiñado gentío cuando aparece en la puerta de la iglesia el pendón de

guía; pues ese murmullo anunció á los que ya impacientes aguardaban el comienzo de la fiesta, que aceleradamente desembocaba por el Arco de la villa el P. Tragabatallones, de roquete y estola morada, llevando en las manos la ampolleta de la Extremaunción cubierta con el capillo y acompañado del sacristán con el crucifijo y el libro, y de un acólito con la estopa y el paño, á que los monaguillos llaman *los avíos*.

Nuevos murmullos precedieron al paso del médico D. Joaquín y de Sixto, el teniente alcalde, pues al respetable presidente de la corporación municipal, tan poltrón como zafio, no habían podido despertarlo de dormir la siesta.

Hubo un rato de gran expectación de lo que pasaría dentro, sin más incidente que el de creer muchos que un carro que entró por la Plaza de la Caridad en la calle de la Fuente, iba por los muertos.

De pronto se remolinó la gente á la puerta de la casa á las voces que se oían en el zaguán: lo que sucedió fué, que al salir el P. Tragabatallones, lanzó un insulto grosero al hijo de la Marquesa, llamándolo el teniente de civiles al orden con gran energía.

Detrás del clérigo, el sacristán y el monaguillo, salieron Sixto y el teniente de la Guardia Civil, y entre los dos Julio, seguidos del guardia y de un alguacil, que llevaba en la mano los revólvers.

La mayoría de la gente no acompañó al preso, sino que se estuvo un cuarto de hora en la

calle esperando la salida de lo que más le interesaba: los cadáveres; y se retiró mohina, llamándose á engaño y exclamando: «¡vaya una guasal!» «¡después de tanta bulla, nada!» «¡para esto hemos venido aquí!» cuando salió D. Joaquín, el médico titular, diciendo que sólo había un herido muy grave y que lo dejaba en la cama, de modo que el público, en su desencanto, no tuvo siquiera el consuelo de ver pasar el herido al hospital, con la probabilidad de que espichara por el camino.

LVI.

DILIGENCIAS JUDICIALES.

El salón en que celebra sus sesiones (que no es la sala destinada al efecto) el Ayuntamiento de Rota, cae sobre el Arco de la villa y recibe la luz por el balcón grande con persiana de medio punto, que mencionamos en el capítulo *La puerta de la botica*.

Mide el salón diez metros de largo por cinco de ancho; frente á la mampara de entrada, en el testero de la habitación y sobre los tres sillones de asiento de madera colocados detrás de una mesa, cuelga en la pared un reloj francés de medio metro de diámetro, que lleva quince años en las once y veinte.

Todo el mueblaje, además de lo dicho, lo

componen, la talla con que se mide la estatura de los quintos y cuatro bancos de cedro con perillas de latón y los espaldares claveteados del mismo metal.

En la pared de la derecha respecto á la entrada, existe una puerta sobre la cual y en una tabla ovalada, está escrito, con letra negra y cursiva, *Sala de sesiones*, la cual, más pequeña que el salón, tiene el piso enlosado: entra en ella la claridad por una ventana que mira á una azotea, y encima de los tres sillones de brazos, forrados de terciopelo grana y con altas perillas doradas, los cuales tienen delante la mesa presidencial, cuelga un lienzo con el castillo sobre el mar de las armas de la villa, y dos retratos, de D.^a María Cristina el uno y el otro de doña Isabel II; del techo pende una araña antigua.

En esta sala se ponen los comestibles y la manzanilla, para que los señores concejales restauren sus fuerzas, los días que van en corporación á las procesiones ó á otras fiestas religiosas ó profanas.

Como á Sixto el teniente alcalde le gustaba mucho papelonear, hizo cuestión de orden público, fundado en las simpatías de que gozaba Julio en el pueblo, el delito perpetrado en la calle de la Fuente; pidió auxilio al teniente de Carabineros; mandó reunir á los serenos en la Casa Consistorial, y una hora antes del embarque del preso prohibió la salida al muelle de toda persona que no justificase tener allí ocupación urgente.

Hubo aquella tarde, además de los tiros, ca-

rreras; unas por la calle de la Vera-Cruz, hacia casa de la Marquesa, donde se oían grandes alaridos, y otras por San Roque, en dirección de la huerta de la Costilla, donde el médico D. Francisco, avisado con gran urgencia, encontró muerta de un vómito de sangre á la viuda de Flores, y sin sentido á su hija María de los Angeles.

El preso estaba en la sala de sesiones acompañado de un señor vestido de negro de americana y hongo; era el juez de paz (1), muy su amigo, ilustrada, caritativa y estimable persona.

D. Mariano, que así se llama, frisa en los treinta años y es de mediana estatura, enjuto, moreno claro, las cejas pobladas, los ojos pardos, un tanto guiñadores por la cortedad de la vista, la nariz aguileña, el bigote y el pelo castaños y el acento y los ademanes revelando su larga estancia en la República venezolana, donde guerreó bizarramente á las órdenes de Guzmán Blanco.

Julio escribía con pulso firme, sobre la mesa presidencial, una carta, y tenía ya concluídas y cerradas otras dos, las cuales, según rezaban los sobres, eran, para D. Gregorio y para Susana; concluyó también la tercera, de pocos renglones, la introdujo en un sobre, y sin es-

(1) Ha dibujado el plano que va unido á este libro y me ha facilitado preciosos apuntes sobre varios extremos de la novela.

cribir en éste las señas, se la guardó en el bolsillo interior de la americana.

—Me urge mucho, querido Mariano—dijo á su amigo, dándole las dos primeras,—que estas cartas lleguen, la una á Sevilla lo más pronto posible y la otra á manos de mi hermana hoy á las oraciones.

—Vaya V. tranquilo, que así sucederá—contestó recogéndolas el juez de paz.

—Mil gracias, buen amigo—repuso Julio.—¿Ha hablado V. con el teniente alcalde?

—La única dificultad que había—respondió D. Mariano—para la travesía por mar era que el oficial de Civiles se marea y el viaje es duro; pero por complacer á V. está resuelto á hacerlo, y ya han avisado al patrón, de modo que en cuanto concluya el secretario de extender las primeras diligencias saldrán VV. para el muelle.

—Quiero ahorrarme—observó Villarana—el sonrojo de ir preso por el camino vecinal y por la carretera de Sanlúcar, muy frecuentados en verano, y atravesar luego las calles del puerto; desde el muelle de esta ciudad á la cárcel, á donde supongo me llevarán, hay poco trecho.

—De cualquier modo, según dice el teniente, que lo quiere á V. mucho, hubiera V. ido acompañado por él como por un amigo; pero, en fin, se hará como V. desea; y no hay que amilanarse, Julio—añadió el juez.—Mañana lo reclamará á V. el Cuerpo, que es á quien toca incoar el procedimiento, y debemos esperar que Dios abrirá camino.

—Ya veremos, amigo mío, ya veremos—dijo

el reo golpeando cariñosamente con su mano helada la espalda de D. Mariano.

En el salón, el secretario del Ayuntamiento redactaba sobre la mesa el oficio de remisión al juez de primera instancia del Puerto de Santa María, del preso, de las primeras diligencias instruídas por el alcalde, del revólver cargado y del vacío como cuerpo del delito.

En el banco inmediato á la puerta de la sala de sesiones estaban sentados un alguacil y un municipal; y en el centro del salón formaban corro y hablaban bajo, el teniente alcalde, varios concejales y el oficial de la Guardia civil.

De aquellas primeras diligencias, sólo interesan al lector, la declaración de Julio, reducida á confesarse autor del homicidio, agregando «que sólo á Dios daría cuenta de los motivos que había tenido para cometerlo,» y la del doctor D. Joaquín, en la que se leía lo siguiente:

«...me personé, hoy día de la fecha, á las tres y media de la tarde, en la casa núm. 9 de la calle de la Fuente, y allí reconocí á D. Bernardo..., vecino de aquélla, que estaba tendido en las losas del patio, en decúbito supino, sobre una lagareta de sangre y con las lesiones siguientes, producidas por arma de fuego: una herida superficial y contusa en la parte superior del hombro izquierdo; otra en la región superior hepática, sin interesar dicho órgano; otra superficial y sin importancia en el lóbulo de la oreja derecha, y por último, una herida grave y de pronóstico reservado, con fractura del parietal derecho en su parte superior, debiendo haber

producido ésta la conmoción cerebral consiguiente.

»Además presentaba la fractura conminuta de la clavícula derecha, que debió romperse al buscar apoyo el D. Bernardo con el brazo, cuando se arrojó desde el barandal del piso alto.

»De las lesiones enumeradas, dos de ellas, la de la clavícula y la del parietal, son gravísimas, é ignoro si pasado el período de estupor se hallará el herido en condiciones de declarar cómo aquéllas le fueron inferidas.»

El perímetro de la plaza de la Iglesia es un trapecio cuya base mayor determinan la calle de entrada por la plaza de Barroso y el templo, delante de cuya puerta ojival se extiende el atrio enlosado y de dos escalones de altura. Sobre aquélla se alza la torre con cuatro campanas y un reloj de la familia del que está en el salón del Ayuntamiento, y parado como aquél á las siete desde hace veinte años.

El frente que arranca del mayor, por junto á la calle, lo cierra el castillo del Duque de Osuna, con su torre cuadrada del Homenaje y sus paredones guarnecidos de almenas; de los otros dos frentes el paralelo al del castillo lo forman, un bodega baja con balcones encima y una callejuela; y el último, la pared con ventanas altas y bajas de la posada del Leñero.

Balcones, ventanas, boca-calles, los estribos de la torre del castillo y una buena parte de la plaza, todo estaba lleno de gente, asomando la cara repugnante de la beata señá Pepa detrás de la reja de un ventanillo de la bodega.

El viento formaba remolinos de papeles en medio de la plaza.

La población de Rota es de ocho mil almas, y seguramente la mitad estaba repartida entre la plaza de la Iglesia y en el trayecto que media desde aquélla á la puerta del Ayuntamiento.

A las cinco y media salían de él Julio, el teniente de civiles, D. Mariano, Sixto y el patron (1) del falucho que debía conducir á los dos primeros al Puerto de Santa María.

Los municipales y los guardias civiles abrían calle.

Julio iba descolorido, pero sereno: de su razón y de su sentimiento sólo funcionaba la mínima parte; la precisa para relacionarse, en lo indispensable, con las gentes que lo rodeaban; el resto de su sér inmaterial estaba cercado de sombras que lo aislaban del mundo de los vivos.

Los murmullos de la multitud eran generales antes de la salida del preso; hicieron explosión al verlo asomar á la puerta, y á medida que avanzaba, se iban apagando los de delante y creciendo los de la espalda.

En el atrio de la iglesia estaba el P. Tragabatallones rodeado de la tertulia del boticario; en la plaza reinaba un silencio sepulcral, sólo turbado por las voces del cura que lucía su bizarra faéundia con este sermón:

—Hé ahí, almas cristianas, las consecuencias

(1) El patrón que hizo ese célebre viaje se llama Juan Iglesias, es amigo carifoso del autor de este libro y hombre tan brusco de forma como sano de corazón.

de la falta de religión, fruto de las ideas perversas del siglo; ese joven era irreligioso y revolucionario: esas tunantas de la huerta eran hijas de un liberal y no frecuentaban la iglesia y no consultaban á los curas para todos los actos de su vida. Hé ahí las consecuencias: la joven es una prostituta y lo ha pervertido á él hasta el punto de tener que maldecirlo su augusta madre; luego el demonio, apoderándose del maldito, le ha hecho cometer un asesinato. ¡Al templo, roteños! ¡No hay más voz, ni más guía, ni más consejo, que los de la Santa Iglesia Católica por boca de los ministros del altar! ¡Rece-mos un *Padre nuestro* para que la Santísima Virgen le dé la salud si le conviene, ó recoja el alma del infeliz que agoniza en la calle de la Fuente!

Las mujeres se agolparon en derredor del clérigo y coreaban con voces plañideras el *Padre nuestro*, cuando el preso y sus acompañantes atravesaban el Arco del Muelle.

LVII.

EL ABISMO.

La mar estaba picada.

El oleaje corto que en incesante hervidero, encapillándose las pequeñas ondas al perder su fuerza de empuje, esto es, alzándose en pirámi-

des cuyas cúspides rompían en penachos de espumas, formaba y hacía desaparecer éstas con la rapidez y la continuidad con que se van apagando las chispas sobre el fondo negro de un papel consumido por la llama.

Aunque se descubría bien á Cádiz, las aguas conservaban sólo por la canal, que está á la mitad de la inmensa C, el color azul de los días serenos, habiéndolo trocado por el verde oscuro en las cercanías de aquel puerto, y por el sucio y terroso en las inmediaciones de Rota.

El falucho se veía fondeado fuera de la punta del muelle.

La comitiva avanzó por la calzada, donde la recibieron, con las gorras en las manos, los dos cabos de matrícula; al pie de la escala estaba atracada y tripulada por un marinero la lancha que había de conducir á bordo al patrón, al preso y á su acompañante.

Julio se despidió del teniente alcalde dándole la mano; abrazó estrechamente á D. Mariano, advirtiéndole al oído: «no se olvide V. de mis cartas;» al bajar despacio los escalones, un pensamiento cruel imprimió á sus labios una sonrisa sardónica; se embarcó; hicieron lo propio el teniente y el patrón; sentáronse los tres, porque la marejada no les consentía ir de pie, poniéndose el artillero de espaldas al pueblo; avanzó á remo el bote; saludaron los viajeros con la mano á los que se quedaban en lo alto del muelle y en breve llegaron al costado del falucho.

Había mucho balance y era preciso aguar-

dar uno favorable para trasbordar de un salto; realizáronlo así Julio y el oficial de Civiles, con ayuda del patrón y de la gente del falucho que los recibía y tomaron asiento en el corredor de estribor sobre unas mantas.

El patrón ocupó su sitio en la popa y empuñó la caña del timón, dando estas dos voces: —Leva—primero, y luego:—iza la vela.

La tripulación del falucho era de seis hombres; unos comenzaron á levar el rezón y otros á izar la vela que estaba preparada, pero arriada al pie del palo, después de haberle tomado hasta el rizo chico.

La marea creciente era favorable á la derrota del falucho, pero contrario el viento, y el viaje tenía que ser de bolina ó barloventeando, para avanzar en dirección de Levante; largaron el trapo y se hicieron á la mar *de la vuelta de tierra y mala vuelta*, con la proa por sotavento de la Gallina (1) y la vela sobre el palo, sin poderla orientar por el mucho viento del Este y la mucha mar del Sureste.

El cabeceo era terrible; los golpes de mar embarcaban algunos rociones, y el teniente de Civiles comenzó á sentir la invasión del mareo; sin embargo, procuraba distraer á Julio, llamándole la atención sobre el maridar de las olas, cuando la que crece y se hincha deja á sotavento á la que va delante, se achica ésta y

(1) Antigua batería de la costa y hoy puesto de carabineros á media legua de Rota.

la montó la primera derramando sobre ella sus espumas.

Media hora tardaron en llegar cerca de tierra, y para virar, el patrón se vió obligado á dar fondo y á tomar el último rizo, el San Antonio, y á picar luego el cabo del rezón, que se les quedó clavado en la restinga del Placer de Baifora, saliendo por fin de la vuelta de afuera, que duró otra media hora hasta encontrarse *tanto avante* con Rota, virando con dificultad para tierra y navegando con la proa por barlovento del Salado, por cuya boca salía, según la frase del patrón, «la ira de Dios de viento.»

El teniente de la Guardia se había echado en la cubierta sobre una manta, sin hacer caso ya de Julio, ni de los marineros que le avisaban cada vez que tenían que cambiar la vela al otro lado de la roda, ni de nadie; con la cabeza turbada y el estómago revuelto, era á bordo lo que cuantos se hallan en esa situación: un fardo.

Julio, sin aceptar el impermeable que le ofrecían para resguardarse de los salpicones, fué á sentarse en la banqueta de popa, cerca del patrón; se recostó en la borda, fijó sus miradas en el mar y se encontraron frente á frente dos abismos, más alterado que el de las ondas que se encrespaban en aquellas tres zonas verdinegra, azul y terrosa, el de las pasiones que se retorcían en la razón, el espíritu y la voluntad del artillero.

Si discurría, sus pensamientos vagaban entre horrores; al refugiarse en el sentimiento, se cla-

vaban en su corazón aceradas puntas, y si daba paz á la mente y al alma, encendía la vergüenza sus mejillas.

El hogar materno prostituído; su amor, su delirio, su cielo profanado; su decoro hecho trizas por un desfalco y por un asesinato.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó aquél sin ventura derramando lágrimas, de seguro más amargas que las aguas salobres que las recogían.— ¡Yo no soy un sér prostituído; yo me siento digno y honrado; mis malas obras no son producto de mi funcionar sereno; me ha empujado la fatalidad!

Para aquella criatura se habían roto cuantos lazos la unían á la tierra: los de la familia, los del amor, los de la consideración de las gentes.

Si volvía los ojos á Rota, escuchaba la maldición de su madre y los chasquidos de los besos dados por Bernardo en los labios de María, y entonces cerraba el puño y movía maquinalmente el dedo índice, como si quisiera disparar de nuevo los seis tiros del revólver.

Sólo un vínculo de cariño lo ligaba con aquella tierra: Susana; se la fingió un instante y modularon sus labios tiernísimos besos, que se imaginaba posar en los ojos azules y en la frente pura de su hermana.

En Cádiz no se atrevía á pensar siquiera: á aquella hora todo estaría consumado: Julio Villarana ¡qué baldón! había manchado el uniforme de Artillería; había robado la Caja del regimiento; sus compañeros estaban avergonzados de haberlo sido y de haber estrechado su mano

de amigo cariñoso: «¡qué bribón!» dirían algunos; «¡desgraciado!» los más misericordiosos. ¡Aquella noche se comentaría el suceso en el Casino!...

—¡Qué he hecho yo, padre mío—gritaba en voz baja el infeliz, mordiendo el pañuelo,—para sufrir tan desesperadamente!

Un marinero, que desde la entrada de Julio en el barco sintió por él honda simpatía, con algo de veneración, y que no cesaba de mirarlo, al ver su desasosiego y creyéndolo mareado le dijo:

—¡Valientes apuros está V. pasando! Urguese V. en el gañote, que mientras no eche V. el alma por la boca no se le pasan esas fatigas.

—Tienes razón—contestó Villarana.

—Allá va con Dios—gritó el patrón al caer bien el barco en la virada que dió para salir *de la vuelta de tierra*, con la proa por barlovento de la Puntilla (1).

Julio no se apercibía siquiera de la furia del agua y del viento, que habían partido el car, al que se le puso una rueca, y hecho orzar y desaguar el barco, que estuvo á punto de zozobrar envuelto por una ola inmensa.

Continuando en su lucha sorda y gigante se decía:

—No puedo pensar, no puedo sentir, no puedo estar entre mis semejantes. Soy un mal hijo, ¡y no lo soy! Soy un canalla que ha insultado

(1) Antigua batería de la costa.

tado á una mujer, ¡y la adoro! Soy un asesino, ¡y he puesto el revólver en manos de ese desgraciado pidiendo á Dios que me matara! ¡Soy por dos mil duros un ladrón de los intereses del Estado, y existe una mujer que me albergó nueve meses en sus entrañas y se gasta sumas iguales sin cuento para sostener el garito donde me los han robado!

Siempre que pensaba en Cádiz, ¡misterios de la imaginación! surgía de su memoria, sin poder desecharla, la figura repugnante de Gorrión, el que le ayudó á pagar el sábado en la casa de juego.

—Señorito, haga V. el favor de irse á la otra banda, que vamos á cambiar la vela—le dijo un marinero.

Aquella voz, arrancándolo de su abstracción, lo hizo pasar del sueño á la realidad de su desgracia.

Al ponerse de pie y variar de sitio, se operó en su espíritu una reacción fuertísima.

Se disiparon las sombras de su cerebro y su razón formuló estas frases:

—¡Padre mío! ¡Si hay un más allá de esta vida, aguárdame en sus umbrales y recibe mi alma en la tuya!

De su pecho se borraron todos los odios y sintió crecer de pronto su energía.

Como si se confesara mentalmente.

—Yo conozco y siento—pensó—que he debido bendecir á la que me maldijo: yo te bendigo, madre mía; yo conozco y siento que he debido perdonar á la que ha vilipendiado mi cariño;

¡quién sabe—le dictó un rayo de luz—si con intención de salvarme! yo te perdono, Angeles, y te adoro y te bendigo; yo no he debido desoir tu voz, que me apartaba de la senda del mal en la azotea; perdóname, padre mío; perdonadme, amigos del alma, y tú... tú... ¡ah!... ¡no! ¡no! ¡mil veces no! ¡esto es superior á mi voluntad! ¡Dios juzgará tus obras y las mías!—exclamó enérgica y rápidamente, moviendo con celeridad la cabeza y agitando las manos como si arrepentido rechazara el postrer pensamiento que comenzaron á sentir su corazón y á formular su boca.

Sus ideas de paz fueron al fin cortadas por el odio; era preciso que para cometer una mala acción, estuviera su sér invadido por la sombra.

Sacó del bolsillo la carta escrita en el Ayuntamiento, la arrojó sobre la cubierta, puso un pie en la borda, abrió los brazos, gritó ¡Padre! y se lanzó al abismo de las ondas.

Dos ó tres marineros se dirigieron hacia el sitio por donde se tiró Julio, tendiendo inútilmente los brazos por si lo alcanzaban y diciendo con descompasadas voces:

—¡Hombre al agua!

Los cuarteles, los baldes, los remos, unos rimeros de canastas que había en la bodega, todo cuanto podía sostenerse á flote fué arrojado al mar instantáneamente.

—¡Al agua hasta el sombrero de Dios!—gritaba desaforadamente el patrón.—¡Un hombre á lo alto del palo! ¡Arría escota! ¡Amoya er cá! ¡Venga la orza á popa! ¡Carga ese puño arri-

bal; *Tó* María Santísima aquí á cargar la *osta!*

Por muy rápidamente que se hizo esta maniobra para socorrer al suicida, ya se había quedado éste cien metros á la espalda.

La embarcación, después de la virada, comenzó á navegar á *popa vía*, esto es, con el viento que cogía por la popa.

Desde una y otra banda, los marineros escudriñaban con la vista infructuosamente aquellas olas crespas.

La desolación del teniente de Civiles era inmensa; sin poderse tener de pie por el cabeceo y el cuneo, que eran terribles; con una rodilla en tierra, sin sombrero, desabrochado, manchada la camisa, queriendo alentar á la gente é impidiéndoselo las angustias mortales del mareo, bramaba y se revolvía desesperado, causándole mucho más dolor la pérdida del amigo que la desaparición del preso que iba encomendado á su custodia.

—¿Se ve alguien *agarrao* á los cuarteles?— gritó el patrón.

El vigía que estaba junto al estoperol del palo, contestó:

—No se ve más que el sombrero por sota-vento.

Con la vela rifada contra el palo, partido el timón por un golpe de mar que cogió el barco atravesado y puesto en lugar de aquél, por espadilla, el botalón de foque y encomendándose todos á *la del Carmelo*, pudieron montar, de arribada, la punta del muelle viejo de Rota y dar fondo en el canto de la *Laja de la sal*.

Un gentío inmenso esperaba en lo alto del muelle.

Al saltar en tierra el teniente, se abrazó á D. Mariano con profunda emoción y le dió la fatal noticia.

El juez de paz se quedó aterrado.

El teniente alcalde dijo entonces:

—Pues ahora he recibido los partes de que D. Bernardo acaba de espirar y de que María de los Angeles se ha vuelto loca.



EPÍLOGO.



LVIII.

EL HOSPITAL DE CAPUCHINOS.

CN la parte de ronda del Sur de Cádiz comprendida entre el pretil bajo y derruído de la muralla de mar y el caserío de la población y que se llama Campo del Sur, al desembocar en éste por la calle de la Amargura y tirando á la derecha, se encuentra un recodo en ángulo recto formado por una tapia de escasa altura y por el frente principal del edificio que se conoce por Capuchinos y consta del antiguo convento destinado desde 1852 á *Casa de dementes* y de la iglesia de Santa Catalina.

En la línea de la muralla, frente á Capuchinos, están la batería, hoy desartillada, que lleva aquel nombre, su repuesto de pólvora y un buen almacén para material de artillería, todo esto cerrado por una pared de poca elevación, coronada por una verja de madera; y situándose el espectador en el citado recodo y mirando

á Levante, descubre, además de las blancas fachadas de la casas y como puntos notables, la Catedral, la Plaza de toros y las fortificaciones de Puerta de Tierra; mucho más allá la mole del cementerio y los ventorrillos; y siguiendo la vista por la playa, le señala el término del horizonte la silueta de Torregorda.

Dos puertas grandes, cerrando cada una un arco de medio punto, hay en el frente principal de Capuchinos; la más próxima á la arista del recodo sólo tiene abierto un postigo, y la de más allá está cerrada generalmente; sobre la primera dice un sencillo letrero, *Casa de dementes*, y otro sobre la segunda, *Santa Catalina*; el cuadro de terreno que abarcan los lados del ángulo está empedrado.

La puerta de Santa Catalina conduce á un patio cuadrado, grande, con claustros y arcadas en todo su perímetro, aquéllos bajos de techumbre, siendo ésta la única obra de fábrica que sostienen las columnas, encaladas como los muros: no se ve árbol ni planta en la parte al raso y están desnudos de muebles y cuadros los suelos y las paredes.

En la pared del claustro paralelo al de entrada, dos puertas dan paso, la de la izquierda á la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, y la otra á la iglesia de Santa Catalina, del retablo de cuyo altar mayor es gala y decoro el famoso y tan conocido cuadro de gran tamaño que representa *Los Desposorios de Santa Catalina con el Niño Jesús*, cuadro que, como es bien sabido, fué causa de la muerte del gran

maestro sevillano y lo concluyó su discípulo Meneses.

Otras dos pinturas de Murillo hay colgadas en los muros de la iglesia: en una capilla, una Concepción admirable, y en lo alto de la nave mayor, en la pared de la izquierda, un San Francisco arrodillado, en el fondo negro de una cueva, ante el crucifijo que se va bosquejando en una mancha de claridad, lienzo que es un prodigio, por cuya adquisición daban los ingleses una cantidad fabulosa.

Seguramente vale más cada uno de esos tres primores artísticos que la capilla, la iglesia y el convento juntos.

Desde la ronda no se descubren torres ni campanarios en Capuchinos; sólo sobre la iglesia se alza otro cuerpo de edificio con tejados, en uno de cuyos declives hay una espadaña con un solo hueco y su campana.

En el pretil de la muralla de mar no faltan de ordinario pescadores de caña ni carabineros, y enclavan la iglesia y el convento junto al barrio de la Viña, de que hablamos en el capítulo XXV y donde se canta la antigua copla:

Ayer fui á Capuchinos
á rezar á Cristo un credo,
y por decir «creo en Dios»
dije «creo en la que quiero.»

El 15 de julio de 187... traspasó por vez primera el autor de este libro los umbrales del postigo de la *Casa de dementes*, llevando una carta del secretario de la Diputación para sor

Pilar, superiora de las diez que prestan sus servicios en el hospital de Capuchinos.

A la derecha del zaguán, que sirve de portería, hay una salita con reja á la calle, que es la dirección, y á la izquierda están, á continuación una de otra, las dos oficinas de la contaduría; la puerta del frente la cierra un pobre cancel cubierto, por cuyas hojas laterales se entra en el primer patio del establecimiento.

No tuve la fortuna de encontrar á la superiora, que según me dijeron había salido aquella tarde á conferenciar con el Sr. Obispo, ni tampoco al director, recibíendome con amabilidad suma el contador, quien me ofreció poner á mis órdenes al loquero para que me acompañase á todas las dependencias de la casa.

—¿Hay en ésta—le pregunté—una loca procedente de Rota, que se llama María de los Angeles Flores y... me parece que es Palma el segundo apellido?

—No lo sé—me contestó,—porque hace dos días que he tomado posesión de este destino; pero fácilmente puedo decírselo á V. si tiene la bondad de venir á mi despacho.

Entramos en la segunda habitación de la contaduría: el empleado abrió un estante, sacó un legajo y se puso á examinar sobre la mesa lo escrito en las hojas clínicas de que se componía.

—Flores—dijo por fin.—Aquí tenemos una María Flores, pero no expresa si es de los Angeles, ni figura el segundo apellido, ni consta la procedencia. Vea V. si es la que busca.

Tomé la hoja y leí lo siguiente:

MARÍA FLORES.

| | |
|------------------------|------------------------------|
| Edad..... | 23 años. |
| Estado..... | Soltera. |
| Naturaleza..... | Sevilla. |
| Ejercicio..... | Costurera. |
| Padres..... | Difuntos. |
| Fecha del ingreso..... | 13 de agosto de 186... |
| Orden..... | Excmo. Sr. Gobernador civil. |

DIAGNÓSTICO.

Locura histérica, forma manía, cuando ingresó.

En la actualidad, *demencia terminal*. Complicaciones: cáncer del útero; frecuentes metrorragias sintomáticas. Paga por celda 4 rs.

—Los veintitres años que aquí rezan—afirmé,—son los que tenía la loca el día de su ingreso; 13 de agosto de 186...

—Sí, señor.

—Esta es, indudablemente, la desgraciada por quien he molestado á V. ¿Podré verla?

—Sin dificultad ninguna; y las madres darán á V. cuantas noticias de ella le interesen. Voy á mandar que venga el loquero.

El primer patio, grande y rectangular, está enladrillado, tiene en sus lados mayores bancos empotrados en la pared, en lo alto de los muros ventanillos y rejas sin guardar simetría, y en medio una gradería cónica de tablas sostenedoras de algunas macetas con flores, cerrada por una verja, dentro de la cual se albergó, tal vez, antaño, la estatua de algún santo de la orden de Capuchinos.

Las flores aquellas estaban mustias. Presumo yo que las tristezas de las personas trascienden á las cosas. No hay claveles ni jazmines que conserven aroma y lozanía en una cárcel ni en un hospital: los envenena el vaho de la desgracia.

Los treinta ó cuarenta locos que por allí vagaban eran gente pobrísima, artesanos y trabajadores de campo la mayor parte; vestían unos blusa, chaqueta otros, é iban no pocos en mangas de camisa; estaban, sin excepción, sucios, desarrapados, descalzos y se veían muchos con la cabeza al aire.

Generalmente andaba cada uno solo, accionando y hablando de su manía, dándole poco de los demás; algunos, entre ellos un negro jétudo, estaban sentados en los bancos, y tres ó cuatro tendidos sobre el asiento; un anciano gordo con un calañés viejísimo en la cabeza, y que por su vestimenta parecía que llegaba de trabajar de un cortijo, me tomó por un médico y me rogó que le curase la erupción que tenía en un brazo; dos de ellos retozaban dando voces, y otros dos paseaban con los brazos ocultos bajo la camisa de fuerza, cuyas mangas larguísimas se atan á la espalda.

Aquella variedad de caras, con ojos de mirar extraviado ó estúpido, no revelaba más que penalidades y miserias.

Varios, entre ellos uno que insultaba groseramente al loquero que venía conmigo, se me acercaron á pedirme lo que suelen todos los dementes: cigarros.

Por una puerta del frente menor, paralelo al del cancel, y sobre la cual está escrita con letras poco inteligibles, en una lápida, la máxima de Martínez de la Rosa:

«Quien cierra al pobre la puerta
La del Cielo no halla abierta.»

salimos á un callejón enlosado, con puertas antiquísimas á la derecha, que conducen á unos almacenes y al despacho de sor Pilar, y á cuyo término, junto á un cuarto que es el taller de zapatería, se encuentra la escalera por donde bajamos al piso que está á un andar con la huerta, y en el que vimos el *dormitorio de tranquilos*, de dos naves, con ventanas á aquélla por un costado y á un patio por el otro, y dotado de cuarenta camas, compuesta cada una de catre de hierro, jergón, sábanas, colcha y dos almohadas, con funda la de encima, todas iguales y cada una de lo peor.

En prolongación de este departamento hay un corredor con celdas á una y otra mano, cuyas ventanas caen también á un patio ó á la huerta, y cuyas puertas tienen cerrojo y mirilla: en cada celda no se ve más que una cama igual á las del dormitorio, y á los que duermen en ellas se les encierra por la noche.

Pasamos por otro patio entoldado, en el que había también muchos dementes, tan pacíficos y tan haraposos como los del primero, y entramos en el comedor que, según el loquero me dijo, fué panteón del convento; las mesas están fijas, los bancos entre aquéllas y la pared, y á

cada loco se le da un plato y una cuchara de palo.

Allí me enteré del orden y de la clase de las comidas; á las siete de la mañana una sopa de pan y caldo de la olla; á medio día un rancho de arroz, garbanzos, seis onzas de carne por enfermo y tocino y ración de cerveza ó de vino, según la prescripción médica, y por la noche otra sopa, ó café y pan, debiendo advertir, para que pueda formarse juicio de la calidad de los alimentos, que la Diputación Provincial debía mucho dinero al contratista de víveres de los establecimientos de Beneficencia (1).

Subimos luego al *patio de furiosos*, rectangular y sin toldo, como el primero de tranquilos; tiene dos aljibes, y en los cordeles que iban tensos de una pared á otra, estaban colgadas mantas y sábanas de aspecto asqueroso, y secándose también se veían tendidos por el suelo, y antes ciegue que torne á verlos, algunos jergones.

Trajinaba entre esta ropa una de las madres, joven, basta y robusta, con su falda azul, su corpiño negro, delantal, toca y el rosario pendiente de la cintura.

No andaba por el patio loco ninguno, tranquilo ni furioso, y las celdas, que sólo las había en dos de los frentes, todas estaban abiertas y desocupadas menos una; entré en aquéllas, y

(1) En julio de 1882 la deuda era de cuarenta mil duros.

no merecen por cierto el nombre de tales, sino el de calabozos; estrechas, lóbregas, inmundas, con un tablado fijo, un agujero en lo alto de aquellas paredes negras, por el que pasa difícilmente un rayo de claridad, una atmósfera de letrina de cárcel; prisiones, en fin, demasiado duras para secuestradores (1).

Me asomé por la mirilla de la puerta del calabozo cerrado, y ví un hombre de más de treinta años, alto, fornido, muy moreno y cerrado de barba; vestía chaqueta y pantalón de dril rayado, con corbata negra sin anudar, y se paseaba como el león en la jaula; le ofrecí un cigarro y lo tomó, dándome las gracias.

—Pero madre—pregunté á la que he mencionado y vino á saludarme,—¿este hombre es un reo que cumple una sentencia de ser enterado vivo, ó un pobre demente, digno de la más inmensa compasión?

—Es un enajenado—me contestó con simplicidad.

—¿Está furioso?

—No mucho. Suele acometer á la gente los días que está mal. Hoy está bien.

—¿No sale nunca de ahí?

—Alguna vez lo saco al patio, cerrando antes las puertas.

—En ese calabozo, si tuviese accesos de furia, convulsiones terribles, se mataría irremisiblemente.

(1) Seguían lo mismo en julio de 1882.

—No los tiene.

—Pero madre, ¿por qué está ese hombre sufriendo tan terrible condena? ¿Por qué no se le saca á pasear siquiera durante unas horas todos los días, con la camisa de fuerza, ó con dos loqueros al lado?

—Aquí no hay recursos para nada, caballero.

—Sin embargo, el presupuesto anual del establecimiento excede de veintitres mil duros.

La madre se encogió de hombros.

¿Dónde está la caridad?—pensé.—¿Dónde están los grandes católicos de la provincia? ¿Qué hacen aquellos concejales, aquellos diputados provinciales, aquellos diputados á Cortes? ¿Qué hace la culta Cádiz? ¿Qué hace la humanidad entera que no ataja un mal tan terrible y espantoso?

Aparte de los horrores de ese patio, en aquel establecimiento falta todo; allí no se toman en cuenta más enfermedades que las comunes que adquieran los dementes, que se pasan años y años como pjaras de irracionales en número de doscientos, entre machos y hembras, aullando ó diciendo desatinos, guardados por un loquero y diez madres.

Pero queda todavía lo más terrible; lo que no es posible calificar con la dureza que se merece. En un callejón húmedo y sombrío contiguo al patio, hay otras sentinas para locos furiosos, y en una de ellas lleva veinte años (1),

(1) Digo que lleva veinte años porque allí continuaba en julio de 1882.

sin ver más luz sino la que penetra por el agujero de la pared, un sér humano que tiene perturbada la razón y que no está furioso.

El año de 1863 recibió en el patio una pedrada de otro demente; le tiró el hoy preso un cubo á la cabeza y le infirió una herida, de cuyas resultas murió, por cuyo delito lo emparedaron de treinta y siete años y allí ha cumplido cincuenta y dos, loco, por más que tranquilo. ¿Quién es el responsable de este suplicio, de este asesinato lento?

Aquel sin ventura, que se llama Cristóbal, natural de Algodonales, es moreno, descolorido, tiene la piel sudorosa, unas barbas de zamarro, la mirada vaga y la boca entreabierta; está gordo de linfa, cargado de espaldas y se mueve con dificultad; cuando da algunos pasos por aquel espacio de tres varas en cuadro, cae rendido en el tablado; el estado de sus ropas era deplorable.

Le ofrecí un cigarro, y sacó por la mirilla una mano atezada con las uñas muy largas y negras; del sombrero que tenía puesto le caía un girón por la cara, aumentando el horror de la figura de aquel pobrecito, enfermo del cerebro y sufriendo una pena que aterraría si se la refiriesen á los condenados á cadena perpetua.

En materia de locos furiosos, que algunos existen, hay bastante de exageración y de inventiva; en el hospital de Capuchinos no se registra muchos años há caso ninguno, y sólo se ha encerrado á esos dos tranquilos para baldón de la humanidad.

No se cura en Capuchinos la demencia; no hay elementos de ninguna clase para intentarlo; ¡cómo, si hasta es fiado el rancho que comen aquellos infelices!

Allí no hay luz, aire, agua ni campo; allí no se conoce uno solo de los mil y mil y mil inventos que consienten á los faltos de juicio gozar de la naturaleza y andar entre las gentes y formar parte, aunque pasiva, del concierto social con los medios de sujeción, que sin mortificarlos, les impide lastimarse á sí propios y dañar á sus semejantes.

LIX.

SOR FRANCISCA DE ASÍS.

El piso más alto del manicomio está destinado á las mujeres, con absoluta separación de los hombres, y se sube á él por una escalera estrecha de piedra.

En el primer descanso está colgado en la pared un cuadro, en cuyo lienzo campea un marmarracho que quiere representar no sé cuál advocación de la Madre de Cristo.

Por una cancela de madera entramos el loquero y yo en una habitación entrelarga, dotada de seis camas iguales á las del piso bajo. Era la enfermería de las locas, donde había cuatro: una sentada y cosiendo; otra en la ca-

ma; la tercera, descalza de pie y pierna, con un vestido á través de cuyos desgarrones se descubría el refajo amarillo: estaba aljofifando, y la cuarta era una vieja repugnante, decrepita, la suma fealdad, sin un pelo y con muchas postillas en la cabeza, y que nos miraba, haciéndonos, con unas manos muy arrugadas, el ademán de arañar y balbuciendo frases ininteligibles.

El loquero me guió á un salón con ventanas de un metro de altura, abiertas al andar del piso en la parte exterior de los espesos muros.

Allí estaban veinte ó treinta locas que presentaban un cuadro asaz triste y desagradable: cortado el pelo y enmarañado el poco que les quedaba, sucias, más aún, asquerosas de rostros y vestidos, con las piernas desnudas, revolcándose unas por el suelo, otras bailando, chillando las más, sobre todo tres ó cuatro tontas, que sentadas encima del banco que corre á lo largo de la pared, golpeaban ésta y movían las cabezas al compás de los gritos.

Entre aquellas infelices llamaba la atención una niña agraciada, de diez y siete años, por cuya espalda colgaban dos magníficas trenzas, y que, sentada en una silla y con un devocionario en la falda, conversaba con una madre llamada Sor Francisca de Asís y que al vernos llegar nos salió al encuentro.

Aquella muchacha, que es sevillana, la han encerrado en el manicomio (1) porque padece

(1) Donde continuaba en julio de 1882.

de epilepsia, y después de cada ataque, no llegando éstos á uno al mes, se pone maniaca durante dos ó tres días; es decir, que nueve ó diez meses del año, esa pobre criatura, en perfecto estado de salud, se los pasa sufriendo aquel martirio imponderable, que mueve á indignación, no sabemos contra quién más vivamente: si contra su familia, si contra las autoridades que autorizaron su cautividad, si contra la sociedad que permite tan cruel atentado.

Sor Francisca de Asís es joven y ejemplar entre las de su clase, respecto á las cuales, con excepciones honrosas, ya saben á qué atenerse cuantos conocen á fondo la beneficencia oficial en nuestra Patria.

Que Sor Francisca recibió una educación perfecta, que su talento es claro, é inmejorable su indole, todo eso se adivina no bien se contempla aquel rostro diáfano; no bien se oyen las primeras palabras de su voz, de precioso timbre; no bien se encuentran con las miradas de uno las de aquellos hermosísimos ojos negros, llenos de paz y de inteligencia.

Es delgada, morena, interesante, pulcra, esbelta y de modales distinguidos; es una señorita que se ha impuesto la penitencia, que cumple con una piedad y con una resignación edificantes, de asistir, durante seis años, á los dementes, en acción de gracias á la Providencia que le curó su cerebro perturbado, en los años de 67 al 69, encarnándose aquélla en un médico entonces del hospital de Madrid, y hoy una de las más legítimas glorias nacionales, por su sa-

biduría, por su caridad, por su abnegación, por su constancia; el gran frenópata; el insigne fundador del manicomio de Carabanchel, admiración de propios y de extraños, más de los extraños que de los propios; el doctor, en fin, D. José M. Esquerdo.

¡Vergüenza grande para España, que contando entre sus hijos tal eminencia, que á la vista del ejemplo de lo que ha conseguido su esfuerzo individual, consiente iniquidad tan tremenda como el hospital de Capuchinos!

—Deseo, señora—dije á la madre,—ver á una loca procedente de Rota.

—¿María Flores?

—La misma. ¿Sabe V. su historia?

Sor Francisca sonrió tristemente.

—Conozco—respondió,—una por una, las escenas de ese drama y he hablado en esta casa con algunos de sus personajes.

—Ahora quien le paga la celda—dijo metiendo su cucharada el loquero—es una Baronesa, ó Vizcondesa, de Madrid; la que hace dos años libró de la quinta al hermano, al Pepito Flores y lo tiene hoy empleado en su casa.

—Si no temiera molestar á V.—indiqué á la madre,—yo le pediría que me refiriese á grandes rasgos la vida de esa desgraciada desde su entrada en el establecimiento.

—Cuando ingresó—dijo Sor Francisca,—me han referido, pues yo no soñaba entonces siquiera que había de venir á este hospital, que estaba loca furiosa, con delirio tan vario, con tal incoherencia, con tales alucinaciones, ilusio-

nes y falsos conceptos acerca de su propia personalidad...

—Que más que una loca—interrumpió el loquero—parecía ella sola una casa de locos.

—Gritaba incesantemente—prosiguió la madre—maldiciendo su suerte é injuriando á cuantos la visitaban: al médico, á las madres, á todo el mundo; se rasgaba los vestidos; se arrancaba los cabellos; hubo, en fin, necesidad de encerrarla en la celda, donde con el rostro encendido, contraídas las facciones, rutilantes los ojos, se paseaba como el tigre recién enjaulado.

—Venía por entonces á verla—dijo el loquero,—acompañada de un labriego, nieto suyo, una viejecita, que murió poco después; Rita se llamaba. ¡Más buena la infeliz! ¡Qué extremosa era con la loca! «¡Pobrecita mía! ¡Hija de mi alma!»—decía abrazándola y estrechándola contra su pecho.—«¡Madre mía del Carmen, pónla buena! ¡Mi vida por su salud! ¡Virgen del Carmen, ten compasión de esta desgraciada!» Todo se lo pedía á la Virgen del Carmen, y á lo mejor la loca se le abalanzaba y teníamos que sujetarla entre el nieto y yo. Solía venir á fin de mes, con los seis duros que pagaba por la celda. Si esa vieja no es santa, no hay santos en el cielo.

—¿Estuvo furiosa mucho tiempo?

—Unos cuantos meses—respondió la madre,—al cabo de los cuales declinó felizmente el mal; estaba hecha una pavesa y engruesó; le volvió su buen color; se cuidaba de su persona;



cosía y bordaba; asistía á las demás enfermas con angelical solicitud... Sin embargo, á lo mejor la invadían unos accesos convulsivos terribles; otras veces lloraba, injustificadamente al parecer, y quizá porque despertaba algo terrible en su memoria, que es en ocasiones la más inoportuna de las facultades mentales.

—O se reía, sin saber por qué, á carcajadas—rectificó el loquero;—y de lo que se quejaba—añadió—era de una bola que decía ella que le subía del bajo vientre á la garganta, y le cortaba de tal modo el paso del aire, que más de una vez creyó morir ahogada.

—Todo eso desapareció y estuvo quince días inapetente, triste...

Para no cansar al lector con la enumeración prolija de las diferentes formas que revistió la locura de María de los Angeles en los diez años de su estancia en Capuchinos, bástenos decir que fueron múltiples; de aniquilamiento unas, de vivacidad otras; se tornó un tiempo mordaz, irascible, chismosa y aun perversa, dando la lucidez que revelaba—hasta el punto de creerla todos curada, menos el médico—tal sello de certidumbre á sus enredos y á sus denuncias, que llegó á turbar la paz del hospital y puso en alarma á las autoridades de la provincia; la dominaron también el sentimiento religioso, de que alardeaba, y el erótico que recataba con destreza; llegaron á hacerse insoportables á las madres sus aberraciones morbosas, y por último, se halla en la situación que la veremos en el capítulo inmediato.

—¡A qué extremos conduce la falta de reflexión!—exclamó Sor Francisca.

—¿Por qué lo dice V.?—le pregunté.

—¿Porque si María Flores hubiese reflexionado, y le hablo á V. de esto porque supongo que V. conoce tan bien como yo su historia, ella y Julio habrían realizado sin conflicto ninguno su nobilísima aspiración de constituir una familia.

—Lo que yo digo—saltó el loquero.—Cuando cogió los cuartos, habérselos llevado á la Marquesa, contándole de paso las artimañas de Bernardo. Seguro está que con eso hubiera tenido que ir á casa de la Petra.

—A la Marquesa no—rectificó la madre.—Debió haber consultado el caso á D. Francisco el médico. Algunas veces me lo dijo el desgraciado en esta misma sala.

—¿Murió D. Francisco?

—Murió de la pulmonía que cogió una madrugada que fué á asistir á un enfermo en la almadraba de Rota. ¡Lástima de hombre! Se había granjeado la estimación de cuantos lo conocían por su saber y por sus prendas de carácter.

—A la cuenta—observó el loquero,—la precipitó el recelo de que el novio se pegara un tiro si no recibía á tiempo los dos mil duros... Y luego ¡buena estaría ella entonces para discutir!

—Julio, Dios le haya perdonado—dijo Sor Francisca,—era un joven ligero. Señor, ¿no tienes dinero, sea de la usura, sea de lo que sea? Pues tráete á Cádiz á tu novia; aguarda tran-

quilo á que tu hermana se case y te dé los cuatro mil duros, y en ese tiempo quizá tu mamá se ablande, máxime hoy que no están en boga sus ideas; y si no, llegada la sazón, te amparas de la ley, te casas como Dios manda y asunto concluído. ¡Pero irse á jugar!... Si al menos hubiese arriesgado sólo una parte de su dinero...

—¡Bah, bah; bah!—la interrumpió el loquero.—Cuando uno se pone á *verlas venir*... Además, él era manirroto y los ocho ó nueve mil reales que le prestaron le parecerían lo que á mí dos motas.

—¡Y esa pobre madre, Dios mío, esa pobre madre!—continuó Sor Francisca.—¡Consentir impasible, y sin hablarles gordo, que las relaciones tomaran tal vuelo que sin una gran prudencia, difícil á la edad de los novios, sólo podían concluir, ó por perder ella el tesoro de más subido precio para la mujer, ó por el fin que tuvieron, dada la barrera infranqueable que había entre esa infeliz y la Marquesa... ¿Qué se ha hecho de la Marquesa?

—En Madrid continúa tan desabrida, tan beata y tan encariñada de sus pergaminos como antes,—le respondí.

—Al cura que llamaban Tragaescuadrones ó Tragabatallones, cuentan que lo han matado en la guerra civil. Se puso al frente de una partida—dijo el loquero.

—Por fin, la honra de Julio no sufrió detrimento entre sus jefes y compañeros—añadió la madre.—Pues el gran amigo de su papá entregó el dinero tres días después del suicidio y lue-

go se lo reintegró la Marquesa. Pero ¡véase cuán grande es la Providencia, que nunca nos abandona! Si Julio, deponiendo su soberbia, hubiese acudido á la madre, ésta lo habría salvado. Si María Flores hubiera desoído las palabras de aquella bribona, que hoy espía su culpa en un establecimiento correccional, y que sólo iba á satisfacer su ruin codicia, Bernardo envía el dinero á Cádiz y... pero en vez de obrar cuerda y rectamente...

—Así es el mundo, señora—concluí yo,—y no hay que hacerse de nuevas. Si todos los hombres fueran sabios, integérrimos y de costumbres sencillas; si la sociedad estuviera libre de irreflexiones, de errores, de torpezas y de pecados capitales; si todas las criaturas pensarán perfectamente, y sintieran como pensarán, y obraran como pensarán y sintieran, la tierra sería un paraíso y holgarían en ella los presidios, las cárceles y los manicomios.

LX.

LA LOCA.

Las celdas del departamento de mujeres tienen aire, luz y sol, que penetran á sus anchas, por unas ventanas grandes que caen al huerto.

La puerta segunda del costado izquierdo del corredor contiguo al salón en que habíamos

conversado Sor Francisca, el loquero y yo, estaba entornada y daba paso á la celda de María de los Angeles.

—Ahí es. Entre V.—me dijo la madre.

Sentí calofrío y tal temor de pasar adelante, que, necesitando hacer tiempo para reponerme, encendí un cigarro.

En mi memoria bullían los recuerdos de todo lo más saliente de la vida de aquella que yo conocí encantadora colegiala en las márgenes del Betis.

—Voy á impresionarla vivamente—pensaba yo—y estoy seguro de que responde á mi llamamiento.

Empujé la puerta y retrocedí, creyendo que nos habíamos equivocado.

—¿Á dónde va V.?—me dijo Sor Francisca.

—Pero ¿esa es María de los Ángeles?

—La misma.

Junto al rincón derecho de la pared fronteriza á la puerta de entrada, está la reja; en el de la izquierda, ví una mujer sentada en los ladrillos del suelo, reclinada sobre el hombro que apoyaba en la pared, con la pierna izquierda tendida y la otra doblada con la rodilla alta, enlazando, con los brazos, el muslo y la pierna, teniendo cogido con la mano derecha el dedo anular de la izquierda, y á éste liada, por sortija, una cinta negra. La falda del traje viejo y roto que vestía le dejaba descubierta la pierna tendida y en la media y en la camisa resaltaban unas manchas negruzcas.

Estaba su rostro abotagado, casi borradas

las facciones; sólo alguna que otra arruga había resistido á la distensión de la piel, como si quisiera dar testimonio del constante ludir de las pasiones en aquel cuerpo de treinta y dos años.

El color de su piel no era el amarillo paja propio del cáncer, sino el terroso de la demencia.

Tenía las cejas elevadas, los párpados abultados y caídos, los ojos inmóviles y sin expresión, como si fuesen de cristal raspado, la nariz rojiza, los labios colgantes y en una de sus comisuras, como pegados por la saliva, restos de alimentos mascados, cayéndole una baba glutinosa; las manos hinchadas, las carnes que descubría por el seno y por los brazos, marchitas y acardenaladas por la extravasación de la sangre fluída, el pelo corto y enmarañado, envedijado más bien y sucio y lleno de canas.

Su cuerpo exhalaba un hedor especial, inconfundible.

—María—le dijo la madre, inclinándose y besándole la frente—este caballero viene á verte.

Alzó la cabeza, y me miró con un aire de estupor que partía el alma.

Miró luego á Sor Francisca, tendió la pierna que tenía doblada y dejó caer las manos sobre la falda, pero sin soltar la derecha el dedo anular de la izquierda.

—¿Te acuerdas de tu padre?—le pregunté alzando mucho la voz, creyendo que así me entendería más fácilmente.

—Sí—contestó, sin mirarme, con voz ronca y con acento indiferente.

—¿Y de Bernardo?—añadí, poniendo mis

manos sobre sus hombros.—¿Te acuerdas de Bernardo? Te dió dos mil duros para que fueses á casa de Petra. ¿Te acuerdas de Petra y de Bernardo? Fíjate. De Petra y de Bernardo, ¿te acuerdas?

—Sí—respondió con menos descuido y mirándome con alguna atención.

—Oye, María, oye; fíjate, hija mía—le dije, acercando mi cara á la suya y hablando muy despacio.—¿Te acuerdas de Julio? ¿Te acuerdas de tu Julio? Va á venir Julio. Te quiere mucho. Va á venir. Va á venir tu Julio.

La loca se estremeció.

—¡Victorial — exclamé volviéndome hacia Sor Francisca, que se sonreía.

Se estremeció, sí. Más aún; apoyada en el brazo derecho, fué incorporándose, sin dejar de mirarme, hasta ponerse de pie.

A través de aquel rostro sin expresión, relampagueaba su mente, herida por mi recuerdo, como se producen las contracciones fisiológicas en un cadáver sometido á la acción galbánica de una pila.

Sentí un terror semejante al que me infundiría la aparición de un alma del otro mundo.

Bajó los ojos; se me fué acercando; me cogió fuertemente la mano izquierda; la levantó; comenzó á manosear una sortija que yo tenía en el dedo meñique... y extinguida la llamarada de vida mental, como el cuerpo elástico que se dilata por la fuerza y al ceder ésta torna á su primitivo estado, me dijo con una sonrisa estúpida que heló mi entusiasmo:

—¡Qué bonital ¡Me la das?

—¡Ah!—exclamé echándome fuera de la celda.—Si ese espíritu cuyos lazos de unión con la carne están descompuestos, y así ésta no funciona y se va pudriendo; si ese espíritu no es confortado en corrientes invisibles é impalpables, por el espíritu de Julio; si éste no la aguarda en los umbrales de lo eterno y allí le pide perdón y le reitera su idolatría; si estas dos víctimas no ven luego desenvolverse delante de ellas mil y mil existencias cada vez más venturosas; si el desgraciado de hoy no purifica un mal de ayer; si Angeles no fué antes Marcela; si Marcela no tiene que ser Angeles, ó si no hay nada anterior ni posterior á Angeles y á Marcela, es decir, al ser humano; si no es el amor, como dice Lamartine, el recuerdo de una vida anterior y el presentimiento de una vida futura; si tal sucediera, que yo, con inmensa fe consciente y esperanza, creo lo contrario, la infinita Creación debería llamarse la infamia infinita.

FIN.

ÍNDICE

Páginas.

Sr. D. Manuel Espejo y Vivas..... v

CAPÍTULOS.

LIBRO I.—Exposición.

| | |
|---|-----|
| I. El muelle de Rota..... | 1 |
| II. La tertulia del Rubito..... | 6 |
| III. Aspecto de la villa..... | 10 |
| IV. Señá Rita..... | 19 |
| V. La familia Flores..... | 26 |
| VI. El agonizante..... | 35 |
| VII. Marcela y Bernardo..... | 44 |
| VIII. Las vecinas chismean y el enfermo espira | 49 |
| IX. Duelo..... | 57 |
| X. La piedad de Marcela..... | 60 |
| XI. Los zapatos rotos..... | 70 |
| XII. Amores diáfanos..... | 77 |
| XIII. Amores turbios..... | 86 |
| XIV. La gratitud del muerto..... | 92 |
| XV. La huerta de la Costilla..... | 95 |
| XVI. Un socialista..... | 99 |
| XVII. Barruntos de tempestad..... | 107 |
| XVIII. Sarao andaluz..... | 114 |
| XIX. La tempestad..... | 121 |

LIBRO II —Trama.

| | |
|------------------------------|-----|
| XX. En la azotea..... | 137 |
| XXI. El sereno..... | 145 |
| XXII. Consejo de guerra..... | 147 |
| XXIII. Un ángel..... | 152 |
| XXIV. ¡Pobre María!..... | 157 |
| XXV. Nueva decoración..... | 164 |

| CAPÍTULOS. | Páginas. |
|--------------------------------------|----------|
| XXVI. Pabellones..... | 167 |
| XXVII. Los señoritos..... | 172 |
| XXVIII. Leña al fuego..... | 179 |
| XXIX. La Primera de Cádiz..... | 182 |
| XXX. Crápula..... | 188 |
| XXXI. Efectos del alcohol..... | 195 |
| XXXII. La araña y la mosca..... | 199 |
| XXXIII. Robo en cuadrilla..... | 206 |
| XXXIV. El palacio del crimen..... | 212 |
| XXXV. La partida..... | 217 |
| XXXVI. Encerrona..... | 223 |
| XXXVII. D. Gregorio..... | 231 |
| XXXVIII. La puerta de la botica..... | 238 |

LIBRO III.—Desenlace.

| | |
|---|-----|
| XXXIX. El rezo interrumpido..... | 257 |
| XL. La ilustre D. ^a Petra..... | 267 |
| XLI. La gira..... | 277 |
| XLII. Recapitulación..... | 284 |
| XLIII. El pie y la hormiga..... | 290 |
| XLIV. Por la trocha..... | 295 |
| XLV. El último beso..... | 302 |
| XLVI. Letras por quinientos duros..... | 312 |
| XLVII. Tablado, verdugo y ayudante..... | 319 |
| XLVIII. La entrega..... | 324 |
| XLIX. Delirio..... | 334 |
| L. La coartada..... | 344 |
| LI. El cosario..... | 351 |
| LII. Preparativos siniestros..... | 358 |
| LIII. Vértigo..... | 362 |
| LIV. Saldo de cuentas..... | 369 |
| LV. En la calle..... | 376 |
| LVI. Diligencias judiciales..... | 382 |
| LVII. El abismo..... | 389 |

EPÍLOGO.

| | |
|---------------------------------------|-----|
| LVIII. El hospital de Capuchinos..... | 401 |
| LIX. San Francisco de Asís..... | 412 |
| LX. La loca..... | 420 |







